

LA ISLA DE LAS MUSAS

Verónica García-Peña

FINALISTA PREMIO
PLANETA 2017

Lectulandia

La isla de las musas nos presenta a Ricardo Pedreira Ulloa, un escritor alcohólico y en horas bajas que regresa a su Galicia natal, a la isla donde creció, para recuperar la inspiración perdida y sanar un cuerpo colmado de excesos. Allí se encuentra con una misteriosa mujer de profundos ojos verdes que logrará que esa ansiada inspiración regrese, pero que también despertará en él otra clase de sentimientos. Y lo hará a través de una simple pregunta: «¿Sabes quién soy?».

En la isla, además, se esconden secretos que harán resurgir en el escritor partes de un yo que parecía olvidado. Secretos como los que se ocultan en el faro abandonado del islote, antes llamado el Faro del Amor, y en una vieja caja metálica que es el origen de una historia que cambiará, para siempre, la vida de los protagonistas.

La isla de las musas es una novela diferente de intriga y terror clásico en la que lo sobrenatural coexiste con el amor y el horror; la locura y la lucidez; la inspiración y la nada.

Se trata de una historia singular en la que la lluvia canta fados, el viento la acompaña y uno puede perderse sin dificultad en la inmensidad de un océano siempre lleno de secretos. Una novela en la que los rayos de luna existen como los imaginó Bécquer y de los manantiales brotan ojos albahaca. Una historia de locura, culpa, amor y olvido inspirada en leyendas, poesía e historias de grandes autores como Bécquer, Poe o Wilde y conducida por las melodías de un grupo musical especialista en tangos y otro de Heavy Metal.

Lectulandia

Verónica García-Peña

La isla de las musas

ePub r1.0

Karras 14-08-2018

Título original: *La isla de las musas*
Verónica García-Peña, 2018

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Eduardo

*«Cuántas veces escuché,
la llamada de aquel lugar.
Pero hoy, sueños y locura son nada más,
son llantos de otra realidad».*

Red Wine (2003). «Llantos de otra
realidad». *Sueños y Locura*. Arise
Records. España.

Capítulo 1

Bienvenidos a mi mente. Mas no sería del todo cierta esta afirmación, pues no se puede convidar a visitar un lugar que no existe, que ya no está. Hace tiempo que se fue de viaje para no regresar nunca, o casi nunca.

La perdí, junto con mi alma, en esta maldita isla habitada solo por sombras y desesperanza. Juegos del albur que tan propicio es a enredar y a jugar con uno, sin enseñarle las reglas y hablarle de los peligros y consecuencias que tiene hacer trampas.

Esta isla, que aún habito, fue mi casa, mi paraíso, mi inspiración y, ahora, mi condena. En ella, desde niño, crecí de espaldas al mar; no sé nadar, nunca aprendí. Es hermoso el mar, pero su belleza y poder me agobian y no soy capaz de enfrentarme a su fuerza.

Aquí me convertí en el hombre que soy y, al arrullo del viento del Atlántico, fue donde las musas me susurraron historias cargadas de belleza, amor y pasión. No lo he dicho todavía, pero soy escritor. Bueno, un día lo fui. Hoy, ya no sé lo que soy.

Tenía un don. Desde que era pequeño, podía ver, a nuestro alrededor, a las musas que marchaban con nosotros, ignoradas por la mayoría, y que, deseosas de mostrar su saber, se acercaban a mí musitando sublimes historias que contar. Así encontré yo a la mía. Solo tuve que saber escuchar.

Un don. Un maravilloso don.

Gracias a esa habilidad, a la edad de veinte años me convertí en un escritor de éxito. Una gran novela, extraordinaria y maravillosa, tras varios cuentos y relatos, llevaron mi carrera a un ascenso meteórico cargado de alabanzas, elogios y dinero. Este me llegó en abundancia, no puedo decir que no, si bien el capital a mí me daba igual pues mi familia siempre tuvo mucho. Demasiado, dirían algunos. Mi padre, don Andrés Pedreira Mosquera, fue un gran naviero y, a su prematura muerte, falleció cuando yo todavía era muy joven, mi madre, doña Aurora Ulloa Varela, supo hacer buenos negocios. Siempre fue una mujer muy lista.

Tuve un gran éxito, profuso y exagerado. En apenas un par de años me convertí en uno de los escritores más notables de una España desconocedora de su destino, pero tras él, el universo se confabuló para que la fortuna me esquivara y solo la desventura se desposara conmigo. Mi pluma se apagó y la memoria empezó a fallarme.

El éxito me llevó a una vida fuera de las letras, licenciosa, enloquecedora, llena de fiestas, alcohol, mujeres y excesos. Una vida que me apartó de la literatura como se aleja uno de un apestado por miedo a una infección perentoria, y que me hizo arrinconar mi don y mi magia, mi persona. Aunque, para ser honestos, hacia el vicio y las fiestas que me hicieron olvidar no solo me empujó el éxito: la culpa también tuvo mucho que ver.

Podía haber optado por quedarme en mi Galicia natal, en mi isla, para intentar recobrar la memoria que perdía, llena de lagunas y vacíos, pero preferí la intemperie como patria. Me pareció más cómodo huir a lugares donde nadie me conocía. Ser sordo y ciego entre quienes no sabían nada sobre triunfar, y andar por las calles sin nombre de grandes ciudades, como una parca en busca de almas, visitando sus burdeles y probando los placeres que el dinero podía proporcionarme. Así, junto a vagabundos, prostitutas y caballeros viciosos e indolentes, paseé por vetustas calles negando lo que un día fui. De ese modo también logré reprimir las pesadillas que con el triunfo invadieron mi mente y evocaban lo que era mejor que estuviera enterrado. Malos sueños que, como telarañas, se colaban por mi pensamiento sin que pudiera evitarlo y que me obligaban a morder la pena y acallar mi corazón.

Olvidé y arrinconé mi memoria durante años.

«Cosas de la vida», me decían.

«Cosas de la gloria», repetían.

Alguna vez, en momentos de lucidez, intenté recordar, recuperar mi yo perdido, pero a mi alrededor el pasado permanecía escondido y cerrado. Apenas pequeñas luces entre las sombras. Apenas un poco de claridad. Demasiado esfuerzo para alguien que había preferido una vida libertina a una con penas y reproches.

Mi memoria desapareció casi por completo hasta que, en el verano de 1936, justo antes de que España se partiera en dos y la guerra la devorara, deshecho por los abusos y pasada la treintena, volví a la isla que me lo había dado todo para sanar un cuerpo colmado de excesos, consumido, y empezar de nuevo. Debo aclarar que de la guerra, en la isla, poco supimos o sentimos. Desajustes en el abastecimiento y miedo en el servicio, pero poco más. Estaba demasiado alejada como para que nadie, ni un bando ni el otro, se preocupara por ella.

Mi primera intención, al regresar, no fue volver a escribir. Y tampoco recordar. Pero una vez allí, rodeado del origen de mi éxito, decidí recuperar al escritor que llevaba dentro. Demostrar a los que me criticaban y decían de mí que solo fui flor de un día que podía volver a hacerlo. Es terrible advertir que el genio se ha ido y que lo que te rodea amenaza con sepultar tu ser en la más absoluta pequeñez.

No fue sencillo. No lo fue. Las musas, todas, para mi desgracia, ya no estaban. Me habían dado de lado. No las podía ver. Mi don, que hacía años que se había desvanecido, no regresaba. Y mi musa, mi querida inspiración, ya no me amaba. El duende se había marchado y frente a la página en blanco, desesperado y abrumado por la no creación, debía encontrar cómo volver a escribir. La isla, mi isla, tenía que ayudarme, aunque no fue ella quien lo hizo.

Así transité por ese verano del 36 y de tal forma hubiera seguido, sumido en el pesimismo y el vacío, si ella, ELLA, no hubiera aparecido a finales de septiembre. Porque cuando llegó, cuando la encontré, las letras volvieron a mi cabeza. Desordenadas y maltrechas, cierto, pero con ganas de formar algo nuevo y admirable que contar. Y no solo tornaron las letras, también parte de mi yo olvidado.

La primera vez que la vi, salía yo apresurado de la casa familiar, del Pazo de San Jorge, escapando de las palabras atropelladas y malhumoradas de mi mayordomo, el señor Vilar, por haber estado revolviendo el desván de la vivienda para matar el tiempo que me devoraba ante mi incapacidad de crear. Ya había inspeccionado antes otras partes de la isla buscando entre sus miserias algo que diera luz a mi apagada pluma, y solo había conseguido obtener tierra empobrecida.

Como un trovador errante, buscaba entre los recuerdos de mi islote un estímulo, un motivo, algo, aun sabiendo que poco encontraría. Y es que, en la buhardilla, por ejemplo, entre las telarañas y el polvo, en la seguridad de una oscuridad perpetua, cubierta de tamo y antiguas sábanas, dormía solo una parte muy pequeña de la vida pasada. No sé si la mejor o la peor, pero solo una parte. El resto ya no estaba.

El éxito, que me adulteró y falseó la memoria y me trajo el delirio como amante, también me había arrebatado eso con la ayuda de mi querida madre. Tan preocupada siempre por mí, en exceso, con la autoridad que la caracterizaba, cuando todo se torció y mi vida se llenó de tinieblas, mandó sacar la mayoría de objetos de mi niñez y juventud del pazo. E, incluso, quitar todos los cuadros, retratos familiares y fotografías. Hasta mi antigua ropa desapareció.

—Hijo mío, es mejor que el pasado viva en el pasado —me explicó—. Ahora es tiempo de empezar de nuevo y no de que las heridas sigan sangrando. Es mejor así, hijo. Créeme. Es mejor.

Yo no alcanzaba a concebir qué daño podían hacer viejos juguetes o ropa de mi juventud. Tampoco los cuadros de mi niñez o de la familia, pero mi madre no cambió de opinión y sus órdenes se cumplieron a rajatabla. Todo, o casi todo, desapareció.

—No dudes de las decisiones de tu madre, que son puro bien para los dos —insistió cuando alguna vez protesté—. La vida, hijo, es cruel y mezquina. Tu éxito, querido mío, fue algo hermoso, pero también una terrible puerta que te llevó al infierno. Que nos llevó a todos al infierno —en eso tenía razón—. Enterremos ese abismo y dejemos que solo la luz viva a nuestro lado. Olvidar no siempre es malo, hijo. Los recuerdos, a veces, solo sirven para sufrir.

Y ahí acabaron todas las explicaciones que me quiso dar. Nunca más volvió a mencionar el tema, y yo tampoco. No debía saber más. ¿Para qué? Siempre fui un cobarde frente a la autoridad de mi progenitora. Una sola palabra suya solía ser suficiente para que mi alma se achicara y mi valentía, si alguna vez existió, desapareciera. Y si la palabra no era suficiente, el bastón que siempre la acompañaba, no la recuerdo sin él, solía ser, también, buen disuasorio de la desobediencia.

Pues ese día en el que me empeñé en buscar al genio entre lo poco que quedaba de mi pasado en el pazo, al salir de la residencia huyendo de la perorata sulfurada de mi mayordomo —que ya amenazaba con delatar mi actitud a mi madre si insistía en registrar la casa en busca de una nostalgia que nunca trae ensueño bueno, así lo veía él, sobre todo si uno rebusca y coge lo que no debe—, en el jardín de robles, estaba ella. Cruzaba con delicadeza un pequeño puente de madera que, altanero, sorteaba

uno de los múltiples riachuelos del terreno. Llevaba un hermoso vestido de seda y gasa blanca, estampado con grandes rosas rojas. Verla fue como sentir un rayo de luna que se posaba sobre mi existencia. Un rayo de luna que uno persigue desde niño entre ensueños y anhelos.

A lo lejos, se me antojó una hermosa muchacha despreocupada de no más de veinte años, pero al acercarme, al ir a su encuentro, en sus grandes ojos verdes vi confusión y caos. Parecía perdida.

Tenía el pelo largo y lustroso, color azabache. La melena le cubría parte del rostro, como si quisiera hacer de muralla para no dejar ver la turbación que escondía su mirada. Sus blancas manos, cubiertas por unos guantes de encaje nacarado, se aferraban temblorosas a la barandilla del puente y la hacían parecer, a mis ojos, una flor con miedo a que el viento de esa tarde, que anunciaba otoño, la rompiera y se la llevara. Junto a las ya marchitas y decadentes hojas de los robles, que aleteaban a su alrededor como mariposas, su imagen me resultó nostálgica y sentí la necesidad de acercarme a ella lo máximo posible.

Cuando llegué a su lado, a centímetros de su cuerpo; cuando aguardaba una sonrisa o un saludo, ella no respondió como yo esperaba, pero ¿quién iba a imaginar algo así?

—¿Sabes quién soy? —me preguntó medrosa, sin soltar la barandilla.

Callé. ¿Cómo responder semejante cuestión? Yo no sabía quién era. ¿Cómo saberlo? Lo que hice fue presentarme.

—Me llamo Ricardo Pedreira Ulloa. Soy escritor y está usted en mi isla.

Miró a su alrededor, confusa, y clavó su mirada en el imponente océano que nos rodeaba, mientras las miles de gaviotas que moraban mi isla revoloteaban a nuestro alrededor graznando sin parar. Luego se volvió, sin soltar la baranda, y me repitió esa extraña pregunta.

—¿Sabes quién soy?

Cuestión incómoda y difícil de responder. Incluso yo, que nadaba de continuo entre las lagunas de mi memoria, sabía cómo me llamaba o quién era. Podía haber olvidado parte de mi pasado, de mis lances como escritor mujeriego, de mis noches borracho en compañía de mis amadas musas o de las que, también borracho, pasé en soledad intentando recobrar cierta dignidad, pero no quién era. Al menos, eso pensaba en aquel tiempo.

La observé, sin disimulo, y contemplé fascinado su cuerpo, su rostro y sus manos. Me fijé entonces en que llevaba al cuello una pequeña cadena dorada con un medallón. Extendí la mano hacia la joya. Ella dio un paso atrás y soltó el pasamanos, asustada, pero ante mi cara de tonto encelado por su belleza y su inesperada visita, se dejó hacer.

Cogí la medalla, con la imagen de un pequeño ángel grabado en el frontal, y le di la vuelta. Allí había un nombre inscrito que leí: Julia.

Ponía Julia.

Capítulo 2

Julia apareció en mi isla sin saber quién era o por qué estaba allí y yo no podía responder a esas preguntas, no al menos todavía. Pero sí podía hacer que se sintiera bien, cómoda. Además, presintiendo que la sangre de unos y otros ya corría sin cuartel por las calles y campos de España, no la podía mandar de regreso a un futuro incierto, y menos sin memoria. Por eso la invité gustoso a quedarse en la casa, en una de las habitaciones de invitados, y ella accedió.

Cuando hablé a mis criados de Julia, de su aparición y de que se quedaría unos días con nosotros, noté en el señor Vilar y en el resto del servicio una actitud desabrida y un tanto esquiva. No lo he dicho antes, pero en la casa familiar había cinco empleados en total contado a mi querido intendente. A comienzos del verano eran diez, pero tras los rumores y habladurías sobre un posible alzamiento militar contra el gobierno de la República, algunos partieron de regreso a sus casas. No se lo impedí, pues no tenía derecho a obligarles a servirme cuando la preocupación les invadía y su presencia había pasado a ser simplemente eso: una presencia sin más.

En fin, de diez, quedaron cinco pares de ojos atentos a mis peticiones y también, cómo no, a las de mi madre. No es que estuvieran todo el día acechando mis movimientos, pero yo sabía, cómo no saberlo conociendo a mi progenitora, que tenían orden de vigilar mis pasos y dar parte de todo aquello que pudiera hacer que su hijo volviera a salirse del camino de la honra y la virtud. Lo que entonces no sabíamos, ni ella ni yo, era que nunca había abandonado ni olvidado del todo ese sendero que tanto temía.

Y lo primero que el señor Vilar me dijo cuando anuncié a Julia fue lo que hubiera dicho mi propia madre. Eran tal para cual. Si no llega a ser por la condición de uno y la vanidad de la otra, hubieran sido un perfecto matrimonio.

El señor Vilar nunca estuvo casado. Cosa extraña, ya que era bien parecido. Un hombre fuerte y fornido que gozaba de un trabajo honrado que le permitía vivir con cierta holgura, pero el amor le fue esquivo, como a mí la buena fortuna. Lo conoció, claro está, pero su deseo no se vio correspondido. Amores imposibles de los que más tarde supe. Imposibles y desagradecidos.

—Señor, no puede invitar a una desconocida a quedarse en la casa. No sabemos nada de ella —me señaló con cierta irritación—. Además, su madre no estaría de acuerdo. A ella no le gustaría que una mujer se quedara en el pazo, con usted —esto último fue solo un susurro, pero lo oí.

—¿Y qué quiere que haga, Vilar? ¿La dejo abandonada en la isla hasta que llegue el barco de provisiones en unos días? Si viene —rumié, pues con el inicio de la contienda ya no sabíamos nada de sus horarios—. ¡Es ridículo!

Advertí que se le torcía el gesto. No le gustaba que le contradijeran y, además, pensaba que mentando a mi madre yo no protestaría.

—Pero, don Ricardo, no sabemos nada de ella —me repitió—. ¿Cómo ha llegado aquí? ¿Cómo? —Se masajeó las sienes mirando la puerta de la casa. Al otro lado estaba Julia. Todavía no la había hecho pasar.

El asunto le preocupaba y debo reconocer que a mí un poco también porque desde la semana anterior, cuando vino el barco con el correo y el abastecimiento, no habíamos tenido ninguna visita en la isla, pero no le iba a dar la satisfacción de confesárselo.

—No sabemos quién es, cómo ha llegado o qué hace aquí —continuó—. No sabemos ni cómo se llama.

—Sí que lo sabemos. —«Un nombre precioso», pensé—. Se llama Julia, y con eso debería bastar. El resto ya lo iremos averiguando.

Miré yo también hacia la puerta de la vivienda, donde Julia esperaba. Me sentía avergonzado porque no era normal que uno tuviera que discutir tanto con el servicio, pero el señor Vilar siempre se había creído con más derechos de los que tenía. La falta, en el fondo, no era de él, sino de mi madre, que le había dado más poder del que le correspondía.

—No la pienso dejar ahí fuera —sentencié—. ¡No lo haré! Y, le guste o no, se queda en la casa.

—Su madre no estaría de acuerdo. Este no es un buen lugar para mujeres.

Claro que mi madre no estaría de acuerdo. Ella, tan suya, cuando abandonó el pazo y se compró una nueva casa en Baiona, tras decidir que la vida en la isla se le hacía insoportable, ordenó a todas las sirvientas ir a la ciudad con ella, porque se empeñó en asegurar que la isla no era sitio para mujeres. Nadie le rebatió esa idea tan especial. De hecho, Vilar la apoyó, pero las cosas habían cambiado. En el pazo estaba yo, y no mi madre. Yo habitaba la isla y era quien tenía que tomar las decisiones.

—¡Ella no está aquí! —zanjé—. Y soy yo el que da las órdenes. ¡Yo!

Así terminé la discusión, fui a la puerta y le pedí a Julia que pasara. En voz alta requerí que prepararan la habitación de invitados que tenía baño, la que todos llamaban el cuarto de bambú, ya que, en sus paredes, el papel pintado lo simulaba. Era más grande y luminosa que otras de la casa y una de las más bonitas. Antes fue la alcoba de alguien, pero no recordaba de quién. Tal vez de algún familiar. También mandé que dispusieran un cubierto más en la mesa para nuestra invitada. La joven, por primera vez desde que la había conocido, me miró agradecida. Yo me sonrojé un poco, he de admitir. Era tan bonita, tan hermosa. Una belleza cautivadora que envolvía mi espíritu de una paz serena y templada. Julia, mi rayo de luna. Agradecí su gesto y su presencia.

Hacía mucho tiempo que no me sentía de ese modo. Cosas de la mala vida, las fiestas y el alcohol, que cada tarde y cada noche desde hacía años me convertían en un fantoche que vagaba de un lado a otro sin rumbo ni puerto donde arribar. Ya no bebía tanto ni consumía con tanta frecuencia ciertas sustancias con las que durante mucho tiempo me casé, sobre todo desde que había regresado a la isla. Intentaba no

probar el alcohol hasta que la tarde caía, pero la absenta, mi querida absenta, mal que me pese, me lo ponía muy difícil. Se había convertido en una fiel amante, celosa y suspicaz, que no dejaba espacio para otras en mi corazón.

Acepté de buen grado el gesto de Julia, su mirada, a la que vi más relajada y tranquila que cuando la encontré en el puente, y le cogí la mano, un poco torpe, lo reconozco, pues ya no tenía práctica en esas lides. Se la estreché con fuerza, a pesar de que la tenía fría como el hielo, intentando que ese momento no se esfumara tan rápido como lo hacen los suspiros.

El señor Vilar, que no se había movido del recibidor, contempló la escena un tanto desconcertado y con cara de sorpresa. Se asombraba, así lo pensé, de verme de la mano de una mujer hermosa y delicada, como una pequeña flor, y no de una encontrada en las muchas noches en las que mi debilidad rijosa me había llevado de cama en cama en busca de un amor que la botella no me daba y que no conseguía encontrar.

Aún de la mano de Julia, me dirigí a la biblioteca, primer lugar que le quería mostrar a mi invitada mientras esperábamos que sirvieran la cena, pues poseía una colección de libros de la que estaba muy orgulloso. Libros, algunos, que después, pocos años más tarde, serían prohibidos y que se salvaron de las mentes estrechas y cortas de miras de mediocres regentes gracias a la soledad de mi isla. Hoy todavía la moran, como yo. Libros que, de vez en cuando, visito porque son sus páginas la mejor medicina para los pensamientos que sufren.

Cuando el señor Vilar me vio abandonar la antesala camino de la biblioteca, salió corriendo santiguándose a escribir carta a mi madre. Era un santurrón y un soplón. Siempre lo fue. Fiel perrillo faldero de mi progenitora a la que informaba de todo lo que pasaba en la isla. De todo. Y no solo en aquel tiempo. Antes también lo hizo. Sirva como ejemplo la primera ocasión en la que de niño me animé a investigar el otro lado de la isla, el deshabitado, llamado el Paraje del Ocaso.

La isla, mi isla, es así. Su geografía está llena de lugares cuyos encantadores y llamativos nombres son, cuando menos, evocadores, y está dividida en dos. Por un lado, al sur, está la parte que ocupa el Pazo de San Jorge, mi hogar, llamado así por el señor que lo mandó construir en el siglo XIX, don Ramón Rouco Buxán, un terrateniente que quiso emular a los antiguos señores gallegos construyendo una gran casa solariega que más bien simulaba un palacio.

El edificio principal, de noble piedra gris, cubierto de hiedra y bejuco en algunas de sus partes, estaba rodeado de un hermoso y bello jardín de robles, el árbol que más abundaba en la zona, que fue donde yo encontré a Julia.

Cerca había y hay un invernadero, pero ese no lo construyó el señor Rouco Buxán. Ese lo mandó levantar mi madre al poco de trasladarse al pazo, en 1903, cuando mi padre compró la isla y se la entregó como regalo de bodas. Siempre fue una enamorada de las flores y, aunque allí pocas crecieran, durante su estancia en el islote se empeñó en hacer prosperar un jardín que había ideado detrás de la casa,

cerca de la capilla y el cementerio familiar. Algunas veces consiguió que luciera hermoso, pero apenas si duraba un par de días. Se estropeaba enseguida con el salitre y los constantes arrebatos del mar que no dejaba que esas flores prosperaran más allá de la protección acristalada del invernadero.

Junto al invernáculo se levantaban una pequeña casa blanca que fue, en su día, la vivienda de los sirvientes, hoy casi hundida, y los almacenes. Un poco más allá, estaba el embarcadero. Todo ello recibe el mismo nombre que la casa: San Jorge.

Luego está el otro sector, ese del que os hablaba al principio de ponerme a describir cómo era y es mi isla. Está deshabitado y yermo, al norte, y recibe el nombre de Paraje del Ocaso. Como única construcción tenía un viejo faro, ya derruido, que fue antaño el Faro del Amor, así lo llamaron durante años, y que después pasó a ser algo muy distinto y casi aterrador. Al faro le acompañaba una casa pareja de gran porte que todavía sigue en pie. Nadie la moraba ni la visitaba entonces; sin embargo, hoy sí. Hoy la habito yo.

Pues ese día en el que decidí aventurarme a visitar el Paraje del Ocaso, según puse el primer pie fuera de la propiedad vallada, Vilar no tardó ni un segundo en irle con el cuento a mi madre.

Tenía yo catorce años cuando sucedió. Era primavera y, aburrido de andar por el pazo y hacer siempre lo mismo bajo la atenta mirada del servicio, me libré de ellos y decidí ir a curiosear a un sitio que se me antojó más divertido e interesante.

Siempre había oído decir que el otro lado era un terreno oscuro y peligroso. Una zona no apta para templados paseos al atardecer o inocentes juegos de niños. En aquel lugar uno no podía vivir ni tampoco distraerse. Leyendas y supersticiones.

Haciendo caso omiso a las advertencias, que incluso llegaban a afirmar que, si la noche te atrapaba en aquel paraje y la luna no salía, a tu encuentro acudiría en pleno la Santa Compañía, me adentré decidido en aquel sombrío y prohibido andurrial. No hay nada más atrayente que lo indebido o lo proscrito. Además, siempre he pensado que todas esas leyendas y cuentos son patrañas. A la gente le gusta inventar monstruos, aunque después tenga miedo de sus propias invenciones. Siempre ha sido así. Como si los reales, los de carne y hueso, no fueran suficientes.

Mi incursión por allí apenas duró un par de horas y todavía no os puedo contar lo que pasó o lo que vi. No a la Santa Compañía, de eso estoy seguro. De hecho, no la he visto nunca. Pero sí os adelanto que fue algo que me hizo correr como alma que lleva el diablo sin mirar atrás, casi galopando, hasta acabar entre las rocas escarpadas de uno de los acantilados de la isla, el acantilado de Las Ánimas. Un nombre que ese día me pareció de todo menos bonito y seductor.

De ese algo que me obligó a huir, os diré que sonaba a canto hermoso. Un susurro aleteado y suave que se clavó en mi cabeza y me llamó sin descanso, atrayéndome de forma inexorable hacia un pequeño manantial que nacía en ese lado del islote. Un rumor calmado que me ofrecía el cielo y el universo, si lo quería, con tan solo asomarme a sus aguas. Me asomé, por supuesto. No sé si deseaba el cielo y el

universo, pero ya entonces percibía que mi sino era hacer algo grande, que perdurara, que trascendiera. Un canto de sirena que me arrulló y meció al compás de las tranquilas olas del arroyo escoltado por palabras de amor. Sangre, metal, besos y una voz dúctil y melodiosa que me acunaba entre sus manos. El resto, lo que vino después y que me hizo escapar, durante largo tiempo, lo olvidé, como después olvidé muchas otras cosas, y no fue hasta que Julia apareció en mi isla, en mi vida, que empecé a recordarlo. Esa evocación regresó, pero otras nunca lo hicieron, si bien no tengo claro que eso sea bueno o malo, la verdad. Todos tenemos recuerdos que es mejor que permanezcan callados.

Huyendo, corriendo, casi sin aliento, llegué al barranco donde los reclamos incesantes de las gaviotas, el aire frío y gélido del Atlántico y la oscuridad total de una noche cerrada, sin luna, acompañaron mi descenso torpe por las rocas hasta hacerme tropezar y caer.

Me derrumbé sobre un mar embravecido, un océano furioso que me sacudía y jugaba conmigo como si yo fuera la espuma de sus olas. Fue el señor Vilar, acompañado de mi padre, todavía estaba vivo aunque muy enfermo, apenas un año después murió, quien me sacó del agua y me resucitó. Sí, me resucitó porque durante unos segundos, eternos para mi espíritu, en mis pulmones solo hubo agua y sal.

Fue tan solo un instante fugaz, pero detrás de mi conciencia transcurrieron siglos. Un viaje a donde no había luz ni tampoco mano alguna que me ayudara a encontrar el camino de vuelta. Sin más, oscuridad. Un eterno laberinto umbroso e impreciso por el que mis vacilantes pasos resonaban y el eco de mi voz se perdía.

Cuando el aire volvió a inflar mis pulmones, la vida me pareció más fea y también más efímera. Y descubrí, a mi corta edad, lo cerca que la muerte está de nosotros. Lo vecina que camina a nuestro lado, esperando, al acecho, vigilando.

Tras esa experiencia, nunca más volví a ver el mar con los mismos ojos. ¿Cómo hacerlo si había intentado matarme? Es cierto que su belleza no tiene comparación, su fuerza y su poder, pero también sus ansias de llevarse consigo todo lo que toca. Es más celoso que la soledad o la muerte.

Ese día decidí que viviría siempre la vida que quería vivir, sin embargo no lo hice. Y me prometí que no haría más excursiones por el lado deshabitado, por el Paraje del Ocaso. Palabra que tampoco cumplí. Más veces estuve allí, cerca del manantial, en el faro y cerca de la casona.

Desde que había vuelto a la isla, pocas veces me había aventurado a ir por el lugar. No por miedo a que mis criados me descubrieran y se lo contaran a mi madre, que lo harían, sino porque no se me había perdido nada allí, que yo supiera. Con la aparición de Julia, eso cambió y las visitas a ese lado, el prohibido, regresaron.

Capítulo 3

La noche que Julia se quedó en casa por primera vez no probó bocado, un poco incómoda por la actitud de Vilar y del resto del servicio, que la ignoraron de forma constante y no la atendieron como debían. Después de que retiraran su plato intacto a la cocina, los dos nos sentamos en el salón principal, al resguardo de la chimenea, a charlar. Prometía ser una velada encantadora.

Poco me podía contar ella de sí misma, dada su desmemoria, que hacía que la mía pareciera una simple confusión, pero yo sí que estaba deseoso de hablarle de mi obra, mi gran novela y mis letras.

Atenta, escoltados por el centelleo del fuego que hacía que sus ojos me resultaran más esmeralda, me escuchó y me preguntó por mi libro, por las historias que contenía, por la inspiración. Gustoso respondí a todas sus preguntas, incluso cuando me pareció que se repetía e insistía demasiado en que le hablara de cómo conseguía que me llegaran las ideas. No es que no quisiera charlar de ese tema, pero teniendo en cuenta que hacía años que mi musa me había abandonado, no era agradable.

El señor Vilar, mientras Julia y yo conversábamos, entró varias veces en el salón con una actitud cuando menos infantil. Con muy mala educación, suspirando en demasía, me ofreció, solo a mí, bebidas, aperitivos y cigarrillos, no tomando en cuenta a Julia. Nunca le gustó no llevar razón o que le replicaran, sobre todo si se apelaba para ello a la condición de cada uno. No obstante, esas no eran formas de proceder.

En un momento en el que Julia se ausentó para ir al cuarto de baño, mientras me llenaba la pitillera, se lo reproché. Pero, como casi siempre, solo sirvió para volver a discutir con él.

—Mire, don Ricardo, yo estoy aquí para atenderle a usted —se defendió ante mi reprimenda—. Y encantado, además.

—Y a mis invitados —repliqué.

—Sí, así es. También a sus invitados, cuando estos lo sean.

—Julia lo es.

—Claro, don Ricardo, pero lo de ella es un caso singular. No ha llegado aquí de forma normal. Ella... Como le diría yo. Ella no...

—Ella nada —le interrumpí. Me estaba poniendo de muy mal humor. No quería que me estropeará la velada—. Ella es mi invitada y con eso basta. ¡Compórtese! ¡Por Dios! ¿Qué va a pensar de nosotros?

El señor Vilar no dijo más. Asintió, agachó la cabeza y me dejó solo con mis pensamientos.

Esa noche, Julia ya no volvió al salón. Se fue a dormir y yo, ante su ausencia, me encerré en mi despacho preso de una especie de ilusión y esperanza, obtenida de su compañía, que me decía que algo nuevo iba a empezar. Una corazonada que me

avisaba de que tal vez ese era el momento adecuado para intentarlo de nuevo, para volver a escribir. ¿Podía hacerlo? El recuerdo de los ojos de Julia me dijo que sí. Solo debía armarme de valor y ponerme delante del papel en blanco que reposaba en mi escritorio con cierto aire arrogante.

Me senté, pero la forma en la que las hojas parecían reírse de mí me hizo levantarme de golpe y buscar un poco de ayuda para mi vendido valor. Fui a uno de los armarios y saqué del estante a mi querida absenta. Cogí la copa, la cuchara y el azucarillo, y lo preparé todo, deseando que ese primer vaso me animara a enfrentar mis miedos. Dejé que el magnífico líquido se filtrara pausado por el azúcar, empapándose de su dulzor, hasta que llenó la copa. Después me lo acerqué, lo olí y lo bebí, saboreando su amargor de regaliz mientras le pedía, casi suplicaba, que hiciera funcionar mi cabeza, pero no resultó. La pluma siguió muda y el papel en blanco.

Volví a llenarme la copa, me encendí un cigarro y miré por la ventana. La noche ya se cernía con elegancia medida sobre la isla, cubriendo las sombras con su manto. Ni la luz de los faros cercanos, ojo avizor, podía competir con ella.

Bebí esa segunda copa de un solo trago, regresé al escritorio y me centré en el desdeñoso papel mirándolo con decisión, intentando tratarlo como lo que era: mi siervo. Y, finalmente, por primera vez en años, cogí la plumilla y escribí. Volví a escribir.

No sé cómo explicarlo, es difícil, pero fue como si, de todo el firmamento, yo hubiera deseado vislumbrar y tener la estrella más luminosa y hermosa, la más bella, y, por una vez, el destino se hubiera apiadado de mí y me la hubiera señalado diciendo: «Cógela. Es tuya».

Fue como si la presencia de Julia hubiera hecho que la inspiración regresara, por lo que no pude evitar pensar que ella era, en aquel momento, mi numen. Quizá ya no supiera llamar a mi vieja musa, lo había olvidado, pero tal vez ella había encontrado el camino de regreso a mí a través de la inesperada visita de Julia, que sería, era, mi nueva musa.

Durante toda la noche, las páginas dejaron de estar en blanco y las palabras llenaron mi vida de nuevo. Palabras todavía un poco vagas y lastimosas, pero dispuestas a contar una nueva historia: la historia de un soñador. La historia de un hombre cuya única riqueza es el amor. La historia de un amor tan imposible como imperecedero.

En mi oleada de entusiasmo y para que la información le llegara de mi persona y no solo lo que Vilar creía o pensaba, también escribí una carta a mi madre.

Le hablé de Julia, su aparición y la iluminación que había supuesto nuestro primer encuentro. De su belleza, sus ojos, que hipnotizaban, y, por supuesto, del mal comportamiento del servicio hacia ella. También le pedí que mandara a alguien para intentar averiguar quién era y cómo había llegado a la isla. Era de ley porque, aunque me daba igual quién fuera, para Julia seguro que sería un alivio recobrar su identidad.

Debo confesar que tras ese primer arrebató de buen samaritano, al pensar en la

alegría que me daba su presencia y el regreso repentino de la inspiración gracias a ella, deseché la petición de ayuda. Y es que, en el fondo, no quería que Julia recuperara la memoria. Es egoísta, lo sé, pero yo solo deseaba que se quedara conmigo.

Imaginar su posible partida, visualizarla alejándose de mí, de mi isla, me producía espanto y pavor. Sé que la acababa de conocer, pero era tan bonita. Y, además, con ella a mi lado, las palabras, de nuevo, renacían.

Por otro lado, aunque suene mal, razoné que quizá la memoria de mi invitada no regresara nunca. Parte de la mía tardó en volver y, cuando lo hizo, no tornó completa.

Rehíce la misiva a mi madre y omití la petición de ayuda para Julia. «Más adelante», pensé, «más adelante».

Guardé la carta junto con otras que tenía preparadas para que se las llevaran en el barco de provisiones, cuando este apareciera, y decidí seguir escribiendo, embriagado de arte, con los ojos verdes de Julia como iluminación y aliento, y con la apacible compañía del humo y la absenta a mi lado.

En algún momento de la noche, la conciencia debió abandonarme y la madrugada se transformó en borrosos laberintos. Malos sueños que me llevaron por salas de piedra enmohecida en las que múltiples voces de mujer me aterrorizaban y me obligaban a cerrar los ojos. No me gustaba lo que decían. Tampoco sus lamentos acusadores.

Malos sueños que me arrastraron por la inconsciencia. Gritos y reproches entre muros conocidos. Y el mar, cómo no. Un mar resentido conmigo que me obligaba a retroceder. Un océano que no me dejaba huir mientras esas salas se hacían cada vez más pequeñas, arrinconándome hasta hacerme casi desaparecer. Como un ratón al que la esquina es lo único que le queda mientras el gato, sonriente, le enseña los dientes saboreando de antemano el festín que se va a dar.

Fue una noche mágica en la que volví a escribir, pero en la que las pesadillas que había logrado sepultar durante años, gracias al alcohol y a otras sustancias, regresaron con fuerza para quedarse. Desde ese día velan con fervor mis sueños. No he podido librarme de ellas y es que jugar con el destino es atrevido, sobre todo si este lleva las cartas marcadas.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, la conciencia retornó y los primeros rayos de luz, amedrentados por los nubarrones que se acercaban desde el mar, se posaron en mi cabeza, recordándome que despertar después de haber pasado la noche con absenta era una pesadilla en sí mismo.

Después del primer vaso, uno ve las cosas como le gustaría que fuesen. Tras el segundo, ve las que no existen. Después...

Me retrepé en la silla, sintiendo todo mi cuerpo dolorido, y comprendí que seguía en mi despacho. Había pasado allí la noche. Sobre el escritorio yacían una veintena de hojas garabateadas junto a un cenicero atestado de colillas, un vaso vacío y una cuchara pegajosa de plata para la absenta.

Cogí las páginas, había escrito más de lo que recordaba, y las leí. Tenían buena pinta. Quizá, por fin, una nueva novela se abría paso. Parte ya la tenía estructurada en la cabeza y sus personajes me eran familiares. La trama, con tiempo, iría cobrando forma hasta convertirse en una muy buena historia que contar. Estaba seguro de ello. Me lo decía el instinto. Ese viejo amigo que también había perdido y que, en aquel momento, sin anunciarse, retornaba a mi lado.

Contento a pesar de la resaca, salí apresurado en busca de Julia. Debía darle las gracias. Había sido ella, su presencia, sus ojos, su voz, la que me había inspirado.

Todavía era temprano, el alba aún luchaba por crecer, así que deduje que, a buen seguro, continuaría durmiendo. Subí las escaleras hasta llegar a su habitación y llamé con cierto nerviosismo. No quería molestarla, pero estaba deseando hablar con ella. Verla y tenerla cerca.

Nadie respondió. Volví a llamar, pero nada. Silencio. Solo silencio.

Decidí abrir la puerta con cuidado, para no sobresaltarla, y entré. Mi intención no era ni mucho menos incomodarla de modo alguno, pero necesitaba decirle que había vuelto a escribir, que en mi cabeza las ideas resurgían y que, por primera vez en años, me sentía feliz. Y todo se lo debía a ella. Solo a ELLA.

Entré en la habitación, pero Julia no estaba.

Sobre la cama hecha, encima de la colcha de ganchillo blanca, descansaba su vestido, colocado con pulcritud, y a sus pies, unos zapatos negros de salón. En la mesita de noche, apoyado con delicadeza, estaba el colgante. Me acerqué y lo cogí. Volví a entonar su nombre: Julia.

Julia y Ricardo.

Sonaban bien juntos.

Ricardo y Julia.

Todavía me gusta cómo suenan.

Al lado del colgante dormitaban sus mitones. Los tomé y me los llevé a la cara. Absorbí su perfume, su esencia. Olían a vainilla. Ese era el aroma de Julia. Delicioso,

dulce y embriagador. Me sentí transportado a la infancia donde la vainilla envolvía el pazo y mi vida.

Vainilla.

¡Qué dulce sensación!

En ese instante, unos tremendos golpes me devolvieron a la realidad. Los escuché atronadores en mi cabeza, donde en verdad residían, y me desperté del ensueño en el que me había ceñido el delicado aroma de Julia. Azotes de la resaca, supuse.

Advertí los guantes en mis manos y, al vuelo, los devolví a su sitio. No quería que Julia me viera oliéndolos. Hubiera sido una situación humillante y bochornosa. ¿Qué clase de hombre huele la ropa de una mujer a la que acaba de conocer? Cualquier excusa hubiera sonado ridícula y me hubiera hecho parecer un acosador. Qué vergüenza hubiera sentido.

Miré a mi alrededor, la habitación vacía, y reparé en la puerta cerrada del baño. Seguro que Julia estaba dentro, aseándose para enfrentar un nuevo día, y por un segundo, tuve tentaciones de ir y llamar, pero me contuve. No era de buen caballero incomodar así a una dama que, probablemente desnuda, se estaba bañando.

Al pensar eso, al imagina su cuerpo desnudo, noté que el mío se incendiaba. Un ardor que desde mucho tiempo atrás no sentía me asedió, y mi mente se hinchó de deseo. ¿Cuánto hacía que no experimentaba algo así? Ya ni lo recordaba. Además, la bebida, ferviente acompañante de años, y otros compuestos habían hecho que fueran muchas las veces que confundí deseo con necesidad.

A pesar de la tentación, Julia solo estaba a una endeble puerta de madera de mí, conseguí reprimirme y, aún con cierta sensación de acaloramiento, abandoné la alcoba. Ya tendría tiempo de conversar con ella más tarde. Todo el tiempo del mundo.

Estaba cerrando la puerta, despacio, sin hacer ruido, cuando una duda me asaltó. ¿Había dejado los guantes como debía? Los golpes de mi cabeza me habían sorprendido y los había posado en la mesita sin prestar demasiada atención. ¿Los había dejado bien?

Volví sobre mis pasos para asegurarme de que los nervios no me habían traicionado, y me percaté de que de uno de ellos asomaba un pequeño sobre no más grande que un meñique. Quise hacer como que no lo había visto, no quería violar más la intimidad de Julia, pero me fue imposible alejar la curiosidad. Me acerqué a la mesita y lo cogí.

Por la escalera, escuché al señor Vilar subir y llamarme. No respondí y, raudo y veloz, me metí el sobre en el bolsillo de mi chaleco, notando algo duro en su interior, y salí de la habitación. Mi intención era que nadie me viera, pero él lo hizo. No obstante no dijo nada y se limitó a informarme de que el desayuno estaba servido en el comedor. También me aconsejó, él era así, siempre preocupado por todos y todo, que me vendría bien un baño y cambiarme de atuendo. Y estaba en lo cierto, porqueapestaba a alcohol y malos sueños, y tenía el traje arrugado, sucio e incluso con restos de tinta, ceniza y lo que supuse era vómito. Efectos de la inconsciencia y la absenta,

una combinación tan embriagadora como temeraria. Al principio, durante un tiempo, por las mañanas, después de pasar así noches de penumbra, me prometía a mí mismo que no lo repetiría, que dejaría la absenta como antes dejé a otras queridas igual de celosas, pero con el paso de los días y las estaciones, renuncié a hacerlo. Desistí. Dejé de engañarme, porque eso era lo que hacía: engañarme.

Era y soy débil, y si dejaba la absenta no tardaría mucho en encontrarle sustituta. Otra que me amaría igual de violentamente. Otra que no dejaría espacio para nadie más y se ocuparía de mis malos sueños. Hoy, eso ha cambiado. Debo reconocerlo. Pero tal vez se deba a que ya no necesito a la amante que siempre busqué en la absenta y en otras. Ya no. Hoy, no tengo que buscarla.

Bajé y fui al comedor. La mesa estaba puesta para uno, así que solicité al servicio que colocaran un plato más para Julia. Seguro que bajaba enseguida y, además, estaría hambrienta, pues durante la cena de la noche anterior no había probado bocado. Luego, aguardé, pero el lento caminar del tiempo me alcanzó y, ante la ausencia de mi invitada, no me quedó más remedio que desayunar solo. Tras más de una hora de espera, no podía hacer otra cosa.

Desayuné sin apetito, engullendo en lugar de comer, como un animal. No tenía hambre y no solo la resaca era la culpable, también la ausencia de Julia. Tenía tantas ganas de estar con ella que el estómago se me había cerrado. ¿Qué era lo que me pasaba con esa mujer? ¿Por qué me sentía de tal forma por la ausencia o presencia de un ser al que acaba de conocer? No lo sabía. Todavía tuve que esperar días, semanas, para averiguarlo.

Tras el desayuno, me dirigí a mi habitación para asearme y cambiarme, como me había recomendado Vilar, y, al pasar frente a la ventana del recibidor que daba al jardín de robles, un rayo de sol, lánguido y enerve al que le costaba brillar debido a las nubes que se posaban sobre la isla, me cegó por un instante. Cerré los ojos, molesto por su luz, y, al abrirlos de nuevo, para alegría de mi corazón, ese resplandor me mostró a Julia.

Estaba paseando distraída por el jardín. Volvía a estar en el pequeño puente de madera. Sentí el mismo encanto que el día anterior, cuando la descubrí. Me entraron ganas de salir corriendo a su encuentro pero, en aquel momento, al ver sus manos desnudas, caí en la cuenta de que aún no había abierto el sobre que llevaba en el bolsillo. Me sentí avergonzado por haberlo cogido. ¿Cómo había sido capaz de espiar así a mi invitada, a mi recién alcanzada inspiración? No podía consentir que se enfadara conmigo. Eso me rompería.

Al momento me alejé de la ventana y subí las escaleras de dos en dos, camino de su habitación. Cuando entré, me aseguré de cerrar bien la puerta para que nadie me viera. Ni Julia ni ninguno de los criados. El vestido ya no estaba —lógico por otra parte, lo llevaba puesto en el jardín—, ni los zapatos. El colgante tampoco, pero sí sus guantes. Saqué el sobre del bolsillo y lo posé con cuidado dentro de la prenda. Me giré. Iba a marcharme sin abrirlo, pero algo, un impulso tal vez, o quizá la llana

curiosidad, tan propicia ella a dar permiso a los indiscretos para poder ver y oír lo que en principio les está vedado, me hizo regresar sobre mis pasos y volver a cogerlo.

Lo abrí, un poco nervioso, y sobre mi mano cayó una pequeña llave. No había nada más dentro. Solo una llave.

La observé. Común, dorada, normal, como las que se usan para cerrar cajones, baúles o maletas, pero hubo en ella algo que sí llamó mi atención y que podía diferenciarla de cualquier otra. Junto al ojo tenía unas letras grabadas: «Anna».

Capítulo 5

Durante todo ese día, tras descubrir la llave, el nombre de Anna retumbó en mi cabeza con fragor. De un lado a otro, a la deriva, iba y venía sin un punto fijo donde atracar.

«Anna».

Le estuve dando muchas vueltas a qué podía abrir aquella pequeña llave o quién era esa Anna, pero no llegué a ninguna conclusión.

La llave podía ser la de una maleta o un baúl. Quizá del equipaje de Julia, perdido a saber dónde, si bien entonces el nombre grabado debería ser Julia y no Anna. ¿Acaso le podían haber prestado el bagaje? El nombre podía ser el de un familiar o una amiga. Era un nombre común, aunque cierto que no con dos enes.

Me hubiera gustado preguntarle de forma directa a la propia Julia por ello en alguna de nuestras charlas o paseos, pues era en sus guantes donde la encontré y ella debía saber, la lógica así me lo decía, quién era Anna o qué abría esa llave. Con todo, lo fui postergando porque no quería delatar mi indiscreción. Lo más cerca que estuve de consultarlo fue durante la comida, que degustamos callados, uno frente al otro, contemplando el ir y venir del servicio, sus suspiros, sus miradas de soslayo y sus constantes signados.

A la caída de la tarde, mientras paseábamos con un cielo plomizo saturado de lluvia, como la llave no se me iba de la cabeza, pensé en preguntarle, pero no pude hacerlo. Mi oportunidad se evaporó porque el destino no tenía intención aún de que supiera su sentido. Tenía otros planes para mí y también para Julia. Otros planes para todos.

Estábamos cerca del acantilado situado sobre la playa de Los Náufragos —un nombre nada propicio para un arenal, he de admitir, y que, además, a mí me producía desasosiego aunque no tenía claro, no conseguía recordar, por qué—, cuando un grito desesperado y atormentado nos hizo parar en seco.

Nos callamos. Se hizo un silencio total que ni las gaviotas de la isla se atrevieron a romper con su bullicioso aleteo.

El grito se repitió. Más agudo e hiriente. Era espeluznante. Un grito de dolor.

Nos asomamos presurosos al borde del talud y oteamos la playa. Nadie. Allí, en la arena, no había nadie a pesar de parecer que el lamento venía de aquel lugar. Nos miramos, confundidos. Julia estaba pálida y temblaba. Me hubiera gustado consolarla, pero otro chillido igual de angustioso me hizo posar los ojos más allá.

Levanté la mirada hacia el mar y, por un momento, sentí pánico. Percibí un dolor agudo en el pecho y mi columna vertebral fue recorrida por un profundo e intenso escalofrío. Aquello que mis ojos veían no podía ser real.

Me quedé petrificado mientras Julia me observaba horrorizada y lanzaba un quejido de espanto. Sus ojos se habían revertido de un aceitunado oscuro, cerrados de lágrimas y miedo. También había tristeza en ellos. Estaba velada de llanto, pero la había.

En el mar, en medio de la nada, una barca cargaba a un hombre y una mujer. Él sujetaba uno de los remos en alto con las dos manos, apuntando hacia ella. El terror estaba dibujado en el rostro de la mujer que, atrapada en el final del bote, se estrechaba con nervio la cintura mientras movía los ojos nerviosa, como si buscara una salida, una salvación.

El hombre, vestido con un buen traje de tres piezas azul marino, con el remo en alto, dio unos pasos seguros y firmes hacia ella, a pesar de la inestabilidad que mostraba el batel, y, sin contemplaciones, la golpeó con furia.

Yo me quedé inmóvil, sin poder reaccionar ante lo que estaba presenciando. Cerré los ojos en un intento pueril de que aquella visión desapareciera, pero cuando los abrí, seguía allí. Mi mente se quiso detener y dejarse llevar por los anhelos de un pasado mejor. Lo sentí. Creo que se bloqueó y me di cuenta, lo supe, que ya no había vuelta atrás. El camino hacia su pérdida estaba enfilado.

Julia me dijo algo que no entendí porque solo era capaz de oír el rotundo silencio que ceñía el islote y mi sangre atropellada bombeando en las sienes. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Qué hacían en mi isla?

El hombre, por un instante, fugaz pero suficiente para sobrecoger mi alma, miró en nuestra dirección aunque no pareció percatarse de nuestra presencia, y volvió a elevar el remo al cielo con furia. Sus helados ojos azules transmitían despecho y odio. Maldad.

Quieto, como un maniquí, permanecí contemplando la escena. Viendo cómo ese monstruo golpeaba una y otra vez a la mujer hasta tirarla de la barca y entintar el mar de sangre. Al instante se sentó, colocó el remo en su sitio y se puso a bogar, perdiéndose entre la niebla que escupía el océano, indignado por la maldad cometida. En segundos, ese leviatán huyó y la bruma lo invadió todo, confundiéndose con los celajes sombríos y cenicientos que ya empezaban a descargar lluvia.

Cuando el cuerpo de la mujer cayó al mar con estruendo y las gaviotas rompieron la mudez que nos envolvía, graznando de nuevo, yo seguí sin reaccionar, anclado al suelo mientras todo a mi alrededor empezaba a girar sin control. Me sentí como en un tiovivo donde toda la isla, Julia, la niebla, el mar y las gaviotas daban vueltas y más vueltas sin parar.

Julia, en cambio, llorando y gimiendo, salió corriendo hacia el sendero que bajaba a la playa desde el acantilado mientras pedía ayuda y gritaba mi nombre. Fueron sus pasos torpes, la lluvia la hacía patinar, y sus quejidos debidos al esfuerzo y la pena, los que me hicieron, por fin, recobrar el movimiento e ir con ella.

La acompañé, también yo tardo ante el embate de viento y el peligro de las lenguas de niebla que desde las profundidades del mar se enredaban entre nuestros

pies. Bajamos a la playa de Los Náufragos y, una vez allí, ella se metió con valor y coraje en el océano sin mirar atrás. Solo se frenó una vez, cuando el agua le llegaba a la cintura. Gritó mi nombre y, después, siguió adentrándose en el mar.

Di un par de pasos hacia ella, pero en cuanto la primera ola rozó mis zapatos, retrocedí amedrentado.

¡Qué cobarde!

—¡Julia! —la llamé desesperado, preocupado—. ¡Vuelve!

Sin embargo, por respuesta, ni tan siquiera tuve el sonido de las mareas.

Insistí, hasta casi quedarme sin voz. La bruma no me dejaba ver. No la divisaba. Ni a ella ni a la barca ni a la otra mujer. Tampoco la oía. Las gaviotas se habían vuelto a callar y el silencio era detestable, solo quebrado por el inacabable fado de la lluvia tañendo al compás de las olas del mar.

Estaba desesperado. Aterrorizado. Asustado. No me da vergüenza reconocerlo. Mi mente, que ya había empezado a oscurecerse sin yo saberlo días antes, no me dejaba moverme. No me daba permiso para salir del terror que en ese momento recorría todo mi cuerpo, atenazando mi corazón y amenazando con hacer que se parara.

—¡¡Julia!! —volví a gritar—. ¡¡Julia!!

Nada.

Me dejé caer de rodillas en la playa, en la fría arena, con las manos cubriendo mi cobarde y pálida cara, para esconder las lágrimas que corrían por mi rostro. Un cobarde. Eso era. Un auténtico cobarde que no se atrevía a enfrentar sus miedos.

—Julia —susurré.

Ya no había fuerzas. Tampoco ganas.

Tenía la sensación de que la isla me estaba devorando. Su niebla, su mar, su lluvia y su silencio me consumían. Engullido por mi morada, mi pasado y mi presente.

Ya de mi garganta solo salían gemidos sin sentido, suspiros y llanto cuando, de repente, una mano se posó en mi hombro. Una mano cálida y amiga. Me giré con avidez esperando ver los dulces ojos de Julia, pero no era ella. Era el señor Vilar. Julia había desaparecido.

Capítulo 6

Esa noche sin Julia, sin saber dónde estaba, fue una de las peores de mi vida. No la única, hubo más antes y después, pero sí una en la que miles de fantasmas vinieron a visitarme. Sombras oscuras y sigilosas que se posaron a mi alrededor, colándose en mis sueños y musitándome palabras llenas de desconsuelo y culpa.

Una vez en casa, el señor Vilar me obligó a meterme en la bañera con agua caliente y me preparó un tentempié que ingerí sin ganas ante su atenta mirada. También me sirvió un buen vaso de *brandy*, que sí aprecié, frente a la chimenea del salón principal.

Tras ese primer vaso, que templó un poco mis ánimos, aún ateridos de miedo por lo vivido y contraídos por la angustia de la no presencia de Julia a mi lado, Vilar me acercó mi pitillera y me sirvió un segundo vaso que volví a beber de un solo trago.

—¿Cómo me ha encontrado? —le pregunté, mientras me encendía un cigarro que solo me hizo toser y no calmar, como pensé, los nervios. Tenía la garganta dolorida y el humo me la quemaba.

—Cuando cayó la niebla y usted no regresó, empecé a inquietarme. —Se veía el cansancio en su rostro. También la preocupación—. Convoqué al servicio, nos dividimos y salimos a buscarle.

—Pero ¿cómo me encontró? La niebla lo envolvía todo —interpelé entre carraspeos—. La tarde estaba cayendo cubriendo todo de oscuridad y la isla es grande.

Por los grandes ventanales del salón se veían enormes lenguas de bruma cubriendo cada rincón. No había escondrijo en el que ocultarse.

—Sus gritos, don Ricardo. —Posó su mano en mi hombro, como hizo cuando me encontré—. Fueron sus gritos los que me llevaron hasta usted.

Mis gritos. Me avergoncé. Como un niño pequeño castigado o perdido, así había gritado y llorado. Tenía la garganta magullada del frío, la lluvia y el llanto. Lacerada, sin duda, por los aullidos que salieron de mi boca llamando a Julia con desespero.

—¿Y Julia? ¿Dónde está? —Me deshice de la calurosa mano de mi mayordomo y tiré el cigarro a la lumbre. No podía fumar. El humo me picaba y me quitaba la voz—. ¿Han encontrado también a Julia?

El señor Vilar miró las llamas del hogar, dudando, se lo noté, perdiéndose en el color rojizo del fuego y las ascuas.

—Juan, por favor —pocas veces le llamaba por su nombre, no era correcto, pero me salió de dentro. Necesitaba saber—. ¿Dónde está Julia? ¿La ha visto volver?

—No, don Ricardo. No la he visto, pero debo decirle que a esa mujer, solo usted...

—¿Y dónde puede estar? ¿Dónde? —le interrumpí de forma atropellada, nervioso, sin respiración, apoyándome sobre una mesa auxiliar cerca de uno de los

sillones orejeros—. ¿Dónde está? Ella... El mar...

—¿El mar?

—Sí, el mar...

No fui capaz de terminar la frase. La sola idea de que el mar me la hubiera arrebatado me causaba espanto. El maldito océano que se empeñaba en quitarme todo lo que amaba.

No sé por qué pensé eso, pero lo pensé. Tenía la sensación de que el mar, siempre al acecho, me vigilaba esperando que diera un mal paso.

Esa desquiciada idea y el silencio como respuesta por parte de Vilar me hicieron temblar de miedo. ¿Acaso tenía razón mi turbación y le había sucedido algo terrible a Julia? ¿Acaso ya no iba a regresar nunca más a mi lado? No podía ser. Aquello no podía suceder.

Percibí mi cuerpo temblar y mi alma arrugarse hasta casi convertirse en una mísera mota de polvo. Me vi palidecer ante la idea de una isla sin Julia, sin mi inspiración, sin mi recién encontrada musa. Sentí palpar de pánico mi corazón y lo oí detenerse. Lo noté. Por un instante, efímero tal vez, sentí que moría.

Vilar vio el terror reflejado en mis ojos y antes de que el desasosiego y la ansiedad me crisparan por completo los nervios y se apoderaran de mi mente, ya perdida en el temor y la duda, trató de tranquilizarme.

—No se preocupe, señor. No lo haga —intentó sonreír—. Ya pasó. —Percibí en su mirada una inmensa tristeza mientras me contemplaba—. Todo está bien.

Parecía haber convicción en sus palabras y quise creerlas como ciertas. Deseé pensar como él, que todo estaba bien y Julia, entonces, también, para poder templar mi desasosiego y alejar el miedo que me oprimía. No tenía fuerzas para combatirlo de otro modo. Me las había quitado la playa y la escena espantosa de la que había sido testigo.

Me aproximé al fogón y me senté lo más cerca posible de él. A pesar del baño y el *brandy*, aún sentía un frío glacial envolviendo mis sentidos.

—¿Qué pasó exactamente en el arenal, señor? —me preguntó mi mayordomo arrimándose a mí—. ¿Por qué estaba allí? ¿Qué es lo que vio?

Con calma, sin omitir detalle alguno, le relaté a mi fiel lacayo lo que había presenciado en la playa de Los Náufragos. Lo que había pasado. Todo. Necesitaba desahogarme, echarlo fuera de mí y así alejarlo, si bien sabía que iba a ser imposible.

Mientras me escuchaba en silencio, el señor Vilar fue poco a poco apagando su mirada. Se fue encorvando y, por un momento, me pareció que estaba envejeciendo ante mis ojos. Se le notaba cansado, abatido y viejo, como si los años le hubieran llegado de golpe y sin avisar.

Siguió atendiendo solícito sin interrumpirme ni una sola vez, sin preguntar, sin decir nada y, cuando concluí, su rostro era un sudario. Pálido como un muerto miraba sin ver, concentrado en algún punto de la oscuridad que gobernaba fuera.

—Vilar, ¿se encuentra bien? —Me levanté y me acerqué hasta él. Estaba tan

blanco que en verdad aparentaba la imagen de un espectro.

—¿Reconoció al hombre del bote? —indagó con un hilo de voz. Hasta la palabra se le había apagado tras mi relato—. ¿Pudo verle la cara? ¿Los ojos?

—No sé quién era —le indiqué—, pero sé que era un hombre horrible. Un monstruo frío y perverso.

—Un monstruo —masculló.

—Sí, un auténtico monstruo.

—¿Y la mujer se lanzó al mar? —asentí—. Señor, perdone, pero ¿sabe por qué lo hizo? ¿Sabe por qué ella... —dudó— por qué...?

—Julia —le ayudé a decir el nombre de nuestra invitada—. Se llama Julia.

—Ya, señor. Claro. ¿Sabe, en ese caso, por qué la señorita Julia se zambulló en el mar? ¿Por qué se metió océano adentro? —Iba a responder. Le iba a decir que para ayudar a esa pobre mujer de la barca, ¿por qué si no?, pero Vilar no me dejó y me lanzó otra pregunta—. Don Ricardo, ¿puedo pedirle un favor?

—Claro, por supuesto.

—Mire, yo no me suelo meter donde no me llaman. —Eso me hizo gracia, pues no había persona más metomentodo que él, sin embargo no se lo hice saber. Callé y seguí escuchando—, pero a estas alturas, tras lo que me ha contado que ha visto y la aparición de la mujer en la isla, en su vida, creo que sería bueno que volviera usted a Baiona, con su madre.

—¿Volver? —¿Me lo estaba pidiendo en serio?—. ¡Vaya ocurrencia!

—Ese es el favor que le pido, don Ricardo. Retorne a la ciudad y olvide esta isla. Aléjese de aquí. Doña Aurora estará encantada de que regrese con ella. Allí estará bien.

—Ya. Claro. Sé que mi madre se sentiría complacida, pero eso no es posible —ni en sueños pensaba marcharme de allí. ¿Y Julia? ¿Nadie pensaba en Julia?—. Si ese es el favor que me pide, siento entonces no poder cumplirlo. ¡No voy a regresar!

—Pero, señor, lleva unos días... —vaciló buscando las palabras adecuadas—. Me tiene preocupado. Ya empieza a ser peligroso. Desde la aparición de ella, ve cosas... Cosas que no son normales porque...

—¡Claro que no lo son! —grité, me estaba empezando a enojar tanta bobada y tanta frase inacabada. Le hubiera zarandeado para que no las dejara a medias—. Pero por eso no hay que huir.

—No se trata de huir —me refuté—. Consiste en mantenerse a salvo.

—¡A salvo ya estamos! —gruñí—. Lo que hay que hacer, Vilar, es peinar la isla y buscar a ese miserable de la barca y también a Julia. —Me acerqué decidido a la puerta. Yo mismo empezaría a buscarla—. Eso es lo que hay que hacer.

—Ese hombre, usted mismo lo ha dicho, se fue de la isla con el bote. Ya estará lejos. Lejos.

—Puede ser, pero ¿y si vuelve?

La sola idea me hacía palidecer y, con decisión, abrí la puerta del salón para ir en

su búsqueda y, sobre todo, en la de Julia.

Vilar se precipitó hacia el portón y, antes de que yo pudiera salir por él, lo cerró de un portazo. Su actitud insurgente me sorprendió, pero no me dio tiempo a reprenderle. Me cogió de la mano, me llevó hasta uno de los ventanales y señaló el exterior.

—Es noche cerrada, señor. No se ve nada. ¿Qué piensa hacer ahí fuera? —Lo cierto es que el jardín estaba como boca de lobo—. Solo empeoraría las cosas.

Sopesé sus palabras. Vilar tenía razón. La tenía, como siempre.

—No se preocupe por ese hombre, don Ricardo. Se ha ido. Se ha marchado —continuó—. Y por la mujer, tampoco. No es necesario. Ella... Ella...

—Ella ¿qué?

—Ella estará bien —dijo postreramente, bajando la mirada, escondiendo sus ojos.

—¿Y cómo lo sabe? —Me resistía a quedarme de brazos cruzados—. ¿Cómo?

Silencio.

—¿Cómo puede saber que Julia está bien? —insistí.

Silencio.

—Vilar, ¡por Dios! ¿Por qué no me responde? —Parecía una conversación ajena. Yo estaba incluido, pero no la entendía.

—No se enfade, don Ricardo, por favor. —Su mirada seguía clavada en el exterior, en la niebla y la oscuridad—. Solo le digo que todo está bien. Usted está aquí, sano y salvo, y ella... —Seguía preocupado y nervioso. Su constante meneo de manos le delataba—. Ella seguro que también.

—¿Y vamos a peinar las tierras? —pregunté con cierto temblor en la voz. Quizá Vilar tuviera razón y Julia estuviera bien. Eso deseaba con toda mi alma, pero no podía dejar el bienestar de mi musa a las andanzas de la fortuna, tan esquiva siempre conmigo—. Debemos encontrarla.

—Sí, señor. Si usted lo ordena —había agotamiento en sus palabras, en su faz y también en sus gestos—, lo haremos.

—¡Así sea!

—De acuerdo, señor, pero iniciaremos la búsqueda por la mañana temprano —y marcó de nuevo el exterior—, cuando regrese la luz.

Aunque no me guastaba la idea de esperar hasta el día siguiente, accedí. Vilar estaba en lo cierto. A esas horas, el reloj marcaba más de las once, y con la niebla cubriendo todos y cada uno de los rincones de la isla sería imposible encontrar a nadie.

—Señor, ¿puedo hacerle una pregunta más? —asentí—. ¿Por qué necesita tanto a esa mujer? Parece como si estuviera enamorado de ella. ¿Lo está?

No supe qué responder. Me quedé sin habla. Sin palabras.

¿Estaba enamorado de Julia? Para mí, ella era un ángel, mi inspiración. Desde que llegó a la isla, desde que la encontré paseando por el puente de madera del jardín de robles, fue, era como mi musa perdida.

—Su forma de hablar, cómo se comporta —prosiguió—. Da la sensación de que está usted enamorado de ella, pero eso no es posible —se acercó más a mí. Había recobrado el color, pero su mirada seguía siendo pálida y mustia—. No lo es, ¿verdad, señor? No puede serlo.

Continué en silencio. Podía hablar de amor cuando escribía porque era, es, el verdadero motor de las palabras. Amar y ser correspondido. ¡Qué hermoso mensaje! Pero ¿estaba enamorado de Julia? ¿De mi musa? ¿Se puede sentir amor por la inspiración? Tal vez. Los pintores aman sus cuadros y yo, como escritor, amaba mis historias y mis personajes. Yo amaba a Julia, sí, pero no sabía si se trataba de la clase de sentimiento sobre la que me cuestionaba Vilar. No todavía.

—Debe alejarse de ella. Debe dejarla ir —me pidió—. Debe hacerlo por su bien.

Ella es mi bien, pensé, pero no le rebatí la idea porque no sabía cómo explicarle lo que sentía por Julia. Era mi bien, mi musa, mi inspiración, y no podía dejar que se fuera. ¿Cómo hacerlo? ¿Por qué, además? La necesitaba. Ella me daba paz.

—Don Ricardo, si me lo permite, debo contarle una historia —me indicó entonces, haciendo que regresara a su lado, al salón principal, y dejara de cavilar sobre el amor y el bien que me daba y me podía dar una mujer o a una inspiración—. Quizá así comprenda por qué le pido que se aleje de ella.

No dije nada y Vilar tomó mi silencio como una invitación a hacerlo. Se acercó a la ventana y comenzó a relatarme una historia que yo desconocía por completo y que me hizo entender mejor los motivos por los que mi mayordomo era como era.

Allá por finales de 1902, un joven Vilar, de apenas veinte años, trabajaba para una pudiente familia de Baiona, los Pouso Xermiñas. Era feliz con su vida de sirviente, le gustaba su trabajo y no pensaba en nada más que no fuera cumplir de la mejor forma posible con sus funciones. Eficaz y trabajador, quería dar lo mejor de sí para ir, poco a poco, ascendiendo a mayordomo. Esa era su ilusión y en eso pensaba noche y día hasta que el amor se cruzó en su camino.

Una buena mañana, en uno de los recados que solía hacer para la señora de la casa, conoció a una joven maravillosa de la que se enamoró al instante. Y es que, según sus propias palabras, el amor, en ocasiones, si es auténtico, no entiende de tiempos ni plazos.

Era una muchacha inalcanzable para él, de buena familia, rica y de clase social alta. Le estaba vedada y, además, la señorita estaba prometida. ¿Cómo iba a conseguir un simple sirviente que se fijase en él? Pues a pesar de todo lo que tenía en contra, el joven Vilar lo intentó porque el amor es así, ciego y tonto.

Cada lunes y cada martes, desde su primer encuentro casual, buscó la manera de acercarse a ella y verla. La espiaba en sus paseos, la seguía con disimulo en sus quehaceres diarios y también la observaba a escondidas a través de las ventanas de su residencia. Y de esta forma, paso a paso y poco a poco, Vilar comenzó a imaginar una vida a su lado.

Un error, lo juzgué yo mientras me lo relataba, ya que las posibilidades de que

ella sintiera lo mismo que él me parecían casi nulas.

Luego siguió Vilar con sus seguimientos hasta que un día, ya fatigado de ser una simple sombra, se armó de valor y, con una humilde excusa, se plantó delante de la muchacha para declararse. Le confesó, un poco torpe pero seguro de sus sentimientos, su amor infinito.

La joven dama, a pesar de lo que todos, llegados a este punto del relato podíamos pensar e imaginar, no se escandalizó ni se enfadó. Tampoco le echó o despreció. Para la más agradable sorpresa de Vilar, le reveló que ya sabía de su cariño y afecto. Era una mujer lista. Le había visto seguir sus pasos y se había informado sobre su persona. Sabía, así se lo habían dicho, que era un buen hombre, trabajador y honrado, aunque pobre. Eso también.

Vilar, ante la reacción de la mujer de sus sueños, sintió su corazón palpar de agradecimiento y emoción. Pensó que quizá sí, por una vez, el destino dejaría las clases y el dinero aparcado a un lado.

Durante meses, tras ese afortunado golpe de la providencia, a escondidas, comenzaron a verse la joven y Vilar. Comenzaron a enraizar en sus corazones lo que significaba amar.

La acompañaba en sus paseos y recados haciendo de criado fiel aunque no fuera a ella a quien debía servir. Y de noche, al caer las sombras sobre la ciudad, al amparo de la oscuridad que todo lo hace invisible, acudía al patio trasero de la vivienda familiar de la joven dama para estar con ella y confesarle, al resguardo de la luna, su vasto cariño.

Una noche, ya cercano el día de la boda de la muchacha, pues esta seguía prometida, el amor, hasta ese día impalpable y etéreo, dio un paso más y se convirtió en carnal. Y en ese jardín nocturno en el que se veían, las palabras se convirtieron en besos y el deseo, por fin, cobró vida.

Pasión entre amantes condenados a ocultarse. Pasión entre cuerpos que pronto se deberían separar para siempre, ya que, por mucho que Vilar creyera que la ventura estaba a su favor, la fatalidad tenía otros propósitos.

Tanta visita a su joven amada y tanto ir y venir, pasó factura al trabajo de Vilar que se vio despedido, en la calle, cesado por su falta de profesionalidad.

Eso, la verdad, se me hizo inconcebible. No era así, ni mucho menos, el Vilar que yo conocía siempre atento, diestro y competente. Nunca hubiera sospechado que su capacidad se hubiera podido poner en duda alguna vez, pero ocurrió. Aconteció, como otras muchas cosas después.

El caso es que tan enamorado estaba que le dio igual y, en lugar de pedir el perdón de la familia para la que había estado trabajando o buscar un nuevo empleo, se dedicó, en una rancia y pequeña habitación de pensión, a fantasear e imaginar su nueva vida al lado de la mujer que sería, para siempre, la mujer de sus sueños.

Capítulo 7

El reloj del salón seguía su curso templado amparando a mi mayordomo en su narración. Escoltando sus palabras, que cada vez le pesaban más. Se le notaba en la mirada, perdida en algún punto de la cerrazón presente en el exterior de la vivienda. Y también en su semblante, macilento y triste. En esos ojos que intentaba ocultarme podía ver un enorme desánimo rigiendo su corazón. No obstante, haciendo caso omiso a todos los sentimientos que se apiñaban a su alrededor, prosiguió con su relato, pues tenía claro que era algo que yo debía saber. El amor, para Vilar, no era tan bonito como yo lo concebía, ni mucho menos, y creía que su historia me ayudaría a comprender su interés en alejarme de Julia.

Imaginó Vilar, en sus horas muertas en la habitación de aquella triste pensión que era su casa, cuando no podía acompañar a su amada, una vida repleta de bienestar junto a la mujer conquistada y llena de hijos. Siempre quiso tener una familia numerosa. Él se encargaría de conseguirlo. Buscaría un buen trabajo con el que mantenerlo todo y a todos, y serían felices porque el amor serviría de piedra angular para esa felicidad soñada.

Al escuchar sus palabras, la emoción pequeña y exigua pero aún existente que albergaban sus recuerdos, me di cuenta de que el hombre que describía era uno muy alejado del que en tal ocasión, frente a la ventana, con voz temblorosa y ojos nublados de nostalgia, me contaba su historia. Una historia de amor que parecía sacada, en verdad, de una novela del romanticismo.

Contento y feliz, en uno de sus encuentros nocturnos, Vilar refirió esos nuevos planes a su amada quien tomó conciencia, al oírle, de que realmente le quería. Era pobre y de clase obrera, cierto, pero tenía un corazón de oro que a duras penas hallaría en otro hombre. Era bueno, honrado, honesto y, además, la amaba por encima de todo.

Al día siguiente de su conversación sobre huir, los amantes, ajenos a los designios de la providencia que tenía sus propias intenciones y no estaba por la labor de dejarles hacer, quedaron a medianoche en el patio de la vivienda de la joven para huir de la ciudad y empezar lejos, en otro lugar, una vida juntos.

Cuando la luz del día se evaporó, Vilar, con una simple maleta de cartón, no tenía más, y los ahorros de toda una vida trabajando —a pesar de su juventud llevaba muchos años de labor a su espalda—, se presentó en el lugar y a la hora acordada. Solo las sombras y la lluvia lo recibieron. Solo la soledad de un ermitaño jardín donde su amada no estaba.

No le importó. Pensó que se retrasaba y esperó.

Las horas caminaron sin pausa y por más que Vilar rogaba a la luna para que la muchacha apareciera, ella no se presentó. Aguardó todo lo que pudo, sintiendo cómo, a cada minuto que pasaba, su corazón se encogía, se hacía viejo y el desamor

comenzaba a ser el que reinase en sus futuras noches.

Esperó, pero ya casi al alba, empapado de lluvia y llanto, Vilar, el ya viejo Vilar, con su maleta, ahora también henchida de ilusiones y sueños rotos, salió por fin del patio.

Las lágrimas se empeñaban en asomar a la cara de mi querido mayordomo mientras con voz queda me narraba cómo el destino se burló de él. El signo y esa dama de la que yo juzgué, seguía enamorado.

Su semblante se había ido poco a poco vistiendo de amargura y tormento a la par que las palabras salían rasgadas de su boca. Cuánto debía haber sufrido. ¡Cuánto! Qué desagradecido es el amor a veces. Tan héroe como villano. Tan bello como egoísta.

El amor es maravilloso, extraordinario, y no hay en la creación sentimiento más puro y virtuoso, pero cuando este te traiciona, cuando no te corresponde, el dolor que siente un corazón roto es el más fiero de los sufrimientos.

Vilar abandonó el patio de la casa de su amada dejando atrás al joven ingenuo e inocente que había entrado allí esa noche con intención de emprender una vida nueva. Desechó sus sueños y dirigió sus pasos a la antigua habitación de motel que había sido su morada las últimas semanas, donde en soledad se encerró para tratar de sanar un corazón tan aplastado y hendido que poco arreglo tenía en realidad.

El amor transmutó en tristeza y la pena colmó para siempre su ánimo.

Por los periódicos supo, días después, que su amada se había casado y vio en la foto de costumbre a una mujer que, a pesar de lo que le había hecho, seguía siendo, a sus ojos, la más hermosa del mundo.

Llegados a ese punto de su doliente relato, quise preguntarle por la dama. Quería saber su nombre. Baiona era pequeño y tal vez la conociera. Pero él solo me explicó que era una mujer fina y elegante. Una mujer que había canjeado felicidad por clase social y dinero, mal asesorada, como supo después, por sus amigas y sirvientas, y a la que la vida le había devuelto su mal gesto hacia él con más sufrimientos de los que nadie merece.

El destino y los malos juicios que la hicieron arrinconar el amor que de verdad sentía por Vilar, la obligaron a fingir, tras su matrimonio, ser buena madre y buena esposa, pero el dinero y la posición no sirvieron para olvidar y tuvo que vivir, así vivía, con el peso del amor perdido en el corazón. Un quebranto que la convirtió en alguien frío y cruel.

Debo decir que me alegré. Vilar era un buen hombre que no se merecía semejante trato. Todos los males que esa mujer pudo sufrir, pocos me parecieron para saldar su deuda de amor si bien ahora sé que estaba equivocado. Lo pagó con creces.

Tras la boda de su amada con otro hombre, Vilar pensó que ya no quedaba sitio para él en Baiona y con la misma maleta de cartón con la que fue al patio aquella funesta noche en la que el amor le dio la espalda, decidió partir de la ciudad. Pero no lo hizo. El albur le tenía preparado otro camino. Uno que le llevó a trabajar a las

órdenes de mi querida madre en la isla, donde vive desde entonces. Un sendero en el que me aseguró ser feliz pues, en el fondo, el amor, a su manera, seguía estando presente.

—El amor, don Ricardo, tiene sus propias reglas y entiendo, ya lo ve, que uno, a veces, no puede elegir de quien se enamora, pero en su caso... —Masticó las palabras—. En su caso —repitió—, es distinto.

Se alejó de la ventana y se arrimó a la chimenea donde ya apenas quedaban unas cuantas ascuas que luchaban por no extinguirse. La medianoche nos había alcanzado y el fuego quería dormir.

—No cometa, mi señor, los mismos errores que cometí yo —continuó—. No sea tonto. No deje que el amor gobierne su vida. No lo haga.

—Pero, Vilar. ¿Se da cuenta de lo que me dice? —Me levanté del sofá y fui yo también hasta el hogar, a su lado—. ¿Gobernar el amor? ¿Cómo hacerlo? Eso no es posible.

—En su caso, señor, sí que lo es. Hágame caso. —Se giró y me engulló en sus ojos, aún tristes tras lo recordado—. ¡Olvide a esa mujer! Ella hoy está aquí, pero mañana quizá ya no. —Le contemplé asombrado. Aturdido. No entendía que me quería decir—. Hágame caso, señor, por favor se lo pido. Olvídela de una vez. Es lo mejor. ¡Olvídela! ¡Déjela ir!

Iba a replicar, pero Vilar no me dejó. Aún no había acabado.

—Olvídela, don Ricardo, olvídela o solo conseguiremos hacernos sufrir más. El amor es bonito cuando se lee y se escribe sobre él, pero en la vida real es cruel y mezquino. —Se retiró de la chimenea y fue hasta la puerta principal del salón. La abrió con cuidado y antes de irse me dijo algo que me llegó al alma—. El amor, don Ricardo, no siempre es bueno.

A renglón seguido se fue y allí me quedé yo, solo, con la compañía de una triste lámpara de fuel y nada más. Solo con las sombras del exterior, la niebla, la chimenea agonizante y las palabras de Vilar que retumbaban en mi cabeza como un grillo enjaulado.

Cuánto había tenido que padecer mi mayordomo para pensar de ese modo.

«El amor no siempre es bueno».

Durante un rato más continué contemplando la bruma del exterior, dándole vueltas y más vueltas a las palabras de Vilar, a su historia y su vida. Entendí que él pensara de ese modo sobre el amor, pero yo todavía no estaba preparado para creerle, para sentir lo mismo, para capitular.

Abandoné el salón y a pesar de haberle prometido que me iría enseguida a acostar, no cumplí la promesa y me fui a mi despacho. No sé a ciencia cierta cuántas promesas he roto a lo largo de mi vida, pero me temo que muchas, y esta solo era una más.

Una vez en el lugar, cogí la pluma e intenté escribir. Pensé que eso me distraería y

alejara los confusos pensamientos que el relato de Vilar me había provocado, pero me equivoqué. Solo logré evocarlos más vívidos.

¿Estaba enamorado de Julia? Y si lo estaba, ¿cómo olvidarla? ¿Cómo mandar sobre ese amor? Era imposible y, en el fondo, debo reconocer que tampoco quería, porque sin ella, sin ELLA, me encontraba perdido. ¿Por qué la necesitaba tanto? ¿Por qué sentía que mi vida debía estar a su lado?

Quise trazar unas palabras, las que fueran, me daba igual. Unas palabras sin más para dejar de hacerme cada vez más preguntas que no conseguía responder, no todavía, pero mi mano no reaccionaba. La tinta goteaba sobre el papel, cubriéndolo de lágrimas negras, y yo solo podía pensar en ella. Anhelaba, quería con todas mis fuerzas, que Vilar se equivocara y el olvido no fuera necesario. No estaba preparado para decir adiós a Julia.

Por la ventana, mis ojos contemplaron como tantas otras veces las sombras de mi isla, rezando para que apareciera pronto. Implorando por verla surgir en mi jardín, mi casa y mi vida.

Las lágrimas negras de la tinta también ensuciaron mi rostro y para callarlas decidí que la absenta me acompañaría esa noche. Bebí directamente de la botella, lo que quemó mi dolorida garganta como si fuera fuego. Un trago largo y profundo que me golpeó el pecho aporreando las lágrimas, haciendo que se escondieran, y magullando mi razón mientras abría la puerta a la inconsciencia.

La garganta me ardía, pero bebí un trago más pues sabía que, a diferencia del tabaco que solo la irritaba y me hacía toser, el alcohol acabaría por dormir el dolor. Otro trago más y la garganta calló, y las lágrimas, al fin, huyeron para dejar paso a la esperanza. Retorné a la ventana, me senté sobre el alféizar y observé de nuevo las tinieblas de la noche que acurrucadas acechaban mi sueño, ya próximo, esperando que Julia supiera que cuando ese día muriera, yo seguiría allí pensando en ella.

Enseguida di otro trago más, pero como no me pareció lo bastante potente para sosegar y arrinconar el miedo que me atenazaba por la ausencia de mi musa, de mi querida musa, por primera vez en meses eché mano de algo que casi tenía olvidado y que anidaba siempre en silencio en una pequeña caja que guardaba, escondida, en uno de los cajones de mi escritorio.

Cuando mi vida se tornó locura y delirio, fue ella quien me ayudó a sobrevivir. La que me meció y consoló. La que me amó y, yo sabía, me seguía amando. Ella, la morfina. ¡Cuánto la echaba de menos! Con ella a mi lado era todo más sencillo, pero cuando mi cuerpo se convirtió en apenas una mancha, en un espantajo enfermo y consumido, la tuve que dejar solo para ocasiones especiales. Me amó tanto y con tanta fuerza que a punto estuvo de devorarme y la sustituí por la absenta, igual de fiel y amorosa, pero menos efectiva.

Esa noche, terrible, después de mucho tiempo, la necesitaba de nuevo. Volvía a precisar de mi confidente fiel y devota. Un pinchazo suyo, solo uno, y el recuerdo y el miedo pasarían. La morfina siempre fue así, pero en esta ocasión, cuando la aguja

penetró en mi brazo, el olvido no llegó y la oscuridad abandonó la madrugada, se escabulló por el jardín y entró en mi casa. Abrió la puerta del despacho, se acomodó a mi lado y me sonrió porque esa noche no venía sola. Venía acompañada de la culpa.

Capítulo 8

La inconsciencia y la oscuridad de esa noche se alargaron durante días. La mezcla de dos de mis amantes más fieles había sido una proterva combinación. No sé cuántos días sobrevinieron, pero muchos porque, al despertar, septiembre ya nos había abandonado y octubre lucía en el calendario. Y al recuperar la conciencia, de inmediato, supe que debido al incidente de la playa, el relato de Vilar y el tiempo que llevaba en cama, sumido en la confusión y los malos sueños, parte de mi yo olvidado había regresado. Una parte que durante años había estado callada por el pecado y que creía era el momento de florecer de nuevo.

Me incorporé, aletargado, con el cuerpo entumecido, y contemplé mis manos. Temblaban, como lo hacía mi alma. Ese yo que volvía no me gustaba. Ese yo no podía existir, así que dejé que el yo que no tenía memoria se hiciera cargo de la situación relegando al ostracismo al que empezaba a despertar y a tener momentos demasiado lúcidos a pesar del empeño que mi mente enferma ponía en perderse.

Las cortinas del cuarto estaban echadas y en la habitación reinaba el silencio y la penumbra. La chimenea resplandecía con los restos de un fuego encendido, dando algo de calor y luz a mi alcoba. Sobre la mesita de noche reposaban un vaso de agua y un libro. Lo cogí. Era mi primera novela, *El amanecer de la luz*. Tenía una marca en una de las páginas, la número 236. Alguien la había estado leyendo. Hojeé los primeros párrafos y me sorprendí de mis propias palabras. Eran hermosas y estaban dotadas de una gran belleza. Claras y penetrantes, te hacían caminar por las páginas, saboreando su esencia, disfrutando de su ser.

Deseé volver a escribir así, ser capaz de hacerlo, y anhelé que regresara mi inspiración. De inmediato, al pensar en ello, Julia vino a mis pensamientos. ¿Dónde estaba? ¿La habrían encontrado? ¿Estaría bien?

Lo lamenté por los consejos del viejo Vilar, pero no podía olvidarla. Era imposible. Con ella a mi lado, sin duda, lograría ser de nuevo un gran escritor. Ella me ayudaría a recobrar la iluminación perdida y a volver a trazar algo grande. Y es que no hay mayor temor para un literato que la imaginación lo abandone y que de sus manos únicamente salga mediocridad. Miedo y pavor, sobre todo si alguna vez firmó algo digno y hermoso, algo admirable. Debía encontrarla.

Me levanté —algo aturdido, parecía que llevara siglos postrado en aquella cama— y me acerqué a la ventana. Abrí las cortinas, sintiendo como mis manos temblaban. Me encendí un pitillo y eché una calada larga y profunda saboreando el sabor acre del tabaco. La garganta ya no me dolía y necesitaba, a pesar del tiempo que había pasado en cama o, quizá, por ese mismo tiempo, calmar mis sentidos que notaba inquietos, pero el tabaco no era suficiente.

Un trago, pensé. Eso era lo que necesitaba. Un buen trago de mi querida absenta. Abrí también la ventana y dejé que el viento fresco del exterior sacudiera mi cara.

Apoyé las manos con fuerza sobre el alféizar, haciendo que mis nudillos mudaran a blanco, para que dejaran de palpar, y clavé mis ojos en el jardín delantero de la casa. Llovía y la tarde estaba cayendo sobre la isla. Al alzar la vista hacia el prado de robles, sobre el puentecillo de madera, como la primera vez, la vi. Estaba allí. Julia, mi inspiración, mi musa.

Al instante, tiré el cigarro por la ventana, que no me preocupé en cerrar, me puse el batín sobre el pijama que vestía y salí corriendo de la habitación. Bajé a trompicones la escalera, montando un auténtico alboroto entre los traspiés y saltos que daba para descender más rápido. E hice caso omiso a las quejas de un par de criados que subían con mantas para preparar las habitaciones de cara al invierno, cuando estas se les cayeron debido a mi impulsiva forma de bajar. Al paso me salió, casi al final de la escalinata, el señor Vilar y, al verlo, solo pude darle un obligado abrazo.

—Gracias, señor Vilar. ¡Muchas gracias! —le reconocí sin dejar de abrazarle.

—Pero, don Ricardo, ¿está bien? —me preguntó boquiabierto, pero sin deshacerse de mi abrazo—. ¿Por qué me da las gracias?

—La han encontrado y está bien, como dijo. —Le solté, le planté un buen beso en la mejilla, cosa que lo dejó sin duda descolocado, y salí corriendo del pazo camino del jardín—. ¡¡Gracias!! ¡Muchas gracias!

Tenía unas ganas terribles de hablar con Julia, de volverla a tener a mi lado.

—Pero, don Ricardo, espere. —Le oí decir a mi espalda—. ¿A dónde va?

Le ignoré por completo y seguí corriendo, a pesar de la lluvia, hacia mi destino.

—Don Ricardo, regrese —insistió—. Tenemos visita. ¡Vuelva!

Hice oídos sordos a su petición y proseguí mi camino.

Cuando llegué al puente de madera, Julia me miró sorprendida. Mi pinta, debo decir, no era para menos. Estaba en pijama, zapatillas y batín. Nada elegante para un caballero.

Fui a abrazarla, alegre y contento por volver a tenerla a mi lado, junto a mí, en mi isla, pero ella se apartó.

Me quedé inmóvil, contrariado. ¿No se alegraba de verme? Yo daba saltos de alegría por haberla encontrado de nuevo.

—En la playa, ¿por qué no me ayudaste? —me interrogó de forma seca y ruda, mirándome directamente a los ojos y haciendo que me sintiera muy pequeño.

Culpable y cobarde.

Condenado y pálido.

Eso resonó en mi cabeza.

—¿Por qué no me ayudaste? —repitió dando un paso al frente, acercándose más a mí, y haciéndome retroceder.

—Es que yo... yo... —No pude continuar.

Sentí un enorme nudo en el estómago y la culpa y la vergüenza me volvieron mudo.

Subí una mano y con ternura le acaricié el rostro en un afán infantil para que perdonara mi cobardía y entendiera mis razones, si las había, para no haberla ayudado. Posé mi mano en su cara, con cariño, y ella se retiró con hosquedad. Estaba mojada, pálida y fría. Helada.

—¿Por qué? —insistió, dando, esta vez, un paso atrás, alejándose—. ¡Es importante!

No respondí. No sabía qué decir. Me hubiera gustado que las palabras inundaran mi boca de disculpas y justificaciones, pero no las había.

Ante mi silencio, echó a correr, susurrando algo demasiado bajito para que yo lo pudiera oír, algo sobre perdonar, sobre entender, sobre olvidar, y me dejó allí solo, en el puente del jardín, con la desolada compañía del reproche y la lluvia que no daba reposo y quietud sino desconcierto y anarquía.

Vi cómo se alejaba de mí, de mi casa y no fue hasta que la divisé cruzando la valla de la propiedad camino del Paraje del Ocaso, que reaccioné y la seguí.

Por el rabillo del ojo reparé en que en la entrada de la casa estaba el señor Vilar haciéndome señas y llamándome. A su lado, un caballero de gran altura, rubio y de buen porte, contemplaba la escena, inmóvil, apoyado contra el quicio de la puerta, mientras se fumaba un cigarrillo. Al cabo de unos segundos, le hizo un gesto a Vilar para que dejara de llamarme y ambos entraron en la vivienda.

Al momento me olvidé de ellos, de quién podía ser ese hombre y solo me concentré en Julia.

La perseguí, gritando su nombre, pidiendo perdón a voces, sin obtener ni un gesto por su parte hasta que, cerca de la casona abandonada, la perdí un instante. Se había evaporado como las gotas de lluvia que no cesaban de caer. Una lluvia calmada, pero continua que, como puñales afilados, se clavaba y hundía en mis huesos humedeciéndome el ánimo y llenando mi mente de intranquilidad.

Busqué en los alrededores, caminé de un lado a otro sin resultado, hasta que, cuando ya me estaba dando por vencido, me pareció verla entrar en el antiguo faro de la isla. Apenas una presencia muda y sorda que quiso irrumpir en mi presente.

Me detuve en seco. No me gustaba ese lugar. Golpeaba mi conciencia con recuerdos que revertían, sacudiendo mi razón, como los que habían llegado a mi mente esa mañana al despertar. Remembranzas que según brotaron deseché y relegué de nuevo al olvido. No tenía tiempo para ellas. Solo lo había para alcanzar a Julia y suplicarle que me perdonara. Su indulto era muy importante para mí. Lo necesitaba.

La fachada de piedra gris oculta por el estuco y la cal de aquel edificio, con su impresionante fanal, había visto cómo la isla, poco a poco, lo había arrinconado. Sus servicios hacía años que ya no eran necesarios y se había quedado inútil como una simple sombra lechosa, casi en ruinas y desahuciada.

El Faro del Amor. Allí estaba, frente a mí. Un faro que durante años fue un refugio secreto, el nido de un amor prohibido y clandestino y hoy es, ya no es nada.

En aquel lugar se amaron Antonio Mariño Feijóo, el farero, y la mujer del

terrateniente que había mandado erigirlo junto con el pazo de San Jorge. Ella, doña Josefina Pillado Fariñas, hastiada de su vida conyugal, aburrida, sumisa y llena de melancolía y soledad, se había dejado llevar por la atracción que había sentido al conocer y tratar al farero. Era un hombre tan diferente a su marido... Fuerte, rudo y siempre íntegro y bueno. Su forma de ser, de hablar y de tratarla estaba tan alejada de los convencionalismos de su clase, de las reglas y maneras con las que siempre era servida, cuidada y adorada que, sin darse apenas cuenta, lo que empezó como un simple coqueteo, acabó en algo más. Acabó en amor.

Se asemejaba, en cierto modo, a la historia que Vilar me había contado sobre él mismo, pero con un desenlace bien distinto.

Durante meses, las paredes canas de ese faro fueron testigos mudos de confesiones a media luz, sonrisas y lágrimas, besos, pasión y deseo. Espectadores silentes del amor entre dos cuerpos enlazados que se movían al compás singular de su corazón y sus sentimientos, abandonando en el exterior al resto de mundo y olvidando por completo su condición. Dejando la vergüenza colgada de la puerta y sintiéndose solo espíritus libres.

Y esos muros también fueron testigos de lo que un día allí sucedió y que cambió de raíz el faro, la isla y la vida de sus habitantes. Público de cómo el destino quiso que el Faro del Amor mudara su nombre y lo reemplazara por terror. Desde entonces, nunca más hubo hueco para un amor limpio y noble en él, y sí para otras cosas, oscuras y sombrías.

Una tarde lluviosa de abril de 1812, el terrateniente, don Ramón Rouco Buxán, que sospechaba por el comportamiento de su esposa que esta le podía estar siendo infiel, sigiloso y mudo, cuando su bella y delicada mujer partió de casa bajo la excusa de dar un pequeño paseo, la siguió.

A cierta distancia, para no ser visto ni oído, como si estuviera acechando a una presa, la rastreó hasta el faro, donde contempló, entre la vergüenza y la pena, el odio y la furia, cómo su mujer llamaba y era recibida con pasión por el farero. Observó que este, al verla, la estrechaba con fuerza entre sus brazos y la besaba con deseo y fervor.

Henchido de cólera ante aquella afrenta y con la mente nublada por la traición, don Ramón regresó al pazo y cogió su fusil de caza. También un gran cuchillo que solía emplear para despedazar las piezas capturadas. De inmediato, regresó frenético y rabioso al faro. Con discreción y en silencio, entró y ascendió las escaleras acompañado de los sofocos y jadeos de los amantes que, ajenos a su porvenir, se dejaban llevar solo por el ardor y amor que les unía.

Cuando puso el pie en el último peldaño, sin hablar, sin decir nada, con el rostro mudado en bestia, don Ramón levantó su fusil, apuntó y, sin piedad, disparó. Entonces, dos cuerpos cayeron y, sobre todos, una maldición.

A él, al farero, a don Antonio Mariño Feijóo, lo arrastró escaleras abajo y, al abrigo de la lluvia y la tristeza de aquella tarde de abril, en la sucia tierra, con el

cuchillo que llevaba, le arrancó el corazón. A ella, a su esposa, a doña Josefina Pillado Fariñas, también la arrastró sin clemencia escaleras abajo, dejando que su sangre impregnara la madera de aquel faro que tanto horror estaba presenciando. La bajó hasta la tierra y, a pesar de todo lo que la había amado, la cogió de la cabeza y, sin pensárselo ni un instante, con precisión de cazador, le cortó la cabellera. Sus trenzas, su hermoso pelo, quedó teñido de infamia para siempre.

Cogió el corazón del farero y las trenzas de su mujer, y lo metió todo en una caja de zinc. Seguido, se fue al lado más al norte de la isla y cerca de un pequeño manantial de aguas claras y puras, se dejó caer en la orilla. Allí, entre suaves cánticos y versículos, unos hermosos ojos verdes se le aparecieron en el agua del arroyo y le prometieron perdón y absolución por el crimen que había cometido si enterraba allí la caja. El terrateniente, cautivado por esos divinos ojos, accedió.

Mientras sepultaba los restos de su afrenta, los ojos del manantial vieron dudas y remordimientos en el hombre, pues cuando llegó el momento de cubrir por completo la caja, este dudó, así que las aguas del arroyo se enturbiaron y su dueña se alzó por completo en él, entre sombras y bruma. Parecía una ánima deslustrada, cadavérica y muy enojada en la que solo el verde de sus ojos permanecía intacto.

—Has hecho una promesa, y debes cumplirla —le advirtió.

El terrateniente, sobrecogido como estaba por lo que había hecho, no respondió y se limitó a quedarse tirado en el suelo, sin terminar de enterrar la caja, mirando el infinito verde de aquellos ojos que, al no obtener respuesta, a voz en grito, para que sus palabras se pudieran oír con claridad hasta en el mismísimo infierno, lanzaron una maldición sobre la isla y esa perversa caja.

—Si alguien, alguna vez, encuentra esta caja y la abre —maldijo—, la mala fortuna será su eterna compañera y el infierno, solo el averno, será su destino.

Luego, su voz se apagó, la bruma cesó de golpe y en un suspiro, apenas un soplo, volvió a meterse dentro del manantial. Cerró los ojos y desapareció. El terrateniente, aterrorizado por las palabras y amenazas de aquella extraña mujer, terminó de enterrar la caja y junto a ella, la lluvia y la niebla, pasó la noche sin más compañía que la pena, el dolor y la ira.

Al amanecer, cuando los primeros rayos de sol se filtraron entre las nubes y besaron su rostro, don Ramón reparó en sus manos cubiertas por completo de sangre. Advirtió los restos del pecado cumplido entre sus dedos y, al mirar el manantial y recordar las palabras malditas de los ojos verdes que lo habitaban, impulsado por la pena y por una suave voz que nacía de las aguas, corrió al faro que lo había visto todo. Allí, en el frío y acuoso suelo, junto a la puerta de entrada, reposaban los cuerpos sin vida de su mujer y su amante, como piezas caídas de un ajedrez.

Se arrodilló junto al cuerpo de su esposa que exánime escudriñaba el cielo pidiendo, tal vez, que todo terminara por fin. Asió sus manos, gélidas y amoratadas, y se las llevó al corazón roto y destruido que apaleaba su pecho. La angustia, el pecado y la vergüenza le asaltaron. Las lágrimas comenzaron a arrasar su rostro y, cautivo de

la pena, subió junto con el cadáver hasta el último piso del faro. En aquel lugar lo envolvió con pujanza mientras sentía, a sus pies, el golpear de dos corazones desgarrados entre las maderas de la construcción. A pesar de que el del farero estaba lejos, enterrado y sepultado en una caja de zinc, y que el de su mujer ya no latía, don Ramón sintió con potencia las palpitaciones de ambos, al unísono, como si fueran presencias delatorias, fantasmas acusadores. Aquel latir de madera, aporreando sus pies y su conciencia, le obligó a pedir perdón, aunque ya era demasiado tarde. No había clemencia ni piedad en este mundo para él y, quizá, tampoco en el otro. Ciñó con más fuerza el cuerpo inerte de su difunta esposa, la besó y, después, con ella en un eterno abrazo, se lanzó desde el faro camino del acantilado y el mar.

Esa es una de las horribles historias del Faro del Amor, donde yo estaba en aquel momento buscando a Julia. Donde no quería meterme y donde tiempo atrás pasé muchas horas.

No quería entrar, pero debía hacerlo, así que puse mi mano sobre el postigo de la puerta y empujé. No me costó. Siempre estaba abierta. Gimoteó, sin embargo me dejó pasar.

A simple vista, no había nadie. Solo las escaleras de madera que llevaban a las habitaciones superiores. Apoyé mis manos temblorosas contra las rodillas, que me palpitaban. Había corrido en exceso desde el jardín de robles hasta llegar allí. Respiré hondo, intentando recomponerme y escuchando atento cualquier sonido que me dijera si en verdad Julia se hallaba en aquel lugar.

Permanecí en silencio un buen rato hasta que unos pasos sigilosos, pisadas como sístoles en el último tramo de escalera, lo rompieron. Eran pasos ligeros, pero cansados. Huellas penumbrosas que ascendían como arrastrándose posando su desaliento en cada peldaño, que crujía molesto con el peso.

Subí yo también las escaleras. Lo intenté hacer más rápido que esos pasos, para darles alcance. Más aprisa ascendí y llegué casi sin aliento al último trecho, donde las pisadas ya no se oían. Se habían callado.

Continué hasta llegar a la habitación de la linterna donde la nada me recibió. Soledad y vacío. Escuché y sentí los pasos un piso más abajo. Retrocedí lo andado y descendí hasta el lugar. Al entrar en la estancia, un olor nauseabundo me recibió. Un escalofrío recorrió mi columna, obligándome a mirar en todas direcciones. En el suelo, repartidos sin ningún tipo de control, restos de comida repugnante y fétida enviciaban el ambiente. También había un par de mantas mugrientas y un cenicero lleno de colillas. ¿Qué era todo aquello?

Una fuerte sensación de que alguien había estado usando el faro como escondite me asaltó y a mí acudió como un relámpago la pavorosa imagen de un hombre golpeando con odio a una mujer en una barca, el cuadro de sus terribles manos levantando el remo. Vi su rostro. Lo advertí frío, monstruoso, con una risa torcida y malvada y unos ojos azules fríos como el hielo. Puro mal.

Con el batín bien atado, apretando mi estómago, ante esa imagen espantosa que

percibí, mi mente quiso volar, irse lejos, hasta acabar posada en los cálidos ojos verdes de mi musa.

—Julia —llamé entre susurros—. Julia.

Me había parecido que entraba corriendo en el faro, pero ya no estaba seguro. ¿Y si a quien había visto era a ese hombre de la barca? ¿Acaso era el faro su escondite? ¿Habitaba ese canalla mi isla sin permiso?

Tenía demasiadas preguntas en la cabeza, brincando de un lado a otro sin control. ¿Y Julia? ¿Dónde estaba?

Capítulo 9

Miedo. Eso fue lo que sentí en el faro esa tarde lluviosa de octubre de 1936 en la que el viento soplaba con fuerza farfullando canciones de desamor. ¿Por qué se empeñaban todos, hasta mi isla, en hablar de los pecados del amor? ¿De sus faltas y vicios?

El ambiente estaba corrompido por los restos de comida y suciedad, y el polvo y la porquería lo cubrían todo. Era inmundo y hacía que la estancia, pequeña de por sí, apenas iluminada por la luz que entraba a través de un par de tragaluces en la parte de arriba de la fachada, lo pareciera aún más.

Recorrí la habitación buscando a Julia. De un lado a otro, escudriñando cada rincón. Algo absurdo, por otra parte, porque de un solo vistazo ya se examinaba entera. No era grande y no tenía escondrijo posible. Solo había un sitio donde Julia, si estaba allí, que ya no lo tenía claro, podía haberse escondido.

En el fondo del cuarto había una puerta de metal, vieja y oxidada, que daba a otra estancia. En aquel lugar era donde Julia podía estar.

Volví sobre mis pasos y me aproximé a una mesa de madera que había en la habitación. Sobre ella dormía un farol que podía encender para llevarlo cerca de la puerta de metal. Me ayudaría a ver mejor. Entonces me fijé que encima del mueble viejo y carcomido había apoyado un tintero, varios pliegos de papel y un plumín. Me acerqué, con cautela, pero también con cierta curiosidad.

Los tablones del suelo crujieron disgustados ante mi andar y mi peso. No es que yo fuera un hombre de gran tamaño, más bien lo contrario, siempre me había caracterizado por mi figura pequeña y larguirucha que, además, gracias a mis debilidades de los últimos años, se había transformado en poco más que un sombreado, pero la carcoma era en los maderos de ese lugar una auténtica tirana haciendo que cada paso que uno daba fuera inestable y movedizo.

La tinta del frasco estaba algo reseca, sin embargo aún se podía usar. El papel lucía de arriba abajo garabateado con palabras sin sentido. Términos sueltos e inconexos que dibujaban un laberinto de frases confusas y extrañas.

Centré los ojos en esas palabras, intranquilo. ¿Quién había estado allí escribiendo? ¿Ese hombre de la barca? ¿Quién si no?

Revolví los papeles, buscando en ellos algún significado, algún sentido, pero todas las hojas eran igual de caóticas e incoherentes. Garabatos y tachones. Palabras sueltas y vagas sin un aparente vínculo que las uniera.

Un crujido, a mi espalda, hizo que el corazón se me acelerara llevándome al borde del infarto y que, de forma mecánica, quisiera gritar. No llegué a hacerlo porque el lamento se perdió en mi garganta, se asfixió en ella. El estremecimiento que sentí, en cambio, no se ahogó y continuó viajando por mi cuerpo. Aún hoy puedo recordarlo. Gélido, grotesco, horrible. Me hizo palidecer y encorvarme, temeroso de

lo que podía encontrar si me giraba.

Un nuevo chirrido, más cercano, me obligó a voltearme, y lo hice, por el miedo, con los ojos cerrados. Me volví y me quedé quieto, como una estatua, mientras las maderas del viejo faro crepitaban a mi alrededor. Inmóvil como un muerto, aterrorizado, percibí un aliento crudo que me rozaba la cara.

—¿Por qué no me ayudaste?

El corazón se me paró, otra vez. Se me paró del todo. Dejó de latir un instante y, aún con los ojos cerrados, distinguí las palabras de Julia en otra voz. Distinta, masculina y fuerte.

Temí abrir los ojos. Quise coser mis párpados, cerrarlos para siempre. Deseé regresar a la inconsciencia de mis queridas amantes y a la despreocupación de tan solo unos meses atrás, cuando desde la tranquilidad de mi casa en Baiona, decidí, tonto de mí, retornar a mi isla.

Me arrepentí sobremanera de no haber escuchado los sabios consejos de mi madre, que me suplicó que me quedara a su lado. También de no haber atendido los ruegos de Vilar que me pidió, cuando me encontró en la playa de Los Náufragos, que regresara a Baiona.

Me lamenté de todo ello, y de no haber podido ayudar a Julia. No la ayudé. No lo hice.

—¿Por qué no me ayudaste?

La pregunta se repitió, más cerca. Casi podía sentir rebotar cada palabra escarchada en mi cara.

Quería mantener los ojos cerrados, pero la repetición de la cuestión, áspera y llena de reproches, no me dejó, y con un temor espantoso recorriendo mi cuerpo, tiritando como si estuviera desnudo en plena nevada, los abrí. Las lágrimas, ocultas tras ellos, brotaron, acompañando a un sudor frío y atroz que humedecía mi frente. No sé qué pensaba encontrar, pero, desde luego, no lo que hallé.

Frente a mí, solo me topé con aire. Nada más. Solo aire.

Sentí alivio, debo reconocer. Un alivio inmenso que duró muy poco. Apenas los segundos que tardé en darme cuenta de que la voz que me había aterrorizado se colaba por la puerta de metal que justo en ese momento se cerraba con sigilo acompañada de una fina mano de hombre.

Retrocedí, sobrecogido, hasta darme con la rancia mesa de madera, tirar todo lo que sobre ella reposaba y cubrir el suelo y mis pies de tinta y papeles.

Estaba muerto de miedo.

Caí al suelo, sollozando como un bebé. Me hubiera gustado salir corriendo, escapar del faro, pero unas voces procedentes de la parte de abajo del edificio me hicieron meterme debajo de la mesa como un cobarde.

La voces, varias, altas, gritaban mi nombre, pero yo, espantado como estaba ante lo que acababa de vivir, no las reconocí. No distinguí la fiel voz del señor Vilar ni la de otros criados que, acompañados del hombre rubio que había visto esa mañana,

subían apresurados las primitivas y deterioradas escaleras de la construcción en mi busca.

No los reconocí y a mi alrededor, en la penumbra de esa pequeña habitación, bajo la mesa, rodeado del olor de la tinta derramada, esas voces se confundieron en mi cabeza con otras terroríficas. Horribles llantos de otra realidad que emergían de los papeles dispersados sin control por el suelo y con la risa vil e infame que nacía tras la puerta de metal.

Capítulo 10

Por segunda vez en horas, desperté solo en mi alcoba, con la única compañía del fuego —más vivo que por la mañana—, la ventana y las cortinas cerradas, mi primera novela abierta sobre la mesita y la soledad. Me desperté cansado, aturdido y nervioso, muy nervioso. ¿Era real lo que recordaba? ¿De verdad lo era?

Claro que sí. No se puede imaginar cosa semejante por mucho que uno sea escritor y viva en ocasiones envuelto en sus mundos inventados. Algo así no se puede concebir. Los sentimientos, el miedo o la desazón que yo sentí esa tarde de otoño no se pueden profesar tan vivos si solo son palabras. Las palabras no pueden hacer eso, ¿verdad?

Mis reflexiones se vieron interrumpidas por unos golpes en la puerta que me hicieron abandonar la pesadilla vivida en el faro y volver a la oscuridad de mi habitación.

—Adelante —pedí, aunque en realidad no me apetecía estar con nadie.

Por primera vez desde que la descubrí, ni siquiera con Julia.

Necesitaba estar solo. Pensar. Aclarar mis ideas. Racionalizar lo visto y oído, y entender el comportamiento de mi musa. Era justa al enfadarse conmigo por no haberla ayudado en el mar, pero no tenía sentido tanto enojo. ¿Y su huida? ¿Su forma de salir corriendo? Eso tampoco tenía razón de ser. Le había pedido perdón. ¿Qué más quería de mí? Apenas la conocía. No podía ofenderse así conmigo. No tenía derecho.

Lo curioso era que, por más que quisiera pensar en ella como en una desconocida, como en una mujer más, no podía. Y debo ya, a estas alturas, reconocer que sí, que Vilar tenía razón. Amaba a Julia. No sabía si era solo un enamoramiento pasajero gracias al bien que me hacía su compañía, aunque sentía, me temía, que no. Era algo más. Quizá amor de verdad y, por eso, me daba pánico perderla. No podía olvidarla, como me pedía Vilar, y tampoco alejarla. No podía gobernar ese amor que sentía, aunque intuyera que me haría daño.

—Don Ricardo, he oído que se levantaba. ¿Está mejor? —me preguntó, desde el quicio de la puerta, el señor Vilar, que era quien había llamado.

Asentí. Conociéndole, seguro que había estado vigilando la habitación. Quise preguntarle por Julia, por mi musa, pues a pesar de intentar pensar en ella como en una extraña estaba grabada en mi cabeza y en mi corazón a fuego. Quise preguntar, pero no pude hacerlo. Vilar se me adelantó.

—No sé dónde está la mujer, señor. Yo no lo sé —me indicó—, pero eso no es ahora importante —hablaba como si fuera capaz de leer mis pensamientos. Lo contemplé y sentí vergüenza. ¿Eran mis reflexiones tan cristalinas como para que Vilar pudiera responder a mis preguntas antes de formularlas? ¿Era yo tan predecible? No me gustó la idea—. Ahora lo primordial es otra cosa. Debe levantarse

y vestirse. Debe bajar al salón.

—Pero me pareció verla entrar en el faro y después, allí dentro, había alguien más. Lo que vi... ¡¡Fue terrible!! —Me escuchaba sin pestañear, atento a mis palabras, pero se le distinguía la urgencia en la mirada. Tenía prisa—. Cuando llegaron y me encontraron tuvieron que verlo. ¿Vieron...?

Tampoco pude terminar de formular aquella cuestión.

—En el faro no había nadie, señor. Solo usted. —Se acercó a la cama y descorrió las mantas y las sábanas invitándome sin remedio a incorporarme—. Nadie más.

Me levanté sintiendo mi cuerpo como un peso muerto. Estaba en verdad agotado. Contemplé a mi querido mayordomo durante un instante, mientras se acercaba a la ventana y apartaba las cortinas. La noche ya había llegado y la luna intentaba batallar con las enormes nubes que cubrían la isla. Esa noche no había niebla, por el momento, pero la oscuridad era casi total.

—Tenemos visita, señor —me explicó volviéndose a uno de los armarios del cuarto—, así que será mejor que se prepare y baje al salón.

Del ropero sacó un traje limpio de color gris oscuro y una camisa blanca, impoluta y reluciente. Lo colocó todo junto a una muda nueva sobre un diván que había cerca de la ventana. A los pies del sofá, descansaban ya unos zapatos pulcros y brillantes.

—Pero en el faro, vi a un hombre —insistí. Era imposible que no lo hubieran visto.

—No había nadie, señor —me reiteró.

—Pero eso no es posible. ¡Yo lo vi! ¡Estaba allí! —¿Cómo pueden no haberlo visto?, me repetía una y otra vez—. Se escondió en la habitación pequeña del fondo, tras la puerta de metal.

Vilar negaba con la cabeza y seguía solo pendiente de mi ropa.

—¡Pero si hasta me habló!

—¡Que le habló! —dejó de colocar mi indumentaria y se giró hacia mí—. ¿Cómo que le habló?

—Sí, Vilar, sí. Me habló. Pude sentir su aliento. Estaba allí, lo sé, y me hizo una pregunta.

—¿Qué le preguntó? —Se estrujaba las manos, nervioso, mirándome de hito en hito.

—Eso da igual —no quería confesarle lo que me había preguntado. Me daba vergüenza.

—¿Qué le preguntó, señor? —insistió, acercándose y poniendo su mano en mi hombro. Se estaba convirtiendo en una costumbre.

—Le he dicho que eso da igual, porque después, cuando fui a enfrentarme a él, se había ido. Se había metido en la habitación pequeña del fondo.

No era del todo cierto que me fuera a enfrentar a él, pero no quería parecer más débil de lo que, yo sabía, ya pensaba Vilar que era.

—Eso, lo siento, señor, pero no es posible. Esa habitación está siempre cerrada. No hay llave para ella. —Reparé en cómo se tocaba de forma nerviosa el manojito de llaves que llevaba colgado en el cinturón. No le presté mayor atención, la verdad, aunque intuí que allí, entre todas las llaves que guardaba mi querido mayordomo, había una que sí abría aquella puerta de metal del faro—. En esa habitación no hay nada señor. Es una habitación olvidada. Eso es todo.

—Como quiera, no voy a discutir con usted, pero sé lo que vi y lo que oí. —Estaba enfadado y frustrado. No sabía dónde estaba Julia y tampoco ese miserable que yo sí había visto.

—No se preocupe más, señor. Ese hombre se ha ido. Seguro.

—Ido, claro. —La cabeza me iba a estallar de tanto darle vueltas. Las palabras de Vilar me hacían dudar—. ¿Y cómo lo sabe?

—Porque no había nadie allí, señor. Ese hombre del que habla no estaba. Yo también sé lo que vi, y solo le vi a usted —insistió—. Allí no había nadie más.

Nadie. Vilar nunca mentía. Entonces, ¿por qué no lo habían visto? ¿Por qué?

¿Se habría escabullido de algún modo y cuando Vilar y los demás llegaron, escapó? Podía ser, pero ¿y si regresaba?

—Olvídese de él, señor. Aquí —y señaló el pazo— estamos seguros y a salvo. Además, tenemos visita —manifestó volviéndose a la ropa del diván—. Debe vestirse y bajar porque esa visita puede serle muy útil. Puede hablar con él de ese hombre y de la señorita porque ellos...

—Visita —le interrumpí obviando lo que me estaba diciendo. No quería visitas. No quería ver a nadie—. ¡Vaya día para las visitas!

—Lo entiendo, señor, pero debe bajar a atenderla. Es importante.

Visita, ¿de quién?, pensé, y caí, de inmediato, en el caballero rubio y alto que había visto en la entrada de la casa cuando Julia salió huyendo de mí o de lo que fuera que huyera, porque no me terminaba de creer que escapara de mí.

—¿Y qué quiere? —quise saber mientras obedecía las indicaciones de Vilar y me vestía.

—Como le decía antes, ha venido desde Baiona a hablar con usted, señor. Para ayudarle —me aclaró—. Le ha mandado su madre.

—¿Mi madre? —suspiré. Mi madre, ¿cómo no?

—Ella ya ha sufrido mucho, señor, y está preocupada por usted. Todos lo estamos.

La preocupación parecía ser algo contagioso. No deberían de haber estado preocupados por mí, sino por ese canalla que visitaba mi isla sin permiso. Tenía que ser así después de lo ocurrido en el faro. Yo pensé que, tras lo de la playa de Los Náufragos, se había marchado, pero estaba claro que no. O preocupados por Julia, de la que no sabíamos su paradero. Eso sí era alarmante y no mi persona. Yo estaba bien. Cansado y algo conturbado tras lo vivido, pero en perfecto estado.

—Su madre cree que será bueno que se entreviste con él —me confesó a la par

que me ayudaba a abrocharme la camisa—. Estos días, y ya son muchos, está usted alterado, confuso. Está haciendo cosas que desde tiempo atrás no... —vaciló y no terminó aquella frase que nos hubiera ahorrado, ahora lo sé, muchos quebrantos—. Yo no soy el indicado, señor, pero debe entender que algo le está pasando.

Debería haberle sacudido para que no dejara las frases a medias y también, haber escuchado lo que me quería decir en realidad, pero no lo hice. Desdeñar y no entender lo que se me decía, esconderme tras mi frágil memoria, era algo en lo que me había vuelto un experto, sobre todo porque me convenía. Por necesidad o por negligencia, lo hacía de forma constante.

—En las cartas que le ha escrito a su madre dejaba ver esa confusión —prosiguió—. Y luego está lo de la joven. Ya se lo he explicado. Lo he intentado. No puede hacer eso. No puede estar con ella. Eso es imposible. No puede usted enamorarse de alguien que no...

—¿Las cartas? —le interrumpí.

Salí corriendo sin terminar de atarme la camisa, en calcetines, escaleras abajo camino de mi despacho. Abrí la puerta y me precipité hacia mi escritorio. Sobre él, como yo las había dejado, seстеaban las páginas de mi nueva historia. A su lado, un cenicero, restos de ceniza y colillas aplastadas, el tintero y el plumín. Cerca, para mi vergüenza, los retos de la botella de absenta que días atrás me había envuelto en la inconsciencia y una cajita de madera cerrada que esperaba nadie hubiera abierto porque allí guardaba la morfina. Y más allá, en la bandeja donde depositaba las misivas que escribía a mi madre, no había nada. Estaba vacía.

El señor Vilar, tras de mí, en la puerta, me contemplaba con tristeza. Me volteé, enfadado. Estaba harto de esa mirada y de que se hicieran las cosas sin consultarme. ¿Quién le había dado permiso para remitir esas cartas a mi madre? ¿Y si yo no quería enviarlas aún? ¿Y si quería revisarlas?

—¿Dónde están mis epístolas? —inquirí.

—Se las llevó el barco hace días, señor.

—¿Qué barco? —no recordaba ninguno.

—Usted ha estado en cama, señor, enfermo, y por eso no se ha dado cuenta —me aclaró—. Desde su desmayo han venido dos. Uno se llevó las cartas y el otro ha llegado esta mañana con las provisiones y con don Miguel, Miguel Castelao, nuestra visita.

Miguel Castelao. Así que así se llamaba el individuo que había venido a mi isla por petición de mi madre para departir conmigo.

—El primero se llevó las cuatro cartas que usted tenía preparadas para su madre —continuó mientras se acercaba a mí, me señalaba los pies y me daba los zapatos—, y el segundo ha traído al señor Castelao, que le espera en el salón principal.

—¿Cuatro? —Yo solo recordaba haber escrito tres misivas, aunque si bien era cierto que no membrar que hubiera una cuarta no significaba que no existiera, sobre todo teniendo en cuenta cómo había pasado las últimas noches. Las sustancias que

me habían acompañado no son buenas consortes si lo que uno quiere es abrigar claridad.

—Sí, señor, cuatro cartas. Todas dirigidas a su madre.

—Cuatro —susurré y entonces, como una iluminación, vino a mí la primera noche que pasé sin Julia, tras lo acaecido en la playa de Los Náufragos. Esa noche, entre bruma y oscuridad, entre la absenta y la morfina, mis manos se movieron sobre el papel intentando alejar mis aprensiones sin éxito y también, ahí estaba la explicación, escribiendo carta a mi madre.

El pulso se me aceleró. ¿Había hecho el miedo y la culpa que mi pluma comentara más de la cuenta? ¿Qué le había narrado en esa cuarta misiva?

—Don Ricardo, debería terminar de vestirse e ir al salón. Don Miguel le espera y será bueno que charle con él. —Me tomó del brazo, como si yo fuera un lisiado, y me condujo hasta el pasillo—. Ya lo verá. Será bueno.

—¿Bueno? ¿Por qué?

—Pues porque nos va a ayudar, le va ayudar —y soltó mi brazo y me señaló la puerta que daba al salón principal—. Le ayudará con lo de la mujer y también, ya verá, con lo de ese hombre que ve en la isla.

Suspiré para mis adentros. Ojalá Vilar tuviera razón y ese Castelao, esa visita inesperada e incómoda, pudiera servir para atrapar a ese canalla del faro y hacer que Julia se quedara siempre a mi lado.

Capítulo 11

Desde que Julia apareció, dos fueron los barcos de provisiones que vinieron a la isla, pero en ninguno partió. Dos barcos en los que los escritos a mi madre habían alcanzado su destino sin yo saberlo, y habían traído, como respuesta, a ese tal Miguel Castela que, en aquel momento, frente a la chimenea de mi salón, me escudriñaba sin disimulo y con curiosidad.

Al abrigo del fogón, el hombre se presentó como investigador privado, contratado por mi protectora madre, cosa que me dejó descolocado. ¿Qué pintaba un detective en mi isla? ¿Qué le había contado a mi madre? Me hubiera gustado sacarme el cerebro y estrujarlo hasta que me procurara respuestas, aunque seguro que solo extraía absenta. Era tan difícil a veces ser yo. Las dos primeras cartas no me preocupaban. Eran epístolas sin importancia que escribí antes de que Julia llenara mi vida de luz. De la tercera, estaba seguro de que había borrado la parte en la que pedía ayuda para saber quién era Julia, pero del resto, lo que fuera que había escrito en la cuarta misiva, no lograba acordarme.

Me acomodé en un sillón orejero que tenía colocado cerca del hogar y observé a aquel hombre sombrío y silencioso. Sin duda, en lo que escribí tuve que haber comentado algo sobre el miserable personaje del bote y lo que había visto en la playa de Los Náufragos. Por eso él estaba en mi isla. ¿Qué otra cosa si no le había llevado hasta allí? Era la explicación más lógica. Lo visto y oído era demasiado horrible como para haberlo obviado y suficiente motivo para mandar a un investigador. Además, con la guerra en plena ebullición, la policía no era una alternativa. Estaban a otras cosas.

Por fin, tras unos minutos que me parecieron siglos, el hombre se acercó a mí, me ofreció un cigarrillo que acepté de buen grado, y se decidió a hablarme. Bueno, en realidad se decidió a interrogarme, así lo sentí.

Comenzó a indagar sobre la aparición de Julia, cuándo la vi por primera vez, dónde estaba o por qué no se había ido ya. Preguntas muy alejadas de lo que yo pensé que investigaría. Lejos del tipo de la barca y sus horribles actos. Lejos de lo vivido en la playa o en el faro.

Respondí con recelo a todas sus cuestiones, hasta que una de ellas, no sé exactamente por qué, me resultó extraña.

—¿Qué estaba haciendo justo antes de encontrar a Julia por primera vez?

—¿Cómo dice? —No salía de mi asombro. ¿Qué tenía eso que ver con ayudarme?

—¿Dónde estaba? —insistió.

—Pues en el desván —recordé—. Había estado buscando inspiración.

—¿Y la halló?

—Pues no sabría decirle —titubeé—. Creo que no. La inspiración vino después.

—Con la aparición de Julia, ¿verdad?

—Así es. Creo.

—Y dígame, ¿cómo es Julia?

Silencio. No entendía sus giros. No sabía a dónde quería llegar. ¿De qué modo podía ayudarme eso? Vilar me había dicho que ese hombre mandado por mi madre venía a ayudarme, pero no entendía, no concebía cómo lo iba hacer con semejantes preguntas.

—¿Podría describírmela? —me pidió—. Yo no he podido verla aún y solo conozco algunos detalles que le facilitó a su madre por carta como el color de sus ojos o su pelo; lo finas que tiene las manos y lo frías, también.

Al oír aquello, el humo del cigarro que ese hombre me había dado, al que ya no le quedaban ni un par de caladas, se me fue por mal sitio y la tos inundó mi garganta. ¿Todo eso le había contado, de verdad, a mi madre?

—También le describió el vestido que llevaba cuando la encontró, los guantes, el colgante y apuntes similares —continuó Castelao tirando su pitillo al fuego y sacando uno nuevo de una cajetilla arrugada que llevaba en el pantalón—. Su mayordomo me ha descrito igualmente su atuendo, pero quiero que sea usted quien me la retrate.

Tragué saliva. De veras le había referido a mi madre más cosas de las que creía. Sí le había hablado de Julia y su aparición, y de cómo me había inspirado para volver a escribir, e incluso de lo bella que era o del color de sus ojos que me parecían maravillosos, pero no recordaba, no podía recordar por más que lo intentase, habérsela descrito más al detalle o haberle dicho nada de su indumentaria.

—Dígame, ¿cómo es? —repitió encendiendo su cigarro y ofreciéndome otro a mí, que rechacé—. ¿Cómo es?

Ante su insistencia, me vi obligado a responder. Además, en el fondo, para ser sinceros, no me importaba describir a Julia. Era tan guapa y me hacía tanto bien que podía estar hablando de ella durante horas sin cansarme. ¿Quién no quiere hablar de la belleza? Si bien, hasta ese momento, no lo había podido hacer ya que, en cuanto la mencionaba, los criados, aliados con cualquier excusa, se ausentaban, y Vilar, mi mayordomo, se dedicaba a santurronearme. Ya sabía su opinión. Ya habíamos discutido del amor en su versión más cruel y perversa.

—Es muy hermosa, dulce y brillante —comencé a explicar. Las palabras salían con agilidad de mi boca. Me sentía cual poeta retratando a un ángel de grandes alas blancas. Y es que hablar de Julia era como recitar—. Es alta y esbelta, grácil, y tiene unos ojos verdes inmensos donde uno podría perderse. Unos ojos mágicos en los que la luz no se posa, sino que nace. Su pelo negro, largo y lustroso, contrasta sobremanera con ellos, haciéndolos más esmeralda, y tiene una sonrisa tan bonita. Una sonrisa en la que cualquiera puede encontrar cobijo.

—Habla de su sonrisa, ¿la ha visto sonreír? —me interrumpió.

—Por supuesto —aseguré de inmediato, pero un extraño temblor visitó mi cuerpo. ¿Acaso no estaba seguro?

A mi mente acudieron miles de imágenes de sonrisas. Bocas suntuosas que se declaraban. Risas cargadas de carmín. Algunas lascivas, otras inocentes. Muecas nerviosas acompañadas de ojos que no eran verdes. Risas en burdeles y camas de serrallo. Sonrisas que ocultaban soledad y buscaban refugio en los brazos de hombres como yo, hombres necesitados de amor y cargados de pecados.

—Sus ojos, su sonrisa, su pelo, su figura —comenzó a enumerar—. Parece muy bella.

—Es un ser extraordinario.

—¿Un ser extraordinario?

—Sí —aseveré—. Extraordinario.

El detective tiró el resto del emboquillado al fuego, que lo consumió en segundos, y se puso a pasear por la habitación, mirando aquí y allí. Parecía un navío a la deriva aunque, en el fondo, sabía bien donde atracar. A la postre, posó sus manos sobre el anaquel de la chimenea, mostrando unas manos finas y precisas, y repitió varias veces en voz baja mi descripción sobre Julia.

—Extraordinario —concluyó—. ¿Un ser extraordinario?

Asentí. Claro que lo era. Eso y más.

—Es una forma curiosa de describir a una mujer, ¿no le parece? —Pero no me dejó responder—. Habla de ella como si fuera un ente, un ser divino, algo alejado de la realidad. Como si Julia fuera, cómo le diría yo, incorpórea.

—¿Incorpórea? No entiendo lo que quiere decir.

—Ya sé que no me entiende. Lo veo en su mirada, y en sus gestos, pero... —Y dejó el fogón y la frase en el aire para acercarse a mí—. ¿Le resulta familiar Julia?

—¿Cómo dice?

Ante esa cuestión, que se me antojó muy incómoda, me quedé callado. Las afirmaciones o suposiciones de ese hombre parecían esconder otras intenciones diferentes a las de ayudarme. No tenía nada que ocultar, pero tampoco estaba dispuesto a dejar que un extraño me investigara de ese modo por mucho que viniera en nombre de mi madre. Me sentía como si fuera sospechoso de vete tú a saber qué. Como si todo lo que dijera estuviera siendo examinado con lupa.

—¿Le resulta familiar Julia? —insistió—. ¿Cree que puede haberla visto antes?

Silencio.

Tras repetir la pregunta tres veces más, tres, me cansé, me levanté del sillón y, con cierto enojo y arrebato, he de decir, le espeté la respuesta casi escupiéndosela a la cara.

—¡No! —respondí airado—. No la he visto antes.

—¿Está seguro? —presionó.

—Me acordaría, ¿no cree?

—Bueno, usted y yo sabemos que eso no es del todo cierto. —Sacó un nuevo cigarro y se lo encendió. Fumaba como un carretero—. Hubo un tiempo en el que los excesos y... bueno, otras cosas, le llevaron a olvidar.

Me quedé pasmado. ¿Cuánto sabía ese hombre de mí y de mi vida?

Mi madre, pensé, y Vilar, por supuesto. Seguro que habían sido ellos quienes le habían dado esa información.

¡Por Dios bendito! Estaba rodeado de chivatos.

—No es que a mí esa parte de su vida me importe. Ya no —prosiguió—, y no estoy aquí por eso. Es pasado. Eso se lo dejo a su memoria y conciencia, y a Dios, si cree en él.

¿Dios? ¿Qué pintaba Dios en aquella habitación? O en mi isla. Dios estaría a otras cosas más importantes. Muchas peticiones y demandas le tenían que estar llegando en esas fechas en las que, seguro, las penas, el perdón y la culpa eran el pan nuestro de cada día en una España negra cubierta de carmesí.

Dios, la conciencia y mi memoria. Una combinación muy singular.

—No se ofenda, don Ricardo —me rogó ante mi cara de irritación—. Mi intención es ayudarlo.

—¡Ayudarme! —gruñí—. Ayudarme, dice.

—Sí, ayudarlo. Para eso estoy aquí.

—¿Y no cree que sería más útil si me preguntara sobre el hombre del faro? ¿Sobre ese canalla que anda por mi isla matando mujeres? —le grité, hartado como estaba de sus sandeces.

—Mujeres, dice. ¿En plural? ¿Ha matado a más de una?

—¡Sí! ¡Creo que sí! —Aunque dudé. Lo sabía. ¿Cómo?—. Ese hombre horrible y monstruoso que vi en la playa de Los Náufragos y después en el faro, mata mujeres. En el faro se metió en...

—En el faro no había nadie —me calló—. Yo estuve allí con su mayordomo y otros criados, y solo estaba usted. Solo usted, pero de todas formas, eso no es mi prioridad.

—¿Que no es su prioridad? —Me estaba empezando a poner de muy mal humor. ¿Qué clase de investigador privado era ese? ¿A quién había mandado mi madre? Parecía más un charlatán sacacuartos que un verdadero detective—. Descubrir quién es ese hombre y por qué está aquí debería ser su prioridad. ¡La de todos!

—No, no lo es —objetó clavando sus ambarinos ojos en las ascuas, cada vez más mortecinas, de la chimenea. Se extinguían, como lo hacía el día—. Vilar me contó lo de la playa de Los Náufragos, pero yo no me inquietaría por eso.

Se sentó en uno de los sillones orejeros cerca del hogar. Yo estaba enfadado, intranquilo e inquieto, pero a él se le veía relajado.

—Ese hombre, quizá, con un poco de suerte, ya no regrese más —continuó—. Quizá fue solo una aparición momentánea y, como vino, se fue y no vuelva.

—¿Y si retorna? ¿Y si nunca se ha ido? —El sentido común me decía que esa era una posibilidad a tener muy en cuenta—. ¿Y si todavía sigue en la isla?

El silencio tras mi pregunta fue eterno, así me lo pareció. Eterno y pesado. Se podía cortar. Mi inesperada visita se había quedado muda, como la isla, donde no se

oía nada. Ni siquiera la respiración de la niebla o el viento. Ni siquiera el aliento del mar que nos rodeaba.

—¿Y si no se ha marchado? —insistí.

Al fin respondió, masticando las palabras, sopesando su respuesta.

—¿Usted cree que sigue aquí?

Entonces el que se quedó mudo fui yo. ¿Qué réplica era esa? No entendía sus respuestas ni sus preguntas, ni la conversación ni sus intenciones. No comprendía nada.

Pues claro que sospechaba que ese hombre podía estar en mi isla. Ya eran dos las veces que lo había visto. Dos veces en días distintos, por lo que, si no la moraba escondido en algún fusco escondrijo, la visitaba para cometer en ella las más atroces de las infamias. Actos crueles cargados de maldad.

El silencio que nos envolvió tras la contestación extravagante de Castelao fue cargante y molesto. Era como una pesada túnica que se desplegaba a nuestro alrededor cubriéndolo todo con su mudez. Solo el reloj de pared del comedor que arrastraba los segundos como lamentos anunciando la venida de un nuevo día, indiferente a mis pensamientos y recelos y a lo que Castelao pudiera rumiar, lo rompía con su tictac. Un sonido que informaba también de la llegada de un desenlace que yo jamás, ni en mis mejores momentos como escritor, pude siquiera concebir.

—Ese hombre no es mi prioridad —remachó, quebrando, por fin, el silencio—. No estoy aquí por eso.

Aunque no me gustaba y no me caía bien, agradecí que sus palabras rompieran el mutismo reinante y dejar así de oír los lamentos del tictac cansino del reloj.

—Entonces, si su prioridad no es encontrar a ese malnacido, ¿cuál es?

—Mi prioridad es ayudarlo —dijo entonces—. Ayudarlo a usted.

—Eso ya lo ha dicho, pero ¿ayudarme a qué?

—A saber, por ejemplo, quién es Julia.

Un temblor irracional recorrió mi nuca ante su respuesta. Yo ya sabía quién era Julia. Era mi invitada, mi amiga, mi inspiración, mi musa y, ojalá, mi amor. No necesitaba saber nada más. ¿Para qué saber más?

Cuando uno hurga demasiado y sin permiso en la vida de otros, descubre muchas veces que lo que es, no es. Lo sé por experiencia. Mejor saber lo justo y necesario, que era lo que yo sabía. No necesitaba más.

Me acerqué a los grandes ventanales del salón y fijé mi mirada en el jardín de robles, en la pasarela de madera donde por primera vez la había visto. La lluvia había dejado de caer y la luna, triste y apagada, se empeñaba en dar luz a aquel lugar sin mucho éxito. No era fácil batallar contra la penumbra de mi isla, tan presuntuosa y arrogante. Entonces, un pequeño rayo, nimio y párvulo, se posó en el puente. Fue un segundo, un suspiro, solo un relámpago, pero suficiente para darme cuenta de que por el viaducto, como una estrella fugaz, una sombra cruzaba camino de la casa.

Agudicé la vista, inquieto. ¿Quién era la sombra? Y entonces la vi. La vi otra vez.

Era Julia que volvía. Regresaba. Retornaba a mí.

Me alejé de la ventana y me dirigí hacia la puerta del salón. Mi invitado se levantó ansioso, como el cazador que ve que su presa se escapa, y me cogió del brazo.

—¿A dónde va? No hemos acabado.

—¡Sí hemos terminado! —Y me solté de un tirón.

—¡Pero aún tengo una pregunta más que hacerle!

Ya no le escuché. Abrí y salí al pasillo principal. Sentí la mirada de asombro de Vilar, que estaba plantado prácticamente delante, y noté, porque lo advertí, que la puerta de la habitación de Julia, en el piso de arriba, se abría.

Mi corazón palpitó alegre y, por un instante, me sentí el hombre más feliz del mundo. Julia había vuelto a mi lado. Había regresado conmigo.

Me apresuré a subir las escaleras a toda prisa, mientras Vilar entraba en el salón a hablar con Castelao. No les presté mayor atención. Al día siguiente ya tendría tiempo de conversar con ellos, seguro, porque sospechaba que no me iban a dejar en paz.

Lo primordial, además, no eran ellos, sino que Julia había reaparecido. Eso era lo que importaba y no lo que un mayordomo venido a más y un detective de medio pelo parlotearan sobre mí, Julia o el vil asesino del faro, si es que se dignaban a departir de él, porque tenía la sensación de que eso era algo que solo me interesaba a mí.

Que hablaran de lo que les diera la gana. Me daba igual.

Me olvidé de ellos y subí corriendo las escaleras hasta llegar al cuarto de Julia. La puerta estaba entreabierta y, con sigilo, me asomé. No la vi, aunque sobre la cama estaba su ropa. Mi corazón dio otro vuelco de alegría. Julia había regresado. Estaba allí, en mi casa, en mi isla, en mi vida.

Era muy tarde y, a pesar de que me hubiera encantado abrazarla, no era el momento de ir a su encuentro. No quería importunarla, debía dejarla descansar, así que me di la vuelta y, sin hacer ruido, enfundado en una especie de velo de alegría y esperanza, me escabullí escaleras abajo camino de mi despacho. Me metí en él, cerré la puerta con llave y, por primera vez en mucho tiempo, en años tal vez, sin ayuda de absenta ni de otras de mis amantes, me coloqué frente al escritorio y solo con la remembranza de los ojos de Julia e imaginando o, quizá, recordando su sonrisa, me puse a escribir.

Capítulo 12

A la mañana siguiente, cuando la luz alicaída de la alborada entró por las ventanas semiabiertas de mi despacho, el día me pilló durmiendo sobre las hojas garabateadas de mi escritorio. No había subido a mi habitación. La inspiración de esa noche había sido tan mágica, tan increíble, que había estado escribiendo sin parar casi toda la noche. Solo el cansancio había logrado vencerme, ya casi al alba.

Esa noche no me hizo falta la absenta ni la morfina para olvidar o recordar. Tampoco las pesadillas me visitaron y el rato que había dormido fue plácido y tranquilo. Dulces sueños, por fin, en una mente cansada camino de la nada. Un hecho extraordinario que atesoro con fuerza dentro de mi malograda cabeza, pues tras esa noche, no hubo más sueños tranquilos.

No me habían visitado las sombras y ni la posible presencia de un asesino de mujeres en mi isla me habían cambiado el genio. De hecho, mientras escribía, me había olvidado por completo de él. Nada me había alterado mientras mis manos, ansiosas de creación y colmadas de la voz del cielo, escribían y escribían sin pausa una espléndida historia de amor. Porque es el amor, la belleza y, quizá, la eternidad, lo más bonito sobre lo que un escritor puede trazar historias.

Sin el amor, por mucho que a veces este duela, no existiría la vida. Sería solo ceniza y oscuridad. Es el amor el que mueve el mundo, el que eleva al hombre y lo hace libre. Porque no hay nada más hermoso que amar y ser correspondido. Y el desamor, en el fondo, es una parte más. Una pieza más. Por mucho que hiera, es el motor de todo y de todos. Amores piadosos, locos, traicioneros, de una noche o de toda una vida. Amores, en definitiva, que nos hacen humanos.

Esa noche no me visitaron las sombras, ni la angustia ni la culpa. Los recuerdos, buenos o malos, decidieron no salir y todo quedó fuera de las paredes de mi despacho. En un exterior que me daba igual, salvo por Julia, que había vuelto a mi lado.

¡Qué bien me sentía!

Era feliz. Un hombre feliz. Lástima que la realidad no tardara en reclamarme. Lástima que no me dejara en paz. Me hubiera quedado envuelto en mi imaginación toda la vida si me hubiera sido posible. Encerrado en ella para siempre, con la compañía de Julia, sus ojos y su sonrisa.

Al pensar en su sonrisa, las palabras de Castelao vinieron de inmediato a mi mente. Era la realidad, que ya llamaba a la puerta de mis sentidos.

«Habla de su sonrisa, ¿la ha visto sonreír?».

Claro que sí. Estaba seguro, pero si lo estaba, ¿por qué me mortificaba tanto la pregunta del detective?

Maldita realidad que se empeña en molestar, atormentar y perdurar. Maldita realidad que todo lo quiere poseer, alejando los sueños, las ilusiones y las quimeras de la mente de hombres como yo; de hombres cargados de recuerdos escondidos. Maldita realidad que para mí era como el océano que rodeaba mi isla, despiadada y cruel.

Unos golpes en la puerta, seguidos de la voz de Vilar anunciando el desayuno fueron, por una vez, mi salvación. No quería seguir pensando en la realidad o en los recuerdos. Tampoco en la sonrisa de Julia que, de algún modo, yo guardaba en alguna parte de mi memoria.

Salí al pasillo, camino del comedor para ir a desayunar, pero justo cuando iba a abrir la puerta de la sala me di cuenta de que en la pared de la entrada había un cuadro colocado. Me sorprendió porque, como ya sabéis, desde que la fama me engulló y mi vida se convirtió en poco menos que un *cabaret* de mala muerte, mi madre había mandado quitar todos los retratos de la casa.

En él había una niña pequeña posando sonriente. Estaba sentada en un prado verde, envuelta en flores, en un jardín que me recordó al que mi madre, tiempo atrás, se empeñó en cultivar contra viento y marea en la parte trasera de la casa, cerca de la capilla y del cementerio familiar.

—¡Vilar! —llamé—. ¡Vilar!

Mi mayordomo no tardó ni un segundo en venir.

—¿Y esto?

Y señalé el lienzo. Vilar se ruborizó, pero no contestó.

—¿Qué es este cuadro? —insistí—. ¿De quién es? ¿Qué hace aquí?

—Es un regalo —respondió al fin.

—¿Un regalo?

—Sí, don Ricardo. Un regalo de su madre.

—¿De mi madre? —Su respuesta me dejó asombrado. No es que no me gustaran los regalos, ni mucho menos, pero hacía tiempo que no recibía ninguno y menos de mi querida madre que, tras mi éxito, había decidido que los presentes, como las mujeres o parte del pasado, eran algo a tener alejado.

—Un regalo de mi madre —repetí. Vilar asintió—. Un regalo para mí, de mi madre.

—Sí, señor. Un cuadro para usted.

—¿Y qué significa? ¿Por qué me manda mi madre un cuadro? ¿Y quién es esa niña?

—Los motivos, señor, no los sé —alegó mi querido lacayo, pero en su cara, en sus ojos, sentí que me mentía. Sí sabía los motivos. Debí de haberle dicho algo. Esos días, mal que me pese, debí de haber dicho muchas cosas, pero no lo hice. Callé y seguí escuchando su supuesta explicación—. Sabe lo que a su madre le gustan los paisajes y este —señaló el jardín que aparecía en la pintura—, es muy bonito y colorido.

—Ya, claro. Colorido.

—Queda muy bien en la entrada, ¿no le parece, don Ricardo?

—Sí, muy bonito, pero ¿quién es esa niña? No me ha contestado.

—Pues esa niña, don Ricardo, es una persona que un día vivió aquí. —Volví a notar que se ruborizada y que algo escondía. En sus ojos vi que quería decirme más, lo estaba deseando, pero no lo hizo—. Es una niña muy guapa, ¿verdad? Es muy bonita y parece feliz.

No respondí. ¿Qué le iba a decir? Que sí, que era una niña muy guapa, pero que seguía sin entender por qué mi madre ordenaba poner retratos de desconocidos en mi casa. O que no entendía que después de quitar todos los cuadros familiares del pazo, ya que el pasado era pasado y era mejor dejarlo atrás, ese día, porque sí, sin más, había llegado el momento de poner ese lienzo en la entrada principal.

Antes de que pudiera presionar a Vilar, ya que estaba claro que ocultaba algo, el señor Castelao bajó las escaleras fumando, cómo no, y se reunió con nosotros. Yo también era fumador, pero la querencia de Castelao era para hacérsela estudiar. Si bien, no era yo el más indicado para decir nada al respecto, pues ya conocéis mis adicciones y algunas de sus consecuencias, pero es que me resultaba una persona cansina y molesta.

Lo saludé con indiferencia y me fijé que tenía cara de cansado. Intuí que no habría dormido bien. No obstante, he de confesar, no sentí ninguna lastima por él. No me fiaba de él, con sus extrañas cuestiones y su fingida pose de querer ayudarme. Su intención, así lo creía, no era tanto echarme una mano como sacarle dinero a mi madre. Eso deduje durante la noche anterior, tras nuestra charla. No me caía bien y no confiaba en él.

Vilar se alegró de su presencia, pues resultó su vía de escape para no seguir hablando del chocante cuadro que mi madre había enviado. Nos llevó al comedor y mandó servirnos el desayuno.

Pensé que no tenía hambre, pero devoré los huevos, el café, las tostadas y la mantequilla como si no hubiera comido durante días. Y en cierto modo, así era. Tras los desmayos, las noches perdidas y las extrañas situaciones que había experimentado en la isla, mi alimentación no había sido precisamente ajustada. Situaciones que apaleaban puertas cerradas en mi mente y mi memoria. Puertas cerradas durante años a cal y canto. Cerradas y olvidadas prontas a abrirse.

Durante el desayuno ni Castelao ni yo dijimos nada. Nos mantuvimos en silencio hasta que los criados se llevaron los restos y Vilar, tan solícito él, dio la orden de que nadie nos molestara y se marchó también. Así podríamos continuar la conversación que la noche anterior habíamos dejado sin terminar. Me hubiera gustado levantarme y marcharme. Ir a por Julia y pasar con ella el día, ahora que estaba de nuevo a mi lado. O quizá, junto a ella, regresar a mi despacho y escribir sin descanso rodeado de la paz que sus ojos me transmitían. En la paz y la inspiración de mi nueva musa. Pero no hice nada de eso. Por educación —era, y quiero pensar que sigo siéndolo, un

caballero—, no lo hice. Me quedé sentado en la mesa y esperé, civilizado y armado de paciencia, a que ese hombre que, cada vez que lo miraba me caía peor, sus ojos amarillentos me daban mal fario, me hiciera la pregunta que según él, le quedaba por formular.

Tardó un buen rato en decidirse, pero la hizo. Vaya sí la hizo. Una pregunta más insólita aún que las que ya me había hecho la noche anterior y que me confirmó, si es que todavía albergaba dudas, que mi pluma había sido muy indiscreta y le había contado a mi madre más cosas de las deseadas. Pensamientos íntimos y descubrimientos que hubiera sido mejor mantener secretos.

—¿Le dice algo el nombre de Anna?

Capítulo 13

Ese nombre apaleó y sacudió mi mente como un balón.

«Anna».

—¿Le dice algo el nombre de Anna? —me repitió Castela ante mi silencio y mi cara de incredulidad, pero no le escuché porque en mi cabeza solo tronaba Anna.

De forma automática, mi mirada se fue al techo, al piso de arriba, donde estaba la habitación de Julia. ¿Cuánto le había contado a mi madre? ¡Qué imprudente puede llegar a ser la lengua y la pluma de un hombre a las puertas de la inconsciencia!

—Sí, lo sé. Una llave con ese nombre en los guantes de Julia —me confesó confirmando lo que ya suponía. Eso, también se lo había contado a mi madre en las cartas—. Una mujer, por cierto, a quien todavía no me he podido presentar. —Y se levantó de la silla—. Me gustaría conocerla y comprobar si es tan especial como usted afirma.

Yo también me incorporé.

—¿Cree que podría hablar con ella? —me preguntó dirigiéndose a la puerta del comedor—. Sería muy interesante.

—Interesante, ¿por qué? —Fui igualmente hacia la puerta, pero no para abrirla, sino para retenerle. No quería que ese hombre hablara con Julia. Ella era mi musa, mi invitada, mi...

Era mía. Él no tenía nada que hablar con ella.

—Ya le dije ayer que estoy aquí para ayudarle. —Y me sonrió enseñándome unos dientes pajizos por el tabaco—. Quiero ayudarle y hablar con la señorita Julia sería un buen paso para hacerlo. Además, no tengo mucho tiempo. Un barco vendrá a recogerme esta tarde.

Con las mismas, y sin que a mí me diera tiempo a reaccionar, abrió la puerta del comedor y se dirigió a las escaleras. Oí sus pasos sobre los escalones, seguros y firmes, pero seguí sin moverme, presa de un nerviosismo que me decía que debía impedir que ese hombre viera a Julia y hablara con ella, aunque no sabía cómo actuar para impedirlo.

Cuando al fin pude moverme, él ya estaba en lo alto de la escalinata, frente a la puerta de la habitación de bambú, llamando.

¿Cómo sabía que ese era el cuarto de mi invitada? Vilar, por supuesto. ¿Quién sino?

Corrí atropellado escaleras arriba y me puse a su lado, con un sudor frío ciñendo al completo mi cuerpo, deseando que Julia hubiera salido a dar un paseo y no estuviera allí.

No sé por qué quise eso, teniendo en cuenta la sensación de pérdida que me

causaba su ausencia, pero lo ansié con toda mi alma. No me fiaba de ese hombre. No me caía bien y tenía la impresión de que, si conseguía hablar con ella, Julia partiría para siempre de mi lado.

En la habitación no hubo respuesta y cierto alivió me invadió. Castelao volvió a llamar, pero el silencio se repitió. Advertí que su mano se movía ligera hacia el pomo, sin embargo fui más resuelto que él, por una vez, y llegué antes al picaporte, siendo yo quien abrió con sigilo.

—Espere aquí un momento —le pedí mientras entraba con prudencia en el cuarto.

Sobre la cama, hecha, estaba su vestido de gasa, seda y flores rojas. A los pies, los zapatos, y sobre la mesita de noche, el colgante y los guantes. Julia estaba allí. No se había ido de paseo, como en ese instante yo esperaba.

Dirigí mis pasos hacia el baño con el que contaba la alcoba, y llamé. No obtuve respuesta, pero a través de la portilla intuí cierto olor a vainilla. Estaba allí. Sin duda, Julia estaba en el baño.

Pensé en abrir la puerta mientras decía su nombre bajito para no asustarla, pero a última hora me arrepentí. No sería yo quien se inmiscuyera de tal modo en la intimidad de mi invitada. No era el momento de hablar con ella. Ya abriría esa puerta cuando lo fuera.

Me giré para salir de la habitación y decirle a Castelao, satisfecho, que no podía hablar con Julia porque estaba en el baño, relajándose, con toda seguridad, y descansando del día anterior, que había sido largo y raro para todos, pero no pude hacerlo. Al virar, me topé de lleno con los ojos cerosos cargados de nubes de tormenta del detective. Eran pequeños y agudos, y estaban abrigados de bruma pegajosa. Si ya me caía mal, con su mirada solo confirmó mi posición. Ese hombre, ese tal Castelao, investigador privado contratado por mi sobreprotectora madre, no traería cosa buena a mi vida. Estaba seguro de ello. Además, en sus ojos podía ver que entre las neblinas viscosas escondía algo que pugnaba por salir, pero que mantenía a raya, escondido.

—Huele raro aquí dentro, ¿no cree? —me preguntó arrugando la nariz.

—No. —Yo no olía nada raro, solo a vainilla, que era el olor de Julia.

—Pues a mí me huele como a podredumbre —insistió—. Una mezcla entre tierra, moho y, cómo llamarlo, algo podrido.

—Aquí no huele a eso —le corregí. ¿Cómo iba a oler así en la habitación de Julia?—. Solo huele a Julia.

—Ya, claro. Y esta es su ropa, ¿verdad? —Y señaló la cama y la mesita.

Asentí y, antes de que pudiera decirle que, por favor, se fuera, se acercó a ella.

Le contemplé anonadado, estremecido al ver sus manos rozando el delicado vestido de Julia. Miré de reojo la puerta del baño deseando que esta no saliera en ese instante. ¿Qué imagen se llevaría? Dos hombres en su habitación, uno de ellos desconocido, porque yo ya no me consideraba tal, tocando su ropa sin ningún tipo de consideración ni reparo.

—Es un vestido muy bonito y elegante —comentó Castelao acariciando los hombros y pasando los dedos por el suave tacto de la seda del cuello—, pero parece un poco ajado.

Me dieron ganas de abofetearle. ¿Cómo se atrevía a hacer semejante comentario sobre el atuendo de Julia? ¿Ajado? No tenía ni idea de distinguir lo bonito de lo feo. Su traje marrón, su camisa amarillenta y sus zapatos azules marino, que desentonaban a más no poder con el resto del conjunto, eran un buen ejemplo de ello.

—Y el cuero de los zapatos está cuarteado. ¿Se ha dado cuenta? —me indicó mientras cogía uno y lo examinaba más de cerca—. Sí, agrietado y estropeado como si hubieran visto muchas primaveras.

—¡Déjelo! —le pedí con un tono de voz más bajo del que me hubiera gustado emplear, pero Julia estaba en el baño, a apenas unos metros de nosotros, y no quería que nos oyera.

Castelao obedeció y posó el zapato en el suelo, a los pies de la cama, junto a su compañero, pero no contento con su falta de tacto y discreción, cogió el vestido y se lo llevó a la nariz. Aquello casi me provoca un ataque de ira. ¿Quién se creía que era?

—¡Déjelo en su sitio! —repetí esta vez con más energía y más alto de lo deseado.

—Está bien. No se enfade —y depositó el vestido sobre el cobertor de la cama—, pero debo decirle que el vestido huele a viejo y a mar.

—¿Y?

—Nada, solo es una observación. —Se alejó de la cama y se irguió enseñándome un brillo extraño en los nubarrones eternos de sus ojos color miel—. ¿No se ha dado cuenta de lo desgastado y viejo del atuendo de Julia?

No respondí. Miré el vestido y los zapatos y me quedé callado. ¿Qué importancia tenía el estado de la ropa de Julia? Ninguna para mí. Además, podía ser fruto, perfectamente, de su intento por salvar la vida a esa mujer que vimos en la playa de Los Náufragos. Se lanzó al mar y por eso, seguro, su ropa se había quedado tan estropeada porque mirándola bien, mal que me pesara reconocerlo, Castelao tenía razón y tanto los zapatos como el vestido estaban a las claras en mal estado.

Me avergoncé de no haberme dado cuenta antes. ¿Cómo se puede ser tan despistado? Debería de haberle ofrecido a Julia un nuevo vestido. En el desván los había. Los vi durante mi última visita, justo antes de encontrarla.

Se lo consultaría y, si ella quería, le procuraría nuevos vestidos y zapatos. Todo lo que quisiera. Todo.

Distraído como estaba pensando en ofrecerle a Julia nueva ropa, no me di cuenta de que Castelao se había acercado a la mesita de noche y había cogido el colgante y los guantes. Los sostenía con sumo cuidado, como si fueran de cristal y cualquier movimiento pudiera hacer que se rompieran en mil pedazos.

Fui directo a él. Ya me había hartado de sus indiscreciones e impertinencias. No pensaba dejar pasar una intromisión más, pero antes de poder hacerlo, Castelao sacudió uno de los guantes y al suelo cayó el sobre que escondía la pequeña llave. La

que yo había encontrado días atrás y de la que aún no había podido charlar con Julia. Bueno, en realidad no me había atrevido a hacerlo y después, con todo lo que había pasado en la isla, lo había olvidado. Y es que la memoria es como es. Tiende a retener y evocar solo lo que le conviene: solo lo que le beneficia. Es frágil y olvidadiza. No le gusta tener que recordar aquello que le puede causar dolor y yo ya sabía entonces que esa llave, seguramente, me lo causaría.

—¿Es esta la llave de la que le habló a su madre? —me preguntó dejando los guantes y el colgante en la mesita, y sacando la llave del sobre—. ¿Es esta? —Y me la mostró.

—Supongo —vacilé y no por vaguedad, sino porque en verdad no recordaba haberle hablado a mi madre de ella, aunque tal vez lo hice. Como le hablé de otras cosas que tampoco retenía.

En momentos así odiaba mi desmemoria. La aborrecía con toda mi alma. Hoy, en cambio, no. De hecho, hoy la aprecio porque me da muchos momentos de paz sin los que no sabría cómo vivir, y consigue que la culpa y los fantasmas se vayan, aunque solo sea por un rato.

—Anna —leyó.

En mi cabeza, como cuando encontré la llave la primera vez y cuando ese hombre, solo un rato antes, lo había pronunciado en el comedor, comenzó a retumbar el nombre.

«Anna».

—¿Le dice algo el nombre de Anna? —preguntó de nuevo.

Negué. No tenía ningún sentido.

—¿Está seguro? —insistió ante mi silencio y mi negativa.

Se acercó más a mí y prácticamente me pegó la llave a los ojos.

—Anna —repitió.

Silencio.

—Anna —calcó en un tono cada vez más alto—. Anna.

—Sí, pone Anna —confirmé al fin, para que se callara, pero no resultó. No se calló.

Yo no quería que Julia le oyera. Ella desconocía que habíamos encontrado la llave. Era una intromisión en su vida y no quería que lo supiera.

Castelao siguió a lo suyo, repitiendo «Anna» hasta la saciedad mientras mi angustia crecía sin control y ese maldito nombre saltaba de un lado a otro de mi cerebro golpeando mi razón.

—¿Quiere dejar de repetirlo de una vez? —le espeté—. ¡Le va a oír!!

—Igual es lo mejor. Tal vez fuera bueno que lo oyera —me sugirió posando la llave dentro del guante—. Quizá así supiéramos quién es Anna, quién es Julia y qué hace aquí o cómo ha llegado hasta su isla.

—Eso me da igual.

—Sí, lo sé, pero su madre no comparte esa opinión y yo tampoco.

Mi madre. Suspiré. Mi madre.

Castelao dejó el guante sobre la mesita y cogió de nuevo el colgante de Julia. Lo miró al detalle y finalmente me lo pasó.

—¿Me podría decir qué pone ahí? —Y me señaló la parte de atrás de la medalla.

—Julia —respondí de inmediato. No me hacía falta leerlo.

—¿Está seguro?

—Claro que lo estoy.

Estaba empezando a perder la paciencia. ¿Qué estaba insinuando?

—Mírelo bien, por favor —reiteró—. Mírelo y dígame lo que pone. ¿Qué pone? Léalo, don Ricardo. Lea.

Ahí ya sí, mi paciencia se extinguió por completo e ignorando su petición, posé el colgante sobre la mesita y de un solo empujón le eché fuera de la habitación. No iba a soportar más salidas de tono de ese hombre.

¿Quién se creía que era? ¿Acaso me acusaba de no saber leer o de inventarme las cosas?

No iba a aguantar más indiscreciones ni interrogatorios. No iba a responder a más preguntas extrañas y absurdas que no llevaban a ningún sitio. ¡Se acabó!

Castelao no intentó detenerme. De hecho, su pasividad durante el tiempo que le seguí empujando escaleras abajo para echarle de mi casa, me sorprendió, y hasta que no estuvimos fuera, en el porche, no reaccionó.

—¿De verdad no le suena el nombre de Anna, amigo mío? —me cuestionó como si nada hubiera pasado, mientras se colocaba bien el traje.

No le respondí. Por supuesto. No era su amigo y, además, ya había contestado a demasiadas preguntas. No pensaba responder a ninguna más. Por el contrario, lo que hice fue llamar a Vilar que vino resuelto.

—El señor Castelao se va. Esperará al barco en el muelle —le indiqué—, así que haga el favor de bajarle todas sus cosas hasta allí.

Ante la cara de incredulidad de Vilar y la de póquer de Castelao, que si le había molestado mi comportamiento no lo demostraba de modo alguno, quise entrar dentro de casa de inmediato, pero el detective me cogió del brazo y me hizo una última observación que provocó que mi estúpida memoria y mi frágil mente se confabularan con más ahínco contra mí.

—¿Se ha fijado que el colgante es de los que se abren para guardar fotografías? ¿Lo ha abierto alguna vez? —hizo una pausa, esperando una respuesta que no llegaba. No iba a contestar, así que continuó—. Pues debería. Por su bien y el de todos.

Se dio media vuelta y se marchó camino del muelle ya con un cigarro en la mano. Vilar entró en la casa y se apresuró a recoger las pertenencias de Castelao para llevarlas con él. Yo, por mi parte, decidí que llevaba mucho tiempo, demasiado, sin visitar a mi querida absenta.

Capítulo 14

Tras la extraña charla con Castelao y su obligada partida, mi intención era coger la absenta y pasar con ella el resto del día. Apaciguar los nervios y cerrar todas las puertas que ese hombre había abierto en mi cabeza. Sus preguntas habían provocado desconsuelo y pesadumbre en mi razón. Por su culpa algo se movía con más fuerza y determinación dentro de mi mente batallando sin cuartel por salir. ¡Le detestaba!

¡Maldito Castelao! ¿Quién le había mandado hurgar así en mis emociones? ¿Quién le había dado permiso? Esperaba que cogiera el barco sin demora esa misma tarde y no volver a verle más. Vilar le había llevado todas sus cosas y también comida al embarcadero para que no tuviera que regresar al pazo. Había sido una orden mía.

Irrumpí rabioso en mi despacho, pensando solo en mi querida absenta. Estaba enfadado, airado por las palabras de Castelao y sus insinuaciones. Molesto con sus preguntas y mis respuestas. Resentido e irritado con las puertas abiertas, con los resquicios que se empezaban a vislumbrar, como pequeños haces de luz tenue pero constante, en alguna parte de las lagunas de mi cerebro.

Entré decidido a sortear la senda que mi mente emprendía hacia la nada o hacia el todo, términos tan absolutos que amilanan el espíritu de cualquier hombre, cuando un ángel de profundos ojos verdes me recibió. Sobre el alféizar interior de la ventana de mi despacho, apoyada con delicadeza, estaba Julia.

La luz del mediodía, apagada por las nubes y la bruma del océano, iluminaba su rostro. Estaba pálida y se la veía cansada. Desmejorada. No en vano estaban siendo días complicados. Aun así, seguía siendo una mujer de una beldad extraordinaria. Porque sí. Porque Julia era extraordinaria, a pesar de lo que Castelao pudiera decir.

Llevaba puesto su vestido blanco y, tras mi conversación de la mañana con el detective, no pude evitar pensar que quizá debiera ofrecerle ropa nueva y bonita, en mejor estado. Tal vez debía subir con ella al desván y enseñarle algunos de los vestidos que había encontrado en mi deambular por allí.

Me acerqué, ansioso por decírselo, por ofrecerle lo que quisiera, y deseoso de contarle cuánto la echaba de menos cuando se alejaba de mí. Me acerqué ávido de escuchar su voz, dulce y melodiosa, pero cuando estaba ya casi rozándola, podía sentir su olor a vainilla, se giró. Dejó de mirarme y fijó su mirada en la ventana, en el jardín de robles, en el puente de madera. Levanté la mano para acariciar su pelo, su larga melena, no obstante en el reflejo del cristal, que la hacía parecer un fantasma de niebla y luz, vi en sus ojos cansancio y también algo más que hizo que mi mano se detuviera. No me atreví a tocarla.

Parecía desánimo o, tal vez, tristeza, pero yo preferí creer que era confusión, como cuando la encontré; como cuando la vi por primera vez. Al menos, lo que no advertí ya fue enfado. ¿Me había perdonado?

—¿Ya sabes quién soy? —me preguntó sin girarse, sin mirarme, con la vista

clavada en la ventana.

No supe qué responder. Su pregunta me sorprendió. ¿Por qué iba a saberlo? No había cambiado nada desde que la encontré. Ella me lo dijo.

—Has estado hablando con ese hombre —me explicó—, así que ¿sabes quién soy?

—No —dije al fin. Tardé en contestar—. No.

Tras mi respuesta, Julia calló y yo también. El silencio nos rodeó.

Me sentí nervioso y un poco incómodo por lo que fui hasta mi escritorio y me acerqué a una cigarrera que allí tenía. Me hubiera gustado coger la absenta en su lugar, eso era lo que en verdad deseaba —la sed me ahogaba y me hacía temblar—, pero con Julia tan cerca no podía hacerlo. Me sentía irritado y necesitaba, de algún modo, calmar los ánimos. Su pregunta, como las de Castelao, y mi tardanza en responder no me gustaban. Yo ya sabía quién era. Ya lo había dicho más veces, y lo repetiría. Julia era mi musa perdida, mi inspiración y, acaso, mi amor. ¿Para qué buscar más? No era necesario.

Se levantó del alféizar y fue hasta mi escribanía ella también. Cogió las hojas que tenía sobre la mesa y me las alargó.

—Las he leído —me confesó—. Me parece que están muy bien.

—¿De verdad? —Me hizo mucha ilusión que me dijera eso.

¡Qué felicidad!

No hay nada mejor para un escritor que alguien ensalce y elogie su trabajo. La vanidad es así. Necesita de halagos y alabanzas. Se infla y el orgullo que todos tenemos y, quizá, los escritores un poco más, es un ferviente siervo de rendibúes y agasajos. Además, sentí un gran alivio al poder cambiar de tema y dejar de hablar sobre quién era o no era.

—Me gusta mucho. Me gusta tu historia, aunque... —Temí una mala crítica a alguna de mis partes o al desarrollo de los personajes. Tal vez alguna escena demasiado pomposa, tendía a escribir así, con palabras grandilocuentes y un lenguaje algo ampuloso, pero no iban por ahí los tiros—, no sé, debo decir que no sé cómo puede acabar.

—Bueno. —Respiré tranquilo. No era un reproche—. Yo tampoco lo sé todavía.

—¿Pero no te gusta saber el destino de tus personajes antes de escribir la historia? —me cuestionó entonces, sorprendida.

—No.

—Yo creía que era fundamental —y rozó las hojas en blanco de mi escritorio con sus manos enguantadas.

—Para algunos lo es. —Pensé en otros escritores que antes de ponerse a escribir debían, necesitaban, tener todas las piezas encajadas y saberlo todo. Cuando yo escribí mi primera novela, también pensaba como ellos, pero luego mi musa se fue y mi vida cambió.

—Pero algo intuirás.

—Algo sí, claro —confesé—. Sé cosas, pero no el desenlace final.

Me sentí feliz al hablar de mis palabras e historias y no de su identidad o mi cobardía.

—Pues yo creo que acabará mal —me reveló, volviéndose hacia la ventana.

—¿Por qué?

—Porque describes un amor que es imposible —lo dijo casi entre susurros, como si la imagen le doliera.

—Pero en el amor nada es imposible —repliqué—. El amor tira muros y allana caminos. El amor es...

—No siempre —me interrumpió—. El amor solo es una palabra. —Y se volvió cercándome en el verde esmeralda de sus ojos en los que vi, esta vez sin lugar a dudas, tristeza.

Enmudecí. No podía decir eso en serio. Con Vilar ya tenía bastante. Julia no. Ella no podía pensar de tal manera. ¿Había tenido alguna experiencia que le mostrara, como a mi mayordomo, que el amor no siempre triunfa?

Otra vez no. Otra historia de amor no correspondido, no. ¿Acaso no era mejor imaginar que todo saldría bien? Siempre hay esperanza.

Era y es horrible pensar que el amor es solo un término hermoso, pero sin un verdadero significado, y vivir regidos por ese juicio. Horrible, triste y enloquecedor.

Yo no quería oír su explicación o su argumento para decir eso, así que intenté cambiar de tema rápidamente y le hablé, como había pensado cuando la vi sentada sobre el alféizar, de su ropa. Le ofrecí un nuevo atuendo.

—¿Y qué tiene este de malo? —me consultó dando una vuelta sobre sí misma, cogiendo la falda para que volara.

—Quizá está un poco estropeado —me justifiqué entre balbuceos. De ninguna manera quería ofenderla—. En el desván hay algunos que creo que podrían ser de tu talla.

—Pero este es mi vestido. Mi vestido. Con él yo... —Bajó la cabeza y no dijo más.

Comprendí que la conversación no iba a buen puerto, por lo que decidí dejar estar también ese tema. Nada de amores rotos ni de ropa demasiado usada. Si a ella le gustaba su vestido y era feliz, a mí también. No había más que hablar.

Levantó la mirada y la clavó en mis ojos, haciendo, como ya me pasó en el puente antes de que huyera, que me sintiera pequeño.

—Es mi vestido —repitió.

—Es muy bonito, de verdad. Yo no quería... —dejé la frase en el aire. ¿Qué le iba a decir?

—¿Quieres que subamos al desván de todas formas? —me preguntó al instante, sin tiempo para pensar más en su ropa.

—¿Para qué? Allí no hay mucho que ver.

—Seguro que sí. Seguro que esconde un sinfín de recuerdos maravillosos.

No tantos, rumié. La mayoría ya no estaban en aquel lugar. De hecho, no sabía a dónde habían ido a parar muchos de ellos tras la orden de mi querida madre de quitarlos de allí. Pero si a Julia le hacía ilusión subir, no iba a ser yo quien le llevase la contraria. Además, era una ocasión perfecta para estar con ella a solas y disfrutar de su compañía, que tanto apreciaba y, en el fondo, ya sabía, necesitaba.

La cogí de la mano, un poco nervioso, torpe, y reprimí un pequeño estremecimiento al sentir su tacto tan frío. Quizá no se cambiara de vestido, pero una rebeca o un chal no estarían de más. En el altillo había algunos. Los había visto.

La tomé de la mano y subí con ella a la buhardilla. Por el camino vi que Vilar había regresado ya de despedir a Castela en el embarcadero. Traía consigo una caja de madera que, a tenor de sus esfuerzos por llevarla, parecía pesar lo suyo. Nada más entrar, la posó en el vestíbulo, justo antes de que por delante de él, de Julia y de mí, desfilaran los otros cuatro miembros de la servidumbre de la casa. Iban todos ataviados de maletas y bultos, bien abrigados. Vestidos para partir.

Mientras Julia y yo seguimos nuestro ascenso al desván, oí cómo se despedían de Vilar. Estaban asustados por las noticias sobre la guerra que el barquero y Castela habían traído consigo. Les habían dicho que la contienda se presentía larga y cruenta, y que de uno u otro bando caían como moscas en los campos de batalla, que ya no solo eran grandes ciudades. También en provincias, en las huertas y cultivos, en pequeñas aldeas dejadas de la mano de Dios, había muerte y desolación.

Muchos, los que podían, estaban abandonando el país camino de un futuro más seguro en Francia o Portugal. Otros habían decidido ir más lejos, a América. Mis criados querían volver con sus familias y reunirse con sus seres queridos, los que quedasen, puesto que de algunos ya no se sabía nada. Habían decidido tomar partido y, en unas filas o en otras, apretaban los dientes, callaban sus penas, y luchaban y morían por lo que creían. Lo que fuera que cada uno creyera.

Les escuché, ya casi en la puerta de la buhardilla, pero no hice nada. Escuché y callé. No impedí que se fueran. ¿Para qué? En cierto modo, los entendía. El miedo es libre. Lo que sí pensé, cómo no hacerlo cuando había nacido y crecido entre algodones y cuidados, era que la vida en la isla iba a cambiar mucho. Solos Julia, Vilar y yo. Solos con el viento, las mareas y la desmemoria.

Abrí la puerta del desván e invité a Julia a que pasara. Luego la cerré y dejé fuera, al otro lado, a mis criados, sus miedos y la caja de Vilar, a la que no presté mayor atención y no reparé en que de ella asomaban marcos y fotografías. Dejé fuera la guerra, el mal tiempo que ya se había convertido en costumbre, la preocupación de Vilar y la soledad que nos esperaba allende los muros del pazo, agazapada, a sabiendas de que cada vez éramos menos.

Cuando entramos y los ojos se habituaron a la oscuridad reinante, desgarrada solo por la claridad parda y alicaída de un día gris que entraba a través de algunas pequeñas ventanas abiertas en una de las paredes laterales, advertí en el semblante de Julia melancolía, como si reminiscencias de otra vida, de una pasada, la hubieran

alcanzado. Pero lo obvié. No dije nada. Lo noté y lo desdeñé. Era mejor. Y es que, por mucho que haya quien piense lo contrario, no siempre es bueno preguntar. A veces, con lo sabido es suficiente.

Se adentró calmada, pero con paso decidido, seguida muy de cerca por mi sombra. Estaba bastante oscuro. No obstante, Julia se movía por la buhardilla con agilidad. Fue de un lado a otro, mirando aquí y allí, posando sus dedos enguantados sobre viejos muebles, veteranas lámparas que habían visto casi de todo y libros abandonados a su olvido. Eran todas novelas de intriga que mi madre solía leer. Pequeñas historias cortas con las que salía al porche de la casa, a sentarse y contemplarnos jugar.

Ese pensamiento arraigó en mi memoria y lo percibí en pureza, como si en verdad estuviera allí, en la mecedora, sentada, con un libro en su regazo mientras nos llamaba. ¿Nos? No sé por qué lo imaginé en plural. Sería mayestático, supuse. ¿Qué si no?

Seguí a Julia, su andar, por el desván hasta que se paró frente a dos baúles de gran tamaño. Uno estaba abierto y en él había ropa de mujer. Era alguna de la que yo había visto en mi última visita a la buhardilla.

Se acercó y contempló la ropa más de cerca.

—Es muy bonita —comentó rozando alguna de las prendas—. Y tenías razón. Es de mi talla.

Luego se giró y se acercó al otro baúl. Estaba cerrado. Era grande, negro y con las esquinas protegidas con hierros de oro. También tenía tachuelas y listones del mismo material en los cantos.

—¿Tienes la llave? —quiso saber.

—No —dije seguro. Si la hubiera tenido, lo hubiera abierto en mi anterior visita. Buena es la curiosidad para dejar estar lo cerrado.

—¿Nunca has visto lo que hay dentro? —curioseó. Negué—. Pues es una pena —susurró—. Seguro que está lleno de cosas interesantes. ¿Nunca lo has abierto?

—No sé lo que contiene.

—¿No lo sabes? —insistió—. Quizá esté cargado de historias y recuerdos. —Posó la mano sobre la cerradura—. Seguro que esconde verdades y mentiras.

—Tal vez —titubeé.

Verdades y mentiras. Me pareció una forma muy curiosa de catalogar lo que un baúl puede contener, pero lo dudaba mucho. Solo era un viejo cofre. Bonito y grande, pero ¿qué verdad iba a velar ese arca? ¿O qué mentira?

Me miró sin dejar de pasear las manos por la cerradura del baúl, mimándola con sus caricias, y dejó que me perdiera por un instante, solo un segundo, en el piélago tranquilo de su iris. Allí me hubiera quedado para siempre, envuelto en su mirada, besado por sus ojos, sus eternos ojos verdes que, como una náyade, me atraían de forma irremediable. Cuánto deseé besarla. Cuánto deseé amarla. Cuánto deseé que fuera mía y solo mía para siempre, para la infinitud.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —me soltó de repente, alejándose de sus ojos, desvaneciendo mis sueños y trayéndome de nuevo a la pesada y tediosa realidad.

No pude responder porque, como si fuera una niña pequeña que esconde un gran misterio, se sentó junto al baúl cerrado y me invitó a acompañarla. Sin demora, al cobijo de la penumbra del desván y con la corte de objetos de otras vidas que por allí dormitaban, comenzó a revelarme su secreto.

Capítulo 15

Desde que Julia apareció en mi isla para cambiar mi vida, se había convertido en una experta en hacerme preguntas que yo no podía responder. Y a las incómodas cuestiones de saber quién era, cómo había llegado a mi isla o por qué no la ayude en el mar, se le unió esa tarde una más que me dejó helado en principio y confuso después.

Julia me contó que sabía que alguna vez, hace años, había estado en mi isla, en el faro. Y cuando el día anterior fue hasta aquel lugar escapando del perdón, así se refirió a nuestra pequeña discusión y su huida de mí, notó, supo, que no era la primera vez que pisaba sus desgastadas maderas. Al abrir la puerta, un aroma familiar y conocido la abrazó y le susurró al oído, bajito pero de forma incesante: «Bienvenida de nuevo».

Al subir las escaleras, el sentimiento de familiaridad se hizo aún más intenso, más palpable, y se quedó ahí, sin moverse, hasta que llegó a la parte de arriba. Allí, la huella de lo recordado se transformó en palmario.

—¿Por qué? —me cuestionó—. ¿Por qué conozco esa construcción?

Yo callé, como en las otras ocasiones en las que me había hecho alguna de sus preguntas confusas y difíciles. Guardé silencio y bajé la cabeza para escapar de su inquisitoria mirada.

—¿Por qué? —repitió ante mi silencio—. ¿Por qué?

Como no sabía qué responder, lo que hice, para dejar esa interrogación, junto con las otras embarazosas cuestiones, relegada y callada —mejor no hablar de lo que no se debe hablar— fue ponerme yo a hacer preguntas.

—Cuando fuiste al faro, ¿sabías que te seguía? —demandé. Ella asintió—. ¿Y por qué no te detuviste ante mis gritos? ¿O cuando entré en el edificio?

Se encogió de hombros a modo de respuesta imprecisa y no respondió.

No me reveló sus motivos en aquel tiempo, aunque todo en esta vida, todo, tiene un porqué y aquella actuación suya, también. Al igual que tuvo consecuencias. Vaya sí las tuvo. Lo que allí pasó fue un golpe muy duro que agrietó un poco más los muros que estancaban parte de mi desvencijada memoria. Aquella visita al faro supuso un antes y un después en el devenir de mi historia. Un punto de inflexión donde pasado, presente y futuro se dieron la mano haciéndome partícipe de su extraña forma de mostrarse. Lucidez y locura aunadas por una mente camino de la desesperanza y un corazón roto que sobrevivió gracias al engaño.

—¿Y al hombre de la playa? ¿Le viste? —quise saber, pues ante las afirmaciones de Vilar y Castelao, ya no sabía qué pensar. Me hacían dudar sobre lo que vi y lo que no vi.

—Por supuesto.

Un escalofrío me asaltó. En el faro no me hallaba solo como me habían dicho el

señor Vilar y Castelao. Allí también estaban Julia y ese horrible hombre. Entonces, ¿por qué me habían mentido? De Castelao no me extrañaba. No era de fiar, estaba claro tras su visita y sus preguntas, pero ¿y Vilar? ¿Por qué mi querido mayordomo me había engañado? Eso sí que no tenía sentido. Vilar no era un hombre de decir mentiras.

—Y más veces lo veo —siguió, interrumpiendo mis cavilaciones y dejándome del todo pasmado—. En la isla, en el faro, en la playa y en la casa. ¿Cómo no verlo?

Me quedé blanco, y todos mis músculos se tensaron. ¿En la casa? ¿En mi casa?

Mientras yo no decía nada, no sabía qué decir, y mi cuerpo se negaba a reaccionar, me había quedado conmocionado, ella me miraba con curiosidad mal disimulada. Observaba cada una de mis facciones, con la cabeza de lado, como una niña chica que inspecciona algo muy interesante.

Me siguió contemplando como si esperara una respuesta por mi parte, aunque yo no podía dársela. Estaba turbado por su revelación. ¿Cómo era posible que ese despreciable recorriera mi isla con tanta libertad? ¿Y por qué yo no le había descubierto antes?

Julia se enderezó y posó sus ojos otra vez en el baúl negro. Yo seguí callado. Quería preguntarle más cosas sobre ese individuo, sobre su presencia en mi isla, pero las palabras se me atragantaban, como lo hacían en mis noches y días sin inspiración. Esa asociación hizo que mi cuerpo comenzara a temblar. ¿Podían las palabras ir y venir a su antojo? ¿Podían volver a abandonarme? No, eso no podía ocurrir. No ahora que Julia estaba conmigo. Ese asesino, sus actos, no me las iban a quitar de nuevo.

Me armé de valor y comencé, balbuceando, a preguntar. Las obligué a salir, casi escupidas, forzadas, porque debían obedecerme.

—¿Cuándo le viste por primera vez?

—Fue en el jardín de robles, cuando aparecí —recordó—. Cerca del puente de madera.

Ese día que encontré a Julia, no lo vi. Yo no lo vi. No estaba. O quizá sí, dudé. Ya no sabía qué pensar. Tal vez escondido entre los arbustos y matorrales del vergel, o tras alguno de los centenarios robles, anchos y robustos.

—En sus ojos... —prosiguió, pero no terminó la frase.

—En sus ojos, ¿qué? —ahondé.

—En esos ojos hay tristeza.

—¿Tristeza? —No me podía creer lo que oía—. Yo diría que maldad, más bien.

—No —me rebatió—. No es maldad. Es una tristeza infinita. Nunca he conocido otra igual.

—Pero tú, como yo, viste lo que ese canalla hizo en la playa a esa pobre mujer. Lo viste, ¿verdad?

—Claro que sí. Lo que tú ves, yo también. —Y arrugó el gesto—. E incluso puedo ver mucho más allá.

Obvié la última parte de su comentario, ya que no quería pensar qué podía ser lo

que Julia podía descubrir dentro de mí si su afirmación era real y alcanzaba a ver más allá, y seguí insistiendo en la maldad de ese hombre.

—Pues entonces habrás advertido, como yo, que eso no es tristeza —le expliqué—. ¡Es maldad!

—No del todo.

—Sí que lo es —reiteré—. Es pura maldad y nada más que maldad.

Silencio.

—Ese hombre es cruel, mezquino y un desalmado —presioné—. Es malvado.

—Puede serlo —claudicó a la postre—, pero en realidad es tristeza y desamor disfrazado de maldad.

No me podía creer lo que estaba escuchando. ¿Tristeza disfrazada de maldad? ¿Desamor disfrazado de maldad? ¡Sandeces! ¡Tonterías! Eso no existía. La maldad era y es maldad, y nada más. Julia, en cambio, no coincidía con mi opinión. Ella tenía su propia versión de ese hombre y sus actos, y siguió defendiéndola.

—En el faro, cuando se acercó a la habitación del fondo, la pequeña —continuó—, en sus ojos se apreciaba claramente esa tristeza.

—Pero, entonces, ¿viste cómo se metía...?

—Bueno, en realidad —me cortó omitiendo mi pregunta—, siempre tiene los ojos tristes.

—¿Lo viste entrar en la habitación pequeña? —insistí. Tenía que saberlo.

—No —objetó y se giró con brusquedad haciendo que su pelo se moviera y un poco de vainilla me alcanzaría. Qué dulce olor—. Solo cómo se acercaba a ella.

—¿Y a mí?

—Ya te he dicho que sí. Claro. Lo vi todo.

Al oír esas palabras, «lo vi todo», me sentí menguar porque eso significaba que también había contemplado mi temor y espanto, mi apocamiento. Me había visto tiritar de miedo ante la presencia de ese hombre y caer al suelo como un bebé llorón cuando de su boca helada y fétida salieron las palabras de reproche de Julia por no haberla ayudado en el mar.

—¿Cómo sabía que no te ayudé? —le pregunté al recordar la escena.

Julia no respondió y posó la mano, una vez más, sobre el baúl. Luego la movió hacia su cerradura. Sus manos enguantadas la acariciaban como se palpa un objeto valioso y delicado, un objeto querido.

Bajó la mano por todo el frontal, raspando sus tachuelas doradas y sus curvas, hasta llegar a la base, donde me señaló la parte del suelo que quedaba justo delante del arca. Tenía el polvo acumulado a los lados y unas marcas, rozaduras tal vez, por el frente. Lo miré sin más, sin prestarle atención porque lo que yo quería era que me respondiera a la pregunta. Eso era lo que me importaba y no el suelo o el baúl, así que la repetí.

—¿Cómo podía saber que no te ayudé?

Se mantuvo en silencio, escrutando el suelo y pasando las manos, con

movimientos lentos, por las erosiones de la superficie. No sé con exactitud el tiempo que transcurrió. Con Julia a mi lado, solía pasar volando, pero debido a aquella extraña conversación que estábamos manteniendo, los silencios, los suyos y los míos, parecían eternos.

Al fin se decidió a contestar, sin dejar de mirar el suelo, y debo confesar que, tras su respuesta, pensé que hubiera sido mejor que se hubiera quedado callada, ausente, y no me hubiera dicho nada.

—¿Y por qué no me ayudaste?

Otra vez no, recé. Ya había admitido que era un cobarde. ¿Cuántas veces más quería que asumiera mi culpa? Creía que me había perdonado porque mi corazón, al contemplarla, me murmuraba que ya no estaba enfadada y, además, en su manera de formular la pregunta, no había reproche. No me lo pareció. Entonces, ¿por qué insistía en hacérmela? ¿Por qué? ¿Qué quería de mí? ¿Qué clase de respuesta esperaba?

Al ver que yo callaba, se levantó del suelo, no sin antes volver a acariciar el baúl, y se dirigió a la puerta de salida del desván.

—Saber por qué no me ayudaste es importante —susurró—. Lo es, pero no por mí, sino por ti.

—Yo...

—Sé que lo sientes —se me adelantó—. Lo sé, pero no es esa la respuesta que debes buscar. —Lo dijo con amargor. Y antes de desaparecer por la puerta dejándome solo con la compañía de esos viejos cofres llenos de recuerdos, me sonrió.

Era una sonrisa extraña, como una mueca anómala que intentaba dibujarse en su cara sin mucho éxito, no obstante en ella había algo más.

Recordé las palabras de Castelao: «¿La ha visto sonreír?», y entonces lo supe. Sí que la había visto hacerlo, pero de otro modo, de una forma dulce y tierna. El gesto que me enseñaba al salir, estaba, en cambio, repleto de amargura y tristeza. No obstante, por extraño que pueda parecer, mi corazón se retorció porque conocía ese mohín, pues una expresión así no se puede enterrar aunque uno quiera hacerlo con todas sus fuerzas.

Capítulo 16

Julia se fue del desván y allí estuve yo durante horas mientras la tarde caía, dándole vueltas y más vueltas a las últimas palabras que pronunció con ahogo y amargura: «No es esa la respuesta que debes buscar».

Era un cobarde. No la ayudé. No lo hice, pero... ¿Qué debía buscar? ¿Por qué?

El mar no me dejó. Él es para mí como una barrera que me paraliza y me convierte en estatua. No puedo enfrentarme a él. No soy capaz. Desde niño.

Sé que puede sonar a excusa infantil, pero era verdad. Es verdad. Maldito océano que me lo quita todo. ¡Todo!

Lo curioso era que por más que me repitiera a mí mismo que el mar tenía la culpa, algo repiqueteaba en mi cabeza, hurgando en mi vieja y cansada memoria, diciéndome que esa no era la realidad. Algo, no sabría explicar qué, quizá la conciencia, quizá el recuerdo, quizá la nada, quería a toda costa tirar las paredes que convertían mi mente en un barco de camarotes estancos expertos en esconder el ayer. ¿Cuántos quedaban? Pocos, me temo. ¿Qué pasaría si todos se destruyeran? Preferí no pensar en ello, pero los recuerdos que regresaban no me lo iban poner fácil.

Escuché varias veces a Vilar llamarme y también lo sentí subir al desván y asomarse a la puerta. Llevaba un candil de aceite y su muda presencia, merced de la oscuridad reinante en la buhardilla, me llevó a otros días en los que jugaba al escondite en ese mismo lugar. Días en los que mi querido mayordomo, mi fiel Vilar, subía alegre con la merienda y participaba en el juego. Solía hacerse el despistado y fingir que no me veía cuando pasaba a mi lado para que el pasatiempo fuera más entretenido. ¡Qué fácil era divertirse de niño! Días alegres de risas donde era feliz. Todos lo éramos.

Aún con esos recuerdos machacando las paredes de mis habitaciones estanco, no me moví. Me quedé al lado del baúl negro cerrado como una talla esperando a que se fuera. No tenía ganas de hablar con él. ¿Qué me iba a decir? Lo de siempre.

Pasé horas allí arriba en las que tras convencerme de que no ayudé a Julia porque el mar me lo impidió, también cavilé sobre lo que esta me había contado de ese miserable que visitaba o habitaba, ya no lo tenía claro, mi isla.

¿Tristeza disfrazada de maldad? ¿De verdad sus actos podían ser fruto del desconsuelo? No, claro que no. Eso era imposible. Ese hombre era un ser cruel y mezquino que disfrutaba infringiendo dolor y muerte a pobres mujeres inocentes. Sí que iba disfrazado, por supuesto, pero de caballero. Como algunos que conocí en mancebías y casas de citas cuando mis días fueron torcidos y las noches aún peores. Vestían bien. Sus trajes eran buenos, pero eso era lo único noble en ellos. Sus almas, en cambio, estaban podridas. Hombres miserables. Eso es lo que eran. Hombres corrompidos y viciados que solo merecían rechazo. Y el individuo del faro era igual que ellos.

Julia lo había visto en el jardín, en la casa y en el faro, lo que dejaba claro, a tenor de los acontecimientos, que Vilar, mal que me pesara, y Castelao me habían mentido. ¿Qué otra explicación había, si no?

Él estaba allí, en el faro, yo lo vi, y no entendía cómo era posible que no se hubieran cruzado con él al subir en mi busca. El edificio solo tenía una salida: la principal. Entonces, ¿cómo era posible? Mentían. Me habían mentido. Y lo peor era que tenían que haberse puesto de acuerdo para hacerlo.

Mentiras. Qué propicias son a aparecer. No hace falta llamarlas en exceso, pues siempre están cerca, por si son necesarias. Mentiras, falacias y engaños. Yo también las he utilizado, claro. ¿Quién no? Pero cuando uno es su víctima, no su ejecutor, se convierten en veneno y la temible sospecha entra en escena.

Me revolví en el sitio, nervioso. No me gustaba la idea que se me acaba de ocurrir. ¿Una conspiración contra mí? ¿Por qué? ¿Con qué fin?

El dinero brilló en mi cabeza. Ciertamente yo tenía mucho, pero ¿era mi fortuna motivo suficiente para que Vilar y Castelao se hubieran conjurado contra mi persona?

No sabía cuáles eran los verdaderos propósitos del detective, por mucho que mi fiel lacayo me hubiera asegurado que venía a ayudar o hubiera sido mi madre quien le contrató. ¿Y Vilar? ¿Cómo me iba a hacer eso mi querido mayordomo? Él no podría. Eso era absurdo. Pero me mintió. Me dijo que no vio a ese miserable en el faro y tuvo que verlo. ¿Cómo era posible?

Tenía la sensación de estar volviéndome loco. Loco pensando en ese hombre del faro y sus delictivas actividades. Loco por no haber ayudado a Julia. Loco por entender. Loco por las preguntas, historias, idas y venidas, argumentos y patrañas de Castelao y también, debo reconocer, de mi mayordomo. Loco de atar.

A la sazón, como una llamarada que te quema el cerebro pero cuyo escozor augura un buen resultado, se me ocurrió una posible salida para todo el asunto. Una que me sedujo y alejó, en cierto modo, la sospecha.

Ese ejecutor sin alma ni corazón estaba allí. Yo le vi meterse en la pequeña habitación tras la puerta de metal en el faro por lo que ¿y si no salió de ella? ¿Y si se escondió en ese cuarto mientras Vilar y Castelao me recogían y me traían de vuelta al pazo? Vilar me contó que esa estancia siempre estaba cerrada, así que ni siquiera se acercaron a ella. Me cogieron y me trasladaron de vuelta a la casa sin pararse ni un segundo a registrar esa sala. Entonces, ¿y si, todavía, mientras yo estaba en el desván rompiéndome la cabeza, ese malnacido de ojos fríos estaba plácidamente descansando allí dentro? Seguro y tranquilo, encerrado en ese cuarto, sabedor de que nadie lo buscaría en ese lugar. Escondido a la espera de huir de mi isla o de, a saber, matar de nuevo. ¡Sí! Era posible y debía averiguarlo.

Continué en silencio, contemplando la oscuridad, cada vez más pesada y penetrante, mientras maduraba cuáles iban a ser mis siguientes pasos a dar. Sabía que Vilar no accedería a ir al faro conmigo a capturar a ese hombre en modo alguno, y que tampoco me dejaría hacerlo a mí. Nada que me pusiera en riesgo obtendría el

beneplácito de mi mayordomo, y cierto peligro, la verdad, sí que había.

Resolví, en aquel momento, que sería mejor ir a la edificación cuando Vilar y Julia durmieran. A ella tampoco quería involucrarla en mi lance. No quería que corriera ningún peligro. Eso sería lo mejor. Sí. Eso haría. Acudiría al faro, entraría en el escondite de ese homicida sin escrúpulos, lo atraparía y se lo mostraría a todo el mundo porque, a veces, tenía la sensación de que solo yo me preocupaba por él. Como si para los demás, su presencia y sus actos fueran una simple anécdota. Aunque para hacer eso necesitaba la llave que abría la habitación donde ese miserable se escondía. Vilar me dijo que no existía, pero yo advertí cómo se tocaba el manojó de llaves que siempre llevaba consigo. Si ese canalla se había encerrado allí dentro, necesitaba abrir su puerta. Convenía, en tal caso, esperar a que mi lacayo se durmiera para hacerme con la llave adecuada. Siempre dejaba el fajo colgado de uno de los ganchos del perchero de la pared de su cuarto.

Para disimular mis intenciones y que Vilar no sospechara, para que no me lo pudiera impedir, decidí esperar a que el sueño llamara a los habitantes de mi isla y la noche fuera cerrada. Mientras tanto, bajé al comedor y cené. Julia no vino.

Al sentarme frente al plato lleno de perdiz escabechada, su aroma, su pinta, me di cuenta de que estaba, en verdad, hambriento. No había probado bocado desde el desayuno, cuando almorcé con Castelao. Julia tampoco, pero ella era de poco comer. En nuestros días en la isla, ya me había percatado de ello. Me hubiera gustado que comiera algo más, pues, cada vez, a pesar de la hermosura que irradiaba, se la veía más pálida y demacrada. La preocupación estaba causando estragos en su bello rostro y también, claro está, la falta de alimento.

La descuidada atención de mi servicio también había sido otro punto a tener en cuenta en su forzada inanición. A cualquiera se le quitaría el apetito ante esa mala educación. Ahora solo quedaba Vilar en la isla, pero las cosas no parecían haber cambiado demasiado en ese aspecto. Mi mayordomo había puesto la mesa solo para uno. Para mí y nadie más.

Pobrecita Julia. Pobre. Se tenía que sentir fatal. Una memoria perdida, como la mía, un presente incierto y quién sabe a qué futuro nos tendríamos que enfrentar. En los últimos días, sobre todo desde la visita inesperada de Castelao, su aspecto había empeorado con más fuerza. Me costaba aceptarlo, pero era así. No solo su ropa estaba deslucida, también su rostro. La luz ya no se reflejaba igual en él. Su pelo se había ido apagando como el color blanco de su piel, que se había tornado ceniciento y borroso. Y cada vez estaba más pálida y macilenta. Lo único que seguía intacto, tal vez con más intensidad, era el brillo de sus ojos. Las esmeraldas con las que conseguía que todo a mi alrededor desapareciera y solo ella quedara. Ella y las palabras. Ella y la inspiración. Ella y yo.

A pesar de su deterioro, para mí, verla era como descubrir cada día el universo. Desde que había aparecido en mi vida, existía sin otro motivo que estar a su lado y que su albor llenara otra vez mi mente, caída y corrompida, de palabras cargadas de

belleza y amor. Amor. La palabra en la que más rumiaba cuando pensaba en Julia.

Siguiendo con la pantomima ideada, devoré la cena, deliciosa por cierto, que Fabián, el cocinero, había dejado preparada antes de partir rumbo a su casa con los demás. Después me excusé con Vilar y me fui a mi despacho indicándole que esa noche no quería ser molestado bajo ningún concepto, pues la inspiración era en mí rebosante y debía aprovecharla. Estaría escribiendo.

Me encerré en mi despacho y esperé. Sin más. No escribí nada. Había mentido porque no había en mi cabeza espacio para la inspiración esa noche, para la belleza y las letras. Era algo que me entristecía, ya que en las manos y el alma de un escritor siempre hay, debe haber, hueco para las palabras y las historias. Pero esa noche no podía concentrarme en componer porque mi misión era otra.

Los papeles de mi mesa, varias veces, me tentaron para que me sentara frente a ellos y les hiciera caso. No obstante, conseguí reprimir sus deseos. Son curiosas las paradojas que guarda la vida de un literato. Cuando uno quiere escribir con toda su alma, el papel te mira retador, e incluso se ríe de ti, petulante. En cambio, cuando no hay tiempo o espacio para atenderlo, este te busca con ojos llorosos, rogando para que plasmes en él tus ideas.

Tampoco, a pesar de la sed que me inundaba y me hacía temblar, mis manos palpitaban y vibraban como si el peor de los fríos se hubiera apoderado de ellas, saqué a mi amiga absenta para que me hiciera compañía en la soledad de esa noche. La dejé en su rincón del armario, olvidada y sola, entre libros, papeles y textos, a la espera de otra madrugada más propicia para su cortejo. Tendríamos todavía muchas noches por delante en las que poder hacernos compañía. Tampoco eché mano de mi otra amante, la morfina, que seguía encerrada en su caja de madera, en la escribanía, cerca de la cigarrera que fue lo único que abrí y casi vacié esa noche.

Sin absenta, sin morfina, sin inspiración y sin sueño, permanecí sentado frente a la ventana, envuelto de caracoles de humo, viendo pasar las horas y las nubes que el viento traía consigo desde el mar donde se preparaba tormenta, en un canto incesante de quejidos dolientes. Ya se podían vislumbrar los relámpagos a lo lejos, hiriendo la superficie del océano, manchando su lisa pátina con destellos plateados. La luna, incansable, seguía peleando y combatiendo a pesar de saber que era una cruzada perdida de antemano. A lo mejor no lo sabía o acaso sí, pero le daba igual. Era su sino. Luchar cada noche por estar incluso cuando no se la ve.

Esperé frente a la ventana, vislumbrando las sombras de mi jardín, de mi isla. Escuchando, a lo lejos, los graznidos de alguna terca gaviota que no quería volver al nido, al resguardo de los suyos, al calor de su familia. Mirando cómo el viento desnudaba los robles centenarios y altivos, que nada podían hacer ante el ímpetu y la fuerza del fado, rasgado y roto, que el aire se empeñaba en tañer esa noche. Esa y las anteriores. Esa y las siguientes. El otoño llegaba cargado de furia, de tormenta y olor a mar. Arribaba pisando con fuerza la isla, custodiado de sombras, culpa y verdad, pues, tras él, nada volvería a ser igual.

Capítulo 17

Esa noche, a diferencia de otras, de tantas pasadas y futuras, no bebí ni me drogué, y no abrí la puerta al aturdimiento y la irreflexión. No dejé entrar a la culpa, a pesar de su insistente llamada, ni tampoco a la nostalgia. A ambas las arrinconé en cualquiera de los vacíos que aún quedaban vivos en mi mente. Simplemente esperé sin otro objetivo en la cabeza que atrapar al ser malvado que dormía, ajeno a mis intenciones, en la habitación cerrada del faro.

Esperé hasta que me pareció que el silencio reinante en la casa solo podía indicar que tanto Vilar como Julia estaban ya durmiendo.

Salí con sigilo del despacho, bien ataviado con el gabán, lo había llevado allí antes de encerrarme, y me acerqué con cuidado a las habitaciones del servicio que estaban todas ubicadas en la primera planta, detrás de la cocina. No siempre fue así. Al principio, cuando mis padres compraron el pazo, había una casita anexa a la residencia principal habilitada para que fuera la vivienda de los criados, pero mi progenitora pronto lo cambió. El inmueble, a su parecer, estaba demasiado lejos. Por eso mandó reformar la primera planta del pazo y construir los cuartos de la servidumbre allí. Mejor tenerles en casa, cerca, bajo sus deseos y sus pies.

Me aproximé a las habitaciones, la mayoría abiertas —pues, salvo Vilar, no quedaba nadie del servicio—, y escuché atento a cualquier sonido.

Silencio. Solo el viento.

Era el momento.

Abrí la puerta del cuarto de Vilar con sumo cuidado. No quería hacer ningún ruido. De hecho, ni respiré por miedo a que mi apresurado resuello, acelerado por lo que estaba haciendo, le despertara. Abrí y con el mayor de los sigilos, hasta yo me sorprendí de mi rapidez y silenciosa agilidad, me colé dentro cerrando la puerta tras de mí para que nada pudiera alterar el sueño de mi mayordomo que, tapado hasta las orejas, descansaba plácidamente en su cama. De tal manera me lo indicaban sus ronquidos, tranquilos y acompasados.

¿Qué estaría soñando? Algo bonito, sin duda. Lo imaginé caminando sonriente por una fastuosa campiña, correteando de la mano de una buena mujer, la que él se merecía, con la que compartía feliz la vida. No pude evitar sonreír al bosquejar el cuadro. A diferencia del mío, el sueño de Vilar, el sueño de otros, no tenía que venir acompañado de angustia, pesadillas y temores.

Lo envidié allí tumbado en su cama. Qué no hubiera dado yo, y aún daría, por una noche sin malos sueños, sin pesadillas ni angustias. Pocas había tenido y ninguna me quedaba.

Dejé que Vilar siguiera caminando tranquilo en la campiña y eché un vistazo rápido al cuarto. Comprobé, satisfecho, que mi mayordomo seguía siendo un hombre de férreas costumbres. Como esperaba, colgado de uno de los ganchos del perchero

de pared, estaba el manojito de llaves que buscaba. Llaves que lo abrían o cerraban todo en la isla. Todo. También vi, para mi sorpresa, que en la mesilla de noche mi intendente tenía un ejemplar de mi primera novela, la que me dio el éxito, la que me hizo famoso y me arrojó al caos, *El amanecer de la luz*. A su lado, una fotografía enmarcada de un joven Vilar sonriente con una mujer. Supuse que se trataba de aquella que tanto le hizo sufrir. De la que le hirió el corazón de tal suerte que ahora creía que el amor no era algo hermoso y bello. La que le ocasionó la peor de las heridas por la que mi mayordomo veía en el amor solo sufrimiento.

Me hubiera gustado acercarme a la imagen para observarla mejor, para descubrir el rostro de esa mujer, pues desde mi posición no podía más que intuir sus formas ya que el cuarto estaba apenas iluminado por los restos de luz que aún emanaban las ascuas moribundas de la chimenea. Y es que Vilar tenía ese privilegio entre la servidumbre. Su habitación, por iniciativa de mi madre, era la única de las pertenecientes al servicio que tenía hogar. Quería conocer quién era la que tanto daño le hizo, pero me abstuve. No había que tentar a la suerte, que bastante traicionera es de por sí. No suele necesitar ayuda para torcerse. Yo había ido allí a por las llaves y no a rebuscar entre los recuerdos de mi mayordomo, por mucho que el deseo llamara a la puerta de mi curiosidad.

Me arrimé al perchero e inspeccioné las llaves. Eran muchas, muchísimas. Por lo menos había un centenar en la argolla del llavero. ¿Cómo saber la que yo necesitaba?

Pensé en llevármelas todas y listo, pero enseguida lo descarté. Hubiera sido del todo absurdo. ¿Qué iba a hacer? ¿Comprobar las llaves una por una en el faro hasta dar con la adecuada? Ridículo. Antes de encontrarla, su tintineo hubiera alertado al malnacido que allí paraba y todo mi plan se hubiera ido al garete.

Sí, lo sé. No conocer qué llave era la adecuada podía considerarse un pequeño fallo de mi estrategia. Bueno, no tan pequeño, quizá.

Noté que Vilar cambiaba de posición en la cama y los nervios afloraron a mis manos, ya alteradas por la falta de absenta, haciéndolas temblar de forma incontrolable. Aquello pintaba mal. Nervios, temblores y un manojito de llaves. La combinación perfecta.

Intenté serenarme, alejar los nervios, relajarme y concentrarme solo en mi objetivo. Respiré varias veces para ahuyentar al mal fario, intentando calmarme y miré las llaves con decisión. Tenía una misión que cumplir y no podía fallar. Debía elegir una. Decidir cuál coger y cuál dejar. Tan sencillo como eso y, a la vez, tan complicado.

Las observé pidiendo, de algún modo, una iluminación que me ayudara, como ocurría en muchas de las novelas que leía. Lo que estaba pasando no era una historia novelada, soy consciente, era la vida real, pero en esas ficciones narradas, a los personajes, en ocasiones de dificultad, una especie de ciencia infusa les decía qué era lo que tenían que hacer. Una revelación que acertaba siempre. Yo deseé que algo parecido me ocurriera y, para mi sorpresa, sucedió. La ciencia infusa o lo que fuera

vino a mí y me obligó a fijarme en que de la argolla mayor, donde estaban todas las llaves enganchadas, colgaba una fina cuerda atada a ella con una simple lazada de la que pendía una llave más pequeña y robusta. Era gorda y oscura, y destacaba sobre las otras por su tamaño y por estar sola, sin el abrigo de sus compañeras, suspendida de una triste sirga.

No sé por qué, pero creí que, por una vez, el destino estaba de mi parte y que esa era la que yo buscaba. ¿Por qué no iba a tener suerte? ¿Acaso el haber errado el camino en el pasado era motivo suficiente para que la fortuna siempre me esquivara? De hecho, últimamente no lo sentía así. No del todo al menos. Había encontrado a Julia que había hecho que mi inspiración, mi perdida lira, regresara y que había despertado en mí un viejo amor escondido y olvidado. Me había hecho sentir de nuevo. Se había convertido en mi apoyo y en mi musa. Mía para siempre. Eso había sido, sin duda, un golpe de suerte, ¿verdad?

Los nervios se aplacaron y mi corazón, que había estado yendo al trote hasta ese instante, volvió a latir con tranquilidad. Como mucho, un poco acelerado por los sentimientos que pensar en Julia me despertaban, pero sereno por el hallazgo de la llave necesitada.

Con agilidad, sin perder de vista el sueño tranquilo de Vilar, la cogí. No fue difícil, la verdad. La lazada de la cuerda se soltó con apenas un pequeño tirón. El resto de llaves ni se inmutaron. Les dio igual que me llevara a una de sus compañeras.

Una vez tuve la llave en mi poder, me la guardé rápidamente en el bolsillo de mi gabán y salí tan silencioso como había entrado de la habitación de mi mayordomo. Cerré la puerta con sumo cuidado y en el pasillo, a salvo, suspiré aliviado. Lo más arduo estaba hecho. Ya tenía la llave con la que abrir ese maldito portón tras la que se escondía aquel demonio.

Anduve por el pasillo de las habitaciones del servicio, camino del salón principal de la casa, con sigilo y en el mayor de los silencios, pero feliz. Tan satisfecho estaba por haber encontrado la llave y haberme hecho con ella de forma tan sencilla que no me paré ni un instante a meditar que la suerte, mal que me pese y por mucho que yo esa noche quisiera creer lo contrario, no solía jugar limpio. No al menos conmigo. No me paré a pensar, tonto de mí, que la había descubierto tan rápido y fácil porque ya la conocía. O que estaba adosada con un simple cordel endeble porque alguien quería que la cogiera. ¿Para qué pensar? ¿Para qué recordar? ¿Para qué?

Tampoco escuché, ya en el otro lado de la puerta, con la llave bien guardada en el abrigo, que Vilar se levantaba de la cama, pues su sueño no era tan profundo como yo imaginé y no paseaba sonriendo por ninguna campiña llena de flores. No lo escuché, no lo sentí, y seguí con mi plan.

Entré en el salón principal y me dirigí hasta la pared donde estaba situado el armero. No tenía ninguna intención de acudir al faro sin protección, a cuerpo. Cogí una de las escopetas de mi difunto padre, la mejor que tenía y con la que había dado

buena cuenta de lo bien que se le daba cazar, la cargué, me guardé más munición en las faltriqueras y salí de la casa dispuesto a enfrentarme a ese infame asesino.

Me asomé al jardín de robles que rodeaba la casa, con cautela, y comprobé cómo, salvo el viento y las sombras de los árboles y arbustos, no había nadie. Aunque, ¿quién iba a haber? En la isla ya solo quedábamos Vilar, Julia y yo. Bueno, y el maligno hombre del faro.

Esta vez, a pesar de querer correr para acabar cuanto antes con aquella situación, a diferencia de cuando fui tras Julia, decidí marchar hasta el faro a paso lento para poder llegar con el ánimo templado y sereno. Una carrera me hubiera agitado demasiado y mis sentidos no hubieran estado alerta y en forma para enfrentar lo que tuviera que encarar que, a buen seguro, no sería tranquilo.

Avancé con seguridad adentrándome sin prisa en el lado norte, en el Paraje del Ocaso, convencido de lo que iba hacer. Empujado por la idea de que era lo correcto, si bien esa palabra, «correcto», quizá no fuera la más adecuada. Tenía y tiene tantas interpretaciones.

De camino, ya casi llegando al faro, me pareció notar que alguien me seguía, pero lo achiqué a la imaginación y a los nervios del momento. La bruma procedente del océano hacía que miles de proyecciones bailaran a mi alrededor y corearan mis pasos inventando mil formas a cada cual más umbría y tenebrosa. Y el aire que soplaba con fuerza entre los árboles y las rocas las hacía hablar con lamentos y sollozos creando un espectáculo no apto para crédulos de corazón.

Todo aquello era producto del tiempo, del mal tiempo y, desde luego, pensé, de la imaginación de un escritor, tan propicia ella a ver fantasmas donde no los hay e ignorar los que ciertamente nos acechan. No obstante, ese mal tiempo y la imaginación, en realidad, ocultaban otra verdad.

Una sombra conocida, no formada por el viento ni la bruma, me seguía los pasos, a cierta distancia, con reserva, embutida en un viejo abrigo que le había acompañado desde muchos años atrás. Una sombra familiar cuya figura corpulenta se acercaba a mí cumpliendo un cometido para el que no sabía si estaba preparada. Una sombra asustada, más que yo, que solo quería que todo lo que estaba sucediendo en la isla, que era mucho más de lo que a simple vista uno podía imaginar, como le habían asegurado, acabara cuanto antes. Una sombra que creía que dejarme actuar de esa manera, a la ventura de mis anhelos, no era bueno, pero que se limitaba a cumplir las órdenes que le daban.

Capítulo 18

Pasos, sombras y sospechas en una noche fría y desapacible que parecía querer ser eterna y que, guardada por los relámpagos que venían del océano, cada vez más cercanos y cargados de tormenta, me delinearon la silueta de una isla que se me presentó casi desconocida y hostil. Era mi isla, mi casa, y la amaba; no obstante, por momentos, en noches como aquella en las que mi mente cansada del olvido y la oscuridad quería restaurar reminiscencias de otro tiempo, también la odiaba. Mi isla, mi morada, mi condena.

Con lo fácil que hubiera sido continuar como antes: ciego, sordo y mudo.

No saber, no conocer, no recordar.

Mi mente y yo, ambos testarudos, empeñados en dar solución a lo que ya no la tenía. Empecinados en descender a todo costa a los infiernos. Mi yo necesitado de verdad y mi yo enterrado en el olvido. Dos lados de una misma moneda que no solo sabía caer de canto.

Frente a la puerta vieja y rancia del longevo faro, su forma se me antojó espectral, terrible y cargada de maldad. Sí, maldad que se respiraba y se sentía dentro y fuera, en la tierra y en el aire, e incluso en las primeras gotas de lluvia que comenzaron a caer, como lágrimas quemadas que auguraban que esa noche de octubre de 1936 lo cambiaría todo. Esa y las siguientes.

¿Puede un edificio ser malvado? Quizá la construcción como tal no, pero sí el corazón de los hombres que lo construyeron y utilizaron. El Faro del Amor. Sonaba tan romántico y evocador. Y en ese momento, frente a él, me cuestionaba qué quedaba de amor en ese lugar. Nada. No quedaba nada. Se había esfumado como lo había hecho la bondad del alma de los que lo habían usado y habitado, mi bondad, dejando allí solo la huella de la consternación y la desesperanza, convirtiéndolo en un sitio sin corazón ni aliento. Un rincón relegado que subsistía a base de nostalgia e historias de otras épocas. Evocaciones de antaño que exigían resurgir y ser libres de nuevo.

Abrí la puerta que, como otras veces, no se quejó y me dejó pasar sin poner resistencia, y me adentré en aquel endiablado edificio agarrando con nervio la escopeta de mi padre y decidido, a pesar del temor y recelo que me causaba estar allí de noche solo, a acabar con aquello.

A diferencia de la última vez que estuve en aquel lugar, que subí las escaleras al galope para dar con Julia cuanto antes, esta vez avancé por los escalones con calma, despacio, afianzando mi posición y mi idea. Haciendo que esta enraizara. Subiría, abriría la puerta de metal con la llave que le había cogido a Vilar, entraría y daría caza a ese cruel asesino. La escopeta y mi determinación serían suficientes. Así lo esperaba y deseaba.

Llegué arriba con el ánimo cargado de esperanza. Había ascendido despacio y en

silencio. Ese hombre no me podía haber oído en modo alguno. La sala de la linterna estaba en penumbra, y la habitación donde yo me encontraba, justo debajo, apenas era una cueva solo alumbrada por nimios rayos de luna, pero mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad durante la subida. Además, me sabía la distribución de la estancia y los pasos exactos que había desde el rellano de la escalera hasta la puerta de metal. Eran diez. Diez pasos.

¿Los conté el día anterior? Puede ser.

Diez pasos hacia la puerta. Diez.

Diez pasos que di seguro de lo que iba a hacer.

Diez pasos hacia la maldad y la sevicia.

Cuando llegué a la puerta, con mucho cuidado, saqué la llave, sin dejar en ningún momento de asir con la otra mano la escopeta, y la metí en la cerradura.

¡Maldición!

Cara de tonto es poco decir. Así se me debió de quedar al percatarme de que la dichosa llave, por la que tantos apuros había pasado, no encajaba en el cerrojo. Era demasiado pequeña y se perdía en el ojo sin girar y sin agarrar el pasador.

—¡Maldita sea! —mascullé mientras la sacaba de la cerradura—. ¡Malditos mis muertos!

Examiné la puerta, el cerramiento, impotente, y también contemplé la inútil llave en mi mano. Entonces, ¿qué abría?

Los nervios, que hasta ese momento había logrado mantener alejados, afloraron de golpe, con fuerza, haciendo que un sudor glacial empapara mi frente y mis manos, lo que provocó que la estúpida llave inservible se me cayera al suelo.

Cayó y rebotó varias veces provocando un sonido que a mi parecer fue colosal. Un eco metálico que tronó por todo el faro llenándolo de férreos embates que repiqueteaban como las cadenas que arrastran los condenados, caminando de un lugar a otro sin destino, sin Dios que les acoja y sin consuelo.

Cuando la llave al fin se posó del todo sobre las carcomidas tablas del edificio, lo que debía ser escuchado en toda la isla era el trote de mi corazón y los latidos desbocados de mi espíritu, con el miedo ya corriendo a sus anchas por todo mi ser. Hasta ese momento, el silencio había sido mi aliado, pero, en ese instante, mi pavor y sobresalto seguro que me habían delatado.

La cogí y guardé rápidamente en el bolsillo de mi gabán. Acto seguido, escuché ansioso, esperando que en cualquier momento la puerta de metal se abriera y el individuo malvado que estaba dentro saliera a mi encuentro, a acabar, tal vez, conmigo y así conseguir su total libertad para seguir escondiendo secretos.

Escuché, pero no oí nada.

Silencio. Solo silencio.

Me mantuve en cuclillas frente a la puerta, justo delante de la cerradura, atento a cualquier sonido o movimiento a mi alrededor. Nada. Todo seguía mudo. Las termitas comiendo madera dentro del faro; el viento, fuera, las olas, a sus pies; y las gaviotas,

a su alrededor, ajenas a mi tensión y miedo, eran los únicos que, de vez en cuando, osaban romperlo.

Seguí en la misma posición un rato más hasta que la curiosidad o la temeridad o qué sé yo, me mostraron cierta claridad por el ojo de la cerradura y me asomé. No pude evitarlo. Pegué todo lo que pude mi cara a la puerta y mi ojo al agujero del cerramiento.

La ansiedad me oprimía el pecho y hacía que mis ojos parpadearan más de lo normal, pero no me moví y continué mirando porque allí dentro había luz. No era muy potente, pero sí lo suficiente para distinguir que en la habitación una sombra inquieta se movía de un lado a otro.

A pesar del miedo que, ora ya no tenía freno, recorría mi cuerpo como una corriente eléctrica, arrimé la cara un poco más contra la puerta, para ver mejor, para distinguir con mayor claridad la figura que allí dentro proyectaba siluetas espectrales en las paredes y el suelo.

Apreté mi ojo contra la cerradura mientras intentaba enfocar el interior y, en ese mismo instante, en un segundo, el corazón se me paró.

¡Dios del cielo! ¡Dios de todos los cielos!

Un iris azul, frío y helador, se asomó por ella.

Mi corazón se detuvo, mi mente dio un paso más camino de su caída y mi cuerpo, impedido por el susto, se desplomó hacia delante abriendo con el peso la estúpida puerta de metal que no estaba cerrada. No lo estaba. No se necesitaba ninguna llave. Vilar me había mentido. Esa puerta no estaba atrancada y en ese instante dudé si alguna vez lo estuvo. Entonces, me pregunté, ¿por qué se tocó las llaves cuando le hablé de ella? ¿Por qué me indicó con su gesto que él tenía la llave que abría esa estancia?

Cerré los ojos, como un niño, deseando que aquello fuera solo un sueño. Pronto despertaría en otro sitio más amable y agradable. Pero no lo era y no podía despertar.

Cerré los ojos y sentí, como la otra vez, el gélido aliento de alguien muy cerca. Tanto que podía sentir su sombra devorando la mía y su cuerpo arqueado sobre mí, contemplándome, acechándome, estudiándome.

Aún con los ojos cerrados palpé la escopeta a mi lado, que se me había caído por el terror que ese ojo me había producido y, en un arrebato de puro instinto de supervivencia, la cogí y apunté al frente, abriendo los ojos justo en el mismo instante en el que apreté el gatillo.

Asumí que le había dado, pues su presencia estaba pegada a la mía cuando disparé pero, al mirar, allí únicamente había aire con olor a pólvora. El disparo había ido a parar a una de las paredes de la habitación.

Me incorporé rápidamente, sin dejar de apuntar con la escopeta de un lado a otro, me quedaba otro disparo antes de tener que recargarla, buscando al dueño de esos ojos añil crudos e inhumanos. ¿Dónde se había metido? ¿Cómo era posible que ya no estuviera?

La habitación parecía vacía. No había nadie.

En el centro esperaba una silla de madera que había vivido mejores días. Estaba sucia, vieja y desgastada. Sobre ella reposaba una cuerda. Otra igual se asomaba entre las patas y llegaba a uno de los reposabrazos. Debajo, como si fuera su silueta deformada y disfrazada, nacía una enorme mancha de color almagre. Dejé de mirarla. Era sangre seca. Tenía que serlo. Qué otra cosa podía ser. Sangre seca mezclada con orines y fregada de mala manera después. Esa silla era donde ese canalla ataba a las mujeres que secuestraba y llevaba a mi isla, con las que se divertía y acto seguido mataba.

Aparté la vista del asiento y me fijé en que, en una de las paredes, cerca de donde había dado el disparo, había un armario de metal y, a su lado, una mesa parecida a la que existía fuera, en la habitación. Me acerqué, sin dejar de apuntar, y sobre ella, como en la otra, papeles y más papeles, un plumín, un cenicero y un tintero. Los documentos, como los que había descubierto en mi anterior visita al faro, estaban llenos de palabras sin sentido, garabatos y frases borroneadas sin ton ni son. Era un galimatías.

Dejé el escritorio y me acerqué al armario. Dentro seguro que se escondían parte de los oscuros secretos de ese hombre. Fui a abrirlo y, justo en ese momento, un ruido en la entrada del faro acompañado de una terrible ráfaga de viento proveniente del exterior subió por la escalera hasta entrar en el cuarto. Agitó los papeles de la mesa, desperdigándolos por el suelo, y las cuerdas de la silla, que cayeron a tierra para dar compañía a los restos de las infamias allí cometidas.

La sombra que me había estado siguiendo ya estaba en el faro y había flanqueado la puerta. Su entrada y el aire que trajo consigo también movieron algo en el fondo de la habitación. Oí cómo se deslizaba hasta caer al suelo. Me volteé y, como un destello, un chispazo, como un fantasma, ese hombre miserable que habitaba mi isla sin permiso se materializó frente a mí, mirándome y apuntándome, escopeta en mano, con ojos temblorosos.

A sus pies había un par de sábanas enmohecidas y viejas. Eso era lo que había oído resbalar. Sábanas que cubrían esa parte de la habitación.

Di un paso hacia delante y el hombre también lo hizo. Estaba claro que no me tenía miedo a pesar de que en su semblante se reflejaba cierto atisbo de él. Sus ojos parecían fríos, pero al dar un paso más, al acercarme más a él, el pensamiento de Julia, su idea sobre la tristeza que escondían, me invadió.

¿Podía ser verdad que hubiera tristeza en ellos? ¿Tristeza disfrazada de maldad?

Me olvidé de inmediato de esa sensación, la alejé y apunté seguro y firme contra él. No me iba a dejar engañar por sus falsos ojos y tampoco confundir por las ideas de otros.

—¡Entrégate! —le grité con una voz más blanda de la que pretendía emitir. Tenía la boca seca—. ¡Ya no hay vuelta atrás!

No transigió y se mantuvo en silencio mientras unos pasos subían presurosos las

escaleras.

—¡Tira el arma! —le exigí apuntando directamente a su cabeza—. ¡Tírala y sal conmigo del faro!

Silencio. Solo pasos ascendiendo. Nada más.

—¡Entrégate! —le repetí ante su falta de habla y su mala disposición.

Pero mis requerimientos volvieron a caer en saco roto, pues no parecía dispuesto a entregarse. No se movía, no decía nada y solo me apuntaba a la cabeza con su vieja escopeta.

Di un paso más hacia delante y él, para mi turbación, no se acobardó y también lo dio. A la sazón, vi cómo levantaba la escopeta un poco más, convencido, y cómo tensaba el dedo sobre el gatillo. Iba a disparar. ¡Me iba a disparar!

Los pasos vivos y febriles, que subían por el faro, ya casi estaban arriba y habían atravesado el último tramo. Las pisadas de la sombra que me había estado siguiendo; de la sombra que, en realidad, salvo en mis años de mayor locura, siempre había estado ahí.

Yo también tensé mi dedo sobre el gatillo y, justo cuando la cara familiar de Vilar, mi mayordomo y mi sombra, se asomaba por la puerta de la habitación, disparé.

La detonación sonó ensordecedora y retumbó por el faro que se dolió, hartado como estaba de que todo el que lo visitaba o habitaba se creyera con derecho a hacerle llorar. Solo era un edificio. No era malvado. La maldad la portaban quienes lo utilizaban.

El disparo fue acompañado del grito de Vilar y del sonido de mi caída, provocada por la fuerza de la descarga. Un estallido escoltado también de miles de virutas de cristal que explotaron en la habitación llenándola de lucientes volutas y esquirlas, brillantes como luciérnagas en una noche de verano, que se clavaron en mí cubriendo mis ojos y mis manos de sangre.

Capítulo 19

Un espejo. Eso fue lo que se rompió con el disparo y llenó la habitación de cristales rotos. Un espejo que cubría una de las paredes de la habitación y que provocó desconcierto.

Yo intentaba quitarme los vidrios y limpiar mis ojos para ver lo que ocurría y saber dónde estaba ese miserable. Había llegado muy lejos para dejarle escapar. Solo quería verle tendido en el suelo, moribundo, pero no descubrí eso. Claro que no. ¿Cómo ver aquello que no está? Y es que yo únicamente podía ver mi sangre coloreando a Vilar y a las sombras.

Como pudo, mi mayordomo rasgó las sábanas que habían caído a los pies de ese inmundo personaje, cuando este apareció frente a mí apuntándome con una vieja escopeta de caza, y me fue curando las heridas. Me limpió la cara y las manos, aunque no logró, por mucha intención que puso, depurar otras que estaban mucho más profundas, más adentro. Las del corazón, la cabeza y el alma. Esas no se limpian ni se curan. Tampoco el tiempo lo hace. Nada las puede sanar. El tiempo, como mucho, las esconde.

—Vilar —susurré—. Gracias Vilar.

Le estaba, como en tantas y tantas ocasiones, agradecido. Recordé la vez primera que me ayudó, cuando me sacó del mar, de niño, y me salvó. ¿Cuántas veces me había rescatado? ¿Y cuántas más lo haría? Me hubiera gustado, en ese mismo instante, volver a ser un niño, abrazarme a sus fuertes brazos, llorar y dejar que su abrazo me protegiera de todo.

—Tranquilo señor, ya estoy aquí —balbuceó a la vez que procuraba retirar todos los cristales posibles de mi cuerpo con el mayor de los cuidados—. Ya ha pasado. ¡Ya está!

—Vilar, ese hombre ha huido. —Señalé como pude la puerta—. Se ha ido.

—Tranquilo, señor —me repitió—. Ya está. Ya está. No pasa nada.

—Pero ha huido. Ese canalla. Ese miserable. Ese...

—Tranquilícese, don Ricardo —insistió mientras me vendaba con restos de sábana las manos—. Todo acabará pronto. Ya lo verá. Todo saldrá bien.

Luego, sin dejar que yo siguiera protestando, una vez que me hubo limpiado lo mejor que pudo las heridas, me ayudó a incorporarme y me sentó en la silla que había en la habitación. Me dejé hacer, a pesar de que mi cabeza solo quería perseguir a ese miserable que habitaba mi isla, mis sueños y mi vida. Dar con él y acabar con todo. Además, la idea de estar allí sentado, donde antes mujeres inocentes habían llorado e implorado por su libertad, no me hacía ninguna gracia.

Mis manos, envueltas en harapos y cubiertas de restos de sangre, se sacudieron al rozar la madera del asiento que, dolida, desprendía sufrimiento y martirio. Un tormento espantoso que se colaba por mis poros haciendo que mi alma se hiciera cada

vez más pequeña. Haciendo que mi corazón temblara de tristeza y desconsuelo, y mi cabeza, mi mente, como hacía con asiduidad desde que había vuelto a la isla, quisiera abandonar.

Vilar se acercó al armario de metal que había en una de las paredes de la habitación, al fondo, donde había dado mi primer disparo, y sin decirme qué es lo que estaba haciendo, lo abrió de par en par y me señaló su interior.

Dentro había una caja de zinc bastante antigua y lo que parecía un libro o un diario.

Con manos vacilantes, también cubiertas de sangre, mi sangre, mi querido intendente cogió la caja y la puso sobre la mesa de madera, ya libre de papeles. Estaban todos diseminados por el suelo haciendo compañía a los cristales, justo delante de mí, que era hacia donde apuntaba la silla en la que yo me encontraba.

—¿Ha abierto la caja? —quiso saber.

—No. No he podido registrar bien la habitación —respondí—. No me ha dado tiempo.

—Pues debe abrirla —me pidió—. Es necesario.

—¿Por qué?

—Debe hacerlo, don Ricardo. Confíe en mí. Ábrala y entenderá.

—¿Entender? ¿Qué? Además, no tengo la llave —interpelé—. Y no sé de quién es o qué significa. No voy a abrir algo que no sé lo que es.

Vilar suspiró, contrariado ante mi negativa, pero me contestó:

—Es la caja de alguien que hace muchos años, muchos, perdió la cabeza por amor —me confesó.

Como un relámpago, un nombre vino a mí: Ramón Rouco Buxán. Era el terrateniente que, poseído por los celos, mató a su mujer y al amante de esta, y más tarde enterró el corazón de él y el pelo de ella en una caja de zinc en algún lugar del lado norte de la isla. Pero eso había ocurrido hacía muchos años. No podía ser que fuera la misma caja.

Mientras yo pensaba en don Ramón y su arrebató de furia y odio, Vilar siguió con su explicación, afirmando que esa caja no era, en realidad, de un solo hombre, sino de dos.

—¿Dos? —pregunté.

—Sí, señor, dos. —Se acercó a mí y me la señaló—. Y debe abrirla.

—Pero ¿por qué? —Me resistía a cumplir sus órdenes sin más explicación que la que él me daba. No quería hacerlo. Me daba igual que hubiera sido de don Ramón o de otros. Además, la leyenda del terrateniente también decía que sobre aquel que encontrara y abriera la caja, caería una terrible maldición. ¿Quién en su sano juicio iba a querer abrir, entonces, esa caja? Yo no.

—Es importante que me haga caso, señor —insistió Vilar alejando mis pensamientos de maldiciones y amenazas—. Debe hacerlo ya.

—¿Y cómo la abro? Ya le he dicho que no tengo la llave.

—Sí que la tiene —me indicó y yo, de forma instintiva, eché la mano al bolso del gabán y palpé la pequeña llave de metal que había tomado de su manojo—. Sí. Esa es —me ratificó al verme—. Sáquela y abra la caja.

—¿Pero cómo...?

—Yo le dejé que la cogiera —me interrumpió—. Yo se la mostré hace días.

Le recordé tocándose el fajo de llaves cuando le hablé de la habitación pequeña del faro. Al verle, yo imaginé que lo hacía pensando en la que abría la puerta de ese cuarto, pero, en realidad, mi mayordomo hizo referencia a otra, a la que abría la caja que estaba dentro de esa estancia. Él me la indicó. ¿Por qué? ¿Por qué debía tener esa llave? ¿Por qué debía abrir esa caja?

—Así debía ser —continuó, respondiendo a mis cuestiones, leyendo las preguntas de mi mente—, aunque ya no estoy tan seguro de que haya sido una buena idea.

—¿El qué debía ser? —consulté.

—Lo de la caja y la llave —me reveló—. Se me dijo que, a tenor de lo que estaba ocurriendo, sería lo mejor. «Si le vuelve a hablar del hombre y de la habitación del faro», me indicaron, «tóquese las llaves». —Bajó la mano y me enseñó el enorme llavero que siempre cargaba—. «Él pensará que le está mostrando que allí guarda la que abre la puerta de metal de esa habitación», me explicaron. «La cogerá e irá al faro. Cuando descubra que la puerta, en realidad, está abierta, solo le quedará ir al armario, coger la caja y abrirla».

—¿Quién le dijo eso? ¿Quién le mando hacer eso?

—En cambio —prosiguió sin hacerme caso, sin responder—, en vez de llegar, ir al armario, coger la caja y abrirla, como se esperaba, ha pasado todo esto —y giró a su alrededor.

—¿Cómo se esperaba? ¿Quién lo esperaba? ¿Por qué?

—Sé que es difícil de comprender, señor, pero si abre la caja, si la abre, todo cobrará sentido y entenderá lo que está ocurriendo. Lo que le está ocurriendo.

—¿Y qué me está ocurriendo, Vilar? ¡¿Qué?!

—¡Ábrala y lo sabrá! Yo no puedo hacer más. No puedo decir más. Demasiado he dicho ya. ¡Es usted quien debe recordar!

—¿Recordar? ¿Qué debo recordar?

—Abra la caja y lo sabrá.

—No quiero abrir la caja —y era verdad. No quería.

Desde que Vilar la había sacado del armario, algo dentro de mí, el miedo tal vez, o la cobardía, y no provocada solo por la sospecha de una posible maldición, me apuntaba, a gritos, que si abría la caja de zinc, que si obedecía a Vilar y miraba en su interior, todo mi mundo se desvanecería. Todo lo vivido esos días; todo lo que me había ocurrido. No me importaba que algunas cosas se fueran, claro está, pero sí otras. No podía. No quería.

—No lo haga más complicado —me insistió—. Solo conseguirá sufrir.

El sufrimiento del que me hablaba hacía tiempo que ya se había instalado con

comodidad dentro de mí y, por su semblante, adiviné que también en él.

—Abra la caja y acabe con todo esto —prosiguió y le dio unos golpecitos a la dichosa lata—. Porque esto —y miró a mi alrededor— es de locos.

—Sí que lo es —asentí. En eso tenía razón. Yo me estaba volviendo loco, como mi isla y lo que me rodeaba—. Claro que lo es —aseveré convencido—. Sobre todo porque no ha servido de nada. Ese hombre se ha escapado. Creo que está herido, pero no he podido acabar con él.

—Quizá no debía acabar con él —me dijo bajito, farfullando, pero le oí perfectamente.

—¿Por qué dice eso? —objeté—. Es absurdo.

—Quizá no pueda acabar con él —me apuntó entonces—. A lo mejor lo que debiera hacer es olvidarse de él —cogió la caja y me la acercó—. Abra la caja y deje en paz a ese hombre. ¡Déjelo! ¡Olvídelo!

Me quedé en silencio, sopesando sus palabras. ¿Qué estaba pidiéndome? ¿Por qué iba a olvidarme de él? A veces debía recordar y otras olvidar. Eso me decían. Olvidar, recordar, olvidar, recordar. ¿Qué hacer?

Locura es una palabra que se queda pequeña para describir la horrible sensación que sentía en ese turbador momento. Y qué manía con abrir la caja. No quería hacerlo. No iba a renunciar a mi nuevo mundo, a mi nueva vida, porque eso pasaría. Estaba seguro. Algo dentro de mí me lo decía.

—Deje a ese hombre —repitió bajito, cansado. Se le veía cada vez más abatido—. En el fondo, no es malo.

—¿Cómo dice? ¡¿Que no es malo?!

—No me malentienda, señor... —quiso aclararme—. Me refiero a que... Quién sabe. Lo hecho, hecho está...

—¿De qué me está hablando ahora? —No alcanzaba a entender a qué se refería.

Vilar y sus frases sin terminar, sus medias verdades, sus pocas explicaciones. No sabía yo que no podía declarar más, igual que no podía hacer más porque se lo habían prohibido. Le habían asegurado que no era el momento y que él no era el apropiado. Había que esperar. ¿A qué?, se interrogaba él, pero obedecía. ¿A qué?, pensaba mientras el corazón se le iba muriendo un poco más cada noche. Le hubiera encantado, luego lo supe, hablar sin tapujos y decir lo que pensaba, pero calló. Calló y obedeció. Ese era su sino. Lo fue siempre.

—Yo solo digo que ese hombre no es lo que parece —me explicó—. Sé que le pueden resultar extrañas mis palabras, pero la diferencia entre lo que vemos y lo que queremos ver es, a veces, muy fina. Una pequeña línea que se atraviesa sin darnos cuenta y que nos confunde, pero si abre la caja, entonces, comprenderá mejor a qué me refiero.

—A mí no me confunde nada —repliqué—. Ese hombre es malvado y no habrá nada ni nadie que me haga cambiar de opinión. Y usted —le marqué temblando. Mis nervios aún seguían en alerta, además de que las heridas me ardían como fuego

dentro de los harapos que hacían de vendas—, ¿por qué lo protege?

—No lo hago, señor.

—Sí. Sí que lo hace. ¿Por qué si no me dice que no es lo que parece? —Me levanté de la silla, enfadado y harto de tanta palabrería inútil. Al incorporarme con tanto ímpetu, esta cayó hacia atrás, haciendo que el faro gimiera—. ¿Por qué, si no, me dice que no es malvado? ¿Por qué, si no, me habla de la confusión?

Vilar retrocedió ante mi arrebato y volvió a dejar la caja sobre la mesa. La posó con delicadeza y después se volvió. Sus ojos, al mirarme, estaban cargados de reproches. Lo vi. Se lo noté. Pero en lugar de defenderse y aclararme sus palabras, volvió a reproducir su cantinela.

—Abra la caja —apremió—. Se lo pido por favor, señor. ¡Ábrala! Es el principio de una historia que debe entender.

—¡No!

—¡Ábrala de una vez para que este averno acabe! —me gritó, cosa que me sorprendió. Vilar nunca me había levantado la voz. Jamás—. ¡Ábrala, por Dios! ¡Ábrala!

—¡No! —Mantuve mi postura. No lo iba a hacer.

—¿Por qué se empeña en llevarnos con usted a los infiernos? ¿Acaso no se ha cansado ya de hacernos sufrir? —Esas palabras estaban llenas de censura, pero también de tristeza. De una que yo había visto hacía muy poco y que me causaba dolor. La tristeza en los ojos inclinados y verdes de Julia—. ¿Por qué?

—¿Sufrir? Yo no hago sufrir a nadie —mentí, pues sabía que les había hecho padecer mucho en mis andanzas pasadas y que, quizá, allí, al presente, también lo estaba haciendo. Pero no lo iba a reconocer. Por supuesto que no—. Ese sujeto, en cambio, es pura maldad. Un ser vil y cruel que sí que hace sufrir. Me hace penar a mí, a las mujeres, a Julia, a mi isla. A todos.

—No, no es así —me corrigió—. Cierto que hace sufrir, lo hizo, pero no es por maldad. Es por otra causa. Ese hombre se siente solo —su voz se fue debilitando mientras me confesaba lo que él pensaba de ese miserable—. Lo que le pasa es que... Es que está envuelto en un infinito halo de tristeza.

—¡No le proteja más! —le recriminé.

¿Cómo podía decir eso? ¿Cómo podía defenderle?

¿Tristeza? No, no había tristeza. Me negaba a creer semejante majadería. No se lo creí a Julia y tampoco se lo creería a Vilar.

—No es tristeza —le corregí—. Es maldad. ¡Es un asesino!

—Lo es, pero...

—Pero nada —le callé—. ¿Qué hay más cruel y villano que asesinar mujeres? Es un miserable, un mal hombre. Y usted lo sabía, ¿verdad? ¡Lo sabía!

Vilar asintió llevándose las manos a la cara, cubriendo su rostro para aplacar así las lágrimas que comenzaban a asomar en sus ojos, sus tristes ojos que desde esa noche, por desgracia, ya nunca volverían a ser iguales. Unos ojos que se volverían

simples sombras que viven porque deben hacerlo, pero por nada más.

—¡Lo sabía y no me lo dijo! —continuó—. ¡Lo sabía y no hizo nada! ¡Lo sabía y lo protegió!

—Todos los sabían —susurró—. Todos lo sabíamos.

—Todos. ¿Quiénes?

—Abra la caja, señor, y entonces lo entenderá. —Dio unos pasos hacia mí con la mano extendida, pero no se atrevió a tocarme—. Abra el principio de esta historia y lo comprenderá todo.

Miré a mi alrededor, el desastre de la habitación. Cristales rotos, sábanas viejas hechas harapos, sangre, papeles, la silla tumbada rodeada de sogas y restos de tinta que se colaban por las brechas de la madera como perlas negras. Parecía que por allí hubiera pasado una ventolera y hubiera arrasado el lugar. Lo único que seguía en su sitio, intacto, era el armario de metal del que Vilar había sacado la caja. En él, en una de sus baldas, aún reposaba el libro que al principio la acompañaba. Una obra que podía contener... ¿Qué podía esconder?

Seguro que era de ese malnacido que asesinaba mujeres en mi isla. ¿De quién si no? Su diario, tal vez. Un libro que sentí que debía leer. Una voz en mi cabeza me lo dijo. Un grito en mi mente me pidió que lo cogiera y lo leyera.

Di un paso hacia el armario y Vilar enseguida comprendió mis intenciones.

—No, señor. No lo haga. No debe aún leer ese libro —intentó persuadirme, pero era demasiado tarde—. El libro solo le confundirá. El libro va después.

En un abrir y cerrar de ojos, a pesar del dolor que me molía todo el cuerpo, sobre todo las manos y la cara, donde más cristales se me habían clavado, cogí el volumen del armario y eché a correr.

—Por favor, don Ricardo, no lo haga —escuché gritar a Vilar que salía a toda prisa del cuarto tras de mí y renegaba de las órdenes que le habían conferido—. Primero debe abrir la caja —suplicó—. Ese libro es el final. ¡El final!

No le hice caso y seguí mi descenso atropellado hacia la libertad o hacia otro sitio donde no escuchar ni los lamentos ni las peticiones de mi mayordomo. No quería abrir la caja y sí leer ese libro.

—Por favor, señor —me repitió desde el principio de la escalera, con la caja en una mano y la vieja escopeta de caza de mi padre en la otra, bajando él también a trompicones para darme alcance maldiciendo su poca previsión—. ¡No lo lea!

Le habían dicho que yo iría al faro, al armario, sacaría la caja y la abriría y, después, si me quedaban fuerzas, cosa que no pensaban, leería el libro. Él lo había creído y por eso, cuando llegó, tras curarme, no cogió ni escondió el ejemplar.

Ahora se arrepentía. Les creyó, confió, pero se habían equivocado y en aquel momento me perseguía desesperado suplicando y rogando porque no lo leyera todavía.

No se habían dado cuenta aún de que las acciones de un hombre cuya mente se pierde no siguen la lógica y el camino de tiempos pasados. El libro era el final, según

pregonaba Vilar, pero eso a mi mente enferma le daba igual. Principio o final, era todo uno.

—Ese libro solo le confundirá más —me siguió chillando—. ¡No lo lea, por Dios! ¡Aún no!

Marché todo lo deprisa que pude y me oculté en unos arbustos cercanos. Unos matorrales bajos pero frondosos que me ofrecían una muy buena vista de la construcción y un refugio perfecto. A buen seguro, Vilar pensaría que me había ido corriendo al pazo, a encerrarme en mi despacho o, tal vez, a llamar a Julia y desahogarme tras todo lo vivido. Y hasta allí le llevarían sus pasos dejándome libre de hacer lo que quisiera. Libre para leer esa obra y saber qué escondía, que era lo único que yo quería en ese momento, máxime tras la insistencia de mi fiel mayordomo para que no lo hiciera.

Capítulo 20

Cuando Vilar abandonó el Faro del Amor y pisó tierra firme, una tierra húmeda por la lluvia de los días pasados y por la que ya caía esa noche escoltada por la tormenta que tocaba la isla, escondido vi que había acertado en mi suposición. Como no me encontró en los alrededores, sus pasos se dirigieron pronto al sendero que llevaba fuera del Paraje del Ocaso camino del Pazo de San Jorge.

Le observé alejarse abatido y con paso lento mientras maldecía su suerte. Parecía que le fallaran las fuerzas. Era como un fantasma, como una mancha triste y espectral que se confundía con las sombras de la noche y las penas que esta esconde, porque es la noche una de las mejores centinelas de secretos y dolores.

Cabizbajo, apesadumbrado y con semblante triste, le observé marchar con la caja de zinc bien asida para que el viento, que azotaba con ganas, no se la arrebatara.

La imagen hizo que mi estómago se encogiera. Remordimientos que entraron sin llamar y que casi me hacen salir de mi escondite para llamarle y pedirle perdón. ¿Por qué? Por hacerle sufrir, por no agradecer sus pasos centinelas, por no devolver sus cuidados de años y por no acceder a sus peticiones que, de seguro, albergaban sabiduría. Sin embargo, me contuve. No podía hacer eso. Mi idea era otra muy distinta y por más que Vilar me diera pena, por más que sintiera que le había fallado, no podía flaquear.

Cuando la silueta gruesa de mi mayordomo se perdió definitivamente entre el velo del mar y la oscuridad de la noche, cuando me sentí solo en el lugar, decidí salir del abrigo de los matorrales e ir a una parte que me pareció la más segura en esas circunstancias.

Tras lo ocurrido, los disparos, la presencia de Vilar y la aparición de la caja y el libro, nadie, ni siquiera ese perverso homicida que conseguía siempre huir y mantenerse a salvo, se atrevería a regresar esa noche al faro. Era, sin duda, el sitio ideal para estar solo y leer los secretos que ocultaba ese tomo que reposaba con holgazanería en uno de los bolsillos de mi gabán, esperando a ser leído.

Dejé los matorrales y, presuroso, entré en el faro. Cerré la puerta principal con el pasador, si bien sabía, estaba casi seguro, que nadie osaría ir allí. Subí las escaleras, en total silencio, escuchando el mordisqueo de la carcoma y el siseo del viento fuera del edificio. Quería entrar, pero el faro, todavía altivo a pesar de los años de dejadez, se lo impedía y se defendía del embate del aire, las olas y la tormenta, con gallardía caballeresca.

Ascendí hasta la habitación que albergaba el depravado cuarto tras la puerta de metal y, ahí, saqué el libro del bolso. Al principio pensé en quedarme en esa estancia, pero cambié de idea y entré en el aposento donde todo había ocurrido porque pensé que allí entendería mejor lo que aquel texto callaba.

Me senté entre las sábanas rotas, en el suelo, con un candil de aceite cerca, para

poder leer mejor, y abrí el libro. Me temblaban las manos y no solo por el dolor que sentía, que era intenso y penetrante. Había más y es que, debo reconocer, tenía miedo, pues no sabía si sería capaz de asimilar lo que ese escrito podía esconder. El instinto me decía que debía leerlo para comprender todo lo que estaba sucediendo en mi isla, fuera lo que fuera, pero, tras las palabras atropelladas de mi mayordomo, advirtiéndome de que primero debía abrir la caja porque ese libro era el final, sentía ansiedad y recelo. ¿Y si tenía razón? ¿Y si lo estaba haciendo todo mal?

Daba igual. La decisión ya estaba tomada. Lo iba a leer aunque presintiera que no sería una lectura placentera. Además, estaba convencido de que me ayudaría a saber más de ese individuo de crudos ojos y de su mal llamada tristeza. Más de él, de mi isla y la razón o la sinrazón, no lo sé, me indicaba que también de mí mismo. De mí.

Abrí el libro y lo primero que leí, para mi pasmo, fue una sola palabra. Solo una. Ponía: «Musas».

Me quedé quieto, sin saber si continuar o no. ¿Musas? ¿Era un libro sobre la inspiración? No podía ser. ¿Qué clase de broma era esa? Como escritor, aquello se me antojó una burla del destino. ¿A qué estaba jugando el albur conmigo?

Como estaba escondido en el armario de metal, junto a la caja, en aquella habitación que ese malnacido utilizaba de guarida, pensé que se trataba de alguna especie de diario de ese desgraciado. Alguna relación sobre sus actividades y no una historia sobre la iluminación o el genio.

Con temor, pero convencido de que debía seguir adelante, pese al mal cuerpo que esa primera palabra, «Musas», me había provocado y al dolor intenso de cabeza que, poco a poco, pero de forma constante, se había instalado en mí desde que había disparado allí dentro, todavía olía a pólvora, pasé la página. Lo siguiente que encontré fue aún peor, pero sirvió para confirmar que no me había equivocado al juzgar la importancia de aquella obra.

Un nombre de mujer, Lucía, y a su lado, la edad, dieciocho. Luego, mal pegada, una fotografía desgastada por el roce. Era la instantánea de una joven hermosa con el pelo negro largo y unos ojos claros que miraban a la cámara con desconfianza. De hecho, quizá con miedo. No sonreía y parecía perdida.

En la parte baja de la fotografía volvía a aparecer su nombre junto a una fecha: «Lucía, 15 de marzo de 1926».

Me quedé asolado. ¿1926? ¡Por el amor de Dios! ¿Cuántos años llevaba ese hombre en mi isla? ¿Cuánto tiempo llevaba matando? ¿Cuántas mujeres habían pasado por sus manos y por ese faro?

Tras el nombre, la edad y la fotografía con la fecha, el diario continuaba con una serie de párrafos descuidados encabezados por una especie de título: *Silencio en la torre*. Tras él, palabras y más palabras descompuestas y enredadas que intentaban, aunque lo conseguían a duras penas, ser una historia.

La leí con cierta curiosidad, la verdad, pues no esperaba nada de aquello.

Ese primer cuento, *Silencio en la torre*, trataba de una princesa de otros tiempos,

lejanos y arcaicos, encerrada en una torre a la espera de que su príncipe azul viniera a rescatarla.

¿De verdad? No me lo podía creer.

Era tan pueril, tan inocente en el fondo, que me dio pena. Que me dio risa. Que me dio dolor.

Me acerqué más el candil y no solo para leer mejor, también para que cierto calor me arropara, pues mi cuerpo se sentía cubierto de un frío desolador. Frío provocado por mi encierro voluntario en esa habitación de los horrores y por las palabras maltrechas que leía.

Tras Lucía, el comienzo de su historia de princesas, el texto se interrumpía abruptamente. No había un final. Después, unas páginas en blanco y todo volvía a empezar.

Era de locos. Un desvarío mayúsculo. Un delirio terrible. Eso sí era locura.

Luego, otra mujer, también bonita, de pelo negro y ojos claros que miraba a la cámara temerosa y de nombre Rosario. Según estaba apuntado, tenía diecisiete años.

En la fotografía la fecha era del 10 de mayo de 1926.

¡Por Dios bendito! Ni un mes había pasado desde el cautiverio de la primera, de Lucía.

La historia dos se titulaba *El amor me salvará*, un lema que me entristeció en extremo porque el amor no la salvó. Ni a ella ni a ninguna.

La leí y, al igual que la primera, era infantil e inocente. Estaba mal escrita con palabras pobres, desestructuradas, sin sentido ni razón. No había en ellas más que confusión, anarquía y caos. Era igual de ingenua y fútil que la primera e igual de mala, y también que las siguientes porque había cinco en total.

Cinco historias, cinco mujeres. Lucía, Rosario, Maribel, Paula y Marta.

Todas hermosas. Bellas damas de ojos claros y de pelo negro brillante con sonrisa apagada y mirada ausente. Todas jóvenes de no más de diecinueve años. Mujeres atrapadas en los cuentos sin final de ese libro, en las palabras caóticas de esos textos. Mujeres que ese hombre llevaba a mi isla y encerraba en esa habitación del faro. Allí las ataba a la silla y, a golpes y amenazas... ¿Qué?

Dudé, pues lo que se me había ocurrido me hizo enfermar, encorvarme y padecer un dolor agudo e intenso más allá, más hondo, en el espíritu y el corazón.

¿Acaso les pedía ese horrible ser que le contaran historias?

Era demencial.

¿Historias, además, sobre qué?

De amor, a tenor de lo que había leído, de amor verdadero. De ese que salva vidas y almas. De ese que eleva al hombre. De ese que, en realidad, no estaba en aquel libro.

¿Qué clase de locura era esa? ¿Qué tipo de asesino? ¿Quién mata para escribir?

En mis manos, en mis palpitantes y doloridas manos, tenía en verdad la historia de cinco pobres mujeres que, antes de morir, susurraron cuentos infantiles de

princesas encerradas o damas en apuros que esperaban ser salvadas por un príncipe apuesto, por un caballero andante de brillante armadura. Cuentos infantiles de niñas pequeñas cargados de inocencia.

Se me heló el alma. Al principio no entendía que todas contaran fábulas similares, pero enseguida, viéndolo en conjunto, lo entendí y no pude hacer otra cosa que maldecir al destino por ser tan cruel y mísero.

Esas desgraciadas solo estaban contando lo que les hubiera gustado que les ocurriera. Lo que deseaban que les pasase. Querían ser salvadas, liberadas y, allí, en esa oscura habitación, ante la fría mirada de ese canalla que las mantenía cautivas, se volvían niñas asustadas que lloraban y clamaban ayuda. Una ayuda que nunca llegó.

Las lágrimas de esas mujeres inundaron también mi rostro mientras pasaba las sucias y perversas páginas de ese diario.

La ira, ceñida de un tremendo sentimiento de dolor y culpa, me asoló. ¿Qué estaba haciendo ese hombre? ¿Por qué?

Me atreví a formular la pregunta en voz alta y, según lo hice, como un chispazo, como una centella, a mi mente enferma y en caída libre acudió la primera palabra que había leído al abrir el libro: «Musas».

¿Musas? ¿Era posible?

Yo, desde pequeño, había tenido el don de verlas y tuve, además, la suerte de que una de ellas me acompañara durante años. Yo podía ver a las musas, hermosas y bellas, que susurraban excelsas historias que contar, pero... ¿Podía ser? ¿Era eso lo que ese miserable estaba haciendo?

—¡Oh, Dios! —grité—. ¡Oh, Dios mío!

Ese hombre no era un asesino. No lo era.

Ese hombre era un cazador de musas.

Capítulo 21

Esa noche en la que todo cambió para siempre, el océano de mi isla rugía con furia, presa, como yo, del dolor de los pecados cometidos. Y esa noche descubrí, también, más oscuros secretos que helaron mi sangre y achicaron, casi del todo, las lagunas de mi desmemoria.

Ese libro, el final que todavía no debía leer según mi mayordomo porque solo me confundiría, era, como yo había imaginado, un diario. Pero no el de un asesino cualquiera, no. Era otra cosa. Era el cuaderno de bitácora de un cazador de musas.

¿Era eso posible? ¿Se podía cazar la inspiración?

¡Qué absurdo sonaba todo aquello!

Las musas son seres libres que se acercan solo a los que pueden verlas y escucharlas por lo que ¿podía ese hombre acaso tener el mismo don que yo tenía?

Entonces, si ese criminal, como yo, podía ver musas, ¿por qué las cazaba? ¿Qué pretendía conseguir? No era escribir bien, eso estaba claro observando el desastre de narraciones que tenía en las manos. Historias todas ellas, las cinco, pueriles, mal trazadas, con personajes en muchos casos vacíos, sobre todo los supuestos héroes que debían rescatar a las doncellas en apuros. No había en ellas más que palabras vanas puestas sobre el papel como si fueran telegramas. De vez en cuando, para mi sorpresa, algún párrafo destacaba por hermoso, pero eran pequeñas luces, casi exiguas, en un mar de total oscuridad.

Y lo peor de todo era que cada una de esas historias estaba inacabada. No tenían final, por lo que ese libro, ese diario, podía ser, según Vilar, el final de algo, pero no el de las ficciones de esas cinco mujeres de distintas clases, todas ellas bellas y jóvenes, y todas, *a priori*, con la desgracia de ser musas. Cinco mujeres que habían sido engañadas y llevadas a mi isla bajo falsas promesas de amor y bondad y que solo habían recibido, en cambio, dolor y muerte.

Ese asesino las llevaba al faro, las ataba a aquella silla, ahora derribada, y las encarcelaba sin miramientos. Luego las maltrataba para que le refirieran historias de amor buscando en sus palabras la inspiración que a él se le escapaba. ¿Y qué obtenían ellas? Nada. Solo sufrir y morir en las frías aguas del océano que rodeaba la isla, pues ese era su final.

Las historias no eran, a pesar de poder parecer cruel, dignas de una musa, de una de verdad, e igual que yo me daba cuenta de ello al leerlas, ese hombre, lo tuvo que hacer al escribirlas.

Me lo imaginé a la perfección. La mujer, cualquiera de ellas, atada a la silla y golpeada constantemente, narrando una triste historia que solo le servía para hacerse falsas ilusiones sobre algún caballero andante que pronto iría a liberarla. Y ese canalla, escribiendo en el diario lo que esta le relataba, cada vez más enojado al descubrir que las palabras eran solo palabras. No había inspiración verdadera en ellas.

No al menos en las que yo había leído. Quizá locura y desesperación, pero no inspiración. ¿Por qué no la había? Porque, en el fondo...

¡Oh, Dios!

Ese miserable no tenía mi don y esas mujeres no eran musas. ¡No lo eran!

Me resultó estremecedor.

Falsas musas cazadas para nada. ¡Para nada! Solo eran chicas pobres e inocentes.

Continué con la lectura, pero tras la historia de la quinta mujer, Marta, inacabada también, no había más. Estaba en blanco y me di cuenta que no era porque en su día ese hombre no hubiera escrito más páginas, sino porque estas habían sido arrancadas en su mayor parte. Quedaban algunas en blanco al final del dietario, pero faltaban en él, estaba seguro de ello, más testimonios y más muchachas. ¿Cuántas? Lo desconocía, pero demasiadas.

Iba a cerrarlo ya, pues no había más que leer en él, o eso pensé, cuando me di cuenta de que en la parte final, cerca de la última página, había algo más. Un pequeño párrafo que me dejó sobrecogido y que hizo que una de las preguntas de Castela reapareciera con una rapidez inusitada a mi mente. La más incómoda y la que más repitió: «¿Le dice algo el nombre de Anna?».

«Anna».

Ese nombre retronó de nuevo en mi cabeza con fuerza y me enseñó la llave dorada que Julia tenía escondida en sus guantes con ese alias inscrito en ella. ¿Quién era Anna? ¿Qué abría esa llave?

«Anna».

Me sentí enfermo y confuso, y mi mente se enturbió un poco más. Lo viejo, los recuerdos olvidados; y lo nuevo, los que estaba construyendo esos días, se estaban mezclando sin permiso, sin aviso, creando un universo terrible en mi cabeza del que, además, sabía, sería incapaz de salir. Esta vez no iba a poder hacerlo. No iba a poder escapar de él, de mí.

Miré a mi alrededor, buscando una salida a ese malestar creciente, pero solo conseguí aumentarlo.

Lo que hubiera dado en ese momento, mi alma, por un trago de mi absenta, mi anhelada absenta. Solo un trago. Uno nada más. O por un poco de ayuda de morfina, mi otra ferviente amante.

Me incorporé y contemplé la silla tumbada en el centro de la habitación y el charco de sangre seco que la guardaba, y un repugnante sentimiento de dolor e ira invadió mi cuerpo, acompañado del retumbar de Anna y de las palabras escritas en ese último párrafo que había encontrado en el diario y que había traído consigo ese nombre.

«Anna».

Quise gritar, sacar lo que en ese momento notaba por dentro, pero mi garganta se quedó muda. Ni una sola voz salió de ella. Todos los gritos de odio, dolor y pena; los

de pecado y culpa, todos, murieron dentro de mí. Se ahogaron como lo hicieron todas esas mujeres que habían pasado por allí, en el mar de mi isla.

El diario me quemaba las manos, la cabeza y el corazón. Me pesaba su contenido, como una losa de muertos, sus historias inacabadas y ese maldito párrafo que, sorprendentemente, era uno de los pocos decentes que contenía. Me afligían sus palabras y ese nombre, Anna, que cabalgaba a trote por mis lagunas.

El párrafo, el detestable párrafo decía:

«En el fondo del mar encontrarán sus tumbas, pues no hay espacio para ellas en mi corazón o en la tierra. No sirven. No son. No valen. No son Anna».

«Anna».

¿Quién era esa tal Anna por la que ese hombre parecía sentir algo? ¿Quién podía ser para que alguien matara en su nombre?

Era eso lo que deduje de las palabras y narraciones enfermas de ese diario. Ninguna mujer valía porque ninguna de ellas era Anna. Ninguna servía como musa porque la verdadera, la inspiración auténtica, era esa tal Anna a la que ese cazador de falsas musas, de simples y pobre mujeres, intentaba sustituir, pero ¿por qué necesitaba reemplazarla? ¿Qué había pasado con ella? ¿Dónde estaba?

«Anna».

Capítulo 22

La oscuridad de esa tormentosa noche, tras la lectura de ese último párrafo, ya no se me antojó tan cerrada y no solo porque las primeras luces del día germinaran entre las tupidas nubes, amaneciendo, sino porque las palabras que albergaba ese protervo diario sí que eran en verdad enlutadas y sombrías. A su lado, la noche era un insignificante trozo de negrura.

Por los tragaluces de la habitación comenzaban a colarse algunos tímidos rayos de luz que no alejaban la lluvia que, más débil, seguía cayendo, pero sí la tormenta que se retiraba camino de otra isla a la que azotar.

Esa cándida claridad me hizo abandonar definitivamente mi lugar entre las viejas sábanas del cuarto del fondo y deambular por él en busca de ¿qué? No lo sabía. Paz, tal vez, pero eso era algo que no encontraría allí dentro como tampoco lo hallaría ni en mi cabeza ni en mi corazón tras lo averiguado.

Vagué sin rumbo, como un desamparado a la deriva de las corrientes marinas, de un lado a otro de la estancia, con ese perverso diario lleno de almas atrapadas, palabras vacías y vidas rotas en las manos, quemándomelas. Notaba cómo, a cada paso, me las abrasaba un poco más. Me pesaba, quemaba y dolía.

Era un libro siniestro. Un tratado cargado de maldad y muerte que teñía la inocencia de sangre y dolor.

Me detuve en medio de la habitación, cerca de la silla tumbada, y miré el diario, su tapa marrón, sus páginas arrugadas y sobadas, sus desiertas frases y voces. Pensé en aquel momento en las repetidas palabras de Vilar: «ese libro es el final».

El final. Era el final, pero ¿de qué? Y entonces, ¿qué era el principio? ¿Era Anna el principio?

«Anna».

«Abra la caja», tronó en mi cabeza junto con el nombre de Anna.

—La caja —suspiré—. El principio.

Y a mi mente, junto con la imagen de la caja de zinc, las palabras insistentes y constantes de Vilar y el nombre de Anna, arribaron sensaciones y reflejos, borrosos al principio, pero que se fueron transformando en más nítidos según me adentré en ellos.

Paralizado, con el diario ardiendo en mis manos, vislumbré un claro en el bosque que había cerca del faro. Un claro junto a un manantial limpio y sereno de aguas cristalinas. Y más allá, un poco más allá, en la orilla, un agujero en el suelo. Dentro, una caja. Me acerqué, mi mente se acercó, y avisté dos pares de ojos contemplándola. Ojos infantiles y ansiosos por conocer el mundo y vivir mil aventuras. Ojos traviesos, pero llenos aún de ingenuidad que pronto, nada más abrir la caja, porque la abrieron,

se evaporaría sustituida por la realidad y sus persistentes deseos de llenar el alma de penas y dolores.

Dos pares de ojos con manos nerviosas, como las mías en ese cuartucho sosteniendo aquel detestable volumen, que, con una llave como la que yo todavía conservaba en el bolsillo de mi gabán, abrían la caja y revisaban con cierto recelo, miedo tal vez, lo que allí dentro había. Encontraron horror y también mucho amor.

Luego voces, susurros, un papel y sangre. También una voz a la espalda que recitaba sobre la infinitud y la promesa de un amor eterno. «Juntos para siempre», repiqueteó en mi cabeza.

«Juntos para siempre».

Una promesa y una veloz carrera hacia el Acantilado de Las Ánimas, hacia la playa, hacia el océano de mi isla que me engulló y sacudió con fría hostilidad hasta que Vilar me rescató.

Membré, en ese instante, parte del recuerdo que al comienzo de esta historia no os podía todavía explicar. De aquel que hacía referencia a mi primera incursión por el Paraje del Ocaso. Solo parte, porque no fue hasta un poco más adelante que el recuerdo retornó a mí completo. ¡Ojalá lo hubiera hecho antes! ¡Ojalá!

«Abra la caja», volví a escuchar bien fuerte dentro de mi cabeza y la voz seria de mi mayordomo estaba en esta ocasión acompañada de otra infantil.

«Abre la caja» resonó ingenua e inocente.

Y otra voz, más lejos, armoniosa y musical, también cobró vida.

«Abrid la caja».

La caja, la dichosa caja del terrateniente y otro más. El principio y la sospecha de una sombría maldición pululando a mi alrededor.

—¡No! —grité y ahora sí los gritos no se ahogaron en mi garganta y salieron con furia de mi boca—. ¡No! ¡Noooo!

No pensaba abrirla. No estaba preparado. La caja, después de lo visto o sentido en esa especie de visión o ensueño, era pasado y no quería regresar al él por mucho que este se empeñara en hacerse presente y también futuro.

—¡No! —volví a chillar, y de rodillas caí junto a las silla tirada, encima de la sangre seca y ronca de tantas y tantas mujeres que habían pasado por allí y sufrido para nada.

Sí. Para nada. Si al menos lo escrito en el libro valiera la pena, pero no lo valía. Era un cuerpo vacío. Un mal libro con palabras mediocres y oscuras.

Lo miré, asqueado, y con la rabia ciega que me estaba devastando el alma, lo lancé con todas mis fuerzas contra la pared donde antes paraba un espejo ahora hecho trizas.

El libro se quejó, el faro se quejó y el suelo carcomido sobre el que cayó,

también.

Se arrugó y medio rompió y, como el destino aún no había terminado de jugar conmigo, de una de sus tapas se desprendió una fotografía. Una instantánea distinta a las que yo ya había visto.

Me levanté, desalentado, y arrastré mis cansados pies hasta dar con la imagen. La cogí temeroso, con miedo a qué podía encontrar, y la miré.

Las lágrimas afloraron de nuevo, sin mucho esfuerzo pues no se habían ido del todo, y observé aquella foto sintiendo que las piernas me fallaban y que mi espíritu se caía, junto con mi cabeza, un poco más adentro en el pozo sin fondo donde ya estaba. Un hoyo oscuro, colmado de presencias olvidadas, huellas enmudecidas y recuerdos arrinconados durante años que ya no estaban dispuestos a seguir callados y escondidos. Querían salir, vivir, ser libres.

La fotografía era de una joven hermosa de unos dieciocho o diecinueve años. Tenía el pelo negro, largo y lustroso, y unos hermosos ojos claros, profundos y soberbios. Una mirada limpia, bella y, al igual que las otras mujeres de las imágenes de ese diario, no sonreía.

En la fotografía, en el margen, ponía: «Anna, 17 de junio de 1925».

Ese nombre retumbó de nuevo en mi cabeza.

«Anna».

Las lágrimas me arrasaron la cara y caí de rodillas al suelo.

¿Qué disparate era todo aquello? ¿Por qué me estaba pasando eso? ¿Por qué a mí, Dios mío? ¿Por qué? No lo entendía y no era capaz de asimilar lo que veía.

Me desplomé junto al libro, con la fotografía bien aferrada en mis sucias y doloridas manos. Con la llave que abría la dichosa caja, el principio, pesando a más no poder en el bolsillo de mi abrigo, y con la sensación laberíntica de la locura acechando muy cerca.

Contemplé aquellos ojos que, a pesar de que la reproducción era en blanco y negro, yo sabía que eran esmeraldas. Ojos que me estrechaban con decisión desde que encontré a su dueña atravesando sin memoria el puente de madera de mi jardín de robles.

Ojos verdes que me habían consolado las noches y llenado mi vida de esperanza, de palabras, de bellas historias, de inspiración y de amor.

Ojos verdes de mi musa, de mi amada.

Ojos verdes.

Las lágrimas no dejaban de brotar y tardarían en parar, pues la mujer de la fotografía, la que ponía que se llamaba Anna, era Julia, mi Julia.

Capítulo 23

Un rato más, mientras el alba despertaba, estuve allí tirado en el suelo de ese cuarto, llorando como un niño, acunando mis miedos para que se durmieran deseando comprender qué estaba sucediendo. Un rato más que no sirvió, como esperaba, para calmarme o entender. ¿Julia se llamaba Anna? Y entonces, ¿quién era Julia en realidad?

Me estaba volviendo loco. No entendía nada. ¿Qué clase de ardid era ese?

No podía ser. Julia era Julia y no esa tal Anna por la que tantos actos horribles se habían cometido. Julia era mi musa, mi inspiración, mi rayo de luna y no esa mujer, de nombre Anna, por la que ese ruin individuo del faro prendía falsas musas. No lo era. No podía serlo. ¿Cómo lo iba a ser? ¡Imposible!

A la postre, cuando me pareció que las cansinas y dolientes lágrimas finalmente habían secado mis ojos, me levanté y, con la fotografía de Julia bien agarrada, salí a la luz del día para enfrentar, como pudiera, el presente nebuloso que se abría bajo mis pies. Necesitaba respuestas. Debía volver al Pazo de San Jorge y hablar con Julia. Ella, sin duda, podría ayudarme a comprender.

Cuando comencé a bajar las escaleras, mi idea inicial fue abandonar allí dentro ese abominable diario saturado de crueldad y pecado, en esa habitación donde tanta amargura y desolación se había vivido, pero a última hora no pude hacerlo. Un impulso salido del miedo a que todo lo leído y vivido desapareciera se interpuso y me hizo regresar, desandar el camino, y volver a por él. Luego ya sí, abandoné el Faro del Amor que, desde luego, ya no hacía honor a ese nombre.

Partí de allí con la llave que abría la condenada caja de zinc, la fotografía de Julia y el diario de ese perseguidor de ilusorias deidades en las manos y bolsillos, camino de respuestas.

En mi recorrido, todos esos objetos me inquietaban en extremo. Todos ellos eran partes de una misma historia, tenían que serlo, pero ¿cuál exactamente? Y la fotografía —que cada vez que la observaba y Julia me devolvía la mirada, serena, esperanza, otro nombre en realidad aturdía y mareaba mis pensamientos confusos— también debía serlo.

«Anna».

Todo aquello, por supuesto, intenté convencerme, tenía que tener una explicación más sencilla y racional de la que a simple vista podía parecer. Era necesario buscar la sensatez y la lógica del asunto. Era vital porque, de lo contrario, acabaría loco de atar. Loco como esos que conocí en mis viajes a grandes ciudades vagando como fantasmas que nadie veía u oía.

Me sorprendió pensar de ese modo. Yo, don Ricardo Pedreira Ulloa, gran escritor,

siempre imaginando mundos invisibles, narraciones muchas veces sin lógica solo guiadas por el deseo y el amor, estaba buscando medida a la que yo mismo estaba viviendo. A la historia de la que era protagonista involuntario con otros a mi alrededor que me engañaban. Sí, me engañaban. Así era porque no me decían las cosas claras y ocultaban secretos con medias verdades y falsas apariencias.

Vilar me había confesado en el faro, mientras intentaba convencerme para que abriera la caja, que todos sabían lo de ese hombre. Todos. ¿Qué todos? Mi madre y Castela, supuse. Mi querida madre y su detective privado. Vilar y el resto del servicio, quizá. Todos. Era vergonzoso. Era degradante. ¿Cómo podían haberme ocultado algo semejante?

Sabían lo de ese hombre, lo que hacía, entonces ¿también estaban al corriente de que dentro del diario había una fotografía de Julia con otro nombre? ¿Con el nombre de Anna? ¿Acaso lo sabía Castela que tanto insistió en preguntarme si conocía a Anna?

Si era así, ¿por qué lo habían encubierto? ¿Por qué no me contaron la verdad desde el principio? ¿Por qué no me lo dijo Vilar nada más aparecer Julia en el jardín de robles?

Y mi madre, mi amada madre, ¿sabía todo aquello y no me lo había dicho? ¿Por qué?

Demente. Me estaba volviendo loco mientras me acercaba a la casa a paso cada vez más apresurado y torpe. Varias veces tropecé, como si estuviera borracho, a pesar de que nunca había estado más sobrio, en mi tortuoso trayecto hacia la verdad, porque ese era mi objetivo. Debía entender, saber, qué estaba pasando. Dar respuesta a todos esos porqués que bailaban sin descanso entre las ya muy poco estables lagunas de mi mente, en el laberinto abierto de mi cabeza.

¿Quién estaba escribiendo esa historia que yo interpretaba en la que únicamente había confusión, malos recuerdos llamando a la puerta y tormento? Un martirio que sentía y no solo por las heridas de mis manos o mi cara, que aún dolían y quemaban. Era algo más intenso y penetrante. Estaba más hondo. Dolor por esas mujeres del faro, por las vilezas allí ejecutadas, por las ficciones incompletas del libro que llevaba conmigo y por la fotografía de alguien a quien yo amaba.

¿Y si Julia tenía una hermana gemela de nombre Anna?, me pregunté.

Ridículo, lo sé, pero solo buscaba alternativas a que de verdad Julia, mi musa, mi inspiración, se llamara Anna y fuera, en realidad, la musa de otro, la mujer de otro, la inspiración de otro, el amor de otro. No podía ser. No lo aguantaría. Julia no podía ser Anna porque Anna era otra mujer distinta. Otra. Julia era única y era mía, solo mía.

Eché un vistazo otra vez la fotografía. No sé cuántas veces lo había hecho ya, pero sentía un deseo persistente y tenaz de confirmar mi visión, lo que yo sentía, del mundo que vivía. La que me miraba era Julia, solo Julia. El nombre al margen estaba equivocado. Tenía que estarlo. Era un error porque Julia era Julia y punto. Ella, ELLA, era quien debía ser. Anna no era nadie. Para mí solo existía Julia.

—¡Julia! —llamé ya en el porche de la casa—. ¡Julia!

Abrí la puerta y entré, como un terremoto, decidido a hablar con ella y saber lo que tuviera que saber, que, de seguro, corroboraría lo que yo quería creer. Y es que no hay mayor ciego que el que no quiere ver, ya que sufrir nunca fue buena alternativa. Yo no quería que mi mundo, el que había concebido con Julia siempre a mi lado, se desvaneciera como lo hacen los parpadeos.

—¡Julia! —repetí ya en la entrada—. ¡Julia! ¿Dónde estás?

Nadie respondió y nadie salió a mi encuentro, por lo que me dirigí a las escaleras para ir directamente a su habitación. Seguro que todavía estaba durmiendo, pues aún era temprano.

Una vez frente a la puerta de su cuarto, a diferencia de las otras veces que había ido hasta allí, no llamé e irrumpí decidido, pero no la encontré dentro. No estaba.

Un olor extraño me invadió, me sacudió nada más poner un pie en el cuarto. Ya no olía vainilla. Hedía a tierra rancia y mohosa. Olía a podredumbre y putrefacción.

—Julia —vociferé aproximándome al cuarto de baño, por si estaba dentro, pero mis pasos no llegaron más lejos. Se quedaron a mitad de camino, paralizados por lo que en una de las paredes encontré.

Me frené en seco al reparar que el tabique estaba cargado de cuadros. ¿Cómo era posible? No estaban allí antes. No había ninguno. Mi madre los quitó. Esa pared estaba desnuda solo unas horas antes.

Vilar entró en aquel momento en la habitación, con cara de cansado, la misma ropa que el día anterior y la caja de zinc en las manos. Se acercó a la cama, perfectamente hecha, donde yacía el vestido de mi musa, que me pareció más gastado todavía, y posó la caja sobre la mesita de noche, junto a sus guantes y el colgante. Se sentó en una silla cercana y contempló, sin decir nada, los zapatos de Julia que dormían en el suelo, bajo la cama, también más estropeados y marchitos.

Luego, siguió callado y se dedicó a ir repasando el vestido, los guantes, el colgante y, por fin, posó su mirada en mí, que examinaba asombrado esos cuadros nuevos que habían aparecido en la habitación.

Eran una docena de instantáneas y pinturas enmarcadas que cubrían casi toda la parte superior de la pared. En una de ellas aparecían mis padres el día de su boda, posando juntos, sonrientes. En otra salía mi madre con una abultada barriga que acariciaba mientras sonreía a la cámara. Detrás, un Vilar serio y más joven, acompañaba a otros criados en la distancia, posando como el buen sirviente que era, sobrio, recto, neutral.

Más adelante, otro cuadro con mi madre y un niño en brazos. Conmigo, claro, su hijo. Y una más de mi madre embarazada.

Eché un vistazo a Vilar, a ver si su expresión o su rostro me revelaban algo sobre esas imágenes, pero él ya no me miraba y se centraba en el colgante de Julia, que escudriñaba como si fuera el más hermoso de los adornos. Cierto que lo era, pero su embelesamiento me pareció exagerado, sobre todo teniendo en cuenta que había

cosas más importantes de las que preocuparse.

Seguí con las fotografías y, en la siguiente, mi madre y mi padre posaban junto a una niña pequeña de unos cinco años igual a la que aparecía en el cuadro que Vilar había colgado en el recibidor. Detrás, como en otras reproducciones, se veía al servicio al completo bien colocado con Vilar a la cabeza, aunque esta vez mi mayordomo no miraba al frente, sino hacia un lado, a algo que se salía del encuadre. ¿Qué buscaba?

—Fue un día hermoso —me explicó sin dejar de contemplar el colgante y sin moverse siquiera—. Usted andaba algo revoltoso y se salió de la fotografía. Eso era lo que miraba.

Lo había vuelto a hacer. Me había contestado sin ni siquiera dejarme formular la pregunta. A veces, reviviendo todo lo sucedido aquellos días de otoño de 1936, me he preguntado si mi mayordomo no tendría alguna especie de poder adivinatorio o tal vez solo fuera que me conocía muy bien. Demasiado bien.

Continué descubriendo aquellas fotografías y pinturas que se me hacían cercanas, pero a la vez, confusas. No sabía quién era esa niña que volvía a aparecer en algunas fotos más, posando sin vergüenza y mirando a la cámara como si se la quisiera comer. Tenía una mirada clara, limpia y hermosa.

Al final de la pared, un cuadro más grande, un lienzo enorme que destacaba sobre los otros no solo por el tamaño sino porque tenía un marco más robusto, dorado, con apliques de flores ribeteadas, hizo que volviera a apretar con fuerza la fotografía de Julia que aún conservaba en la mano. Era el retrato de un hombre y una mujer de unos veinte años posando en el salón principal del pazo, cerca de la chimenea. Las rodillas se me volvieron a doblar y me dejé caer al suelo empalidecido y haciendo que la instantánea de Julia que sostenía se me escurriera.

—Vilar —pedí—. ¿Qué significa eso? —Y señalé el cuadro—. ¿¡Qué!?

Vilar se levantó de la silla y recogió la lámina. Al ver el tipo de reproducción que era, su mirada se ensombreció, un segundo, pero lo hizo, porque supo de dónde la había sacado.

—El final —susurró alicaído, vencido—. No me ha hecho caso y ha leído el final sin saber el principio —renegó mientras se acercaba a la mesita—. Ha leído el final, ha encontrado esta fotografía y ahora todo en su cabeza es pura confusión. ¿Por qué no me hizo caso? Se lo pedí. Se lo rogué y ahora... ¿Por qué lo ha leído?

Lo había hecho, sí. Había leído el diario. ¿Y qué? ¿Acaso creyó en algún momento que sus ruegos y súplicas me detendrían? Conociéndome como me conocía, era muy ingenuo pensar eso.

Ante mi falta de respuesta, Vilar calló, aunque siguió maldiciendo por dentro, se lo noté en sus ojos y en sus manos nerviosas.

Volví a dar una ojeada a aquel cuadro, aquel monstruoso retrato que me había hecho caer a tierra, donde seguía, de rodillas. Ya no tenía fuerzas para levantarme. Empezaba a no tener fuerzas para nada. Mi mente y mi alma se estaban derrumbando,

mi vida entera.

Vilar, a pesar de verme en el suelo, a diferencia de otras veces en las que hubiera acudido expedito para ayudarme a incorporarme, no se movió. Se quedó cerca de la cama, de la caja de zinc y la fotografía de Julia.

—Son cuadros que su madre me ha pedido que colocara —me explicó al fin, dejando el tema del diario a un lado. Ya estaba hecho. ¿Qué podía hacer al respecto? Nada.

Le recordé cargando una pesada caja de madera a su regreso del embarcadero, tras la partida de Castelao. Una caja llena de cuadros que mi madre había decidido recolocar en la casa. ¿Por qué entonces?

—Y le voy a ser sincero, señor —continuó—. Creo que se lo debo después de todo. Yo solo cumplo órdenes y no estoy de acuerdo con esto, con lo de los cuadros —y los punteó—. No lo estoy.

—¿Y qué más me da eso? —le rebatí—. ¿De qué me sirve que esté o no de acuerdo? Eso no me ayuda a entender qué está pasando, qué es todo esto. —Y marqué, ya sin fuerzas, el último cuadro, solo el último donde Julia, mi musa, de nuevo tenía el nombre de Anna escrito a sus pies y posaba junto a un hombre que con sus fríos ojos cerúleos podía congelar el alma a cualquiera. Junto al perverso asesino que cazaba falsas musas en mi isla.

Vilar se volvió a sentar con la fotografía de Julia que yo había encontrado en el diario, con los ojos vidriosos y el semblante ceniciento.

—Señor, creo que es hora de que acepte y entienda que la verdad, aunque duela, es la única que siempre gana.

—Pero ella... —Y levanté el dedo indicando aquel infernal cuadro—. Ella... —repetí, empero no terminé la frase porque las palabras se me congelaron al ver la mano de ese ser malvado sobre el delicado hombro de Julia.

Loco, de verdad. Me estaba volviendo loco.

«Anna».

Otra vez ese nombre. Otra vez bajo la imagen de Julia. Otra vez ese hombre merodeando a su alrededor.

Me arrastré por el suelo de la habitación, como un gusano, como un miserable, así me sentía, hasta llegar a la puerta cerrada del baño y la golpeé. Le pegué todo lo fuerte que pude, que fue más bien poco pues mi ánimo y mi resistencia se estaban agotando. El camino a la pérdida total ya no tenía vuelta atrás. A la pérdida de todo. De mi vida, mi musa, mi amor, mi futuro y mi presente. Ya no había salida posible. Todo se desplomaba, se acababa y yo ya había iniciado el terrible viaje hacia la nada, aunque aún me resistiera a creerlo. Todavía tenía la esperanza de que, en poco tiempo, me reiría de todo aquello sentado junto a Julia y Vilar en el salón principal, recordándolo como un embrollo sin importancia.

—Julia —susurré con apenas un hilo de voz mientras seguía arañando la puerta

cerrada—. Julia.

—Nadie le va a abrir, señor —me dijo Vilar desde su silla. Ya no tenía la foto en las manos. La había posado sobre la maldita caja de zinc.

—Julia —repetí con algo más de aire—. ¡Julia!

—Julia no existe, don Ricardo. —Se revolvió en la silla, pero no se levantó. Tampoco me miró. Tenía los ojos clavados en el cuadro, el último, el grande—. Esa joven del lienzo, de todos los cuadros, es Anna, como la de la fotografía que ha encontrado en el faro.

El corazón, como ya no sé cuántas veces en los últimos días, se me paró. Lo juro. Al borde de la muerte noté ese sonoro nombre en la cabeza, aturdiendo y mareando mi conciencia.

«Anna».

Sentí que todo mi mundo se desvanecía, que volaban las barreras de mi cerebro, y que todas las lagunas de mi mente, todas, se hacían una. El ayer, irritado, apaleaba mis sienes para que de una vez por todas oyera y viera; para que entendiera.

—¡Claro que existe! —rebatí. No me iba a dar por vencido tan fácilmente, Yo quería creer lo que quería creer, y nada más—. ¡Vaya sandez! Julia existe y está en el baño.

—¿En el baño, dice? —cuestionó Vilar volcando la mirada hacia la puerta cerrada y torciendo el gesto.

—Sí, está ahí —respondí—. Está bañándose.

—¿Bañándose? —me discutió negando con la cabeza—. No es posible, señor. No lo es.

—Julia está...

—¡Julia no existe! —porfió. Luego cogió el retrato que yo mismo había encontrado en el faro, en el diario de ese malnacido, y me lo enseñó—. Ya lo ve. ¡Julia no existe! ¡Es Anna!

—¡No diga eso! —grité—. ¡Existe! ¡Es!

—No, señor. No. —Posó la fotografía sobre la caja. De inmediato cogió el colgante de la mesita, que descansaba junto a los guantes, y lo revisó un segundo antes de extenderlo hacia mí—. ¡Lea! —me pidió.

—No —rehusé.

No quería leer el colgante. Ya sabía lo que ponía.

Ponía Julia. Julia. Julia.

—Por favor, señor, hágame caso. ¡Lea la inscripción! —insistió levantándose y acercándose a mí.

—¡No! —repetí, y entonces Vilar lo atrajo hacia sí y lo leyó en voz alta.

—Anna —recitó—. Pone Anna y no Julia porque Julia no existe.

—Julia —musité—. Julia.

Vilar volvió a extender el colgante, dando un par de pasos hasta mi posición, pero sin atreverse a acercarse demasiado. Se le veía cansado, muy cansado. Sus ojos, tristes y apagados, eran apenas un reflejo desvaído de los del Vilar serio y eficaz que siempre me había guardado.

—Abra el colgante, señor —me solicitó.

—No —y me pegué más a la puerta del baño.

Castelao me había pedido lo mismo después de que le echará de mi casa y de mi isla. Me había dicho que el colgante era de los que se abrían y que debía hacerlo. Ignoré a Castelao y también ignoré la petición de Vilar.

—¡Pues abra entonces la caja! —Y la señaló.

—¡No! —remaché. Estaba harto de esas peticiones. No quería abrir la caja y tampoco quería abrir el colgante de Julia.

—Esto es de locos, don Ricardo. —Y dio un paso más—. ¡Debe hacerlo, por Dios!

—¡No! —berreé. Yo solo quería que me dejara en paz, que me dejara estar con Julia. ¡Julia!

—Ya no puedo hacer más, señor. Ya sabe el final y es hora de que entienda el principio. Le estoy dando la oportunidad de hacerlo. De comprender todo de una vez. —Se pasó la mano por la cabeza, apesadumbrado, y posó el colgante sobre la mesita.

Yo seguí muy pegado a la puerta, como si esta me pudiera proteger de todo aquello, de la locura, y Vilar se puso a dar vueltas por el cuarto, yendo de un lado a otro como un extraviado. Tras unos segundos, se detuvo frente al último cuadro colgado en la pared y lo punteó.

No dije nada. Me mantuve callado y adherido a la puerta, contemplando la expresión cada vez más parda y oscura de mi mayordomo.

—Para entender lo que está pasando, señor —reanudó—, para dejar de sufrir y acabar de una vez por todas con este delirio, debe dejar de negar la evidencia. Debe enfrentarse a sus miedos, don Ricardo, y abrir la caja, el colgante y también leer el nombre del caballero que acompaña a Anna en el cuadro.

Su mano lo señaló, parando sobre los gélidos ojos de ese miserable, y no se movió hasta que vio que mi mirada se centraba en ese retrato que me había hecho caer y no solo a tierra, también a los abismos.

—Allí no hay ningún nombre —refuté casi sin energía.

No podía más. Solo quería descansar. Cerrar los ojos y reposar con Julia siempre a mi lado.

—Sí que lo hay —me objetó y lo marcó, un nombre largo de gran caballero—. Y sí que lo ha leído ya, señor. Lo ha hecho. Le vi hacerlo cuando lo descubrió —negué con la cabeza y cerré los ojos. No quería seguir escuchando—. Lo ha leído, pero no quiere asimilar la verdad, su verdad.

¿Mi verdad? Como si lo que estaba sucediendo en la isla solo fuera fruto de mi persona. Como si él y lo demás no tuvieran nada que ver en lo ocurrido, antes y después. Y vaya si tenían que ver. Más de lo que les hubiera gustado. Yo era un necio que no quería escuchar ni ver, no quería comprender, pero él y los demás tenían mucho que ver con ello.

—Lo ha leído, ¿cierto? —presionó.

—¡Déjeme en paz! —chillé—. ¡Déjeme!

—No puedo dejarle en paz, señor. Debe pronunciar ese nombre en voz alta —me advirtió—. Debe hacerlo. Debe afrontar su destino.

—¿Mi destino? —pregunté—. Mi destino es ahora un caos, Vilar, porque todos me mentís. Porque no me ayudáis. Porque me engañáis.

—No, señor. No es así —me corrigió—. El único que se miente es usted, que no escucha ni quiere oír. No ve lo que tiene delante. ¡Se ha vuelto ciego!

—¡Ciegos vosotros que os dedicáis a engañarme en lugar de ayudarme a capturar a ese hombre del faro! —Y marqué con mano temblorosa el cuadro, su silueta, sus impasibles y helados ojos—. Me mentís en lugar de capturar a ese cazador de falsas musas.

—¿Cómo lo ha llamado? —preguntó Vilar asombrado.

—Por su nombre. Por lo que es en realidad.

—¿Musas?

—Sí, Vilar, sí. Ese canalla caza musas para escribir historias y luego —le revelé ante su cara de vacilación—, como no le sirven porque no son verdadera inspiración, las mata. —Y le lancé el diario que había traído conmigo desde al faro a los pies.

Vilar lo recogió y le echó un vistazo rápido. Miró las fotografías de las mujeres que en él aparecían y negó con la cabeza. Luego lo posó también en la mesita, junto con el resto de cosas, y volvió sobre sus pasos hasta llegar de nuevo frente al cuadro grande. Allí se quedó silencioso, contemplándolo, observando aquella imagen en la que ese miserable asesino, ese canalla inmundo, aparecía junto a Julia. El semblante de mi lacayo era cada vez más mate y su mirada estaba perdida en los despiadados ojos de ese demonio, en su infinito y congelado mar. Lo observaba como quien ha encontrado algo asombroso que le deja anonadado. Como si mi explicación sobre el motivo por el que mataba, por el que cazaba, le hubiera abierto una puerta al entendimiento de los actos de ese horrible ser, pero me estaba precipitando en mis conclusiones. Estaba equivocado. Vilar no lo miraba así por eso, sino por otra cosa que pronto supe y que fue a mí a quien dejó abrumado.

Secretos. Demasiados secretos a mi alrededor.

—Musas —masculló—. Cazador de musas —repitió mientras yo asentía—. Curiosa forma de llamarlo. Curiosa.

—Es lo que es —aseveré.

—Ya. —Se acercó más al retrato, posó sus manos en él y recorrió con los dedos la frialdad que expresaba la fisonomía de ese hombre.

—¿Qué hace? —le reprendí atónito. Estaba desvariando—. ¿Por qué le acaricia como si fuera algo bello?

—¿Se ha fijado, don Ricardo, que en este cuadro no hay tristeza en sus ojos?

—¿Pero qué dice?

Vilar seguía examinando el lienzo y acariciando el rostro de ese despreciable sin hacer caso de mi espanto por sus gestos y palabras.

—¿De qué habla? —insistí.

No entendía el comportamiento de mi fiel mayordomo que continuaba embobado, hipnotizado por el cuadro, repasando sus líneas, sus trazos.

—¡Vilar! ¡Por Dios! ¡Respóndame!

—De la tristeza que esconden sus actos —me reconoció al fin—. Caza musas, como usted dice, pero lo hace por tristeza y amor, no por inspiración.

—¿Amor? ¿Me está hablando en serio, Vilar? —No alcanzaba a entender el propósito de su comportamiento ni de sus palabras—. ¡Imposible! Ese hombre no sabe lo que es el amor —y según lo dije, me di cuenta de que a lo mejor estaba equivocado y sí lo sabía.

«Anna».

El amor por esa tal Anna que todos querían confundir con Julia.

—Amor por Anna —confirmó en aquel momento Vilar, dándose la vuelta y mirándome, como si leyera, de nuevo, mis pensamientos—. Tristeza y amor.

—Deje de decir esas cosas —le censuré—. No es amor ni es tristeza ¡Deje de una vez de defenderle! —Y recordé cómo ya le había echado eso mismo en cara en nuestro encuentro nocturno en el faro—. ¡Deje de protegerle!

—No lo hago —me rebatió, pero sin convencimiento, sin fuerza. Él sabía tan bien como yo que sí lo estaba haciendo. Lo que se me escapaba eran los motivos.

—Sí lo hace, Vilar. ¡Lo hace! Le protege, le ayuda, le defiende. ¿Por qué?

—Yo... —dudó y bajó la cabeza, abatido—. Es difícil y, quizá, después, ya no quiera saber de mí.

—¿Por qué? —presioné.

Silencio.

—¿Por qué?

—No puedo hacer otra cosa —dijo a la postre—. Es mi obligación.

—¿Su obligación? ¡No me diga bobadas! ¿Cómo va a ser su obligación proteger a ese malnacido?

—Lo es, señor. Siempre lo ha sido.

—¿Pero qué me está queriendo decir, Vilar? ¡Hable! ¡Hable de una vez!

—Ese hombre —y señaló el cuadro—, ese cazador de musas, como usted lo llama, es, en realidad, mi hijo.

Sorpresa es una palabra que se queda pequeña, pequeñísima, ante semejante revelación. ¿Su hijo?

Sorpresa, espanto y compasión. Esos eran los sentimientos que invadieron mi cuerpo tras la confesión de mi mayordomo, dejándome anonadado y estupefacto. ¿Su hijo? ¿Vilar tenía un hijo? Y ese hijo, ¡por Dios! ¿Era el hombre del faro?

Pobre Vilar. Cuánto sufrimiento en una misma vida. Un amor perdido, ingrato y egoísta, y un hijo que solo le hacía penar.

—Vilar —musité con cuidado—. Lo siento.

Y lo sentía de verdad. Yo quería a Vilar, lo apreciaba, y su confesión me hizo sentir mal. La verdad, por mucho que se hablara de ella como algo bueno, no era tan caritativa y compasiva como se pensaba. A veces, era y es mejor que se quede callada. La verdad es como el arcoíris, hermosa y atrayente, pero efímera. Se desea, se admira y después, una vez pronunciada, desaparece sin más dejando tras de sí solo un huero desierto.

—Lo siento —repetí, pero Vilar no reaccionó. Se limitó a volver a la silla del cuarto, sentarse decaído y humillado en ella, y ocultar las lágrimas que desbordaban sus ojos con las manos. Las lágrimas de dolor de un padre.

Capítulo 24

Durante un buen rato, tras la confesión de Vilar, el pobre Vilar, ninguno dijo nada. El silencio se instauró en la habitación de invitados mientras las lágrimas asolaban el rostro de mi mayordomo y la culpa me devastaba a mí.

¿En rigor era necesario que yo supiera esa verdad? ¿Lo era? No lo sabía.

¿Había cambiado algo? Tal vez mi concepto sobre por qué Vilar protegía a ese monstruo o por qué no iba en su busca, pero los hechos, lo que ese miserable había estado haciendo, eso no iba a cambiar.

Quién sabe si Vilar podía haberlo detenido en algún momento, pero ¿cómo pedir a un padre que entregue a su hijo? ¿Cómo pretender que no lo proteja? ¿Cómo pedirle que lo abandone? No compartía su conducta ni sus actuaciones, pero le entendía. Por una vez, entendía algo y también comprendía por qué me había mentido, por qué me había ocultado algunas cosas. ¿Cómo no hacerlo?

No me atreví a romper aquella especie de vigilia. Apenas osé mirar a mi mayordomo, que no se movió ni habló hasta que las lágrimas se agotaron y su mirada volvió a fijarse en el cuadro donde aparecía Julia con su hijo. Ya podía llamarlo así, su hijo.

Al ver cómo examinaba aquel retrato enmarcado entre pena y dolor, la culpa aumentó, pero debo reconocer que, al observarlo yo también, igualmente sentí enfado porque ese hombre, por muy hijo de mi intendente que fuera, mataba mujeres. Además, en esa fotografía posaba sonriente junto a Julia, poniendo su sucia mano sobre su delicado hombro. Sí, Julia, porque para mí era Julia y no esa tal Anna.

La culpa, sin yo querer, dio paso a los celos, que vinieron sin avisar, y también a la ira, que se presentó como escolta. Las lágrimas de Vilar me dolían y me apenaban, pero su hijo era un asesino, un cruel y vil asesino que no podía estar cerca de Julia. Ella se merecía algo mejor.

—¿Por qué está su hijo en ese cuadro con Julia? —pregunté levantando la voz, dejando libres a mis pensamientos y permitiendo que la rabia fluyera desde el suelo, donde yo estaba, hasta los ojos tristes de Vilar.

—Julia no existe —me respondió—, y usted ya lo sabe. Esa mujer —y la señaló en el retrato—, se llama Anna.

«Anna».

—¡Deje ya de decir eso! —le grité enfadado. Mi ira iba en aumento. Era una forma de que la culpa desapareciera—. ¡Sí que existe! ¡Existe!

—No, no existe —repitió, pero sin gritar como yo. Sin elevar la voz. Lo dijo calmado, con palabras, en realidad, llenas de desconsuelo.

—¿Por qué se empeña en decir eso? ¿Por qué se empeña en hacerme daño?

¿Cómo no va a existir mujer tan hermosa, bella y perfecta?

—Es usted un necio, señor. Abra la caja, abra el principio —me imploró—. ¡Ábrala y lo entenderá todo de una vez! Lo entenderá y, por fin, todos podremos descansar. Ella —y señaló a Julia en el retrato—, y todos.

Sus palabras eran ruegos, pura súplica acompañada de cierta desesperación ante mi ineptia, pero yo no podía abrir esa caja. No quería hacerlo. No estaba preparado, si bien, en el fondo, nunca se está preparado para algo así.

—Desde pequeño —me explicó, y aún siento el ruego en sus palabras, pero también el cariño—, siempre fue usted un testarudo. Nunca hacía caso de consejos u órdenes, no obstante aquí, al presente, en el día de hoy, debe usted, por una vez, hacerme caso y abrir esa caja. —Dejó el cuadro y me devoró con sus apenados ojos—. Debe hacerlo por su bien y el de todos. Debe hacerlo para que la verdad sea al fin libre y usted también. Debe hacerlo porque, de lo contrario, su destino no será otro que la locura y la demencia y nos arrastrará a todos con usted.

A pesar de que sabía que Vilar tenía razón y que la locura ya me estaba acompañando en demasía, rigiendo mis pasos, mis pensamientos, mi mente, y haciendo que los recuerdos dormidos regresaran para atropellar mi vida, negué con la cabeza, dejando bien claro que no pensaba abrir esa caja. No lo iba a hacer.

—Pues entonces —y se levantó—, acompáñeme y acabemos cuanto antes con toda esta historia contada solo a medias.

Se incorporó con tanta fuerza que hizo que la silla se tambaleara, chocando con la mesita y tirando los guantes y el colgante. De uno de los mitones, calló el sobre donde Julia guardaba esa pequeña llave con el nombre de Anna inscrito en ella. Lo miré, como Vilar, pero no me moví. No quería más llaves. No quería más verdades o secretos que desvelar.

Vilar cogió el sobre, lo abrió y sacó la llave. La contempló a la luz de esa mañana, ya gris de nuevo por las borrascas que venían del mar, y de la misma, elevó sus ojos al techo de la habitación, al desván.

—Esta llave —y me la enseñó—, debía estar guardada a buen recaudo. Debía estar en el cajón de las llaves olvidadas.

Ese receptáculo del que Vilar hablaba era un viejo cajón del escritorio de mi padre donde se almacenaban las llaves que ya no abrían nada o las que no se sabía qué abrían. Nadie les hacía nunca caso pues allí, en el fondo, solo iban a parar las olvidadas. De ahí su nombre. A veces, también otras que simplemente se querían dejar de lado, aunque aún se supiera lo que abrían, pues era mejor no desvelar lo que guardaban.

—La ha cogido de allí, ¿verdad? —insistió.

—¿Conoce esa llave? —pregunté entonces—. ¿Sabe lo que abre?

—No necesita que yo se lo diga, don Ricardo. —La acarició con cariño, como se roza un objeto querido—. Usted ya sabe lo que guarda.

—No —negué—. No sé nada.

¿Por qué iba a saberlo? Yo no sabía qué abría esa llave dorada. Yo no sabía...

—La ha cogido del cajón y...

—Yo no la he cogido de ningún sitio —le interrumpí—. Es de Julia.

—Aquí no pone Julia —me indicó—. Pone Anna.

Ese nombre otra vez.

«Anna».

Ese nombre sonando a voces en mi cabeza. Tintineando y repicando sin parar, sin descanso.

—Anna —repitió—. Esta llave es de Anna.

No respondí. No tenía nada que decir.

Ante mi silencio, la posó con delicadeza sobre la caja de zinc, al lado de la fotografía de Julia que yo había encontrado en el diario de ese demonio en el faro, que también estaba en la mesita. Del mismo modo cogió el colgante y lo dejó a su lado. Lo miró todo como si fuera un tesoro y suspiró.

—Ahí está —me indicó—. Ahí tiene la historia al completo. El principio y el final e incluso algo más que la llave de los guantes desvela. —Se volvió hacia mí y extendió la mano para que me levantara del suelo.

Rechacé su invitación y seguí pegado a la puerta, pero mi mayordomo, mi querido Vilar, terco y obstinado como yo en ese día, no se dio por vencido y, esta vez sí, se aproximó y me cogió de los brazos, tirando y obligándome a levantarme. Obligándome a empujones a salir del cuarto de Julia.

—¿A dónde me lleva? —quise saber mientras miraba la puerta cerrada del baño, Julia estaba allí dentro, y pensaba en las ganas que tenía de estar con ella y solo con ella.

—A un lugar que le ayudará —me respondió a la par que seguía empujándome hacia las escaleras.

—Estoy cansado —protesté e hice amago de tirarme al suelo otra vez, pero Vilar me apresó con brío y no me dejó. Siguió guiándome hasta la salida.

—Lo sé, señor. Lo sé. Todos lo estamos, y por eso me voy a saltar las órdenes que tengo —me explicó sin dejar de asirme mientras bajábamos la escalinata—. Ya lo he hecho al decirle que soy padre, pero todo esto ya ha llegado demasiado lejos.

—Pero...

—¡Nada! Me va a acompañar, le guste o no —me interrumpió dándome un envite más enérgico y pegándome contra la puerta del recibidor—. Me acompañará y después será usted mismo el que pida abrir la caja y el colgante. ¡Ya lo verá!

—¿A dónde? —insistí.

—Al cementerio.

Capítulo 25

Vilar no dejó en ningún momento que me escapara de su abrazo hasta que llegamos a la puerta de hierro del cementerio familiar del pazo. Era un camposanto que ya estaba en aquel lugar cuando mi familia compró la isla y se trasladó allí a vivir. De hecho, las primeras tumbas de esa necrópolis, las más grandes y hermosas, son las del terrateniente don Ramón Rouco Buxán y su esposa, doña Josefina Pillado Fariñas. Allí fueron a parar sus maltrechos cuerpos tras ser recuperados del mar después de que don Ramón se lanzará al vacío desde el Faro del Amor con el cuerpo sin vida de su esposa en brazos.

Vilar abrió la imponente verja del cementerio, que chirrió y protestó, oxidada y corroída como estaba tras años de abandono, y me invitó a pasar. Hacía mucho tiempo que casi nadie pisaba aquel suelo sacramental. Ni Vilar ni mi madre o el servicio lo visitaban. Daba igual que allí estuviera la tumba de mi padre. Cada aniversario, solo un criado entraba para limpiarla y le ponía flores, pero nada más. No se rezaba o lloraba en el lugar.

Tardé en reaccionar, en moverme, pues no quería entrar y no porque los cementerios me produjeran algún tipo de miedo o aprensión, sino porque sentía, al igual que ante la petición de abrir cajas y colgantes o decir nombres en voz alta, que si lo hacía, si sucumbía y obedecía, estaría más cerca del derrumbe total.

—¡¡Entre!! —me ordenó mi mayordomo con una voz y un ardor que me dejó asombrado. No acostumbraba a hablarme de ese modo, aunque en ese día era la segunda vez que me gritaba—. ¡Entre de una maldita vez! —Y me empujó.

Atravesé a regañadientes aquella longeva verja enmohecida de hierro forjado, altanera y arrogante, que nos miraba con insolencia por osar molestarla, y entré, acompañado de Vilar, en el cementerio del pazo.

Cruces y seres alados nos recibieron por doquier. Centenares de ángeles que con sus alas plegadas, alzadas, rotas o inexistentes, nos miraban al pasar, curiosos, mientras guardaban el sueño eterno de los que allí vivían.

El camposanto del pazo, a diferencia de otros que yo había visto en mis viajes, se caracterizaba, hoy todavía lo hace, por su enorme colección de ángeles. Las tumbas no tienen más adornos que las cruces o las lápidas, y, por supuesto, los ángeles. Tal es su número que algunos de los hipogeos están rodeados de decenas de ellos, sujetando con brío las pesadas losas y custodiando a los difuntos, a los que ya no debemos tocar.

Ese lugar, desde pequeño, me pareció siempre una especie de jardín celestial lleno de figuras aladas, guardianes que, rodeados de hiedra salvaje, vigilaban no solo los pasos de los muertos, también los de los vivos. Era como un edén de etéreos e inmortales espíritus divinos.

Muchas tardes pasé en él, deambulando entre tumbas y panteones, jugando entre

aquellos ángeles que ese día, en compañía de Vilar, no me parecieron ni mucho menos amigables. Eran más como soldados, centinelas de Dios y de su reino que estaban al acecho, alertas, por si alguien osaba despertar el respiro de los moradores de esa especial ciudad. Y sentía, a cada paso, que me miraban con recelo, como si no fuera bienvenido. Notaba sus ojos clavados en mí, en mi conciencia. No les estaba gustando mi visita, mi presencia. No me querían allí.

Vilar, a mi lado, ajeno a mis impresiones, caminaba despacio, sin prisa, como si estuviera de paseo. Iba con la mirada fija hacia el frente. Sabía perfectamente a dónde quería ir, a dónde me quería llevar. Solo de vez en cuando torcía el gesto para comprobar que yo seguía a su lado y no había salido corriendo, como en realidad me apetecía.

¿Qué pintábamos en el cementerio? ¿Qué quería que viera? ¿Qué iba a entender allí? Aquello era una tontería. No tenía caso pasear por ese lugar repleto de sombras tan tristes y dolientes como mi caminar ese día.

Cuando llegamos cerca de los panteones principales de la necrópolis, el del terrateniente don Ramón y su familia, y el que debía ser para la mía, Vilar se paró.

—Son hermosos, ¿verdad? —resaltó.

Sí que lo eran. A pesar del paso incesante del tiempo, permanecían intactos, rodeados de ángeles custodios que elevaban sus grandiosas alas al cielo. Piedras cenicientas y pardas con ornamentos de flores esculpidas y vidrieras azules por las que entraba la luz iluminando en celeste el descanso de sus moradores. Eran hermosos, muy hermosos.

Cuando mis padres se trasladaron a la isla y vieron el panteón familiar de la familia Rouco Buxán, quedaron enamorados de su perfección y beldad. De sus cerúleas cristaleras y sus cantos esculpidos, de sus divinos ángeles, diez en total, todos con las alas abiertas y con el dedo indicando silencio. No hay que perturbar la mudez del lugar y tampoco el sueño de los que allí permanecen, decían con su gesto.

Tan impresionados quedaron que mandaron construir uno igual para el momento en el que les tocara a ellos viajar al más allá, sin embargo nadie de mi familia lo habitó jamás. Cuando mi padre murió, su tumba se ubicó en la parte de atrás del camposanto, cerca de la tapia final, junto a unos robles centenarios que con sus hojas y arrullos ofrecían, a ojos de mi madre, un mejor descanso. Al lado de mi padre, vacío, esperaba el sepulcro para cuando mi madre partiera. Cerca, el mío y otro más.

La decisión de no usar el panteón, a pesar de su innegable belleza, quizá pudo estar influenciada por la terrible historia de la muerte del terrateniente y su esposa que, al principio, cuando mis padres fueron a la isla a vivir y construyeron el mausoleo gemelo, desconocían. Fue uno de los barqueros que traía a la isla provisiones y suministros quien se lo contó una buena tarde a mi querida madre que, horrorizada, prohibió ir al lado norte de la isla y, seguro, también decidió cambiar donde vivir en la muerte. Mi padre, simplemente, accedió. Siempre fue complaciente con todos y cada uno de los deseos de mi madre.

Vistos juntos, esos dos panteones gemelos parecían, en verdad, fanales azulinos. Un faro hacia la infinitud donde se reposa o se pena eternamente.

Vilar se santiguó y continuó su camino. Yo le seguí, andando recto, tras su sombra, y dejando atrás otros panteones de menor belleza e importancia de familiares del terrateniente en su mayoría, hasta llegar cerca de la tapia.

Seguimos rectos sorteando algunas tumbas pertenecientes a la servidumbre que desde hacía más de cien años había servido en la isla y también otras vinculadas a familiares que mi madre había tenido a bien dejar enterrar allí.

Continuamos andando un poco más hasta llegar a una zona amplia, cerca de los robles donde estaba enterrado mi padre, rodeada de un cercado bajo de acero, carcomido por el verdín y la roña, que Vilar no dudó en abrir con determinación.

—¿A dónde vamos? —indagué al verle atravesar la verja—. ¿Me va a enseñar la tumba de mi padre? Ya la conozco.

—No es eso lo que quiero que vea.

Me paré nada más atravesar la cancela, con una sensación extraña de parálisis y cogí a Vilar del brazo.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí?

—Paciencia, don Ricardo. Paciencia —me respondió soltando mi mano—. Enseguida lo verá. Un poco de paciencia.

—Ya no tengo paciencia —rezongué sin moverme.

—Enseguida llegamos —continuó hacia delante—, y lo entenderá todo.

—Estoy harto, Vilar —levanté la voz olvidando donde estaba—. Estoy cansado y harto.

—Hágame caso por una vez, señor —y fue él entonces quien me cogió del brazo y tiró de mí para que le siguiera—. Se lo ruego.

—Cansado, Vilar, cansado —seguí protestando, pero le seguí—. Cansado de tantos secretos y mentiras. Cansado de que todos sepan cosas que yo desconozco, como lo del hombre del faro. —Su expresión se ensombreció, no obstante no apaciguó el paso—. Me lo ocultó. No me dijo que era su hijo.

—No podía decírselo —se defendió.

—¿Por qué?

—Porque lo prometí.

—¿A quién?

—Eso da igual, fue hace muchos años.

—No da igual, Vilar. Todo es importante en este asunto porque me trae aquí, al cementerio, obligado, a ver qué sé yo y no me dice el porqué. Me sigue mintiendo.

—No le miento, señor.

—Sí que lo hace —le contradije—. Lo hace. —Le vi negar con la cabeza mientras continuábamos andando hasta casi llegar al muro final del camposanto—. Me mintió con lo de ese hombre y también con Julia. Usted ya la conocía y no me lo dijo cuando apareció en la isla. También sabía que su hijo la trataba. Me mintió y...

—Julia no existe —me interrumpió, sin levantar la voz, pero seguro y firme—. Usted habla de Anna.

—¡Julia no es Anna! —chillé haciendo que todos los ángeles cercanos se volvieran hacia mí y me mostraran su enfado por romper la paz sacramental.

Me quedé inmóvil, como las estatuas que poblaban el lugar, ante su mirada de reproche, y ya no di ni un paso más. No quería seguir avanzando entre tumbas y cruces por aquel terreno que solo traía recuerdos, pocos buenos y muchos malos, a mi mente cansada y enfermiza. No quería recordar, ni avanzar ni saber.

—¡No es Anna! —repetí—. Esa Anna a mí me da igual. ¡Julia no es Anna! —aseveré de nuevo. No me iba a convencer de que mi musa, mi inspiración no existía. ¿Cómo no iba a existir? Julia era Julia y punto—. ¡Julia sí existe!

—¡Déjese de quimeras y venga conmigo de una vez! —me mandó. Había retrocedido para ir a mi encuentro, y tiró de mí, forzándome a avanzar.

Vilar recorrió un par de pasos más, tirando de mí y haciendo oídos sordos a mis quejas y reproches hasta que, sin previo aviso, sin más, me soltó de golpe y se desplomó. Cayó de rodillas al suelo, asustado y temeroso, echándose las manos a la cabeza, mirando de hito en hito aquel lugar en el que estábamos con los ojos abiertos como platos.

Se derrumbó justo al lado de una tumba con una enorme losa donde un ángel de titánicas dimensiones, vestido con una gran túnica de ribetes floreados y con las alas semiplegadas, señalaba el cielo con el dedo índice de su mano izquierda. El ser alado avistaba doliente la inmensidad del nuevo hogar que marcaba para el exánime que protegía mientras con la otra mano se apoyaba sobre la piedra. Era el sepulcro de mi difunto padre.

Vilar miraba a su alrededor como si un fantasma se le hubiera aparecido, espantado, y comenzó a signarse de forma compulsiva mientras se giraba, sin levantarse y me miraba estupefacto.

—¿Cómo ha podido? —se escandalizó—. ¡Por Dios bendito! ¡Dios del cielo! ¡¿Cómo?!

Yo no respondí y retrocedí hasta darme con la valla, alejándome de aquel ángel que guardaba la tumba de mi padre y la de otros. Apartándome de su mirada que, por momentos, me pareció que cambiaba y se dirigía a mí, crecida de censura y reproche.

—¡Usted ya lo sabe todo! —chilló mi mayordomo sin dejar de santiguarse. Le dio igual romper la santidad de aquel lugar que no era, ya, a sus ojos, un sitio sagrado—. Por eso no quiere abrir la caja ni el colgante. Por eso no quiere leer el nombre de mi hijo en voz alta. Ya sabe toda la verdad. ¡Toda! La sabe, aunque no la quiera dejar salir.

—¡Yo no sé nada! —le corregí, dando un paso más hacia atrás—. No sé de qué está hablando.

Vilar no dejaba de mirarme sobrecogido y aturdido, incluso con tristeza, pena y

algo que enjuicié rabia.

—¿Cómo ha podido? ¿Cómo? —me machacó—. Necesita ayuda, don Ricardo —sus ojos se llenaron de lágrimas, amargas y ásperas—. La necesita.

—Sí —confesé mientras seguía alejándome y salía del recinto vallado—. La necesito. Necesito a Julia y necesito que todos dejen de mentirme.

—Julia no existe, señor. Anna. ¡Es Anna!

—Miente. Todos mienten. Me está engañando. Me engañan.

—Usted es el que se engaña, señor —apuntó aún desde el suelo, con las manos hundidas en la sucia y mojada tierra revuelta. Ya no tenía fuerzas para hacerse cruces—. Usted es el único que nos ha mentido a todos desde el principio.

—¿Yo? Yo no he mentido.

—Lo ha hecho y, lo peor, señor, es que se está mintiendo a sí mismo. ¿Cómo ha podido? —repitió—. ¡¿Cómo?!

Ya no seguí escuchándole y eché a correr. Sorteé tumbas, ángeles que amenazaban con llevarme a los infiernos y lápidas con nombres conocidos y desconocidos. Corrí sin mirar atrás ni una sola vez porque no quería ver a Vilar arrodillado entre vieja tierra removida.

Capítulo 26

Ángeles, cruces y tumbas. Todo lo sorteé y dejé atrás mientras en mi cabeza resonaba con fuerza la voz de Vilar, mi querido Vilar: «Julia no existe, señor. Anna. ¡Es Anna!».

Ese nombre repicó como un tambor en Semana Santa.

«Anna».

Incansable, indolente, tenaz. Así retumbó, pero no detuve mi carrera, no paré, y tampoco miré atrás. No me volví en ningún momento a comprobar si Vilar seguía con las manos hundidas en la mugrienta tierra y tampoco me frené a escuchar sus ruegos, preguntas y reproches.

No lo hice. Me negué como hasta ese momento había evitado abrir cajas de zinc, medallones o leer nombres en voz alta. No quise saber lo que Vilar me decía o enseñaba. Lo escondí, silencié y sepulté, como muchas otras cosas, en algún rincón desdeñado de mi ida y castigada cabeza.

¿Por qué?, os estaréis preguntando. ¿Por qué tanta terquedad si mi obstinación solo me estaba haciendo sufrir? A mí y a los demás.

Llegados a este punto, vuestra interrogación es razonable. ¿Por qué? La respuesta solo parte de mi abatida y enferma mente la sabía.

Corrí con todas mis fuerzas, sacadas de las ganas de escapar de todo y de todos, y no me frené hasta que estuve en el pazo. Primero en el cuarto de Julia, donde no la encontré. Allí estaban sus cosas, el vestido, los zapatos, los guantes y, junto a la caja de zinc que también se hallaba en aquel lugar, su colgante, pero no ella. Y después en mi despacho, donde me encerré. Y marché tan aprisa que no me fijé que por el mar se acercaba un pequeño barco camino del embarcadero con varias personas a bordo. No le presté atención y a secas avancé presuroso. Tan raudo que, por un instante, pequeño y fugaz, y sin embargo suficiente, me vi a mi mismo en otra época en la que desfilaba también por esos parajes, por los alrededores de la casa, pero en compañía de la deseada felicidad. ¿Qué no somos capaces de hacer por conseguirla y mantenerla? Es como un tesoro por mil años enterrado que queremos hallar a toda costa. El final de un camino. El premio a la constancia.

Cuando entré en el despacho, lo primero que hice, tras atrancar la puerta, fue sacar a mi absenta, mi querida absenta, mi amante fiel. La única que no me mentía ni me abandonaba. La saqué y bebí con ansia directamente de la botella.

—Ayúdame —le susurré—. Ayúdame.

Otro trago y otro más hasta que sentí calmarse las palpitaciones y estremecimientos de mi cuerpo y ese maldito nombre, Anna, comenzó a sonar más bajito. Siguió ahí, pero con menos fuerza.

Bebí con ganas, como si no hubiera un mañana, preso de mis recuerdos olvidados y mis recuerdos retornados. Y en verdad, debo reconocer que, mientras el sabor amargo de la absenta pacificaba mi sed, no sabía si realmente habría un mañana.

Me acomodé en el escritorio, con la botella bien cerca, y me encendí un cigarrillo que me turbó, pue llevaba muchas horas sin probar el tabaco. Aquel mareo, que me aturdió, también me ayudó a que aquel nombre, Anna, repiqueteara menos, pero no era suficiente. Necesitaba más. Quería olvidar, arrinconar y acallar ese nombre para siempre por lo que de mi escribanía tomé la caja de madera que guardaba la morfina, la que mejor apagaba y enterraba los malos sueños y los malos pensamientos.

No me quedaba mucha, pero sí la suficiente para intentar que ese día se desvaneciera y todos los fantasmas que me acechaban, cada vez en más cantidad y más cercanos, se evaporaran. También para que las palabras de Vilar desaparecieran y el nombre de esa mujer, Anna, acabara soterrado en algún lugar recóndito e insondable donde vivificarlo resultase imposible. Eso deseaba. No volver a oír ese nombre. Que volara. Que nunca más existiera. No era tan difícil, ¿no?

Saqué la pequeña botella de cristal de la caja de madera y también la jeringuilla y la goma. Lo dejé todo sobre la mesa y, con cuidado, me preparé la dosis mientras echaba algún trago más de absenta. Poco a poco, la bebida empezaba a hacer su efecto provocando en mí una sensación dulce de irrealidad que me relajó, si bien no alejó del todo la percepción de pérdida y ruina que notaba.

Me quité el gabán, que todavía llevaba puesto, ya con una apariencia mugrienta y desastrada, sucio, lleno de mi propia sangre y cargado con demasiados pecados. Parecía más el abrigo de un vagabundo que el de un señor.

Antes de arrojarlo al suelo, sustraje de los bolsillos la llave que abría la maldita caja de zinc; el principio, según Vilar. La posé sobre la escribanía, cerca de las páginas de la novela que estaba escribiendo. ¿Cuándo podría continuar con ella?, me pregunté al verla sobre la mesa abandonada. ¿Y cómo lo haría si, en efecto, Julia no existía? ¿Y si Julia era Anna?

—No pienses eso —me dije a mí mismo a la par que me quitaba la chaqueta y me subía las mangas de la camisa regañándome por especular de ese modo. Vilar mentía, como todos—. Julia existe. ¡Existe!

Alegré esos oscuros y terribles pensamientos que encogían mi alma y me hacían tiritar, y cogí la goma. La até en el brazo izquierdo, bien prieta, y busqué un buen rincón en mis venas, entre las durezas y ulceraciones, donde dar paso a la aguja. Me costó, mucho, por lo que tuve que cambiar de extremidad y, un poco más torpe, buscar mejor entrada en el brazo derecho, igual de repleto de callos y cicatrices. Al final, solté la goma, que dejé caer al suelo, y me quite los zapatos y los calcetines. Busqué entre los dedos de los pies, donde había menos marcas de pinchazos, y clavé la aguja con decisión.

¡Qué placer! ¡Qué ensueño!

En cuanto el líquido irrumpió en mi torrente sanguíneo, una sensación

extraordinaria de paz me invadió. ¿Acaso era tan difícil permanecer así por siempre?

Me hubiera gustado sentirme de tal forma eternamente, en calma, sin problemas y sin remordimientos. Hubiera dado cualquier cosa por conseguirlo, pero el destino, porfiado, no estaba por la labor. No me iba a dar el gusto. Tenía aún asuntos pendientes que resolver conmigo y, aunque me dejara disfrutar un segundo, apenas un segundo, de esa paz que notaba, simplemente era en realidad una sensación fugaz y frágil. Quebradizo y delicado como los copos de nieve que desaparecen al tacto y el calor de la palma de un niño que juega a capturarlos.

Dejé la jeringuilla sobre el escritorio y me quité la goma, que cayó al suelo y que no recogí. Lo que sí alcancé fue la botella de absenta de la que bebí unos tragos más. Aquello acabaría por matarme, pero tenía sed, una sed que no conseguía quitarme de encima.

Bebí y la dejé junto a la jeringa y al resto de cosas que había en la mesa, en el caos de mi escritorio, que parecía un barco hundido que flotaba sobre un océano cebado de tinta negra y envuelto en hojas por terminar.

Cogí las últimas páginas que había escrito días antes y con una voz temblorosa, palpitante por las drogas y la locura que ya me sitiaba, me puse a leerlas en voz alta. Siempre me gustó hacerlo. Era una buena forma de ver los fallos que tenía, de darme cuenta de dónde había errores que subsanar. Orar para rehacer y remendar. Elevar la voz para que la historia cobrara vida más allá de mi imaginación.

Pasajes hermosos llenos de bellas palabras colocadas con esmero y cuidado para contar una grandiosa historia de amor verdadero, de amor con mayúsculas, de amor inmortal. Uno como el que yo sentía y siento por Julia, por mi musa, mi inspiración. Ya no había duda de mis sentimientos hacia ella. Ya no. Al principio recelé, pues no sabía si mi cariño era una simple pasión estacional, pero el tiempo y los acontecimientos vividos me habían demostrado que era amor, como el de mi novela. Y uno, además, que se puede profesar a una musa, sí, a una inspiración.

Las lágrimas, sin yo querer, asomaron. Malditas lágrimas. ¿Cuántas había derramado? Lágrimas de desconsuelo que arrastraban verdad en ellas. Lágrimas negras cubiertas de tinta y de sangre. Lágrimas que emborronaban las palabras de amor que yo había escrito con cuidado en esas páginas que temblaban entre mis dedos. Lágrimas que solo pretendían hacerme ver lo que yo no quería, como mensajeras de una realidad incómoda y celada.

«Ciego», me susurraban.

«Necio», me decían.

«Abre los ojos de una vez. Escucha».

—No llores —me solicitó entonces una voz suave y dulce cerca, muy cerca—. No llores.

Me giré, inquieto. Pensaba que me había encerrado. Al darme la vuelta y ver a la dueña de esa dúctil voz, cualquier atisbo de susto se esfumó. Se fue en cuanto los ojos verdes de Julia me invitaron a acompañarla.

Dejé las páginas de mi novela sobre el escritorio y me levanté de la silla, aturdido y algo mareado. Casi caigo de bruces por hacerlo con demasiado ímpetu, pero no llegué a desplomarme porque Julia me tomó de la mano y con suavidad me llevó hasta el suelo, donde me invitó a tumbarme con ella sobre el gabán que allí dormitaba.

—No llores —me repitió mientras con sus manos desnudas, no llevaba los guantes puestos, me acariciaba, como una brisa, las mejillas.

Sus manos estaban frías, gélidas, eran hielo, pero no me importó. Su frescor me pareció la mejor de las mantas, el mejor de los abrigos.

—Julia —la nombré—. Existes.

Sus manos siguieron acariciándome, la cabeza esta vez, que apoyé gustoso sobre su regazo. Como si, en lugar de en mi despacho, estuviéramos en un pícnic al lado del mar, contemplando a las gaviotas sobrevolarnos y disfrutando de una tarde soleada de primavera.

—Existes —remaché—. Eres.

Caricias de amor, de dulzura, pero también escarchadas como el granizo, estaba helada, acompañadas de una especie de espasmos musculares y temblores que la hacían parecer una autómatas estropeada. Yo me deje hacer, acurrucándome más cerca, e ignoré esos raros movimientos. Me centré solo en el calor que sentía mi corazón, inflado de amor, y capaz, sin duda, de calentar el cuerpo de ambos.

Sus ojos, que no dejaban de mirarme, eran de un verde aún más intenso si cabe que la propia luz de las esmeraldas. Un verde solo pensado para náyades o princesas que despuntaba en su apagado y blanquecino rostro, cada vez más níveo y marchito. Estaba muy desmejorada.

—Existes —calqué alargando mi mano hacia su cara que no alcancé a tocar porque se me derrumbó a mitad de camino.

Todo mi cuerpo se caía y desplomaba en un espejismo placentero donde solo existíamos Julia y yo. Ella y yo, y nadie más, camino de un lugar donde únicamente los amantes eternos pueden habitar y donde solo hay cabida para la felicidad que da el amor.

El amor. ¡Cuánto duele el amor!

Julia, con su ropa hendida, sucia y desgastada, estaba en verdad estropeado su vestido, comido por las polillas y demasiado manoseado, dañado por la sal y el océano, siguió mimándome como haría una madre a un niño asustado y temeroso y, en el fondo, así me sentía. Como un niño con miedo a todo y con un sentimiento enorme de culpa. ¿Por qué? Por tantas cosas.

—Lo siento —le musité muy bajito—. Lo siento mucho.

—No deberías pedirme perdón.

—Pero yo... Yo no te ayudé. El mar... Lo siento —repetí—. Fui un cobarde.

—Pensé que ya lo habías entendido —me explicó.

—Debí ayudarte. Debí hacerlo —seguí lamentándome, dejándome llevar por una

terrible emoción de pecado y carga.

—No era sencillo —me concretó.

—Pero...

—Nada. —Me puso una mano en la boca para que no protestara más—. El destino estaba escrito para mí mucho antes de aquello. Debes entender que tú no podías hacer nada.

—El destino se puede cambiar —y las palabras vinieron escoltadas de nuevas e hirientes lágrimas.

Quise secármelas, hacerlas desaparecer, pero ya no podía controlarlas. Eran ellas las que me gobernaban. Tristeza, culpa, pecado. Todo atado por la enérgica y potente sirga del llanto.

—El destino se puede cambiar —reiteré entre sollozos.

—¿Desde cuándo? —Y una carcajada violenta, llena de tristeza y amargura, salió de su boca en forma de convulsión.

—En las novelas, yo puedo elegir el destino —y me pegué más a su cuerpo intentando que dejara de temblar, aunque lo único que conseguí fue titilar yo también.

—Esto no es una novela —me corrigió—. En ellas uno puede escribir lo que le plazca, pero esto es la vida.

—Puede acabar siéndolo.

—Puede...

Después de aquel «puede» dejado a medias, un rato más siguió mi musa acariciando mi cabeza mientras absenta y morfina intentaban cumplir su cometido. Les estaba costando, pues tantos años de abuso provocaban que no consiguieran llevarme lejos de la realidad que apremiaba con salir y ser a toda costa. Estaba demasiado acostumbrado a su compañía.

No podían conducirme más allá de esa verdad que todos sabían. Lejos de las palabras y acusaciones de Vilar que, a pesar de los esfuerzos de mis amantes, aún retronaban en mi cabeza culpándome y señalándome.

«¿Cómo ha podido? ¿Cómo?».

Trasladarme lejos de la caja de zinc, del medallón y de los cuadros. Más allá de ese hombre del faro, de ese monstruo, y de esa tal Anna.

«Anna».

Al pensar en el medallón, con los ojos entrecerrados, vislumbré su color dorado, su brillo, colgando del lastimoso cuello de Julia que se había tornado límpido, y lo rocé. Lo atrapé entre los débiles y palpitantes dedos y le di la vuelta. Vi la inscripción y la leí. Sí. Lo hice. La leí de verdad y temblé porque la realidad, mezquina y tirana, estaba pronta a subir a su real trono.

—¿Ya sabes quién soy? —me preguntó entre murmullos, entre otros clamores,

mientras devolvía mi mano al regazo y se quitaba el medallón.

Había más voces a parte de la suya. Voces al otro lado de la puerta cerrada de mi despacho.

—Lo sabes, ¿verdad? —insistió y abrió el medallón. Contempló su interior, dos fotografías, un hombre y una mujer, y después me miró a mí, estrechándome en el sinople de sus luceros—. Lo sabes porque me buscaste y me sacaste de mi sueño. Yo soy...

Tapé su boca con mi aturdida mano y negué con la cabeza. No necesitaba oírlo ni saberlo. Ya sabía lo que tenía que saber.

—Sé lo que sé. Yo... —Pero no pude continuar. Mi voz, a diferencia de las que se oían al otro lado del despacho, era apenas un balbuceo. Un rumor apagado y moribundo que no se atrevía a decir nada.

Tras dejar el medallón abierto en mi mano, se levantó, fue hasta el escritorio y cogió la llave que abría la dichosa caja de zinc. La puso junto al medallón y después se arrodilló a mi lado.

—Debes abrir la caja —me susurró—. Por mí. Debes hacerlo.

Acto seguido, con cuidado, entre una especie de sacudidas de bruma y niebla, se acercó y me besó. Me besó.

En ese mismo instante, no me hubiera importado morir porque fue el beso más hermoso que jamás sentí. Un beso de amor verdadero que lo cura todo, que lo puede todo.

Capítulo 27

«Yo siempre te esperaré» fue lo siguiente que me reveló mi amada musa antes de irse de mi lado y desaparecer. De dejarme allí solo con la compañía de una absenta caduca que no conseguía calmar mi sed y una morfina infecunda que no era capaz de mudar mis sueños a almíbar.

Antes de que las pesadillas invadieran mi mente, que lo harían, como siempre, y me hicieran compañía en mi caída a los infiernos —pues era allí a donde iba—, quise volver a olvidar. Deseé viajar lejos, abandonar, pero no me fue posible. Ninguna de mis dos amantes conseguían ayudarme y los tristes ensueños que me guardan acudieron ese día con apetito de penitencia.

Fueron terribles. Creo que nunca he vivido ninguno igual. Ni antes ni después. Y puedo dar fe de que los que me visitan cada noche, sin descanso, tras esos funestos días no son dulces sueños mecidos con canciones infantiles.

Aterradoras, fieras y horripilantes. Así fueron mis pesadillas, y vinieron esa tarde acompañadas de un olor nauseabundo que se me metió dentro de la cabeza y me llevó a través de senderos espinosos y oscuros vigilados por sombras dañinas. Sombras de otro mundo que venían a por mí.

Me desdoblé y me vi a mi mismo tirado en el suelo de mi despacho rodeado de tinta, papeles y con el colgante de Julia abierto en las manos, guardado por la llave que abría la maldita caja de zinc. Un medallón hermoso que brillaba como una estrella y me invitaba a mirar, a echar un vistazo a su contenido. Me negué a hacerlo, no quise, pero mi cuerpo, desobedeciendo mis órdenes, se aproximó a mi otro yo, al tirado en el piso, y asió el colgante. Lo miró. Vaya si lo miró. Lo miré y vi lo que no quería ver.

La absenta y la morfina no me estaban ayudando del modo que yo quería. Lo que estaban haciendo, para mi desconsuelo, era que la clarividencia me dominara, que la verdad saliera, que el pasado regresara y que yo viera, por fin, lo que no quería ver.

En el colgante había dos fotografías, de un hombre y una mujer. Una era la imagen de Julia y la otra...

¡Oh, Dios! ¡Había estado ciego! ¿Cómo puede uno negarse a sí mismo?

Esa otra imagen me quemó por dentro y arrasó la poca cordura que me quedaba. Bajo ambas, un mensaje, palabras de amor. «Te quiero». Eso ponía. «Te quiero».

Cerré los ojos y me alejé. Lancé el colgante sobre mi yo tirado y me aparté.

—¡No! ¡Por Dios bendito! ¡No! —grité sin que ningún sonido saliera de mí. Era como un fantasma pululando alrededor de mi yo delirante—. ¡No es posible!

Pero lo era. Claro que lo era.

El demonio. El yo odiado.

Al otro lado de la puerta, más contornos de mujer acechaban mis sueños y se colaban por las bisagras y cerraduras como el agua, como el mar de mi isla. Líquido

negro y oscuro, repleto de reproches que se acercaba, como lava, hasta mi figura abatida. Yo, desde el aire, intentaba pararla. Soplabo, gritaba, chillaba y pataleaba, pero nada hacía que esa masa informe tostada y bruna, colmada de sermones y quejas, se acurrucara a mi lado, cercando mi cuerpo de cerrazón y noche.

A la masa le acompañaba una fetidez inmundicia a expiración y agonía. Un tufo que atraía a otra sombra, esta blanca y aún henchida de luz, pero rota y astrosa, que salía del cautiverio en el que había estado confinada y bajaba las escaleras de mi casa en mi busca. Quería ser libre. Quería que la reconociera y la dejara marchar. A su paso, un nombre resonaba con determinación sin principio ni final.

«Anna».

Descendía con marcha torpe y pesada los escalones de mi hogar. Bajaba aferrada a la barandilla, perdiendo un poco de sí misma y su luz a cada paso que daba. Abandonando albores de un tiempo pasado, de un tiempo mejor pronto a desaparecer. Dejando atrás tierra y suciedad en la tarima. Morados del tiempo los labios y unos ojos vacíos que conservaban cierto brillo verde, casiextinto. Tierra de cementerio, tierra de sepultura. Harapos eran sus ropajes y límpido su rostro.

Quise parar su marcha, pidiéndole perdón, suplicando que me absolviera, pero su presencia era firme, constante. No se detenía. Venía a por mí, como el resto de sombras. Venía a decirme lo que yo no quería oír ni ver. Deseaba que abriera los ojos y mi cerril mirada al fin entendiera lo que estaba pasando.

«Necio», gritaban todas.

«Cobarde», algunas.

Pesadillas y delirios que me llevaron a ensordecer otras voces, estas familiares, que aporreaban y golpeaban la puerta de mi despacho con saña diciendo mi nombre. Voces que me llamaban y pedían a gritos que abriera esa puerta y las dejara pasar. Pero yo no podía hacerlo. No estaba dentro de mí. Yo solo era un espectro que vagaba por el despacho viendo mi cuerpo inmóvil rodeado de ánimas, tiniebla y tristeza, y angustiado, además, por la pronta llegada de esa otra sombra de ojos aceitunados que bajaba sin descanso las escaleras dispuesta a que, de una vez por todas, comprendiera.

Pesadillas terribles que no acabaron hasta que un hacha partió la puerta en dos y la conciencia me asaltó de golpe, regresó, haciendo que mi desdoblamiento desapareciera y, entre celajes y niebla, viera aparecer al otro lado del umbral la severa mirada de mi querida madre. Su pelo ceniciento bien apretado con un moño alto y su luto eterno. Apareció con su inseparable bastón. Un apoyo de madera labrada con empuñadura de plata engarzada de joyas. Un regalo de mi difunto padre que imponía respeto y temor con su golpe constante. Madre surgió escoltada por la tristeza de Vilar, sucio y lleno de tierra, mirada perdida y semblante abatido, hacha en mano, y la cara de sorpresa de Castela, ese detective de medio pelo que solo servía para que uno se sintiera mal con sus preguntas, al verme tirado en el suelo lleno de babas y

lágrimas.

Mi madre y Castelao eran quienes venían en el barco que divisé acercándose a la isla en mi carrera hacia el pazo, en mi huida del cementerio, en mi deserción de una parte de la incómoda y déspota realidad.

Cuando entraron, la sombra que bajaba las escaleras corrió hacia arriba. Huyó, pues no quería que otros la vieran. Solo yo debía liberarla. Solo yo debía buscar la verdad que los demás ya sabían.

Desde el suelo ruinoso contemplé el rostro duro de mi madre, lleno de arrugas y de un gesto mezcla de tristeza, amor y desazón, y, también, reproche.

—Hijo —masculló disgustada—. Mi querido hijo —y se acercó a mi lado—. ¿Qué has hecho?

—Julia —acerté a decir con apenas un hilo de voz—. Julia, ¿dónde estás?

—¡Julia no existe! —me respondió rauda, cambiando tristeza por rencor, dando un paso al frente y poniéndome su bastón en la garganta, apretando. El metal del mango estaba caliente. Conservaba aún el calor de la mano firme y segura de mi madre—. ¡No existe!

—Julia —repetí casi sin aire, revolviéndome para deshacerme del peso del cayado, pero no pude hacerlo. Mis movimientos eran lentos y torpes, y mi madre no aflojaba ni un milímetro.

Ante mis meneos, mi progenitora, enfadada y casi fuera de sí, apretó aún más. Se la veía dolida y muy irritada. Vilar hizo amago de ir hacia ella para que aflojara el bastón, para que me dejara respirar, pero con una sola mirada le mandó apartarse. Le fulminó y le apocó como a un perro chico. Mi madre siempre tuvo ese poder sobre los que la rodeaban. Era una mujer fuerte y decidida a la que no le temblaba nunca la voz. Dura y severa.

—¡Julia se llama Anna! —me gritó revelándome unos ojos saturados de desesperación—. ¡Entiéndelo de una vez por todas, hijo! ¡Entiéndelo! ¡Anna! ¡Es Anna!

Su presión aumentó y mi conocimiento empezó a flojear. Vilar no pudo contenerse y, a pesar del enorme respeto e incluso miedo que tenía a mi madre, dio un paso al frente y se pronunció para detener aquel espectáculo.

—Señora, déjelo —le pidió—. Es su hijo. ¡Déjelo!

—¿Dónde está Anna? —me interpeló ella, ignorando las peticiones de Vilar para que me soltara, aunque sí aflojó un poco la presión del bastón sobre mí—. ¿Dónde la has metido?

—¿Anna? —articulé, ya más cerca del aturdimiento que de la razón—. Anna... —balbuceé mientras la imagen del colgante me acosaba y en mi mente un nombre inscrito en él se transformaba—. Julia es...

—¿Dónde está? —repitió, presionando de nuevo.

—Yo... —Casi no podía hablar. El cayado me estrangulaba—. Yo... —Y señalé, como pude, el colgante abierto que reposaba a mi lado con la fotografía de Julia y de

un hombre. De un hombre que, demonio y asesino, miserable y malnacido, por más que quisiera negarlo, conocía muy bien—. Yo, madre, yo...

Mi progenitora se apiadó de mí un segundo, de mi sentir y mi color, ya níveo por la falta de aire, y me dejó respirar. Apartó el bastón y se agachó para coger el colgante. Lo miró con cierto nerviosismo y me pareció ver la pena reflejada en sus ojos cuando contempló las fotografías de su interior, pero solo fue un segundo, solo un soplo. Luego, tan pronto como había venido, ese sentimiento se murió y la desesperación y la condena regresaron a colmarlos.

—Hijo mío, ¿por qué te empeñas en hacernos sufrir? —inspiró—. ¿Por qué lo haces todo tan difícil?

—Porque yo... Yo... —Las lágrimas me ahogaban y la pena y la culpa también—. Yo... Yo... Soy ese, madre. Lo soy, ¿verdad? —pregunté al fin y temblé, al formular en voz alta lo que ese colgante, endiablado y detestable, y sus fotografías me había enseñado durante mi desdoblamiento. Lo que yo ya sabía y había olvidado para no sufrir, para no penar, para que la culpa me dejara en paz. Lo que el alcohol y las drogas antes me ayudaron a olvidar y ahora me habían hecho recordar con fiereza, fulminando mi alma—. ¿Soy él?

Sentí como una parte de mi cabeza suspiraba aliviada y otra, muy honda, lloraba.

—¿Quién?! —me respondió elevando la voz, sin paciencia, la había perdido, aunque yo no lo recordara aún, hacía diez años.

—Yo... Él... —titubeé—. El cazador —confesé, y con lágrimas en los ojos y el corazón del todo roto, roto para siempre, señalé la fotografía que acompañaba a la de Julia en el colgante.

En ese mismo instante, mi mente se abrió y la claridad entró en el oscuro bosque de mi alma para enseñarme lo que yo ya sabía y me negaba a creer. Una iluminación que me dolió y me quemó la razón, y que convirtió en escombros los muros que yo había construido dentro de mi espíritu para no sufrir, para no expiar. Un fulgor que me hizo maldecir mi suerte y mi destino.

El cuadro grande de la habitación de Julia vino a mi pensamiento y también la mano del hombre del faro sobre el delicado hombro de mi musa. Vi sus ojos, de nuevo, claros y azules como unos que yo conocía muy bien. Vi sus ojos, mis ojos. Unos que habían visto y vivido demasiado y que se habían quedado húmedos y rotos por siempre tras la desaparición del amor de su vida, su único amor, el verdadero.

Le vi en la playa de Los Náufragos en una barca acosando y destrozando a aquella pobre mujer. Lo distinguí a la perfección a pesar de la bruma y la niebla. Lo percibí como un eco en el lago de mis ojos, en el lago de mi memoria.

También le divisé en el faro tras mi persecución a Julia. Comida, mantas y restos de una vida que se hacía en el lugar a escondidas de los ojos ingenuos de otros. Una vida huraña y solitaria. Mi vida. Y escuché su voz preguntándome por qué no la había ayudado. Oí su voz, mi voz, su reproche, mi reproche. ¿Por qué no la ayudé?

«El destino estaba escrito para mí mucho antes de aquello», sonó la dulce voz de

Julia en mi cabeza. «Debes entender que tú no podías hacer nada», la escuché decir, cerca, dentro, pero no terminaba de asimilarlo. Yo era culpable. Lo era. De todo.

Y cuando fui a por él, a cazarlo, también le vi. Sí, en el espejo le percibí porque allí era donde siempre le advertía, en los espejos, y a donde disparé, tonto de mí, creyendo que lo que tenía delante era otro y no un reflejo. Y le vi, cómo no hacerlo, en mis emociones, sentimientos y en la culpa, que era, sin duda, la autora y causante de todo aquello. La maldita culpa que no dejaba descansar mi alma y me atormentaba.

Le descubrí en mis sueños y anhelos, en mis pesadillas y terrores. Le entreví, aun cuando ya no existía. Se había olvidado de su tiempo de cazador, me había olvidado, vagando por mi isla, aquí y allí, siendo solo un fantasma, una proyección de mi mente enferma. Por eso los demás no se preocupaban de su presencia. ¿Para qué inquietarse de un recuerdo? No era caso, pues aunque este volviera de vez en cuando, solo lo hacía como una visión prisionera de una mente acabada, olvidadiza e ida.

Y allí tirado, sus manos, su rostro, sus ojos, su voz, todo refulgió en mi cabeza armando a la postre el puzle que yo mismo me había encargado de destruir al arrinconarlo y enterrarlo en el olvido más profundo. Todo relució construyendo la imagen rotunda de un perfecto caballero que había perdido la razón, como aseguraba Vilar, por tristeza y amor.

¡Había sido un necio!

Necio y estúpido, como me gritaban las voces de mujer que ocupaban mis sueños.

Parte de la charla que había mantenido con Julia en el desván me dio la razón. Ella lo había visto en muchas ocasiones. ¿Cómo no hacerlo si ese hombre siempre me acompañaba? Lo vio en el faro, en el puente, en la playa, en el jardín. Lo vio a cada paso que dábamos juntos.

Miré a Vilar, a mi mayordomo, la persona que siempre me cuidaba y guardaba, y comprendí sus palabras y su congoja. Entendí su obligación de ayudarlo y defenderlo, protegerlo. Con sus ojos, llenos de una amargura infinita que le acompañaría por siempre, me trasladé a otro lugar y a otro tiempo. Fui con él hasta a una pequeña fotografía que descansaba sobre su mesita de noche y que en su momento, cuando le robé la llave que pensé abría la habitación del faro, solo me pareció intuir y que ahora distinguía a la perfección.

Era tan obvio y yo había sido tan ingenuo, tan tonto.

La mujer que lo acompañaba en esa foto, la que fue el amor de su vida, por la que dio todo y tan mal fue correspondido, no era otra que mi querida madre.

Recordé su historia, su final. Él quería marcharse, pero el albur le tenía preparado otro camino. Uno que le llevó a trabajar a las órdenes de mi progenitora en la isla. Un camino en el que me aseguró ser feliz pues, en el fondo, el amor, a su manera, seguía estando presente. ¿Cómo no lo iba a estar?

Aceptó el empleo y se convirtió en sirviente fiel, amante ocasional y padre.

Vilar y mi madre.

Jóvenes locos de amor.

Viejos rotos de ingratitud.

Un hijo. Un asesino. Un cazador de musas.

Un hombre triste cuyo nombre, en letras hermosas y doradas, estaba escrito justo debajo de su imagen en el enorme retrato que colgaba en la habitación de invitados. Un nombre que siempre me pareció bonito. Un nombre que conocía demasiado bien. Mi nombre. Ricardo Pedreira Ulloa.

Capítulo 28

Ricardo Pedreira Ulloa. Un asesino. Un cazador de musas. Un monstruo.

—¿Padre? —Sollocé mirando a Vilar, que se arrodilló a mi lado, lleno su rostro de tristeza, pena y lágrimas, pero también de amor.

¿Cómo no iba a proteger a ese hombre del faro? ¿Cómo no me iba a proteger?

—¿Por qué no me lo dijo? —quise saber antes de que la verdad me devorara del todo—. ¿Por qué no me detuvo? ¡¿Por qué?! ¿Por qué dejó que me convirtiera en un monstruo?

Vilar fue a responder, pero mi madre se lo impidió. Un solo golpe de su bastón, seco y adusto en el suelo, con estrépito, sirvió para que Vilar se pusiera en pie, entre lágrimas, y se apartara de mí. Al pasar al lado de mi progenitora, en sus ojos entreví la rabia contenida después de tantas órdenes cumplidas sin convicción, pues siempre pensó que mi madre se equivocaba por no decirme las cosas a las claras, pero también percibí los restos de ese amor tan enorme que siempre le profesó. Siempre. Hasta la tumba.

—¿Por qué, madre? —me dirigí entonces a ella—. ¿Por qué tanta mentira?

Se arrodilló de nuevo a mi lado hasta poner su cara contra la mía y con una voz fría, de ultratumba, se transformó en una madre muy distinta a la que yo quería recordar. Siempre fue dura y severa, y allí, delante de mí, la tenía convertida en una madre feroz.

—¡El único que ha mentido aquí, hijo, has sido tú! —me señaló—. Tú y tus fantasías. Tú y tu cabeza errante. Tú y tus historias de amor verdadero. —Se incorporó y se apoyó en el bastón. Se la veía fatigada, pero también muy molesta. Sus palabras destilaban amargura por los cuatro costados—. ¡Ya basta de tanta tontería y de tanto acertijo! ¿Dónde está Anna? ¡¿Dónde?!

No le contesté. ¿Qué le iba a decir? No tenía nada que decirle.

«Anna».

Cogió el medallón y me lo lanzó casi a la cara.

—Ya has visto quién eres —me indicó—. ¡Ya sabes quién eres! Ahora, ¡lee de una vez la maldita inscripción! —Y dio un golpe con el cayado tan fuerte en el suelo que toda la casa, lo juro, retumbó y gimió—. ¡Léelo y acabemos con este dislate!

Había tanta fuerza y furia en sus palabras que me vi obligado a coger el colgante, darle la vuelta y leer la dichosa inscripción si bien, en mis primeros momentos allí tirado, en mi desdoblamiento, ya lo había hecho.

—¡¿Qué pone?! —me pidió inflexible, dándome un golpe con el bastón en la pierna—. ¡Dime qué pone!

Dudé. No quería admitir lo tonto que había sido al confundir, al principio, cuando

encontré a Julia desorientada en el puente de madera del jardín de robles, lo que ponía. Al inventar el nombre de una musa a la que necesitaba tanto. Al colocar en ella, ELLA, todas mis esperanzas.

«Ya sabes quién soy, ¿verdad? —oí decir a Julia a lo lejos—. Lo sabes, ¿verdad?».

Lo sabía. Claro que lo sabía. Seguramente lo supe desde el principio.

«Julia no existe», escuché a Vilar.

«Julia no existe», sentí a mi progenitora.

—¿Qué pone? —insistió mi madre dándome esta vez más fuerte con el cayado en la pierna y haciendo que ni la morfina fuera capaz de minimizar el calambre y dolor que sentí—. ¡Dímelo!

Ese dolor, en el fondo, no me importó, pero su actitud, su aspereza y su rabia, sí. Notaba en sus ojos que me consideraba el culpable de todos sus males, los pasados y futuros. Veía, a diferencia de en los ojos de Vilar, ira y reproche. Y ya casi no quedaba nada de amor en ellos.

«¿Le suena de algo el nombre de Anna?», preguntó Castelao en mi cabeza.

«Julia no existe», repitió la voz triste de Vilar también, al compás, acompañado de la severa de mi madre.

«¿Ya sabes quién soy?», coreó Julia.

Voces y más voces en mi cabeza, dentro, taladrándola, haciendo que me doliera. Voces que en esos días me habían intentado hacer entender una verdad que me resultaba inhumana e incómoda y que ya no podía ensordecer por más tiempo.

—¡Anna! —claudiqué—. ¡Pone Anna!

El corazón me dolió y se rompió del todo al pronunciar ese nombre en voz alta.

Julia no existía. Julia era Anna.

«Anna».

Capítulo 29

Absenta y morfina no estaban esa tarde por ayudarme y hacerme ir lejos, olvidar de nuevo, abandonar mi cuerpo, y me sentí caer en un agujero muy profundo lleno de soledad y delirio.

Yo, el famoso escritor, era en realidad un monstruo. Un hombre cobarde y miserable que había cazado mujeres sin piedad. Por eso mi madre siempre se empeñó en decir que la isla no era un buen lugar para ellas y recibió el apoyo de mi querido Vilar, mi pobre Vilar. ¿Cómo iba a serlo con un cazador de musas cerca? ¿Cómo, con el mal y la locura acechando entre la bruma y la oscuridad?

Un demonio que había intentado sustituir a la mejor de las mujeres, a la más increíble, a la más hermosa, a esa que en realidad se llamaba Anna y yo denominé Julia. La que aparecía en la fotografía que encontré dentro del diario de ese hombre, mi diario, mi infame relato de los hechos y atrocidades que había perpetrado en el faro. La que estaba en el cuadro de la habitación de invitados y la que descubrí paseando desmemoriada por el jardín de robles. Esa bonita mujer que un día, años atrás, ya había amado como nunca pensé que se podía amar. Una dama que había vuelto a mí, tiempo después, que había regresado con otro nombre, pero con la misma esencia.

Es cierto que había confundido su nombre o lo había inventado, no lo sé, pero eso daba igual. Con qué nombre la conociera me debía dar igual.

Anna. Hermosa, bella, mi paz. Mi musa.

Julia. Su igual.

Lo que no era capaz de deducir eran los motivos por los que intenté suplirla con otras convirtiéndome en un leviatán. ¿Sustituir a Anna? ¿Remplazar su presencia? Ella fue mi musa, pero ¿fue también mi Sibyl Vane?

En aquel momento, una luz muy brillante, un recuerdo, resplandeció con enorme fulgor en mi estropeada cabeza y me llevó, con la ayuda de los hermosos ojos verdes de Julia, de Anna, y su olor a vainilla, ese que una vez también me transportó al pasado, a días de risas infantiles, al faro. Los olores son así. Buenos o malos, son capaces de hacernos viajar sin movernos del sitio.

Vainilla.

¡Qué aroma más encantador!

¡Qué hermoso perfume!

Esa luz, esa esencia, esos ojos, me trasladaron al faro, a una tarde de abril de 1926 en la que juntos hablábamos y nos reíamos en la pequeña habitación del fondo, desnudos en el suelo, tras haber hecho el amor.

«Bienvenida de nuevo», le dijo el faro a Julia, a Anna, cuando lo pisó la última vez, cuando huía de mi perdón. Y me lo contó, en el desván, junto al baúl negro. Ya entonces me estaba revelando parte de lo que un día fuimos.

Nuestros cuerpos, esa tarde del 26, no tenían reparo en rozarse y amarse mientras yo disertaba sobre la siguiente novela que iba a escribir tras *El amanecer de la luz*, que estaba teniendo mucho éxito. Ella me escuchaba, me inspiraba, atenta. Me ayudaba. Era mi musa, mi inspiración, mi amor. Entonces, unos fuertes golpes en la puerta de metal de la sala rompieron nuestra charla y nuestras caricias y el silencio se instaló entre nosotros y a nuestro alrededor. Golpes como los que una vez oí en mi cabeza, dentro, en el cuarto de invitados cuando, al principio de encontrar a Anna y cambiarle el nombre, fui a abrir la puerta del baño donde descansaba. Anna se asustó, su rostro reflejaba pánico cuando la puerta comenzó a abrirse y después, oscuridad. Anna desapareció de mi lado.

El silencio apagó la luz de mi mente y la oscuridad se volvió a cerrar sobre el recuerdo. Se fue.

Tras esa hermosa luminiscencia que me había hecho revivir momentos llenos de felicidad y amor, la siguiente escena que mi aquejada mente trajo me guio a mis días grises de cazador, sin Anna, sin amor, sin inspiración. Días en los que la bebida no calmaba mi tristeza, y es que me sentía en verdad muy triste, desolado. Días de penas y desánimos, dolorosos y terribles en los que la demencia se acuarteló en mí, en mi cabeza, y el delirio fue mi amante. Días en los que con mis manos maté por amor, por inspiración, por locura y desesperación a mujeres inocentes en busca de una salvación que ellas no podían proporcionarme. Nadie podía.

—¿Dónde está, hijo? —reclamó mi madre, no dándose por vencida, era aún más testaruda que yo, y haciendo que las imágenes del pasado se apagaran del todo—. Vilar nos ha contado lo del cementerio. ¿Dónde está?

—¿El cementerio? —pregunté—. ¿Qué pasa con el cementerio?

El paseo por el camposanto, para mí, así lo creía, de verdad, no sirvió para nada. Fue una pérdida de tiempo. Solo valió para que los fantasmas de aquel lugar disfrutaran con mi memoria dañada y disgustaran a Vilar. Solo para que la tierra removida...

Pero tras pensar en el suelo revuelto, dejé de pensar.

Sí, lo sé. Tenéis razón. La tenéis. En aquel momento actuaba como un estúpido que rechazaba la posibilidad de ver la luz cada vez que esta se presentaba. De entenderlo todo por fin y de que aquel infierno acabara, pero no estaba preparado. ¡Por Dios que no lo estaba!

Renuncié a recordar otra vez. Aún no podía y dejé que mi parte necia, esa que muy a menudo en los últimos tiempos me había gobernado, resistiera en esa laguna, en ese vacío, que aún conservaba. No se había destruido del todo y yo, en el fondo, no quería que se extinguiera. Pedía que no se borrara como lo habían hecho, en esos sombríos días, el resto. Todas aquellas preciosas lagunas, ya solo una, que me habían permitido vivir libre de culpa y pecado durante años. Las que surgieron allá por el 26, tras la partida de Anna porque fue entonces cuando se marchó, cuando desapareció, y que me convencieron de que era el éxito, y solo él, el culpable de la aflicción y

tortura que siempre sentía a cada paso que daba mi alma. Las que me ayudaron a seguir adelante y no sucumbir a la terrible pero dulce tentación de partir tan pronto al mundo de los muertos porque no hay nada más fácil que morir y más difícil que vivir.

—Quise que lo entendieras por ti mismo, poco a poco, al ver que comenzabas a recordar, pero se acabó —prosiguió mi madre ajena a mis elucubraciones y mi dolor. Ajena a mis sentimientos—. ¡Se acabó!

—¿El qué comenzaba a recordar, madre? ¿El qué? —demandé, aturdido, cansado, pues aún me faltaban piezas para que la historia que protagonizaba, aun en contra de mi voluntad, cuadrara del todo. Algunas muy importantes.

—¡Tu pasado! —sentenció y se alejó de mí—. ¡Tu maldito pasado!

Y recordé sus consejos cuando decidió llevarse parte de mis cosas del pazo: «Olvidar no siempre es malo, hijo. Los recuerdos, a veces, solo sirven para sufrir». Y tenía razón. La tenía, pero no fue el éxito el que me llevó a los infiernos y me hizo olvidar ese pasado del que hablaba, esos recuerdos que me harían sufrir. No fueron las letras. Fue otra cosa lo que me convirtió en un demonio, lo que me obligó a desdeñar y cambiar la realidad, lo que me hizo sucumbir, caer y morir en vida. Otra cosa que pronto averiguaría si bien, en el fondo, ya la sabía. Cómo no saberlo, ¿verdad?

Luego, tras decir aquellas palabras, mandó a Castelao y a Vilar que me recogieran y me llevaran a mi habitación.

Obedecieron y en volandas me transportaron al piso superior, a mi cuarto. Allí me tiraron en la cama, me quitaron la chaqueta y el chaleco del traje, me pusieron de nuevo los calcetines, y después desaparecieron por la puerta cumpliendo nuevas órdenes de mi madre, susurradas en voz baja para que yo no las oyera.

Al poco regresaron con unas cuantas cuerdas en las manos, se acercaron a mí y, con prudencia pero a toda velocidad para evitar aspavientos por mi parte, me ataron a la cama.

—Vilar, por favor —supliqué agarrándole del brazo pobremente—. Padre.

Pero Vilar se mantuvo callado y siguió atándome sin ni siquiera mirarme.

—Ayúdeme —le pedí, abatido—. Por favor.

En su mirada se podía adivinar una enorme congoja, tremenda, que le daba el aspecto de un hombre pequeño y débil, a pesar de que había sido él quien había partido en dos la puerta de mi despacho con el hacha.

—¡Anna! —grité—. ¡Julia!

—¡Deja ya de chillar! —vociferó mi madre dando un buen golpe con el bastón en el suelo—. ¡Deja de perseguir imposibles!

—¡Anna, ayúdame! —supliqué desesperado, esperando que Julia, es decir, Anna, apareciera por la habitación y pusiera fin a toda aquella locura. Me daba igual cómo se llamara porque seguiría siendo mi eterna musa—. ¡Ayúdame!

Varias veces más pedí su auxilio, anhelando que ella me diera respuesta a las preguntas que aún me quedaban. ¿Por qué se fue? ¿Qué pasó? Ella me ayudaría a

comprender y me perdonaría. Al final me perdonaría, pero ella, ELLA, no apareció.

Intenté resistirme, si bien todas mis tentativas fueron inútiles, pues no tenía fuerzas para hacerlo. La absenta y la morfina, la noche y el día, la culpa y el pecado me envolvían como mortaja, me oprimían y me impedían moverme con presteza y ligereza.

—Es por tu bien, hijo —me indicó mi madre desde el umbral—. Es por tu bien. Iremos un rato a descansar. El viaje ha sido largo.

—Pero, madre...

—Cuando te hayas calmado y expulsado todo lo que te has metido en el cuerpo, te será más fácil entender. —Mandó a Vilar y a Castelao que salieran y fue ella también a la puerta—. Te será más sencillo mostrarnos dónde está Anna y después, cuando cada cosa esté en su sitio, partiremos de esta isla. Nos iremos lejos. Nos marcharemos de España, donde ya solo la sangre la riega.

Al momento desapareció. En la habitación se hizo la oscuridad y me quedé solo, dándole vueltas y más vueltas a la idea de abandonar mi isla. Jamás, pensé. Nunca la dejaría, la Isla de las Musas. Se lo debía a todas esas mujeres.

Me quedé abandonado en mi habitación, en la cerrazón del cuarto y de mi alma, amarrado a la cama, con el recuerdo de todas ellas, falsas musas, a las que exploté sin reparo y después maté porque ¡oh, Dios! Yo maté. ¡Las maté!

Capítulo 30

No sé el tiempo que pasé en cama. Mucho o poco, según se mire, pero el suficiente para que mi madre, Vilar y Castelao fueran al faro y no a descansar como me habían dicho. Fueron allí buscando a Anna. ¿No podían dejarla en paz? ¿Por qué buscarla?

El detective había insistido en que no podía estar en aquel lugar, pero mi madre insistió pues no le gustaba recibir órdenes de nadie que no fuera ella misma. Castelao decía que había que buscarla en la casa, en el cuarto de invitados donde yo la había convidado a quedarse. Vilar, opinaba igual que el detective, pero no protestó ni discutió porque tenía en mente otro plan y lo de ir al faro le servía para ganar tiempo. Quería que yo lo entendiera todo de una vez, sin más medias verdades, sin más mentiras, y me ayudaría a hacerlo, pero para eso necesitaba que me despejara, que echara fuera parte de mi tormento. Estar en cama me aliviaría y lo intentaría alargar el máximo tiempo posible.

Tras descubrir que Anna no estaba en el faro, que allí solo quedaba inmundicia y dolor a espuertas, sin miramientos, le prendieron fuego. Fue idea de mi madre. Para ella el faro era inservible y no quería, además, que en aquel lugar quedara testigo, por mudo que este pudiese parecer, de todas las atrocidades que su querido hijo había cometido en él. Además, quería así aplacar los remordimientos que sentía por haber dejado en el armario de metal, la caja de zinc y el diario, el principio y el final de mi historia. Se había llevado casi todo lo que tuviera sabor u olor a pasado de la isla, pero hubo algunas cosas, como la caja y el diario, y otras de las que supe después, que dejó por si necesitaba usarlas en algún momento en el que yo me volviera a perder o torcer del camino. No obstante el asunto se le había ido de las manos. Yo, ya os lo dije al comienzo de esta historia, nunca había abandonado del todo ese sendero que mi querida progenitora tanto temía y había recordado las cosas a mi manera. Los recuerdos me habían alcanzado a trozos, desordenados, creando un completo mundo nuevo en el que vivir sin sufrir podía ser posible y donde la lógica que mi madre esperaba no tenía cabida.

Lo quemaron. Lo destruyeron.

Calcinar para enterrar y negar que allí su hijo se convirtió en un engendro. Un hijo que no conseguía armar el puzle del todo porque aún me faltaba un recuerdo muy importante que evocar.

Ya sabía que Julia no existía como yo la imaginé, que se llamaba Anna y también que yo era ese espejismo horrible que habitaba mi isla. Ese malnacido, ese cazador de musas, pero no entendía por qué Anna me dejó. Tampoco cómo apareció en mi vida por primera vez. ¿Cómo nos enamoramos? ¿Dónde? Esa parte, ahora lo sé, estaba todavía en manos de mi yo necio y terco.

Tirado en la cama, entre el aturdimiento y el vértigo que sentía, solo conseguía

revivir nuestra tarde de abril de 1926 en el faro, los golpes en la puerta y esta abriéndose. Su mirada asustada y temerosa. Luego oscuridad hasta que regresaba al faro ya convertido en un demonio.

La memoria es así. Tan frágil, quebradiza y delicada que perderla, romperla y acabar con ella parece sencillo. No obstante no lo es y resurgiría. Lo haría.

Tiempo para quemar el faro y para que a mí, en aquel lecho tirado y atado, vinieran a visitarme, otra vez, las pesadillas. Laberintos, voces, ojos y risas que me buscaban y de las que no conseguía escabullirme por más y más que corría entre paredes de piedra y lenguas de mar. El océano, persistente y tozudo, me hostigaba gimiendo y acosándome por los crímenes cometidos. Quería que mi cuerpo pagara por las ignominias consumadas y que mi alma fuera sepultada en sal.

Pesadillas y horribles visones de mujeres mutiladas y mis manos entintadas de sangre. Un asesino, un cazador y Julia, Anna, que corría y corría por la playa. ¿A dónde iba? Yo la perseguía, pero no conseguía darle alcance. Cuando la tenía justo delante, cuando mis dedos parecían poder tocarla, ella se desvanecía seguida de un terrible grito hiriente y doloroso que me paralizaba y me trasladaba de nuevo a los laberintos de mar y piedra.

Mientras seguía luchando por salir de esas marañas de losas y agua, una voz, un zarandeo, me hizo emerger de ellas y despertarme en las tinieblas de mi habitación. Era Vilar.

—Señor, despierte —y me meneó con cierta brusquedad.

Como pude me incorporé. Tarea complicada, atado de pies y manos como estaba.

—Señor, he venido a ayudarle —me avisó.

—Vilar, padre, ¿va a soltarme? ¿Va a dejarme libre?

—Sí, hijo. Le voy a ayudar.

—¿Y mi madre? —pregunté mirando la puerta entreabierta.

Como apareciera y viera a Vilar sentado a mi lado, susurrándome palabras de aliento y auxilio, la cosa se complicaría.

—No se preocupe por ella. Está entretenida —respondió mi mayordomo con una media sonrisa. Era la primera vez que le veía sonreír en todos esos días aciagos que estábamos viviendo.

—¿Entretenida? —interpelé mientras seguía mirando la puerta. No me fiaba. No me sentía seguro—. ¿Dónde está?

—En el invernadero —me reveló serio intentando que su voz transmitiera seguridad, a pesar de que no había ninguna en ella.

—¿Y qué hace allí? ¿Está Castelao con ella? Él también puede aparecer y...

—No se preocupe, señor —intentó tranquilizarme mientras sacaba algo de su bolsillo del pantalón—. Están allí los dos buscando a Anna.

—¿A Anna?

—Sí. Les he mandado allí. Les he dicho que quizá la señorita Anna esté en el invernadero.

—Pero eso no es posible.

Anna no estaba en el invernáculo. Nunca le gustó ese lugar. En todas nuestras tardes y días juntos desde su aparición, nunca habíamos ido allí. Solo una vez la invité a visitarlo y ella se negó.

—En ese lugar las flores y las plantas parecen alondras enjauladas. No son libres, como deberían —me explicó—. Allí su belleza es efímera y se marchitan según abandonan su cautiverio, pues no queda de ellas nada de lo que las convirtió en hermosas al principio.

—En el invernadero —repetí.

—Lo sé. Sé que no está allí. A ella nunca le gustó ese lugar, desde pequeña. —Los recuerdos de Vilar llegaron a un tiempo más lejano aún del que yo en esos momentos podía retener. A risas, carreras y juegos de niños entre las paredes de mi pazo y la geografía de mi isla. Su mirada se enlutó—, pero necesitaba ganar tiempo.

—¿Desde pequeña? ¿Conoció a Anna de niña? —Si Anna no venía a mí para dar respuesta a todas las preguntas que me acosaban, quizá Vilar podía hacerlo.

—¿Recuerda el cuadro de la entrada y los otros de la habitación de invitados? —me preguntó. Yo asentí—. Es Anna la que aparece en todos ellos.

Las imágenes de los cuadros vinieron a mí de forma nítida y vi a esa niña pequeña sonriendo a la cámara. ¿Anna?

—Ya se lo dije —continuó Vilar—. Ella, Anna, es la de los cuadros. La de todos los cuadros.

—Pero...

—Pero nada. Ahí tiene su respuesta. Todos la conocíamos desde pequeña. Usted también.

—Desde pequeños. Y entonces, ¿vivía aquí? ¿Vivía conmigo? ¿Ella...?

—¡Basta! Deje de preguntar lo que ya conoce. —Me tapó la boca con la mano. Yo, deseoso de saber, había empezado a levantar la voz—. Está muy cerca de entenderlo todo por fin, pero no hay tiempo para que yo se lo explique.

—Pero cuéntemelo, Vilar, por favor, padre —rogué—. No me mienta más. No me deje así. Yo no lo sé. Dígame...

—¡Sssss! Sí que lo sabe, pero no hay tiempo para discutir. El invernadero no es tan grande y pronto descubrirán que Anna no está en él —me explicó poniendo sobre mi mano una llave—. Enseguida volverán a la casa y querrán hablar con usted. El tiempo se agota y debe obedecerme.

Más llaves no, pensé. Estaba hastiado de llaves. Sobre la mesita habían puesto la que abría la caja de zinc. Vilar la vio, la cogió y también la puso en mi mano.

—Coja las llaves y suba al desván —me indicó—. Abra el baúl negro, el que el otro día observaba cuando estuvo horas allí arriba. La llave nueva, la dorada, es la que lo abre, aunque eso usted ya lo sabe —la última parte la dijo muy muy bajito, en susurros, pero le oí—. En él encontrará la mayoría de las respuestas. Luego —y miró la puerta, se oían ruidos y voces en el recibidor. Madre y Castelao habían dejado ya

de buscar en el invernadero—, vaya a la habitación de invitados y abra la caja de zinc. Está sobre la mesita. ¡Ábrala, por favor! ¡Ábrala y todo se acabará! Se lo aseguro.

Salió sigiloso del cuarto y bajó las escaleras para ir al encuentro de mi madre y el detective.

—Vilar, ¿dónde estaba? —le oí preguntar a mi progenitora mientras yo me daba cuenta que sobre la cama, cerca de la mano derecha, Vilar me había dejado una pequeña navaja bien afilada—. ¿Por qué no ha venido a ayudarnos?

—Estaba preparando algo de leña, señora —mintió diligente mi mayordomo excusando así su ausencia—. La noche promete fría.

Mientras ellos discutían sobre la infructuosa búsqueda en el invernadero, yo, algo aturdido todavía por la presencia de mis amantes dentro de mí, pero decidido de una vez a averiguar todo lo que estaba pasado, corté las ligaduras que me ataban a la cama, me calcé y salí sigiloso del cuarto. Esta vez sí que obedecería a Vilar, a mi padre, que siempre me había protegido y ayudado. Lo haría.

Según puse un pie en el pasillo, escuché las voces más próximas. Estaban subiendo por las escaleras. Iban a verme. Vilar hacía lo posible para entretenerles y varias veces, mientras yo silencioso ascendía hacia el desván intentando no meter ruido y esquivando los tablones que sonaban, consiguió detener su paso con excusas de lo más variopintas. Les pidió que me dieran algo más de tiempo para recuperarme. También les preguntó qué querían cenar esa noche e incluso les enseñó los cuadros que había colgado por la casa. Unos cuadros, como los de la habitación de invitados, que pronto, tras mi visita al desván, cobrarían el sentido que merecían.

Abrí con cuidado la puerta de la buhardilla, deseando que no rezongara y me permitiera pasar sin llamar la atención, así lo hizo, y cuando entré y cerré, oí el grito de mi madre al ingresar en mi cuarto y ver que yo había desaparecido.

—¿Dónde está, Vilar? ¿Dónde? —bramaba dando golpes con el bastón en el suelo. Golpes que hicieron que la vieja estructura del pazo aullará. Ya no podía soportar más enfado y dolor—. ¿Dónde está?

—No lo sé, señora —declaró Vilar entre susurros—. No sé a dónde ha podido ir.

—Usted estaba en la casa —le señaló Castelao—. Ha tenido que ver algo.

—Yo no he visto nada, don Miguel, lo juro —se defendió mi mayordomo pretendiendo sonar lo más convincente posible—. No sé a dónde ha podido ir el señor Ricardo.

—¡Vilar, no me hagas perder la paciencia! —le gritó mi madre, levantando el bastón—. ¿Dónde está?!

Vilar dudó, buscando una estratagema que le hiciera ganar tiempo, que nos lo hiciera ganar a los dos.

Pensó que tendría más, que la búsqueda en el invernadero duraría un poco más, pero se equivocó. Y en ese momento, allí estaba queriendo convencer a mi madre, astuta y sagaz, y al investigador, de que no sabía dónde estaba yo.

Mi progenitora levantó más el bastón. Había perdido definitivamente los nervios y la cabeza. No le importaba pegar al hombre que amó un día si eso le devolvía a su hijo. No estaba dispuesta a sufrir más pérdidas. Estaba harta de todo aquello. Únicamente quería, deseaba con todas sus fuerzas, que aquel mal sueño acabase de una vez, y descansar.

—Creo que, tal vez, haya ido al embarcadero —dijo Vilar al final.

Una mentira piadosa para salvar vidas. Una mentira para dar tiempo a la verdad.

Sin pensárselo dos veces, Castelao, mi madre y Vilar salieron corriendo de la casa camino del muelle, a buscarme. Desde uno de las ventanas del desván los distinguí y también advertí como Vilar, con disimulo, miraba hacia mi posición y me guiñaba un ojo.

No tenía mucho tiempo y debía abrir cuanto antes el arcón negro. Un cofre que me daría respuestas. Vilar me había proporcionado la llave para hacerlo. Una que reposó dentro de un sobre en los guantes de una bella mujer y previamente en un cajón olvidado del escritorio de mi otro padre, el que me crio y me dio su apellido. Era la llave que yo encontré días atrás, cuando Anna regresó con otro nombre pero el mismo olor a vainilla, en su ropa, y en la que en letras doradas ponía: «Anna».

Capítulo 31

Me senté frente al baúl que tan solo un día antes, solo un día, había estado viendo con Julia, con Anna, sin saber que la llave que lo abría estaba tan cerca. O tal vez, ya debo reconocer, vosotros ya lo sabéis, conociendo que la llave de los guantes de Julia lo abría, pero ignorándolo para no sufrir. Vilar tenía razón, como siempre.

Mi mente caminaba entre dos aguas, entre dos mundos. Uno que quería entender, comprender y acabar con todo, y otro que se perdía y me condenaba porque ya era conocedor de toda la verdad. Era esa parte, la que nunca olvidó del todo y que seguía latente, la que, al recordar al llegar al pazo y subir al desván en busca de inspiración, inventó un mundo lleno de falsas apariencias. Un universo diseñado a mi medida, nuevo y perfecto donde vivir, solo vivir, ya era motivo de felicidad. No quería afrontar la verdad y la enterró para no penar. La cambió, la adornó e hizo que yo me lo creyera. Esa parte, ese yo, era el que no quería abrir nada, el que se negaba a ver y oír, el que, durante toda mi estancia en la isla, había imaginado, fantaseado y vivido en un artificioso e ilusorio mundo inventado.

La porción de lucidez que aún me quedaba luchaba para que ese otro yo que me engañaba me dejara libre y me hiciera ver, por fin, la verdad de todo aquello, aunque me doliera. Fue la que me enseñó, como si fueran proyecciones, actos ya vividos, como lo sucedido en la playa de Los Náufragos. Quiso mostrarme el pasado tal y como fue, sus verdades incómodas y su realidad, pero no quise verlos, no podía todavía, no estaba preparado, y lo cambié. Inventé que aquello que presenciaba era real y no recuerdos.

¿Qué hubierais hecho vosotros? ¿Cómo hubierais actuado? No me estoy justificando, pero era un hombre infectado de locura que batallaba contra sí mismo para no admitir sus pecados.

La culpa, la maldita culpa, experta en transformar lo real en fantasía y la fantasía en realidad.

Mentí, inventé y enterré al yo lúcido al que ahora sí obedecería, aunque sintiera que, en el momento en el que decidiera hacer lo correcto —abrir baúles, cajas, lo que fuera—, todo a mi alrededor, todo ese mundo de ficción, se carbonizaría en el fuego eterno.

Me senté frente al baúl y saqué la llave dorada del bolsillo. La introduje dentro de la cerradura, dejándome guiar solo por mi parte lúcida, la giré y abrí el arcón dispuesto a armar el puzle de mi vida por completo.

Ya no había vuelta atrás. Debía hacerlo. Por mí, por Vilar, por mi madre, por Anna. Debía hacer frente a mi pasado, a mi maldito pasado, como lo había llamado mi progenitora. Hacer frente a mi presente, el real y el inventado, y a mi futuro, aunque este viniera cargado de soledad y horrores, que vendría.

Nada más abrir el cofre, me di cuenta de que todo lo que contenía me era familiar

y de nuevo pensé en Vilar.

«Usted ya sabe lo que guarda».

Ropa de mujer, libros, perfumes, un cepillo de plata para el pelo, un pequeño espejo a juego en el que intenté no mirarme, no quería ver más mis ojos azules de cazador, varios chales de ganchillo y algunas joyas. Y todo envuelto en vainilla. Eran, sin duda, las cosas de Anna.

«¿Y no tienes curiosidad por saber lo que hay dentro?» oí en mi cabeza parte de la conversación que Anna y yo habíamos mantenido en el desván sentados frente a ese baúl. «Quizá esté cargado de historias y recuerdos. Seguro que esconde verdades y mentiras».

—Tal vez —titubeé y saqué lo que contenía.

Al hacerlo, me fijé en las raspaduras en el suelo, a los pies del baúl, y recordé como Anna las había acariciado el día anterior.

«¿Nunca has visto lo que hay dentro? —escuché de su boca—. ¿Nunca lo has abierto?».

—Tal vez —me repetí.

Entre la ropa, toda preciosa, lustrosa y muy elegante, rebuscando y envolviéndome en vainilla, encontré tres libros de gran tamaño. Los saqué con cuidado y me di cuenta de que no eran novelas de misterio, las preferidas de Anna, sino álbumes de fotos.

Los puse a mi alrededor para echarles un vistazo y, al hacerlo, comprendí que estaba, poco a poco, evocando nuevos recuerdos, uniendo piezas, como lo de que a Anna le gustaban las novelas de misterio. Le encantaban. Razoné que si conseguía mantener a raya un poco más al yo necio y tozudo, al que no quería que yo supiera la verdad, conseguiría, tal y como me había asegurado Vilar, entenderlo todo y llegar al final. El final de mi propia historia.

Abrí el primero de ellos, el que parecía el más antiguo, nervioso. ¿Qué me iba a encontrar en su interior? Por un lado estaba deseando averiguarlo, pero, por otro, sentía miedo. Temor a lo desconocido, a sufrir más, a descubrir algo que no me gustara.

Desplegué el álbum y fui pasando las páginas, gruesas y llenas de fotografías protegidas de un fino y elegante papel cebolla. Algunas de las instantáneas eran muy antiguas y en ellas aparecía un bebé, una hermosa niña de apenas meses, sonriendo a la cámara.

Seguí pasando hojas, revisando la vida de esa pequeña contada en imágenes. Sus primeros pasos, sus primeras risas y llantos, sus primeros juegos... En muchas de ellas contemplé, con el corazón encogido y los ojos a punto de desbordarse, que estaba acompañada por mí. Era la misma niña de los cuadros que Vilar había colgado en las paredes de mi casa: Anna.

Seguí mirando las instantáneas, con nostalgia, hasta acabar con ese primer álbum

repleto de recuerdos infantiles que empezaban a brotar en mi cabeza, a asentarse de nuevo y ocupar el lugar que siempre les correspondió. Y al cerrarlo me pregunté, por primera vez desde que había vuelto al pazo, por qué había olvidado todo aquello. ¿Por qué lo deseché si parecía ser feliz? Pude olvidar mi tiempo de cazador, cómo no hacerlo con lo que me atormentaba, pero lo demás ¿por qué? Mi rostro, en esas fotos, irradiaba felicidad. Y el de Anna, tan hermosa, ya era muy bella incluso de tan pequeña, también. ¿Cómo pude olvidar tiempos tan buenos? ¿Cómo la pude olvidar a ella? La enterré tanto que luego incluso la confundí.

No fue el éxito como todos me dijeron y yo quise creer. No fue la fama o el dinero. Ni siquiera mis manos manchadas de sangre. Había algo más que me había hecho renunciar a todo mi pasado y a todos mis recuerdos. Algo que vosotros ya sabéis y yo, en el fondo, también conocía, aunque me dijera lo contrario y me empeñara en esconderlo en lo más profundo de mi ser. ¿Cómo no hacerlo? ¿Cómo?

Abrí el segundo álbum y en él, como en el primero, fotografías y más fotografías de una vida en apariencia feliz. Anna en el campo, montando a caballo, paseando junto a mi padre, el que siempre tuve aunque no fuera, ya lo sabía, el biológico, y también al lado del verdadero, junto a Vilar.

Anna sentada, jugando a las muñecas, en una hermosa habitación. Una con la pared decorada con papel pitado de bambú. Su habitación, donde yo le había pedido que se quedara como invitada cuando la encontré como Julia, sin recordar que ese cuarto un día fue el suyo o, tal vez, recordándolo. También aparecía jugando conmigo en esa misma estancia, porque yo también volvía a salir. Siempre a su lado, como una sombra. De hecho, al remirarlo desde el principio me di cuenta de que eran pocas las imágenes en las que yo no estaba con ella.

Ese segundo libro mostraba una Anna más mayor, había crecido, más madura. Un niña de unos diez o doce años.

Las lágrimas estaban a punto de rebasar mis ojos ante aquellas estampas que me transportaban a una vida feliz, ¡una vida feliz!, y una voz en mi cabeza sonó.

«Ya sabes quién soy, ¿verdad? —me susurró—. Lo sabes, ¿verdad?».

Sí, pensé. Lo sé.

Anna había estado siempre a mi lado. Había sido mi compañera desde pequeños. Dos almas gemelas unidas casi desde la cuna que habían permanecido juntas hasta que...

Hasta que algo ocurrió en el faro una plomiza tarde de abril, borrasco de abril, de 1926 que cambió mi vida y me convirtió en un monstruo anhelante de olvido. Un hecho que yo sabía estaba en algún lugar de mi cabeza, latía en ella y me mandaba mensajes y presencias, pero que no conseguía resucitar del todo para terminar de esclarecer toda mi historia; para hacer que por fin viera.

Al pasar la página, en el final, y contemplar la última reproducción de ese segundo álbum, no pude hacer otra cosa que reír. Era una fotografía de lo más peculiar. Me encontré una imagen hermosa de dos niños llenos de barro, desaliñados

y mojados en el salón principal del pazo. Anna sostenía algo a su espalda, sonreía y me miraba de reojo, cómplice. Yo, en cambio, no reía y tenía cara de haber visto un fantasma. Estaba empapado, blanco como la leche, y me agarraba fuerte el pecho con una mano. La otra la tenía estirada hacia Anna. Era una foto divertida por nuestro aspecto desastrado, a pesar de mi níveo rostro, pero también emergía de ella un cierto sentimiento trágico, de nostalgia y desgracia.

Cerré el portafolio y cogí el tercero. Ya solo me quedaba ese.

Pasé, como había hecho con los dos anteriores, con cuidado cada página, observando las fotografías sin prisa, a pesar de que no podía entretenerme en demasía pues en cualquier momento volverían mi madre, Castelao y Vilar del embarcadero al ver que yo no estaba allí.

Confiaba en que Vilar lograra entretenerles lo máximo posible, pero tras escuchar la actitud loca y violenta de mi querida madre no debía poner en eso todas mis esperanzas. Estaba alterada y desquiciada, y ya no tenía freno.

Las reproducciones de ese tercer álbum me parecieron muy hermosas y llenaron mi corazón de un amor inmenso y de una luz que ya pobremente reconocía. La había vislumbrado cuando encontré a Anna en el pequeño puente de madera del jardín de robles y la confundí con otra, con una musa que yo necesitaba, una inspiración que me guiara, pero apenas fue una chispa en comparación con la irradiación refulgente que en ese momento me cubría.

Me sentí afortunado y pensé que esa luminaria me ayudaría a mantener a raya al yo infame y ciego que, por el momento, seguía arrinconado. Esa luz, bendita luz, me ayudaría a conservarlo así.

En esas imágenes aparecíamos Anna y yo en el campo, en los vergeles del pazo, paseando y contándonos secretos al oído, leyendo juntos bajo los robles del jardín, volando una cometa en una de las calas más hermosas de la isla, Cala Luna, y también, de nuevo, delante del pazo, posando, con media sonrisa y ojos vivarachos.

Se intuía, en sus ojos y los míos, en nuestra forma de mirarnos, que guardábamos un secreto. ¿Cuál? Sabía, ya sí lo sabía, que lo guardábamos. ¿Cuál era?

Por más que me estrujé los sesos, no fui capaz de recordarlo. ¿Qué secreto atesorábamos que nos hacía mirarnos así en las fotos?

Allí también estaba, un poco más adelante, casi al final del álbum, un retrato muy parecido al del retrato grande que Vilar colocó en el cuarto de invitados por orden de mi madre. Anna sentada, vestida de gala, y yo, de pie, a su lado, con mi mano sobre su hombro.

Cerré el álbum, con la sensación de que algo, no sé qué, se me había pasado por alto. Algo se me escapaba.

Volví al primero y después al segundo, y otra vez al tercero, pero no era capaz de encontrar esa pieza que hiciera que todo cobrara sentido. Ese algo que me tenía que hacer entender el origen de Anna o en qué punto nos enamoramos porque una cosa sí tenía clara: yo había amado a esa mujer.

Posábamos juntos, nos mirábamos, nos reíamos, pero no lo hacíamos como enamorados, como lo harían unos novios. Siempre había cierta distancia entre nosotros, pequeña, pero inflexible, como si quisiéramos ocultar nuestro amor y, al pensar eso, en ese instante, rodeado aún del maravilloso fulgor que esas fotos desprendían, más recuerdos me asolaron. Llegaron de golpe, desordenados, a tropel, y vi a Anna en el desván, jóvenes los dos, dándome un beso.

—Lo guardaremos en secreto —me pidió. Yo asentí—. Será nuestro secreto.

«Nuestro secreto».

Capítulo 32

La noche caía en la isla y también la lluvia que nos había dado unas horas de tregua y que volvía con talante vengador. Oía su repiqueteo contra el tejado, sobre mi cabeza, henchida ora de recuerdos desordenados, de besos y caricias robadas, de juegos infantiles sin fin y manos entrelazadas a la luz de un candil. Evocaciones de tardes y noches escribiendo con la voz suave y dulce de Anna susurrándome, inspirándome. Días en los que no necesitaba ni a absenta ni a morfina y en los que mi única amante era ella, ELLA, Anna, mi musa.

Seguí, a pesar de escuchar a Vilar y a los demás a lo lejos, dando voces, llamándome a gritos, pasando páginas y más páginas de aquellos tres tesoros que me rodeaban, de aquellos álbumes cuajados de felicidad y ternura. Mirándolos una y otra vez, intentando ordenar mi maltrecha memoria y darle sentido a los recuerdos que regresaban, ansiosos de volver a casa y habitar su morada.

Anna siempre había estado ahí, conmigo, a mi lado. Ella siempre me había acompañado, en esas fotografías escondidas y en los lienzos que colgaban de las paredes de mi hogar, hasta que se fue dejándome para mí solo el llanto de la luna. ¿Qué ocurrió?

Continué curioseando aquellas imágenes, con el corazón, antes lleno de luz, otra vez oscuro pues había algo en ellas que me entristecía. Algo que no acertaba a ver claro, pero que me sugería que la solución la tenía delante, entre mis dedos, allí mismo.

Las lágrimas germinaron, ya no pude contenerlas, cuando volví a ver la fotografía en la que Anna y yo, llenos de barro, nos mirábamos cómplices.

¡Qué hermosa sonrisa tenía! ¿Por qué después no la volví a ver?

Esa sonrisa se había ido apagando, lo comprobé, y en las siguientes instantáneas cada vez era más fugaz y volátil hasta que en la que posábamos juntos, la que era casi igual al cuadro de la habitación de invitados, ya no existía. ¿Por qué? ¿Qué había sucedido?

Regresé a la imagen en la que sí sonreía con ganas, aunque le faltara algún diente, y me fijé, entonces, que a la espalda escondía algo. Despegué la lámina del libro y me la acerqué para inspeccionarla mejor. La noche se derrumbaba y la luz en el desván era cada vez más nimia.

Observé con detenimiento sus ojos, su risa, su gesto y sus manos. Escondía algo, sin duda. Ocultaba, para mi asombro, una caja de metal.

—¡La caja! —exclamé poniéndome de pie de inmediato—. ¡La caja de zinc!

Dejé todo sin recoger. Los álbumes, la ropa, todo tirado por el suelo alrededor del baúl de Anna y salí corriendo del desván. Bajé presuroso las escaleras hasta llegar al cuarto de invitados. Entré, nervioso, pero por primera vez con ganas de abrir esa dichosa caja que vi, tal y como me había dicho Vilar, sobre la mesita.

Me acerqué temblando porque en mi cabeza no solo retronaba los recientemente recordado, también otra cosa más oscura y retorcida. Había llegado el momento que tanto tiempo mi yo obstinado llevaba demorando y que aún quería retrasar más. Lo notaba. Lo percibía. Escuchaba su impertinente voz en mi cabeza que me decía, insistente, que no la abriera, que saliera de allí corriendo, que desertara de nuevo, como había hecho otras veces.

«¡Huye! ¡Vete! ¡No la abras! —me gritaba—. ¡No lo hagas!».

Ante mi resistencia, presionó más y más alto.

«La caja está maldita —insistía—. ¡Maldita!».

Más y más profundo.

«¡Sufrirás! ¡Llorarás!».

Ignoré a mi yo mezquino, sus amenazas y advertencias, y cogí la caja. Me aproximé con ella a la puerta del baño y me senté en aquel lugar, a su cobijo, para abrirla.

La iba a abrir. Lo tenía que hacer.

El principio.

Lo tenía delante, entre las manos.

El principio de todo.

Saqué la llave de mi pantalón y la metí en la cerradura. Giré y, al abrirla, un viejo recuerdo acudió más vívido a mi estropeada mente.

«No mires —se repetía una y otra vez en mi cabeza—. ¡La verdad te matará!».

Pero otras voces apagaron esas peticiones. Oí a mi madre y su particular paso de bastón entrando en la casa, llamándome y subiendo las escaleras. Venía a buscarme. Venía a por mí.

Quise mirar el interior de la caja lo más rápido posible, antes de que llegara, pero esa evocación que había regresado me había dejado paralizado. Me quedé tirado, con la caja abierta en las manos, pero sin saber qué contenía. Mis ojos no podían mirar en su interior porque estaban en otro lugar y en otro tiempo.

Era un recuerdo que ya había tenido y al que le faltaba apenas nada para resurgir completo y ocupar el sitio que le correspondía en mi vida y en mi memoria. Voces y risas infantiles en el Paraje del Ocaso, cerca de un pequeño manantial de agua pura, una fuente tranquila donde las palabras de las musas tintinean claras y hermosas. Un agujero en el suelo, cerca de la orilla, y una caja semienterrada en él. Dos pares de ojos inspeccionándola, curiosos, y dos pares de manos desenterrándola, llenándose de barro y sacándola del hoyo.

«Abrid la caja» se oyó y unas manos tiernas, pequeñas e inocentes, no dudaron en hacerlo.

Cuando la caja se abrió, del arroyo brotó una mujer de una belleza imponente cuya voz era dulce e inmortal y que emitía una vasta luminosidad que nos abrazó.

¿Qué había dentro de la caja? Miramos. Sí, lo hicimos. Yo estaba allí. Anna estaba allí.

Éramos Anna y yo los niños de ese recuerdo. Anna y yo. Siempre Anna y yo. Abrimos la caja y después...

Voces, carreras, cánticos, un hontanar que nos atraía y nos regalaba el cielo y el universo si nos asomábamos a sus aguas, a contemplar los ojos albahaca de su dueña, y un amor imposible convertido en verdad, transformado en maldición.

Más tarde, tras promesas de amor eterno atadas por el verde de las aguas, el recuerdo se desvanecía hasta que Vilar me llevó al pazo, mojado y sucio tras arrancarme del mar, del maldito océano de mi isla, de ese piélago que todo me lo robaba. En el pazo, Anna me esperaba con la caja y allí nos hicieron aquella instantánea que me había hecho reír en el desván. Mi padre y su afición a las fotos. Todo lo que ocurría en el pazo se retrataba. Para la historia, solía decir. Así perduraremos.

Ese recuerdo se esfumó y otro llegó en su lugar. Me vi, años después, con Anna, escoltados por esa misma caja que dormía en el armario del faro. Me di cuenta, en aquel momento, que desde que la descubrimos siempre nos había acompañado, como una sombra, como un reflejo en el espejo.

Mi madre entró en la habitación de invitados, bastón en mano, histérica y dispuesta a batallar conmigo para que de una vez por todas dejase libres a los fantasmas del pasado y la dejara, así, libre a ella también, pero se detuvo. Se calmó y bajó el cayado al verme con la caja en las manos en un estado catatónico, asolado por las lágrimas y gimiendo como un niño pequeño.

Debía parecer un loco. El desequilibrado en el que me convertiría en breve, cuando la verdad, la única verdad, despiadada, atroz y dura, por fin viera la luz. Viento de locura en un mundo ilegítimo que se destruía y pudría.

Mi madre, Vilar y Castelao estaban ya en la habitación, pero yo, yo, estaba en otro sitio.

Estaba en el faro, una tarde de abril de 1926, con Anna, desnudos sobre unas mantas viejas que habíamos cogido del desván. Habíamos hecho el amor y hablábamos del futuro.

¡Qué ironía! ¡El futuro!

Tras el éxito de mi primera novela, Anna me proponía ir lejos del pazo, lejos de Galicia. Quizá a Madrid o a Barcelona. Allí podía seguir escribiendo y, además, podríamos empezar de nuevo, dejar de escondernos y amarnos libremente.

Yo no quería. Me gustaba mi casa, mi vida, mi isla. No quería dejarlo.

—Madre acabará entendiéndolo —le susurraba mientras le acariciaba los senos. Adoraba sus pechos, turgentes y hermosos, y hechos a la medida de mi mano—. No puede hacer otra cosa. ¿Qué va a hacer?

—Ella no lo entenderá jamás —me rebatió, alejando mi mano de su cuerpo, apartándose de mí—. Matará nuestro amor.

—No lo hará —objeté—. No podrá.

—¡Sí que lo hará! Ya lo hizo una vez cuando encontró la caja y la abrió —y

señaló el cofre de zinc que estaba en el armario—. Cuando mandó venir a ese doctor a visitarme.

El recuerdo que renacía y reconstruía tan real voló, cambió y me llevó a otro punto de mi vida más lejano. Me transportó a cierto día caluroso del verano de 1923 donde un hombre joven, de unos veinticinco años, vino visitarnos a la isla. Quería hablar con Anna por orden de mi madre.

Era un caballero rubio, de ojos claros, que fumaba sin parar y hacía muchas preguntas. Tantas que uno acababa hastiado de su sola presencia. Interrogaba incluso cuando no abría la boca.

Se encerró con Anna en el despacho de mi padre, este ya nos había dejado, mientras a mí se me ordenó, mi madre lo hizo, hacer de su acompañante en uno de sus múltiples paseos por el islote.

Poco hablamos mi progenitora y yo. En cambio, en el despacho, se conversó de muchas cosas, y algunas que jamás deberían haberse pronunciado en voz alta. Aquella charla fue, en realidad, el preludio de la desgracia que sobre todos nosotros caería años después.

Anna habló con ese hombre que era, en realidad, un psiquiatra. Uno de esos que tratan los malos comportamientos, el mal funcionamiento de la mente y del alma. Un loquero, para que nos entendamos. Inocente, le describió sus sentimientos, francos y sinceros, y le explicó el amor que sentía por mí, el que no podía existir según mi madre, pues era pecado y algo abominable. Le aclaró cómo ese amor, el que ella y yo sentíamos, era un cariño y afecto que superaba todos los límites, capaz de elevarnos como hombres, de hacernos felices y eso, por mucho que los demás lo vieran y juzgaran como algo execrable, no podía ser malo. Era amor de verdad.

¿Por qué lo consideraban un hecho infame? ¿Por qué nos querían separar?

Anna fue demasiado sincera y cuando se dio cuenta de las verdaderas intenciones de ese hombre, que no eran otras que convencerla de que nuestro amor debía acabar de inmediato porque era del todo imposible, guardó su sonrisa y no dijo más. Ese fue el momento exacto en el que su sonrisa murió, con apenas diecisiete años, cuando se percató de que nunca nos dejarían ser libres.

El doctor ordenó a Anna, tenía el consentimiento de mi madre para hacerlo, tomar una serie de pastillas para no soñar, para olvidar. Unas píldoras que calmarían sus deseos lujuriosos y vergonzosos, así los calificaba. Le advirtió de que si no dejaba de verme como a un novio, como a un futuro amante —todavía nuestro amor no había sido carnal, aunque no tardaría en serlo— volvería pero sin medicamentos. Llegados a ese punto, dejaría la botica a un lado para dar paso a la cirugía. Si Anna no se sacaba de la cabeza ese amor impuro y pecaminoso, el doctor lo haría por ella.

Una vez la charla hubo concluido y la sonrisa de Anna muerto, ella accedió. Afirmó que cumpliría las directrices del doctor y de mi madre, y que dejaría de amarme, si bien nunca lo hizo.

Me lo refirió todo esa misma noche, a la luz de un candil, en el desván, y nos

prometimos, como ya hicimos años atrás, amor eterno. Lo guardaríamos en secreto para que nadie lo supiera. Seríamos discretos y delante de los demás nos comportaríamos de forma normal, sin dar muestras de nuestros sentimientos. Sería nuestro secreto.

«Nuestro secreto».

Ahí estaba el motivo por el que Anna dejó de sonreír y por el que en las fotografías aparecíamos lejanos y distantes. Una pantomima ideada para no desvelar nuestro amor, para que nos dejaran en paz.

Un par de veces más apareció el médico en la isla para visitar a Anna y comprobar sus progresos. Ella mintió y también lo hice yo cuando, alguna vez, fui interrogado por nuestra relación. Mentimos y guardamos nuestro amor para las tardes en el faro, para los besos robados cerca de la alacena de la cocina, y para nuestras visitas nocturnas, escoltados por la luna, de una habitación a otra.

Amor escondido que sobrevivió a los ojos ladinos de ese mal llamado doctor que observaba a Anna como si esta fuera un animal al que diseccionar. Solo quería probar su ciencia. Esa que no salvaba vidas, pero sí enterraba almas y rompía corazones. Ojos color miel, almíbar pegajoso donde te puedes quedar ancorado, como si fueran telarañas que te atrapan, si no prestas la suficiente atención. Ojos ladinos que...

«Habla de su sonrisa, ¿la ha visto sonreír?».

Levanté la mirada y regresé a la habitación de invitados, sobrecogido por ese recuerdo, asustado por lo que mi mente me había enseñado, pues esos ojos...

Esos ojos...

Yo los conocía.

Estaban en aquel lugar conmigo, en ese mismo momento, más viejos, pero con las mismas insanas intenciones. Los fanales ámbar y crasos que hablaron con Anna, la amenazaron y le robaron la sonrisa.

«Habla de su sonrisa, ¿la ha visto sonreír?».

Los mismos ojos que cuando esta desapareció, cuando se fue, también estaban allí. Volvió después, a departir conmigo, a ayudarme a mí con su ciencia y erudición, pero yo había olvidado. Olvidé. Le olvidé a él, a Anna y lo sucedido. Todo.

Unos ojos inquisidores, nublados de humo, que preguntaban sin pestañear, sin parar, hasta desquiciarte. Preguntas y más preguntas hechas tan solo días atrás, cuando se presentó en mi casa, engañándome, como don Miguel Castelao, un detective privado mandado por mi madre.

Capítulo 33

No. No había vuelto a ver sonreír a Anna. Cómo hacerlo si él se la había quitado. Si ese doctor, ese que se hacía pasar por detective privado, la había matado hacía ya muchos años. Abriles que empezaba a recordar. Tiempos que pesaban como losas exigiéndome discernir qué fue un sueño y qué real.

Preguntas que me hizo en mi casa, años atrás, y otras que me realizó hacía solo días. Años, días, tiempos, recuerdos. Todo unido por unos ojos terribles saturados de mayor aberración que la que yo mismo albergaba. Más incluso de la que pretendía aliviar.

Preguntas para investigar qué recordaba, aun sabiendo que sería poco. De ahí que le diera igual mi miedo por ese vil asesino del faro. Él ya sabía que ese hombre era yo, una proyección de mi mente enferma. Y preguntaba por Julia porque sabía, vaya sí lo sabía, que Julia no existía. Por eso también me interrogaba por Anna.

Nunca vino para ayudar. Jamás. Solo quería satisfacer los deseos de mi madre, bien pagado, por supuesto. Y, quizá, los suyos como médico.

¡Canalla miserable!

¡Me engañó!

Lo olvidé y se aprovechó, pero en ese momento, allí, en la habitación de invitados, gracias al regreso de mi memoria, a la vuelta paulatina de la verdad, aun cuando esta arribaba retozando con ese otro yo que quería seguir olvidando, volvía a membrar. Lo recordaba a él y a sus palabras. Recordaba sus métodos y sus amenazas.

Una carcajada histriónica salió de mi garganta mientras los presentes en el cuarto, ajenos a mis evocaciones, a mis pensamientos, a mi ir y venir por los laberintos de realidad y fantasía de mi cabeza, contemplaban cómo la baba me resbalaba de lado, mi cuerpo se movía, poniéndose de rodillas, entre la oscuridad del olvido y la luz de lo recordado, y la caja de zinc se me escurría de las manos, cayendo al suelo y cerrándose.

—¡Hijo mío! —exclamó mi madre, acercándose—. ¡Vuelve aquí! ¡Vuelve con nosotros!

La escuché, sin embargo no la respondí porque estaba centrado en otra voz y otros ojos. Levanté mi mano, nerviosa, hacia ese ser mezquino de ojos almíbar para llamarlo por su nombre. Quería que conociera que ya sabía quién era. No iba dejar que me engañara más. Ya lo habían hecho, todos, lo suficiente.

—Doctor Núñez Loureiro, bienvenido a mi isla de nuevo —le nombré con la voz entrecortada, hendida de rencor, pero también cansada.

Tenía muchas ganas de que aquello terminara por fin. De que todos se fueran y me dejaran solo. Solo con mis musas, con mis recuerdos recién adquiridos, con mis fantasmas y mis miedos. Solo con mis pesadillas y mis espejismos. Solo con mi yo cazador y mi yo cobarde. Solo con mi conciencia y mi alma, lo que quedaba de ella, y

mi corazón hecho trizas. Solo.

«Ha venido desde Baiona a hablar con usted, señor. Para ayudarle», escuché decir a Vilar cuando me anunció su visita.

¡Mentira!

Ese hombre no quería ayudar, y en cuanto pronuncié su nombre en voz alta, pude ver que bajo sus ojos ambarinos se escondían muchos secretos inconfesables, sonrisas borradas y sentimientos apagados.

Secretos y mentiras, grandes aliadas de las desgracias familiares que todos quieren esconder y sepultar, pero que siempre encuentran la manera de regresar y ser libres, como la verdad que aún me quedaba por descubrir. La que me condenaría para siempre a los infiernos.

—Señora —pidió Vilar—, su hijo ya sabe quién es quién. ¿No cree que es el momento de contarle la verdad?

Silencio.

—Señora, por favor —insistió mi mayordomo volviendo a obtener la indiferencia como respuesta.

Para mi madre y el médico, su presencia era un mal necesario que no podían evitar, y que toleraban, pues creían que les serviría de ayuda, pero nada más.

Vilar amaba a mi madre, lo seguiría haciendo siempre, pero estaba claro que ella hacía tiempo que había dejado de sentir. Un día amó. Un día quiso a Vilar con toda su alma, pero ese tiempo ya estaba marchito. Quizá por lo ocurrido entre Anna y yo, por nuestro amor. O, tal vez, porque su corazón se había vuelto rudo y puro granito con los años. La cruda y despiadada realidad tiene esos efectos. Daña y hace cenizas el amor, los sueños y las esperanzas.

—¿Por qué, madre? —me dirigí a mi progenitora, aún de rodillas, recogiendo la caja de zinc, el principio que aún no había podido ver—. ¿Cómo pudo permitir que algo así sucediera?

Casi todos los recuerdos habían regresado, fieros y crueles, con deseo de venganza tras tanto tiempo arrinconados. Tornaban, como piezas de un gran puzzle, a ocupar su lugar, a ser los dueños, de nuevo, de mi memoria.

—¿Por qué, madre? —calqué poniéndome en pie y apoyándome en la puerta del baño—. ¿Por qué?

Toda aquella situación, la resaca que tenía, los efectos aún patentes de la morfina, los malos sueños, la culpa y la verdad, maldita verdad, me hacían palidecer, caer, sucumbir, pero pensaba aguantar. Pensaba llegar hasta el final.

—Lo está recordando todo —señaló el doctor dirigiéndose a mi madre que se arrodilló delante de mí cubierta, por primera vez en años, de lágrimas—. Ya queda menos para que todo se acabe.

Vilar miró al doctor con desprecio. No hacía falta ser médico para darse cuenta de que yo recordaba y sus comentarios, para mi mayordomo, sobraban.

—Hijo mío —sollozó mi madre—. Hijo de mi alma —y tiró el bastón a un lado.

—Tranquila, doña Aurora. —El médico puso su mano en el hombro de mi progenitora que, en el suelo, llorando, sin la ayuda de su querido cayado, parecía una pobre mujer vieja, inofensiva e indefensa.

Nunca lo fue.

—Hijo mío —repitió—. Fue por tu bien. ¡Por el de todos! Yo no quería que aquello acabara así. ¡Lo juro! —Y se cubrió el rostro con las manos—. Yo no quería. ¡Fue por tu bien! ¡Por tu bien!

Esas palabras, «por tu bien», tantas veces atendidas, repicaron en mi cabeza y la habitación de invitados se descompuso ante mis ojos. Las paredes ardieron, transformándose en cristal, y un humo blanco y espeso lo cubrió todo llevándome al instante en el que dejé de vivir. Trasladándome a la tarde de abril de 1926 en la que todo mi mundo cambió.

Anna y yo en el faro, hablando de un futuro que no sabíamos entonces que nunca tendríamos, una caja de zinc, mantas en el suelo, nuestros cuerpos desnudos y unos golpes en la puerta.

Los ojos de Anna, mientras los dos nos vestíamos apresuradamente, se llenaron de lágrimas. Yo me acerqué a consolarla, pero mi mano se quedó inmóvil, entonces y ahora, ante los golpes de un bastón y una voz áspera y dura. La voz de mi madre.

Capítulo 34

Desde pequeño tuve un don. Os lo dije al comienzo. Podía ver musas donde otros solo advertían vacío, y siempre pensé que, tal que hacía al escribir, podía elegir mi camino y el de otros. Podía decidir cómo había de ser mi vida y cómo vivirla.

¡Qué equivocado estaba! Ahora lo sé. ¡Qué equivocado!

No se puede cambiar el destino, el albur, la providencia. Este, con sus infinitos nombres, tiene mil formas de hacernos volver siempre a la senda que nos había preparado. El destino es un viaje marcado e inamovible, aunque yo, tonto de mí, ignorara el mensaje y creyera que no era así. Podemos torcer y retorcer el rumbo, pero llegaremos igual al final estipulado.

Yo iba a llegar, aunque no quisiera, aunque en ese momento, apoyado de mala manera contra la puerta del baño de la habitación de invitados de mi casa, de mi isla, como un despojo, flaqueara y deseara que el yo necio, el testarudo, reapareciera un segundo para alejarme de allí.

Me había prometido a mí mismo que no le llamaría más, que le dejaría al margen porque necesitaba recuperar la verdad, pero esta empezaba a ser demasiado atroz y temía que acabase conmigo.

«Te matará», escuché decir a una voz obstinada dentro de mí.

«Morirás».

Sombras. Ya en mi mente solo habitaban sombras infames con ganas de revancha. Recuerdos enterrados que salían de sus tumbas tras años cubiertos de barro y tierra con la intención de no ser jamás sepultados de nuevo. Ni la luz de los ojos verdes de Anna, en esa tarde de abril de 1926, en el faro, en mi recuerdo, eran capaces de apártalas de mí, pues en ellos, en sus luceros, también anidaban.

Ojos asustados y temerosos que se cubrieron de rocío al escuchar el bastón de mi madre golpeando la puerta de metal del cuarto pequeño del faro mientras gritaba con furia nuestros nombres.

Ojos aterrados y medrosos que me miraron horrorizados cuando la puerta se abrió y por ella apareció mi madre acompañada de ese maldito doctor.

—¡Mentirosos! —vociferó crecida de ira y dolor—. ¿Cómo habéis podido mentirme así? ¡Me lo prometisteis! —Y se adentró en la habitación, acercándose peligrosamente a Anna—. ¡Lo jurasteis ante Dios y ante mí!

—¡Madre! —Intenté tranquilizarla en tanto terminaba de vestirme de mala manera—. ¡Cálmese, por favor!

Pero ella no se sosegó. No había posibilidad de paz o templanza alguna, sus gestos así lo decían. Su voz, su rostro, su cayado. No se calmó y con el bastón en ristre, decidida, avanzó a paso ligero por el pequeño cuarto, agarró a Anna del brazo que acurrucada en el suelo, entre las mantas, intentaba aferrarse a mí suplicando ayuda. La asió y tiró con fuerza de ella.

—¡Me encerrará! —me aseguró desde el piso, mientras luchaba inútilmente contra la determinación de mi madre—. ¡Ayúdame! ¡Me cambiarán! ¡Me harán olvidar!

—Madre, suéltela, ¡por Dios! —le pedí—. ¡Déjela en paz! ¡Déjenos en paz!

—¡Tú! ¡Tú, cállate! —Y la soltó, sí, pero para poder darme con el bastón un tremendo golpe. Anna intentó frenarla, pero solo consiguió recibir ella también—. ¡Tú y tus amores de novela! ¡Tú y tus imposibles!

—¡Ya basta! —aullé, desesperado por los golpes, cada vez más fieros y rotundos—. ¡Basta!

Me estaba moliendo a palos sin que nadie hiciera nada para impedirlo. Anna no podía y el doctor se limitaba a fumar, apoyado en el quicio de la puerta, como si todo lo que estaba allí sucediendo fuera un espectáculo de teatro.

Intenté protegerme, pero la rabia de mi progenitora era descomunal y no fue hasta que de mi cara comenzó a brotar sangre que el médico se dignó a dejar de fumar e intervino.

—Déjelo —le sugirió—. Ya es suficiente. —Y la cogió del brazo antes de que me asestara un golpe más—. Déjelo o lo matará.

Al oír aquellas palabras, mi madre bajó el cayado. No tenía intención de matar a nadie. Lo bajó, pero no dejó de mirarme con rencor. Un resentimiento que se transformó en odio fiero cuando los posó en Anna que, a rastras, con restos de nuestra ropa, intentaba quitarme la sangre de la cara. Varias gotas carmesí cayeron sobre su vestido, elegante, imponente, de gasa blanca con grandes flores rojas. Era tan bella, tan hermosa, tan bonita.

Le acaricié el rostro mientras en susurros le prometía una vida que no podría darle jamás. Le rocé las mejillas sonrosadas, cubiertas de lágrimas y los labios, mojados por el llanto y los gritos. Mi madre reparó en mis cariños y atenciones, y no dudó ni por un instante en tirar de Anna con toda su alma para alejarla de mí.

¿Por qué esa obsesión por separarnos? ¿Por qué?

—¡Ayúdame! —me pidió la pobrecita mía—. ¡Ayúdame! —me imploró a la par que era arrastrada por la habitación hasta ser puesta de rodillas delante de ese miserable matasanos.

Cuando la mano de Anna se alejó de mí, intenté incorporarme, pero el cuerpo apenas me respondió y solo conseguí gatear, aturdido, hasta volver a caer entre las mantas, a los pies de mi progenitora, a los pies de aquella mujer que me había dado la vida y que ese día me la estaba quitando.

El médico tenía a Anna agarrada por el pelo para que no se moviera. Sujetada con determinación por su hermosa melena negra, su bella mata azabache. Eso me hizo sacar fuerzas de flaqueza e incorporarme para hacerle frente. No podía permitir que trataran así a Anna, que nos trataran así a los dos solo por amarnos.

Mi madre ignoró mi gesto y se dirigió a ella.

—¿Cómo has podido? —le preguntó—. ¡Yo confiaba en ti! ¡Confiaba!

—Nos amamos —respondió Anna desde el suelo, llorando, hipando. Estaba asustada, aterrorizada por el futuro negro que imaginaba le esperaba—. ¡Porque nos queremos!

—¿Amor?! —renegó mi madre fuera de sí—. ¡Amor!

Ni las lágrimas de Anna ni mis súplicas, acercándome, ya de pie, torpe pero decidido, consiguieron apaciguar el corazón encolerizado de mi madre, que siguió gritando.

—¡El amor es idiota! —clamó con una voz cargada de resentimiento—. ¡El amor no sirve para nada! ¡Solo para sufrir!

—No diga eso, madre —le pedí aproximándome a ella para suplicarle que parara—. El amor lo es todo.

—¿Todo? —me preguntó volviéndose hacia mí—. ¡Todo!

—Sí, lo es —contesté tendiéndole la mano, en un intento vano de apagar su cólera.

—¡El amor es nada! —bramó desechando mi gesto—. Eso es lo que es. ¡Nada!

—Pero madre, no diga eso. Nosotros...

—Vosotros no podéis amaros —me interrumpió—. Vuestro amor es pecado. ¡Pecado!

—El amor no puede ser pecado —la corregí. ¿Cómo iba a serlo?

El amor es hermoso, maravilloso y mueve el mundo, nos mueve a todos. El amor nos hace libres y nos hace humanos. Algo tan prodigioso y deslumbrante no puede ser pecado. No puede estar mal.

—¡Lo es! —insistió—. Pero da igual. Pronto todo esto acabará. ¡Acabará!

—¿Qué va a hacer, madre? —quise saber. No me gustaba como lo había dicho. ¿Qué pensaba hacer? ¿Cuáles eran sus intenciones?—. Madre, escúcheme. ¡No haga nada de lo que luego se vaya a arrepentir!

Me ignoró y se dirigió al doctor.

—Llévesela y acabe con esto de una vez —le ordenó.

El médico asintió e intentó que Anna se pusiera en pie, pero esta, a pesar del dolor que le producía que ese hombre tirara con fuerza de su pelo, le dio un codazo y se levantó a toda prisa y, sin perder un segundo, echó a correr. Salió de la habitación, mirándome y acunándome en esos hermosos ojos de los que aún sigo enamorado, cómo no estarlo, y a los que quedé anclado para siempre.

—¡Te quiero! —me gritó desde el umbral—. ¡Siempre juntos! ¡Recuérdalo!

Luego huyó escaleras abajo, dejándome con la sensación de que aquella tarde, mientras la lluvia comenzaba a tañer su fado, mi madre daba golpes con el bastón a todo lo que encontraba, incluido yo, y ordenaba al doctor que fuera tras ella, sería la última vez que vería a Anna tal y como era.

Capítulo 35

Ya no había vuelta atrás en mi derrumbe y en la destrucción del mundo que había creado para no sufrir. Las cartas estaban sobre la mesa y solo era cuestión de tiempo que toda la verdad saliera por fin a la luz para hacer que mi mente enferma acabara sumida en la más honda penumbra. La mía y la de los que me rodeaban en aquella habitación de invitados, pues aunque la culpa me comía y era a mí a quien señalaba como único responsable de todo lo ocurrido, ayer y hoy, ellos no estaban libres de ella. Todos, en su medida, les gustase o no, habían colaborado para que el final de mi historia, de su historia, fuera el que estaba por llegar.

En la habitación, el silencio era total. Ni mi madre ni su bastón, ahora tirado en el suelo, relegado a ser un simple testigo más de lo que estaba por venir, se atrevieron a romperlo de modo alguno.

Vilar se había sentado en la silla donde esa misma mañana me había querido explicar tantas cosas que yo me negué a escuchar y entender. Cerca de la cama, del vestido de Anna y sus zapatos. Cerca de la mesita de noche donde dormían sus guantes. Allí estaban las cosas de Anna, mi pobre Anna, que salió corriendo del faro huyendo del discurso crispado y exasperado de mi madre. Escapando de ese maldito doctor que quería apagar no solo su sonrisa, también sus sentimientos. Un hombre que mantenía la mano sobre el hombro de mi madre, impertérrito, mirándome con curiosidad insana, analizándome. Él estaba en pie, no como yo, que me sostenía a duras penas contra la puerta del baño.

Anna, mi musa, mi amor, que salió huyendo del faro y corrió con toda su alma, con ese vestido que ahora estaba sobre la cama, camino de la salvación de su corazón y de nuestro amor. ¿Tal difícil era entender nuestros sentimientos? ¿Por qué prohibir aquello que nos hace felices?

—¿Por qué, madre? —repetí la pregunta. Necesitaba que me lo dijera. Necesitaba oírsele decir—. ¿Por qué nos separaste?

—Por tu bien, hijo —me respondió entre sollozos a la par que hacía un movimiento brusco y se quitaba de encima la mano del médico. No le gustaban esas confianzas—. Por el bien de los dos. ¡De todos!

—¿Qué bien? —rebatí pegándome más al portón del baño y pensando que al otro lado estaba Anna—. Creyéndote buena fuiste cruel. ¡¿Qué bien?! —repetí—. ¡Yo solo veo sufrimiento!

Lo veía en mis manos torpes. Una aferrada a una caja de zinc con el principio de una historia que no quería vivir, y otra agarrada al tirador de una puerta que me daba miedo, pánico, abrir.

Lo percibía en el semblante de Vilar, mi fiel mayordomo, mi padre, que sentado abatido en la silla no se atrevía a mirarme y solo contemplaba ensimismado el cuadro grande de la pared que mi madre le ordenó colocar. Ese en el que posábamos Anna y

yo en el salón principal del pazo vestidos de gala. Un lienzo que le transportaba a mundos mejores y más felices.

Y lo distinguía también, claro que lo notaba, por mucho que ella se empeñara en intentar ocultarlo, en los ojos cansados y llenos de lágrimas de mi madre. Unas lágrimas que la estaban abrasando por dentro y por fuera. Lamentos saturados de culpa, pecado y condena.

En todos nosotros había sufrimiento. Igual de atroz y fiero al que Anna, mi amor, arrastró con ella en su carrera esa tarde de abril de 1926 a donde regresé para sentir, de verdad, qué significaba vivir en el infierno.

El doctor marchó tras ella, tal y como le había ordenado mi madre, y yo salí detrás para ayudarla. Mi progenitora quiso pararme y levantó el bastón, amenazándome, mientras me gritaba y me hablaba del pecado y la perversión, pero no lo consiguió.

Esquivé sus golpes y sus palabras no escuchando esa realidad que ella voceaba y por la que Anna y yo no podíamos amarnos, y marché corriendo del faro. Salí todo lo rápido que pude y, nada más poner un pie en tierra, por los gritos que escuché a lo lejos, supe a dónde ir.

Corrí seguido de mi madre que me perseguía gritando para que dejara de evocar imposibles, para que dejara de soñar. Troté con todas mis fuerzas hasta llegar a la playa de Los Náufragos, uno de los lugares secretos donde Anna y yo nos habíamos declarado amor eterno. Ese rincón que pasó de paraíso a infierno, de cielo a abismo, como muchos otros lugares de mi isla; como el faro o, ese día, mi casa.

Cuando llegué a la playa, mis rodillas fallaron ante la horrible estampa que mis ojos contemplaron y caí al suelo. Lo que vi me resultó demasiado doloroso. Aquello no podía estar ocurriendo.

Anna corría mar adentro, hacia el infinito océano, mientras el doctor la seguía, también dentro del agua, alargando sus sucias manos hacia ella y llamándola para que parara y se dejara atrapar, para que se dejara sanar. Una escena que miles de veces reviví, miles, aunque lo hubiera olvidado después durante años. La última, solo unas semanas atrás, al poco de que a quien yo llamara Julia, mi musa, mi inspiración perdida, reapareciera en mi vida y que yo enmascaré con otro recuerdo de mis oscuros días de cazador en los que arrojaba sin piedad mujeres al piélagos. Vilar me preguntó si sabía por qué la señorita Julia se había lanzado al mar y yo no escuché lo que en verdad me estaba preguntando. Inventé, como llevaba haciendo desde 1926, la respuesta y la vida que más me convino.

Mi madre llegó a mi altura y al ver lo que estaba sucediendo pidió a voz en grito a Anna que saliera del agua inmediatamente, pero Anna no la escuchó, no la miró, no la obedeció y siguió su andar hacia el mar. Puso entonces mi progenitora su bastón sobre mi hombro, como si aquello fuera el nombramiento de un caballero, y con voz severa me ordenó que me levantara y me comportara, por una vez, como un verdadero hombre.

—¡Haz algo! —me mandó—. ¡Métete y sácala de ahí ahora mismo!

Me levanté, aturdido, y me dirigí, como me había decretado mi madre, al agua, al maldito océano que rodeaba mi isla y la azotaba y acariciaba a partes iguales.

Nunca supe nadar, ya sabéis que crecí de espaldas al mar, os lo dije cuando empecé a contaros mi historia, mi vida, y esa tarde, por más que deseara con toda mi alma, con todo mi corazón, adentrarme en el mar y sacar a Anna del agua, no fui capaz. No lo fui. No pude dar más de dos pasos dentro de aquel abismo acuático. Mis pies se quedaron inmóviles, anclados, con las olas batiendo, llenándose de espuma y sal en la orilla.

El doctor, ante el fuerte embate de las olas, cubierto de mar y lluvia, que caía en aquel momento con más fuerza, como si supiera que los hechos estaban pronto a resolverse, también se detuvo. No podía avanzar más sin correr riesgo y eso, por mucho que quisiera aplicar su ciencia, no estaba dispuesto a hacerlo.

—¡Sáquela de ahí! —le exigió mi madre—. ¡Sáquela!

Pero el médico, en lugar de avanzar, retrocedió. El océano, furioso por lo que estaba presenciando, por el dolor que caía en cascada de los ojos de Anna, de los míos, y por la fiereza ciega de una madre dispuesta a todo para salvar el alma de su prole, se agitaba con brío y violencia, y el temor apareció en el doctor que no pensaba arriesgar su vida, allá cuidados, y regresó a la playa.

Anna, en cambio, parecía flotar en ese mismo mar. Parecía una sirena a la que las olas ayudaban a ir más y más lejos del arenal, de nosotros, de mí. Una ondina que flotaba con agilidad y delicadeza, y se adentraba cada vez más en el vasto océano.

El doctor salió del agua, agotado, empapado y se dejó caer en la arena, sin aliento y haciendo oídos sordos a las peticiones insistentes de mi madre, a sus órdenes, que se había introducido hasta la cintura en el mar, para que ayudara a salir a Anna, a su querida Anna, a su querida hija.

—¡Hija mía! —gritaba desesperada—. ¡Vuelve! ¡Vuelve a casa! ¡Vuelve conmigo!

Anna, su hija. Anna, mi hermana.

Hijos los dos. ¡Los dos!

El pecado. La vergüenza. Un amor prohibido. Un amor deshonesto.

—¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué? —se preguntaba mi pobre madre, pobre, sí, ante lo que estaba ocurriendo—. ¿Por qué nos abandonas? ¿Por qué?

Inmóvil seguí, sin dar un solo paso más, mientras mi madre, nuestra madre, se rompía y el mar se reía de mí, arrebatándome lo que más quería, lo que más amaba y necesitaba, aunque fuera un amor indebido.

—¡Anna! —vociferé—. ¡Vuelve, por favor! ¡Vuelve!

Pero Anna no retornó. Me miró con ojos dolientes, cubiertos de sal, la suya y la del océano que le servía de abrigo e hizo regresar su enterrada sonrisa por última vez para mí. Me sonrió dulcemente, con una sonrisa repleta de amor de verdad, de amor verdadero, mientras mi corazón se partía en dos, mientras mi vida se partía en dos, y

se dejó tragar por el mar.

Capítulo 36

Retronó el nombre de mi único amor, Anna, de mi musa, de mi inspiración, dentro de mi cabeza golpeando mis recuerdos, mi memoria, como un mazo. Hiriendo mis sentidos y mi corazón. Hasta lo poco que conservaba de mi mezquina alma perdí por completo.

«¿Sabes quién soy? —me gritó mi amada entre las burbujas de aquel maldito océano que fue su final—. Ya lo sabes, ¿verdad?».

—Sí, lo sé —susurré—. Lo sé.

Mis ojos se posaron en el vasto océano, en mi madre metida hasta la cintura, en el doctor tirado en la arena y en mí. En mi cobardía contemplando el acabar de ese amor por el que no fui capaz de luchar, de vencer mis miedos o de dar la vida.

No la ayudé. No pude y la culpa me gritó con fuerza: «¡Cobarde! ¡¡Mísero cobarde!!».

La culpa, maldita culpa. Era ella la que traía consigo a todos esos fantasmas que me asolaban y me volvían loco. La que me gritaba e insultaba. La que me hacía tener ganas de morir. Esa que Anna, con su insistente pregunta, «¿por qué no me ayudaste?», quería que dejara marchar. Ella quería que entendiera que el destino era el único culpable de todo lo que aconteció y no yo. Pero era difícil dejarla ir. La culpa y yo éramos como dos gotas de llanto en un mismo verso.

Las lágrimas de ese día, de esa abominable tarde de abril de 1926 me asolaron, me condenaron y me convirtieron en un monstruo. Anna se fue. Anna me dejó, y ya recordaba el porqué.

Julia no existía. Anna tampoco.

La primera era una invención y la segunda estaba muerta.

Ya entendía la verdad, una verdad que me destrozó. Mi yo terco tenía razón. No me extraña que hubiera inventado un mundo nuevo donde Anna estuviera conmigo de nuevo, a mi lado, viva, y donde ser hermanos no importaba porque no lo sabíamos. ¿Para qué saber aquello que tanto duele?

Ella y yo frente a las adversidades.

Ella y yo en el amor, hasta la infinitud.

Ella y yo.

Salí del recuerdo como había entrado, turbado, llorando, asustado como un niño, y miré a Vilar, a mi madre, al doctor. Allí estaban los tres. Personajes que habían tenido mucho que ver en el desenlace de mi vida, de mi historia. Cómo deseé, en ese instante, que todo lo ocurrido fuera solo una novela. Una ficción que alguien estaba escribiendo y donde, en el epílogo, ganaban los buenos. Yo era un personaje bueno. Equivoqué el amor, puede ser, pero era bueno. Lo era. Merecía un final mejor en el que descubrir que la chica seguía viva. Que el océano solo la ayudó a huir y después la devolvió sana y salva a la playa para que el amor auténtico, el que mueve el

mundo, el que nos hace humanos, triunfara.

Deseé ser eso, un personaje descrito e ideado por otro, por una pluma que en su mente creaba la atroz historia de un escritor medio loco que había perdido la memoria y la inspiración. De un hombre que no pudo soportar la verdad y que olvidó, lo olvidó todo, para poder simplemente vivir. Se volvió sordo y ciego para sobrellevar aquella terrible realidad de la que se culpaba.

Su amor, su musa, murió una tarde de abril entre la lluvia y el mar, entre la luna y el cielo, y para superarlo, ese escritor primero se convirtió en un cazador. Un triste lacero de falsas musas que intentaba sustituir al amor de su vida y que siempre, perenemente, fracasaba. Y es que no se puede suplir el amor de verdad, el que siempre queda grabado en el corazón, por mucho que este sea prohibido. Un hombre enfermo, adicto a la absenta y a la morfina que regresa a su isla, a su casa, para empezar de nuevo, sin saber que, al tornar a sus orígenes, los recuerdos volverán, la verdad aflorará y su vida, tal y como la creó para no sufrir, morirá.

Deseé, de verdad, ser un personaje, pero no lo era. Claro que no. Era un hombre, solo un hombre, que había muerto por dentro a pesar de estar allí, en la habitación de invitados, sujeto al pomo de una puerta que, al fin, me decidí a abrir.

Con rapidez, insólita hasta para mí teniendo en cuenta mi estado, abrí la puerta del baño y entré, encerrándome dentro.

Vilar reaccionó rápido, pero no lo suficiente, y para cuando quiso impedir mi reclusión yo ya estaba al otro lado. Golpeó la madera con ganas, llamándome, pidiendo que saliera, pero no obtuvo respuesta alguna por mi parte. Solo silencio. Yo estaba a otras cosas. Yo estaba abriendo de nuevo la caja de zinc, envuelto en la bruma del mar que se llevó a Anna para poder cerrar el círculo. Necesitaba ver el principio para completarlo.

Ayudado del doctor, que por fin se dignó a dejar de ser un convidado de piedra en la habitación, Vilar intentó meter el bastón de mi madre por la jamba de la puerta, pero solo consiguió romper el cayado, romper ese báculo que tantos golpes había propinado y por el que no lloraría nadie. Aun así, no se dio por vencido. Tiraría la puerta abajo si era necesario con tal de sacarme de allí, de mi brutal pasado, de mi desalmado presente y mi negro futuro. Yo era su hijo y debía salvarme. No podía permitir que más oscuridad se adueñara de mi cabeza.

Al ver que no era capaz de forzar la puerta y que el bastón ya no servía, marchó decidido de la habitación camino del pasillo de la planta baja donde había dejado el hacha con la que había roto la puerta de mi despacho cuando yo me enclaustré allí para seguir olvidando.

Mi madre, en cambio, no reaccionó. Se quedó en el suelo, de rodillas, rezando a un Dios en el que ya no creía y rogándole para que todo acabara de una vez.

Vilar volvió con el hacha y asestó unos cuantos tajos a la cerradura que cedió, quejándose, pues lo que iban a encontrar al otro lado no iba a ser agradable.

Rompió el trinquete, el doctor abrió la puerta y el espanto cubrió sus caras.

Un tufo viciado e insoportable salió corriendo del baño inundando la habitación de invitados, la casa, la isla, inundándonos a todos. Un efluvio putrefacto acompañado de sombras que gritaban y lo ceñían todo. Un olor escoltado de la voz dulce de Anna que, al fin, podría ser libre.

Vilar dejó caer el hacha y, después, cayó él. Tras la visita al cementerio, alguna vez imaginó escena parecida, pero la realidad era peor. Siempre lo es. El doctor se apartó, blanco como la leche, poniéndose la mano en la boca para intentar dejar de respirar aquel pútrido y huero olor, y mi madre, nuestra madre, no se movió. No reaccionó. Se quedó de rodillas, apoyadas las manos contra el pecho, contra el corazón que yo juzgué duro, pero que, en el fondo, estaba simplemente igual de roto y muerto que el mío.

Al otro lado, en el suelo del baño, una caja abierta, por fin abierta, mostraba un corazón seco y demacrado, el corazón de un farero, y la melena de su amante, la melena de la mujer del terrateniente don Ramón Rouco Buxán. A su lado, una nota con trazos infantiles e inocentes. Una nota escrita por dos críos, Anna y yo que muchos años atrás encontramos esa misma caja semienterrada al lado de un manantial de aguas cristalinas. Una nota con las huellas ensangrentadas de dos dedos ingenuos que se juraron amor eterno bajo la atenta mirada albahaca de la dueña del arroyo y sus palabras embriagadoras. Nos prometió tantas y tantas cosas que nunca se cumplirían. La nota decía: «Juntos para siempre».

Un amor imposible bautizado por aquellos ojos que, tras rubricar la nota, me engulleron de tal forma que me hicieron correr, huir de allí hasta acabar en el acantilado de las Ánimas.

Ahora sí, ya conocéis ese recuerdo al completo, tal y como yo lo evoqué ese triste día, maldito día. Cuánto daría por cambiarlo. ¡Cuánto!

Al otro lado, en el suelo, el principio abierto, por fin abierto, y un cuerpo, el mío, abrazado a otro, sin vida, demacrado por el perpetuo paso de años y más años de tierra y olvido. Un cuerpo de mujer, huesos y restos, que yo había arrebatado de su eterno descanso en el cementerio familiar y había llevado hasta mi casa para que cobrara vida de nuevo.

Al otro lado, en el suelo, el principio abierto por fin y, también, el final. Mi cuerpo abrazado al cuerpo sin vida de mi rayo de luna, mi musa, mi amor, mi Anna.

Epílogo

Muchos pensaréis, tras lo leído, que todo fue obra de una terrible maldición. De aquella que cayó sobre la isla y sus habitantes cuando el terrateniente Rouco Buxán, en 1812, mató a su esposa y al amante de esta y enterró sus restos bajo la atenta mirada de quien habita el manantial que hay en el Paraje del Ocaso.

Puede ser. ¿Quién sabe?

Quizá la culpa fue de ese juramento y por eso me enamoré de Anna, mi hermana. De mi hermanastra, en realidad. Vilar me lo explicó. Compartíamos madre, pero no padre. Vilar era el mío, y el de Anna era el que siempre nos crio a los dos como tal aunque no fuera mi progenitor. Si bien, hay que decir que él no lo sabía. Nadie, salvo mi fiel mayordomo y mi madre, estaba al corriente de ello.

A lo mejor fue la maldición la que me acercó a Anna o, tal vez, el hecho de que durante toda nuestra vida solo nos relacionáramos entre nosotros también pudo tener que ver con nuestro enamoramiento y adoración. Y es que no fue hasta bien entrada la adolescencia que empezamos a alternar con otros muchachos en fiestas y reuniones, pues hasta entonces incluso el colegio se nos había negado. Estudiábamos en el pazo bajo la atenta mirada de mi madre y de una institutriz, y nunca viajamos más lejos de la isla para aprender o cursar estudios.

No lo sé, la verdad. No sé qué deciros, sin embargo, pensándolo mejor y viendo cómo acabó todo, cómo ha terminado mi historia, mi vida, creo que el destino, perro viejo, estaba sellado de esta suerte para todos mucho antes si quiera de que ese hombre, ese terrateniente, hiciera lo que hizo. Pienso que todo lo acaecido antes y después de ese otoño de 1936 tenía que suceder tal y como lo hizo, y hubiera dado igual la existencia o no de la maldición, de una mente enferma o un amor prohibido. El albur tenía sus planes y, simplemente, los cumplió.

Aquella caja de zinc, que era de dos, como Vilar me dijo en su día, del terrateniente y mía, la volví a enterrar cerca del manantial, bien hondo, para que su verdadera dueña, la señora del arroyo, la vigile y guarde. Quise destruirla, pero no pude, y me pareció que ese debía ser su lugar. Allí nació su leyenda y allí debe morir. Solo espero que nadie más, tras mi marcha, que llegará, la encuentre.

Anna, mi amor perdido, volvió a ser depositada en su nueva casa, en su nuevo mundo. Fue devuelta por el doctor y Vilar al cementerio y enterrada allí de nuevo, al lado de la tumba de mi padre, protegida por ese gran ángel que señala al cielo. Hace poco que fui a verla, una vez, pues la mirada de esos bienaventurados con alas me sigue congelando el espíritu.

El doctor Núñez Loureiro se fue con mi madre, nuestra madre, en barco a Baiona, donde desapareció. Nunca más supe de él, y ella embarcó a América. La guerra no era para mi progenitora ni para su fortuna. No la culpé por ello. De hecho, la entendí. Poner tierra de por medio la ayudaría a olvidar.

Olvidar. Curioso que yo le deseara el olvido teniendo en cuenta lo que a mí me había hecho sufrir, pero era lo mejor. Para ella y para todos.

Olvidar puede ser una bendición en algunos casos. Puede ser una auténtica dicha. Si yo pudiera volver atrás, si el destino me lo permitiera, quizá no hubiera enterrado jamás a mi yo mezquino, al terco, el que todo lo olvidaba y cambiaba. A lo mejor, ahora que sé el resultado, le hubiera dejado seguir al frente de la situación. Tal vez. No lo sé. No os voy a mentir. No lo tengo claro.

Mi madre se fue a América y no regresó hasta su muerte. Ahora descansa junto al que fue su esposo en el cementerio familiar.

Vilar se quedó conmigo, en la isla, en el pazo, y siguió siendo mi sombra, fiel y constante, mi padre, ayudándome cuando caía, cuando sucumbía, cuando deseaba morir. Ayudándome a entender y cuadrar aquello que me faltaba. Me explicó, por ejemplo, cómo yo, nada más regresar al Pazo de San Jorge, registré varias veces el desván en busca de inspiración, le decía, y allí encontré varios baúles con ropa de Anna. Él me vio y varias veces me echó. La última ocasión fue cuando Julia apareció en mi vida.

Al rebuscar en la buhardilla, al encontrar parte de la vida de Anna encerrada en esos cofres, sobre todo en el negro —un arcón que mi madre dejó atrás ya que pensó que le podía ser de utilidad si yo comenzaba a torcer de nuevo el camino—, los recuerdos regresaron, alterados y maltrechos, e inventaron partes de una vida que ya no podía existir.

Mi progenitora nunca se imaginó que yo abriría ese baúl antes siquiera de saber que estaba recordando. Ella creyó que ocultando la llave en el cajón de las llaves olvidadas no la encontraría y que solo ella podría enseñarme la verdad de Anna, pero se equivocó. Yo la descubrí al poco de llegar, la encontré en ese baúl, en la isla, y la resucité. Cogí su vestido, el que llevaba cuando el mar la abrazó para siempre y después la devolvió, días después, muerta, a la playa. Cogí su colgante y sus guantes, y metí en ellos esa llave dorada que abría el mundo donde mi madre había enterrado la vida de Anna, su infancia, su madurez y su muerte. Lo cogí todo y di forma a esa mujer incorpórea, imposible, Julia, que me haría feliz. Creé esa vida imaginada que deseaba vivir con toda mi alma y en la que los demás solo veían la ropa vieja de una muerta rondando bajo mi eterno abrazo.

Vilar siguió viviendo en el pazo, ocupándose de mí y de su mantenimiento, él solo, pues nunca más ningún criado fue necesario en la propiedad. Yo no quise quedarme en la casa familiar, no podía. Demasiado sufrimiento concentrado en sus paredes, y me trasladé a la casona que había al lado del faro. Al lado de un edificio reducido a cenizas. Allí vivo desde entonces, desde que la inhumana verdad afloró y mi vida expiró. Desde que mi isla se convirtió en un eterno panteón para un muerto en vida.

Muchos años han pasado, muchos, desde que Anna se fue, desde que Anna se abrazó al mar para dejarme solo con mis pecados. Años de soledad, aislamiento y

retiro en los que intenté retomar aquella novela que empecé a escribir cuando encontré a Julia, a Anna, paseando su desmemoria sobre el puente de madera de mi jardín de robles. Innumerables veces he vuelto a esa pasarela para dejarme llevar por la nostalgia de tiempos mejores, de tiempos felices. Ya no queda casi nada de ese hermoso jardín, pero sí el recuerdo. Añoro aquellos momentos de paz y calma. Añoro los ojos de Julia cuando ella solo era una mujer a la que acababa de conocer en mi isla; cuando todo era como un cuento de hadas.

Varias veces intenté retomar aquella novela, aquellas páginas llenas de palabras de seda que narraban la historia de un soñador. La historia de un hombre cuya única riqueza era un amor tan imposible como eterno. Y muchas veces fracasé en mi intento, pues la soledad y el dolor pesaban demasiado, pero, ahora, orgulloso, puedo decir que ya está cerrado el círculo.

¡Por fin! ¡Ahí está!

La tenéis en vuestras manos, en vuestra mente y, espero, en vuestros corazones.

Ya la habéis leído.

Una historia donde el protagonista, sí, era yo, y donde el amor, perpetuo e imperecedero, al final triunfa porque no hay nada más hermoso que amar y ser correspondido. Y triunfa porque la inspiración regresó. Porque ella, ELLA, retornó a mi lado para no marchar jamás.

Nota del autor

La novela que acabáis de leer nació una noche de noviembre, en un sueño. Surgió cuando, al despertar, recordé una mujer hermosa, vestida con un impresionante vestido blanco de seda y gasa, paseando desmemoriada por un puente de madera en un jardín de robles.

Para no olvidar, mis manos se movieron rápidas sobre el papel. No podía dejar pasar la historia que mi musa me había regalado mientras dormía. El instinto me decía que tenía que dotarla de vida.

Después, para mi sorpresa, mientras Julia, Anna, el señor Vilar o Ricardo Pedreira crecían, una melodía acudió a mí sin descanso, haciéndome volar a tiempos pasados. «Llantos de otra realidad», así se titula y pertenece al disco *Sueños y Locura* de un grupo, hoy ya disuelto, llamado Red Wine. Su letra es tan evocadora que algunos fragmentos están diseminados entre las páginas que habéis leído. Es mi forma de darles las gracias por las alas que han prestado a mi inspiración.

Otra canción que retumbaba en mis oídos mientras las palabras componían esta historia, y que fue el germen de la maldición del terrateniente don Ramón Rouco Buxán, es «A la luz de un candil» del disco *Tangos y Margot* de Malevaje. Una caja, un corazón, unas trenzas y una maldición. No podía rechazar semejante idea.

Mi sueño y esas melodías crearon una historia de locura, culpa, amor y olvido sobre todo olvido, y buscaron un jardín en el que los rayos de luna vivían como los soñó Bécquer. Un jardín que existe, aunque solo sea un cuadro colgado en el salón de una casa. Un enorme lienzo lleno de pinceladas diestras, anónimas, que muestra el otoño en todo su esplendor y que transporta a quien lo admira a un puente de madera rodeado de robles centenarios.

Y una isla de la Costa de la Muerte, al arrullo del viento del Atlántico, donde la lluvia canta fados, el viento la acompaña y uno puede perderse sin dificultad en la inmensidad de un océano siempre lleno de secretos. Una isla donde de los manantiales brotan ojos albahaca y donde me atreví a situar una tumba grandiosa del cementerio de Soria. Pertenece a la familia García La Puente y, cuando siguiendo los pasos de Machado por el camposanto castellano, reparé en ella y en el enorme ángel, titánico, que la custodia, enseguida enraizó en mí la idea de que ese sería el lugar donde algunos de los protagonistas debían vivir la muerte. Es un sepulcro que te hace sentir insignificante cuando te colocas junto a ese centinela de Dios que señala el cielo y custodia la losa que cubre a los moradores del lugar.

Así nace esta novela inspirada, por supuesto, en leyendas, poesía e historias de grandes autores como Bécquer, Poe o Wilde que empujan y dan aliento a una pluma deseosa de contar lo que en la imaginación brota y crece.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi marido José Luis por su amor, paciencia y ayuda. Y por facilitarme una de las canciones que más me han inspirado a la hora de escribir parte de esta historia. Tú me descubriste a Malevaje y tú me diste su inspiración. Y gracias, sobre todo, por creer siempre en mí. Pase lo que pase.

También a Telos Servicios Editoriales por su esfuerzo e ideas al leer, releer y corregir esta novela. Habéis hecho un gran trabajo. De los errores que accidentalmente pueda haber, yo soy la única responsable.

Gracias a mis padres, Joaquí y Mateo, y a mi hermano, Eduardo, a quien está dedicado este libro, por su ánimo y sus ideas. Sus aportaciones, además, han sido de gran utilidad a la hora de confeccionar algunas de las escenas que se describen.

Y por último quiero dar las gracias, por supuesto, a todos aquellos que cada día me animan a seguir escribiendo. Amigos, familia, lectores... Todos sois parte importante de este sueño, a veces pesadilla, que es escribir.



Verónica García-Peña nació en Oquendo (Álava) en 1979. Vivió su niñez y juventud en Zalla (Vizcaya) hasta los 24 años. Actualmente reside en Gijón (Asturias).

Es licenciada en Sociología y Periodismo por la Universidad del País Vasco. Dirige el blog literario *El jardín del sur*, con más de 1700 seguidores, y colabora de forma habitual con el magazín de cultura, ocio y deporte *Spoonful*.

En 2013 vio la luz su primera novela, *Bendita palabra*, con prólogo del escritor Pablo Zapata Lerga y galardonada como accésit en el I certamen literario Nemira. En 2014 se adentró en el mundo del humor con su segunda obra, *De cómo Feliciano San Feliz quiso matar a sus vecinos*, y en 2015 quedó entre los diez finalistas del Premio Planeta con la novela *El ladrón de sueños* publicada en 2016.

También en 2016, bajo el título *Relatos desde El jardín del sur*, publicó un conjunto de historias cortas pensadas para el disfrute de los amantes de las letras.

En 2017 de nuevo ha quedado finalista del Premios Planeta (cuarto lugar) con la novela *La isla de las musas*, presentada con el seudónimo de Ricardo Pedreira Ulloa.